

BALTASAR CASTIGLIONE
EL CORTESANO



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
MADRID

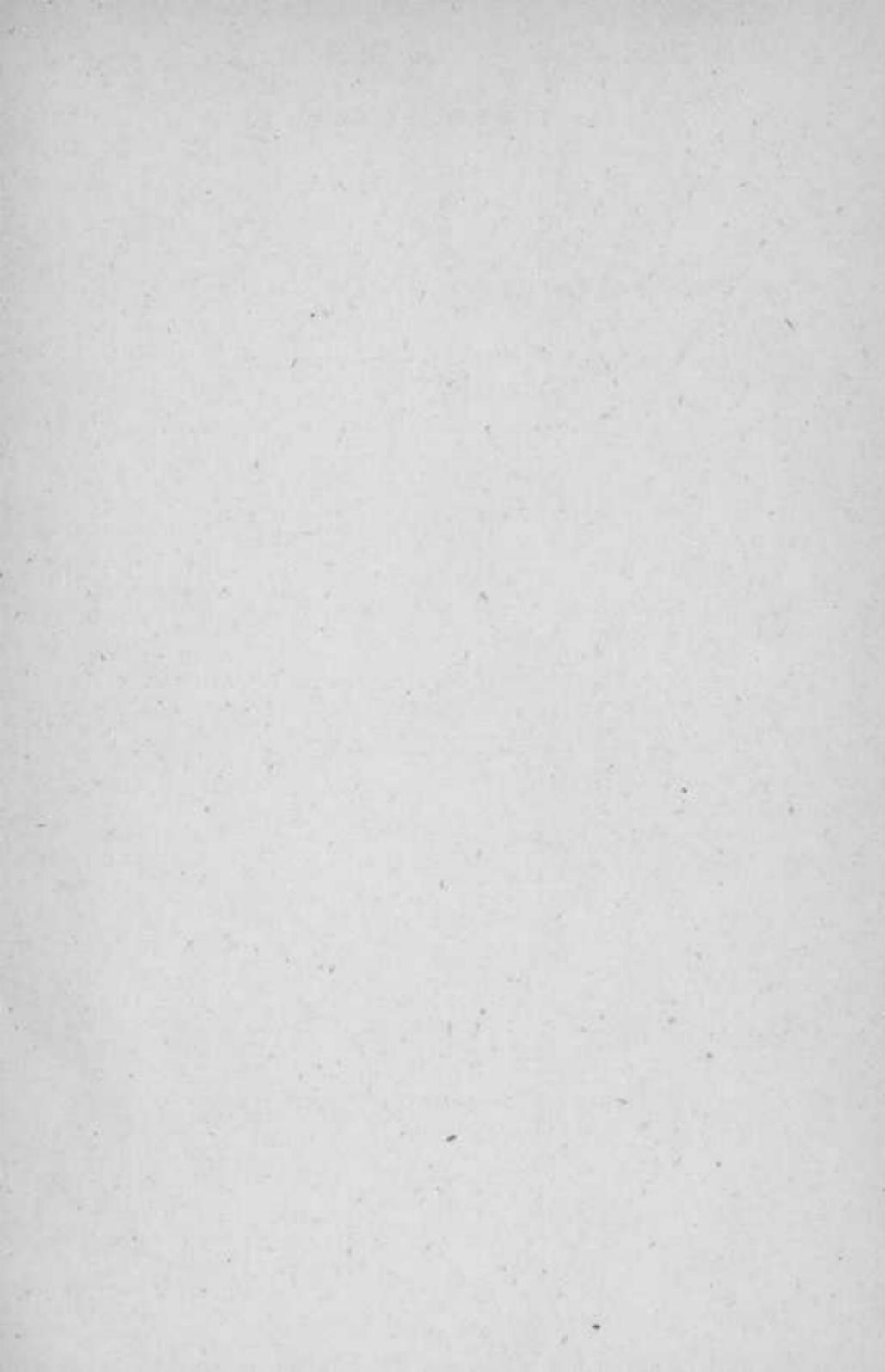


350



1182946
DR
7975



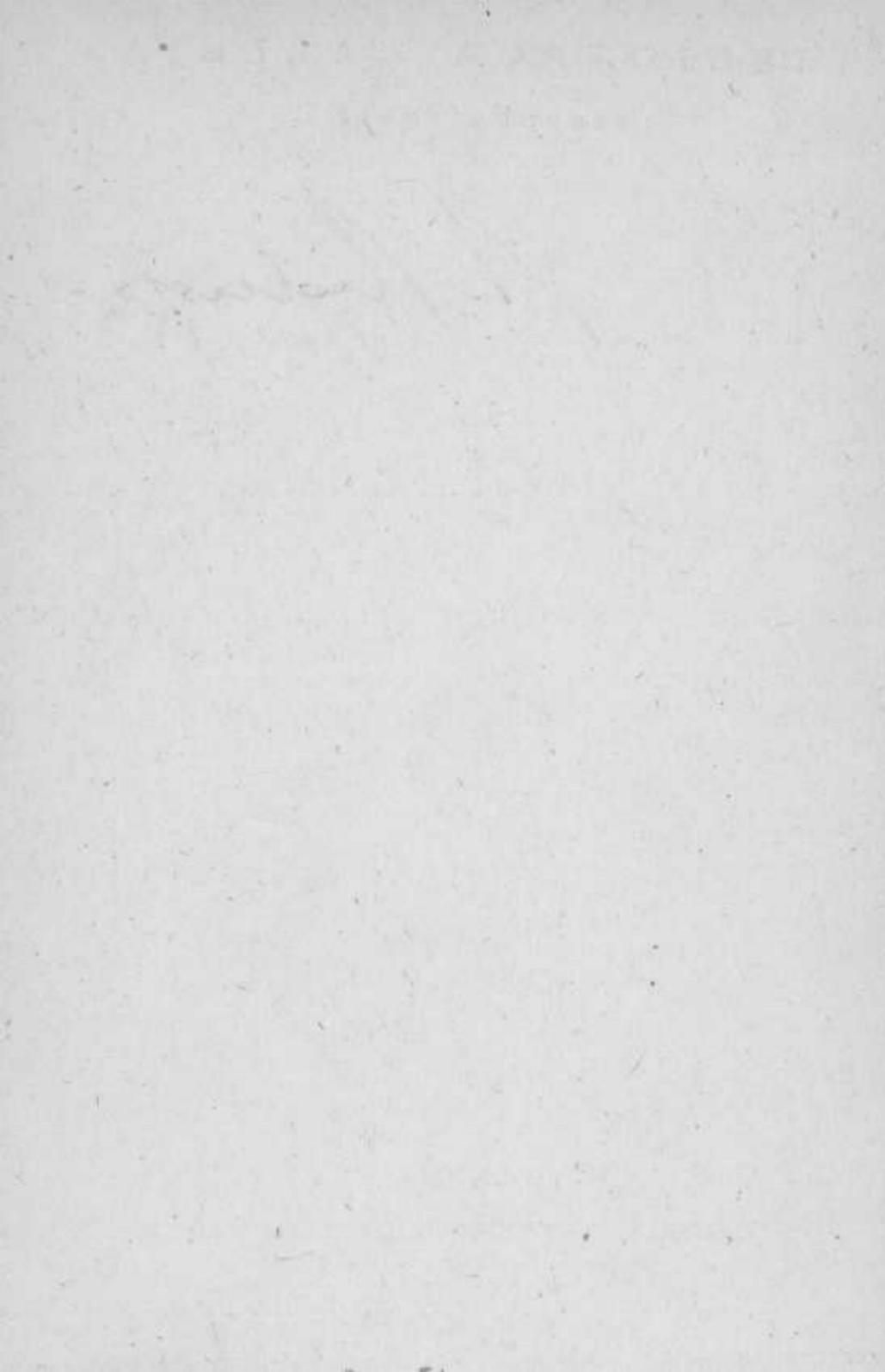




BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE

A. Hidalgo -



BALTASAR CASTIGLIONE

EL CORTESANO

TRADUCCIÓN DE JUAN BOSCÁN



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

7975

MCMXX

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1926

M A D R I D

EL CORTESANO



PRÓLOGO

POR asentimiento general de críticos e historiadores de la literatura, *El Cortesano*, de Baltasar Castiglione, trasladado a nuestra lengua por Juan Boscán y publicado por vez primera en 1534 (1), pasa por uno de los mejores modelos de prosa castellana. No sólo esta consideración, ya de por sí bastante fuerte, ha movido a los editores a reimprimir un texto poco accesible hoy a la generalidad de los lectores, por ser ya rara y costosa la edición que el señor Fabié hizo imprimir en 1873 en la colección madrileña de «Libros de antaño». Les ha solicitado igualmente el interés objetivo de la obra, la brillante y acabada representación de una de las más fastuosas y espirituales cortes del Renacimiento italiano que en ella se dibuja, y lo permanente de la observación y el consejo que el autor italiano ofrece a los cortesanos de su tiempo y nación; las reglas, usos y atributos que

(1) Los Cuatro libros del Cortesano, compuestos en italiano por el conde Baltasar Castellón, y agora nuevamente traducidos en lengua castellana por Boscán. (Barcelona, por Pedro Monpezat, 1534.) En folio, gót., 113 folios, con privilegio dado en 1533. La primera edición del original italiano es la aldina de 1528, en folio.

es exige siguen siendo en esencia los que hoy pide la sociedad a todos los hombres cultos.

En su estudio acerca de Boscán, que forma el tomo XIII de la *Antología de poetas líricos castellanos*, ha dicho Menéndez y Pelayo, analizando con toda la penetración de su saber *El Cortesano* de Castiglione:

«No es mucho quizá lo que de original contiene; pero es tan hábil la adaptación de lo antiguo y su compenetración con lo moderno; tan viva y eficaz la pintura de un mundo poético y aristocrático, que una sola vez ha aparecido en la historia con este carácter de elegancia y perfección; tan rico y expansivo, y al mismo tiempo tan delicado el tipo de hombres que presenta; tan varia e intensa la cultura que en sus diálogos rebosa, y tan constante el reflejo del ideal en ellos, que bien puede estimarse la obra de Castiglione, no sólo como espejo de la vida áulica, sino como el mejor tratado de educación social en su tiempo. A pesar de su título y de ciertas anécdotas algo ligeras, no es un frívolo repertorio de buenas maneras y de trato cortesano, un manual de urbanidad como el *Galateo*, que poco después escribió Messer Giovanni della Casa, ni un decálogo de prudencia mundana sutil, pesimista y fría como los tratados de Gracián, ni mucho menos un código de egoísmo correcto y elegante inmoralidad como las cartas de lord Chesterfield a su hijo. El ideal pedagógico del conde Baltasar es mucho más alto y generoso que todo eso, y ni siquiera está enturbiado por el maquiavelismo político de su siglo. El perfecto cortesano y la perfecta dama, cuyas figuras ideales traza, no son maniqués de corte ni ambiciosos egoístas y adocenados que se disputan en oscuras intrigas la privanza de sus señores y el lauro de su brillante domesticidad. Son dos tipos de educación general y am-

PRÓLOGO

pliamente humana, que no pierde su valor aunque esté adaptada a un medio singular y selecto, que conservaba el brío de la Edad Media sin su rusticidad, y asistía a la triunfal resurrección del mundo antiguo sin contagiarse de la pedantería de las escuelas. La educación, tal como la entiende Castiglione, desarrolla armónicamente todas las facultades físicas y espirituales sin ningún exclusivismo dañoso, sin hacer de ninguna de ellas profesión especial, porque no trata de formar al sabio, sino al hombre de mundo en la más noble acepción del vocablo.»

Así, pues, un alto espíritu didáctico alienta en estas páginas. Al proponer la suma de conocimientos, al señalar la dirección que cumple a la inteligencia y al ingenio de su cortesano, no puede coincidir con las tendencias actuales, pero no se opone a ellas en modo alguno. Menéndez y Pelayo lo resume así:

«El programa de educación intelectual que Castiglione traza para su perfecto cortesano no abarca las ciencias naturales que entonces estaban en la infancia; no comprende la filosofía pura, a lo menos la filosofía de las escuelas, aunque de ella se muestran muy informados los interlocutores; pero es sumamente amplio en lo que toca a las letras humanas y a la teoría y práctica de las bellas artes.»

Es, en una palabra, todo el espíritu del Renacimiento lo que anima estos diálogos. Volviendo al gran historiador de nuestra literatura, en quien renacía el humanismo de aquellos siglos gloriosos, le pediremos un párrafo más:

«El libro de Castiglione está penetrado por el espíritu y por la letra de la antigüedad en todas sus páginas. Innumerables son los pasajes que espléndidamente tradujo o imitó de los poetas y prosistas más diversos, como

puede verse en el precioso comentario crítico de Cian, que justifica estas palabras, entre malignas y laudatorias, de Paulo Jovio: *«quo opere iocundissimo graecae latinaeque facultatis peramoenos flores decerpisse videtur»*. Y, sin embargo, esta obra de taracea está llena de juventud y frescura; lo antiguo aparece incrustado allí sin violencia ni esfuerzo, porque el mundo clásico no era entonces materia de erudición escolástica, sino realidad viva y presente a los ojos de aquellos hombres que tenían en él la verdadera patria de su alma. Pero al mismo tiempo vivían intensamente de la vida de su tiempo...»

Vivo y animado como pocos es el mundo que en *El Cortesano* se nos presenta. Históricos son los personajes que en derredor de la duquesa Isabel Gonzaga, esposa de Guidobaldo da Montefeltro, hija y hermana de marqueses de Mantua, celebrada por los más altos ingenios de su época, platican acerca de las cualidades que el cortesano y la dama tienen que reunir para tocar a la perfección. Pedro Bembo, Bernardo Divizio de Bibiena y Federico Fregoso, que fueron después cardenales; Octaviano Fregoso, luego Dux de Venecia, y Juliano de Medicis, hijo de Lorenzo el Magnífico y hermano de León X; el duque de Urbino, Francisco María della Rovere, Bernardo Accolti, llamado el Único Aretino, son, entre otros de menor fama, los interlocutores de este diálogo que termina Pedro Bembo con una suavísima oración penetrada de las doctrinas platónicas y místicas dominantes en los más cultivados espíritus de la Italia de los grandes Papas.

El autor, Baltasar Castiglione, nació en Casático, territorio de Mantua, el 6 de diciembre de 1478; hizo serios estudios literarios, y después de una estancia en la corte milanesa de Ludovico el Moro, pasó al servicio de Fran-

PRÓLOGO

cisco Gonzaga, duque de Mantua, con quien hizo la expedición a Nápoles, separándose de él después de la victoria de los españoles en Garellano para seguir a Guidobaldo da Montefeltro, duque de Urbino, que estaba al lado de Julio II y le llevó después a su corte, intelectual y fastuosa entre todas. En ella siguió, muerto Guidobaldo, al servicio del nuevo duque Francisco María della Rovere; le acompañó en la guerra contra los venecianos, y desempeñó embajadas urbesinas ante Enrique VII de Inglaterra y ante el Sacro Colegio, bajo el pontificado de León X. Cuatro años estuvo casado, desde 1516, con Hipólita dei Torelli, que le dió tres hijos. Fué nuevamente embajador del marqués de Mantua, Federico Gonzaga, cerca del papa Clemente VII, y éste le mandó como enviado junto a Carlos V. Hallábase Castiglione con el emperador cuando ocurrió el saco de Roma. Creyóle desleal el pontífice, pero luego depuso su enojo; Carlos, entretanto, le hizo súbdito español, y llegó a ofrecerle el obispado de Avila. Para mostrar su adhesión al pontificado escribió Castiglione contra el heterodoxo Alfonso de Valdés. Quedan de él asimismo admirables cartas y varias poesías, una de las cuales, si la atribución a su pluma es cierta, el soneto *Superbi colli...* tuvo larga fortuna en España. Pero ninguno de sus escritos logró la celebridad y estimación de *El Cortesano*, traducido muy pronto a los principales idiomas europeos. Murió Castiglione en Toledo el 7 de febrero de 1529; su cuerpo fué trasladado a Italia. Un famoso lienzo de Rafael, conservado en el Museo del Louvre, nos ha trasmitido sus rasgos.

Boscán tradujo este libro por consejo de Garcilaso que le antepuso una carta, única muestra de prosa que ha llegado a nosotros del poeta de las églogas. Tan perfecta

PRÓLOGO

es la labor de Boscán y tan superior a sus versos, que alguien ha llegado a atribuírsela a Garcilaso mismo; pero nada serio puede aducirse en sostenimiento de tal opinión.

Del texto italiano, la edición hecha por Vittorio Cian es la más autorizada; los estudios de Cian, acerca de Castiglione, son igualmente de importancia reconocida.

En esta reimpresión se ha seguido el texto del señor Fabié, conforme a la primera edición de Barcelona, conservándole su ortografía, sin modificar más que algunas palabras cuando no se había de alterar por ello el valor fonético. De alguna palabra poco usual se ha puesto al lado la explicación entre [corchetes]. Por ser de menor interés hemos suprimido el libro II íntegro, dando, sin embargo, un somero análisis de él. Se han suprimido también los prólogos generales y dedicatorias. Con esto se aligera el libro y se hace más asequible a la generalidad de los lectores, sin que se le prive de nada esencial.

PRIMER LIBRO DEL CORTESANO,

DEL CONDE BALTASAR CASTELLON,

A MICER ALFONSO ARIOSTO;

Traducido de italiano en castellano.

PRÓLOGO

Mucho tiempo he dudado cuál de dos cosas sería para mí más difícil, o negaros aquello que tan ahincadamente me habeis pedido muchas veces, o disponerme a hacello como mejor pudiese. Por una parte me parecia muy áspero negar yo cosa alguna, en especial buena, a persona a quien en extremo amo y de quien en extremo me siento ser amado, y por otra juzgaba por cosa desconvinible, a quien teme las justas reprehensiones quanto temer se deben, emprender lo que no esperase poderse llegar al cabo. En fin, despues de muchos debates he determinado probar cuánto en esto pueda ayudar a mi diligencia la ascion y el deseo grande de servir, con el qual en las otras cosas tanto suele ser acrescentada la industria de los hombres. Así que, señor, vos me mandais que yo escriba cuál sea (a mi parecer) la forma de cortesania más conveniente a un gentil cortesano que ande en una corte para que pueda y sepa perfectamente servir a un príncipe en toda cosa puesta en razon, de tal manera que sea dél favo-

recido y de los otros loado, y que, en fin, merezca ser llamado perfeto cortesano así que cosa ninguna no le falte. Por eso, considerando yo tal mandamiento, digo que si a mí no me pareciera mayor mal ser de vos tenido por poco amigo que de los otros por poco sabio, sin duda yo me escusara de esta fatiga, temiendo no me juzgasen por loco todos aquellos que conocen cuán recia cosa sea entre tanta diversidad de costumbres como se usan por las cortes de los reyes cristianos escoger la más perfeta forma y casi la flor de esta cortesanía. Porque la costumbre hace que muchas veces una misma cosa agora nos parezca bien y agora mal; por do suele acontecer que los usos, las costumbres, las cerimonias y los modos que en un tiempo estuvieron en mucha estima vengán a ser despreciados, y por el contrario, los despreciados vengán a ser tenidos en muy gran precio. Por esto se ve claramente que el uso tiene mayor fuerza que la razon para introducir en nosotros cosas nuevas y destruir las viejas, de las cuales el que quiere juzgar la perficion hartas veces se engaña. Así que, conociendo yo esta dificultad y muchas otras en la materia que agora he de tratar, soy forzado a dar algunas desculpas, y protestar que este error (si con todo se pudiere decir error) sea de entrambos; por manera que si de esto reprehension alguna se me recreciere, también os quepa a vos parte de ella, que no menor culpa será la vuestra en haberme dado cargo desigual a mis fuerzas que la mía en habelle acetado.

Vengamos ya, pues, a dar principio a lo que agora nos es propuesto, y si posible fuere, formemos un cortesano tal que el príncipe que mereciere ser del servido, aunque alcance pequeño estado pueda llamarse muy gran señor. Yo en este libro no seguiré una cierta orden o regla de preceitos, la cual los que enseñan cualquier cosa suelen seguir comúnmente; mas (según la costumbre de muchos antiguos) renovando una

EL CORTESANO

agradable memoria recitaré algunas pláticas que entre algunos singulares hombres sobre semejante propósito verdaderamente pasaron, en las cuales, aunque yo no haya sido presente (por hallarme entónces cuando esto pasó en Inglaterra), trabajaré agora, cuan puntualmente la memoria me sufriere, de acordallas segun poco despues que fui vuelto las supe de persona que muy fielmente me las contó, y con esto veréis lo que creyeron y juzgaron en esta materia hombres ecelentes y de muy gran fama, a cuyo juicio en toda cosa se puede dar mucha fe. Hará tambien a nuestro propósito, por llegar ordenadamente al fin do nuestra habla se endereza contar la causa por donde estas pláticas se levantaron.

CAPÍTULO PRIMERO

En que se da noticia de la nobleza de la casa y córte del Duque de Urbino, y cuán noble y valeroso señor fué el duque Federico, cuya nobleza y virtudes heredó el hijo llamado Guidubaldo, en cuya casa y córte pasaron todas las pláticas y materias que se tratan en este libro entre los cortesanos y damas de su palacio, y pone las causas dello.

CASI en medio de Italia, a un lado de las montañas llamadas del Apennino, hacia el golfo de Venecia, está puesta (como todos saben) la pequeña ciudad de Urbino, la cual, aunque esté entre sierras, y no tan apacibles como por ventura son otras que vemos en muchas partes, ha alcanzado la influencia del cielo tan favorable, que toda su tierra al derredor es fertilísima y llena de muchos frutos. De manera que, demás de tener el aire muy sano, se halla abundantísima de toda cosa que sea menester para el vivir humano. Pero entre sus mayores bienaventuranzas, tengo yo por la más principal que de mucho tiempo acá siempre ha sido señoreada de muy buenos y valerosos señores. No embargante que en los universales daños de las guerras de Italia se haya visto también esta ciudad, como las otras, por algún tiempo sin este bien. Mas no volviendo muy atrás, podemos probar esta bienaventuranza suya con la gloriosa memoria

del duque Federico, el cual, en sus días, ennobleció y honró a toda Italia, y entre los que agora viven no faltan verdaderos y ecelentes testigos de su prudencia, de su humanidad, de su justicia, de su liberalidad, de su ánimo nunca vencido, y de su saber y arte en la guerra, de la cual, en especial, hacen fe sus tantas vitorias, su tomar de lugares inespunables, su presteza en las empresas y el haber muchas veces con muy poca gente desbaratado grandes y poderosos ejércitos y nunca jamás haber perdido batalla. De suerte que podemos con mucha razón igualalle a muchos de los antiguos famosos. Este señor, demás de otras muchas cosas que hizo dinas de ser loadas, edificó en el áspero asiento de Urbino una casa (según opinion de muchos), la más hermosa que en toda Italia se hallase, y así la forneció de toda cosa oportuna, que no casa, mas ciudad parecía, y no solamente de aquello que ordinariamente se usa, como de vajillas de plata, de aderezos de cámara, de tapicería muy rica, y de otras semejantes cosas la proveyó, mas por mayor ornamento la ennobleció de infinitos bultos de los antiguos de marmo y de bronzo, de pinturas singularísimas y de todas maneras de instrumentos de música, y en todo ello no se pudiera hallar cosa común, sino escogida y muy escelente.

Tras esto, con mucha costa y diligencia juntó un gran número de muy singulares y nuevos libros griegos, latinos y hebraicos, y guarneciólos todos de oro y de plata, considerando que ésta era la mayor escelencia de todo su palacio. Al cabo, siguiendo su natural curso, ya de sesenta y cinco años murió con tanta gloria con cuanta siempre habia vivido. Dejó por sucesor suyo un solo hijo varon de diez años que sin madre le habia quedado, el cual se llamó Guidubaldo. Éste pareció no ménos heredero de las virtudes de su padre que del Estado y luégo con ma-

ravillosa disposicion y habilidad de ingenio comenzó a dar tan grande esperanza de sí, cuanta no parecia que se pudiese tener de hombre mortal alguno. De suerte que todos concluian que ninguna cosa habia hecho el duque Federico de mayor escelencia que haber dado al mundo un tal hijo. Mas la fortuna, invidiosa de tanta virtud, con toda su fuerza se puso en contrastar a tan gran principio. De tal manera que no habiendo aún llegado el duque Guido a edad de veinte años cayó malo de gota, la cual con muy graves dolores, creciendo siempre, tanto en todos los miembros en breve tiempo le cargó, que ni estar en pié ni menearse podia; y así uno de los más hermosos y bien dispuestos cuerpos del mundo quedó en su verde edad desfigurado y perdido. Y no contenta aún desto la fortuna, en todo le fué tan contraria, que muy pocas veces llegó él al cabo cosa que desease. Y puesto que no le faltaba gran prudencia de juicio ni maravilloso esfuerzo ni constancia de ánimo, no por eso todo lo que comenzaba, así en los hechos de guerra, como en toda otra cosa, o pequeña o grande, dejaba siempre de sucedelle mal. Y desto dan testimonio muchas y diversas desdichas suyas, las cuales él de continuo con tan buen corazon sufrió, que nunca de la fortuna su virtud fué vencida. Antes él con mucho valor despreciando siempre su mala dicha, así en las enfermedades como sano, y en las adversidades como bien fortunado, con grande autoridad y reputacion vivió. De manera que aunque fuese tan doliente como hemos dicho, siguió la guerra con muy honrados partidos. Primeramente en servicio de los serenísimos reyes de Nápoles, Alfonso y Fernando menor; despues con el papa Alexandre VI, y con venecianos y florentines. Tras todo esto, subido al pontificado Julio II, fué capitan de la Iglesia, en el cual

tiempo, siguiendo su costumbre, procuraba sobre todo que su casa estuviese siempre llena de caballeros principales y valerosos, con los cuales muy familiarmente trataba, gozando de la conversación dellos, y en todo esto no era menor el placer que él daba que el que recibía, por ser muy docto en la lengua latina y en la griega, y tener, juntamente con la afabilidad y buena conversacion, mucha noticia de muchas cosas. Y demas desto, tanto la grandeza de su corazon le encendia, que aunque él no pudiese con su persona ejercitar las cosas de caballeria (como en otro tiempo habia hecho), a lo ménos holgaba en extremo de vellas ejercitar a los otros; y con buenas palabras, agora corrigiendo y agora alabando a cada uno segun los méritos, claramente mostraba cuán grande juicio fuese el suyo en semejantes ejercicios. Desto procedia que en justas, en torneos, en saber menear un caballo y en jugar toda suerte de armas, asimismo en fiestas, en burlas, en música, y finalmente, en todas las cosas convenibles a caballeros de alta sangre, cada uno se esforzaba de mostrarse tal cual convenia a compañía tan escogida. Repartíanse, pues, todas las horas del dia en honrados y deleitosos ejercicios. Mas porque el Duque por su dolencia solia ordinariamente irse a echar temprano, todos tenian por costumbre de pasarse en aquella misma hora a la Duquesa, adonde hallaban siempre a Emilia Pía, la cual por ser de tan vivo ingenio y buen juicio, como sabeis, parecia maestra de todos en dar a cada uno el seso y el arte y el valor que convenia. Así que, juntados allí los unos y los otros, nunca faltaba buena conversacion entre ellos, así en cosas de seso como en burlas, y cada uno en su semblante venía lozano y alegre, de tal manera que por cierto aquella casa se pudiera llamar la propria casa del alegría. Yo no creo

que jamas en otro lugar tan perfectamente como en éste se viese cuán grande fuese el deleite que se recibe de una dulce y amada compañía. Porque dejando aparte la honra que era para cada uno de nosotros servir a tal señor como el que arriba dije, a todos en nuestros corazones nacia un estraño contentamiento cada vez que delante la Duquesa veníamos, y parecia que ella era la que a todos nos tenía en una conformidad de amor juntos y atados, de suerte que nunca concordia de voluntad o amor de hermanos fué mayor que el que allí era entre nosotros.

Lo mismo se hallaba entre aquellas señoras que allí estaban, con las cuales teniamos una suelta y honesta conversacion, porque cada uno podia asentarse y hablar y burlar y reir con quien le parecia. Pero tanto era el acatamiento que se tenía a la Duquesa, que la misma libertad era un muy gran freno, y no habia ninguno de nosotros que no tuviese por el mayor placer de todos servilla, y por el mayor pesar enojalla, y de aquí se seguia que la mucha libertad no quitaba la buena crianza. Las burlas y las risas en presencia della, demas de ser vivas y graciosas, traian consigo una dulce y honrada autoridad.

Aquella templanza y grandeza que en todos los hechos y palabras y ademanes della se mostraban burlando y riendo, hacian que aún de quien nunca otra vez la hubiese visto fuese tenida por muy gran señora; y así imprimiendo ella todo esto en los que le estaban cerca, parecia que a todos traia templados a su propria calidad y punto, de manera que cada uno se esforzaba a seguir el estilo conforme al della, tomando de una tal y tan gran señora reglas de buenas costumbres y crianza. Mas, en fin, todas sus grandes calidades yo no entiendo agora de

escribillas, pues no hace a nuestro propósito, y pues son harto más conocidas en el mundo de lo que yo podría decir, y si algunas virtudes suyas pudieran por ventura en algun tiempo estar encubiertas, la fortuna, casi maravillándose de tantos bienes, ha querido con muchas adversidades y tentaciones de desdichas descubriellas, por mostrar que en un tierno corazón de mujer pueden la prudencia y la fortaleza hacer compañía con la hermosura y hallarse todas aquellas virtudes, que aún en los hombres muy sustanciales y graves pocas veces se hallan.

Pero dejando esto, digo que la costumbre de los caballeros de aquella casa era irse luego después de haber cenado para la Duquesa, adónde, entre otras muchas fiestas y músicas que continuamente allí se usaban, algunas veces se proponían algunas sotiles quisiones, y otras se inventaban algunos juegos ingeniosos, a la voluntad agora del uno y agora del otro, con los cuales los que allí estaban enamorados, descubrían por figuras sus pensamientos a quien más les placía. Alguna vez se levantaban disputas de diversas cosas, o se atravesaban motes entre algunos. Y así holgaban estrañamente todos con esto por estar (como he dicho) aquella casa llena de muy singulares hombres, entre los cuales (como sabeis) eran los más señalados Otavian Fregoso, Micer Federico su hermano, el manífico Julian de Médici, Micer Pietro Bembo, Micer César Gonzaga, el conde Ludovico de Canossa, Gaspar Pallavicino, Ludovico Pío, Morello de Ortona, Pietro de Nápoles, Micer Roberto de Bari, y otros muchos caballeros, sin los que iban y venían, que, aunque no ordinariamente, la mayor parte del tiempo allí se hallaban: estos eran Micer Bernardo Bibiena, el único Aretino, Juan Cristoforo Romano, Pero Monte, Therpandro, Micer Nicolás Phrigio. De manera que nunca en

aquella casa faltaban los más ecelentes ingenios en cualquiera facultad que en Italia se hallasen, como poetas, músicos y otras suertes de hombres para holgar.

Así que habiendo el Papa Julio II con su presencia y con ayuda de franceses reducida Boloña a la obediencia de la Sede Apostólica en el año de mil y quinientos y seis, y volviéndose a Roma, pasó por Urbino, adónde, cuan honradamente y con cuan largo y magnífico aparato se pudiera hacer en la más principal ciudad de Italia, fué recibido; de suerte que no solamente el Papa, mas todos los Cardenales y los otros cortesanos quedaron en extremo satisfechos. Hubo algunos tan contentos de la conversacion de aquellos caballeros que allí hallaron, que, partiéndose el Papa y la córte, se quedaron muchos dias en Urbino. En este tiempo, no sólo se usaba el estilo acostumbrado de las fiestas y otros placeres ordinarios; mas cada uno tenía diligencia en añadir algo por su parte, en especial en los juegos, los cuales cada noche se trataban.

La órden dellos era ésta: que luégo llegados todos delante la Duquesa, se asentaban a la redonda, cada uno a su placer o como le cabia, y al asentar poníanse ordenadamente un galan con una dama hasta que no habia más damas, porque casi siempre eran más ellos. Despues, como le parecia a la Duquesa se regian, la cual las más veces daba el cargo de gobernar a Emilia. Así que el día despues de la partida del Papa, estando todos a la hora acostumbrada en el lugar ya dicho, despues de muchas pláticas buenas y de mucho gusto, la Duquesa ordenó que Emilia comenzase aquella noche los juegos, la cual, despues de habello rehusado un rato, dijo. Señora, pues a vos os parece que yo sea la que agora he de dar el comienzo a esto, yo, no pudiendo por ninguna via

dejar de obedeceros, determino de levantar un juego, del cual pienso llevar poca reprehension y ménos fatiga, y será que cada uno proponga a su voluntad un juego que hasta aquí nunca se haya visto, y que despues se escoja el que parezca mejor. Diciendo esto volvióse a Gaspar Pallavicino dándole el cargo de proponer primero, el cual luégo así respondió. A vos toca, señora, decir primero el juego que más os contentáre. Ya yo le he dicho, respondió ella, y en esto volvióse a la Duquesa suplicándole que mandase a Gaspar Pallavicino que obedeciese. La Duquesa entónces riendo dixo a Emilia. Porque todos de aquí adelante os obedezcan, yo os hago desde agora mi lugartiniente y os doy todo mi poder.

Estraña cosa es ésta (respondió Gaspar Pallavicino) que siempre las mujeres se escusen de fatigas, por cierto razon sería procurar de saber a lo ménos la causa desto. Mas por no ser yo el primero que desobedece dejaré esto para otro tiempo y diré lo que agora hace al caso, y así comienzo. A mí me parece que nuestros juicios, así en amar como en todas las otras cosas, son diferentes, y por esto acontece muchas veces que lo que el uno tiene por muy bueno el otro lo tenga por muy malo. Pero, no embargante esto, todos se conforman en seguir siempre y apreciar mucho la cosa amada. Por manera que suelen los enamorados, con su demasiada aficion, engañarse tanto, que piensan que aquella persona que aman sea sola en el mundo perfecta. No podemos decir que éstos no se engañen, pues nuestra naturaleza no admite perficiones tan acabadas como ellos imaginan, ni hay nadie a quien alguna cosa no falte. Pues luégo yo sería de parecer que nuestro juego fuese que dixese cada uno cuál virtud o perficion querría que especialmente tuviese su dama, y pues no se puede alcanzar que haya perso-

na en el mundo sin alguna falta, ya que esto ha de ser, cuál tacha en ella sufriría con ménos pena. Y en esto veremos cuál de los que aquí estamos sabrá hallar virtudes más ecelentes y provechosas, y vicios más tolerables y ménos dañosos para quien ama y para quien es amado.

En acabando de decir esto Gaspar Pallavicino, señaló Emilia a Constanza Fregosa (porque era la segunda que allí por órden estada asentada) que dijese. La cual ya se aparejaba para hablar, pero la Duquesa la atajó diciendo que pues Emilia no habia querido tomar trabajo en hallar algun juego, tampoco era razon que las otras le tomasen, sino que todas igualmente gozasen de la misma libertad, en especial siendo tantos los hombres que allí estaban, que no habia peligro que faltasen juegos. Así se hará, respondió Emilia, y diciendo a Costanza Fregosa que no hablase dió el cargo de hablar a César Gonzaga, el cual así dixo:

Quien con diligencia consideráre todos nuestros hechos, hallará siempre en ellos diversas faltas, y es porque la natura, así en esto como en todo lo demas es vária; al uno ha dado lumbre de razon en una cosa y al otro en otra. De aquí es que sabiendo éste lo que aquél no sabe y siendo inorante en lo que el otro entiende, cada uno fácilmente conoce el error de su compañero y no el proprio; y, así, a todos nos parece que somos muy sabios, y más por ventura en aquello en que somos más locos; y por eso hemos visto en esta casa que muchos que al principio fueron tenidos por hombres de muy gran seso, despues cayeron en opinion de perdidos. De lo cual ha sido causa la diligencia que cada uno de nosotros ha siempre tenido en escudriñar y levantar la locura del otro, y esto parece que es como lo que (segun fama) acaece en la Pulla con los que están mordidos de un animal que allí

se llama la tarántola. Para la cura destos se inventan muchos instrumentos de música, y andan con ellos mudándoles muchos sonos, hasta que aquel humor, que es causa de aquella dolencia, por una cierta conformidad que tiene con alguno de aquellos sonos, sintiendo el que más cuadra a su propria calidad, súpitamente movido, tanto mueve al enfermo, que mediante este movimiento le reduce a su verdadera salud. Así nosotros, cuando en alguno sentimos alguna ascondida fuerza de locura, tan sotilmente y con tantas razones y consejos y artes la despertamos, que en fin conocemos muy bien hácia dónde se encamina. Despues, entendido el humor, tanta priesa le damos y así la meneamos y revolvemos, que luego la hacemos llegar al perfeto punto de manifiesta locura. Y así los unos salen locos en hacer versos, los otros en ser muy músicos, algunos en amores, otros en danzar y bailar, quién en menear un caballo, quién en jugar de armas, cada uno, en fin, segun su vena, y desto (como sabeis) se han habido infinitos placeres. Así que tengo yo por cierto que en cada uno de nosotros hay alguna simiente de locura, la cual, si se granjea, puede multiplicarse casi en infinito. Por eso querria que nuestro juego fuese agora disputar esta materia, y que cada uno dijese, habiendo yo de enloquecer públicamente, en qué género de locura daria y sobre qué cosa se fundarian más aina mis desatinos. Esta se podrá sacar por aquellas señales o centellas de locura que cada dia salen de mí. El mismo juicio se haga en los otros, guardando la órden de nuestros juegos, y cada uno procure de fundar su opinion sobre algun verdadero argumento. El fruto que sacaremos desto será conocer nuestras faltas para mejor guardarnos dellas. Y si la vena de locura que descubriéremos fuera tan abundante, que parezca ser sin remedio,

ayudalle hemos en hacella mayor: y (segun la doctrina de fray Mariano) habrémos ganado una alma, que no habrá sido poca ganancia. Deste juego rieron mucho, y hablaron en él todos un gran rato. El uno decia: yo enloqueciera de pensar. El otro: yo de mirar. Decia otro: pues yo ya estoy loco, no sé si es de entrambas cosas. Y así hablaba cada uno lo que se le antojaba.

Entónces fray Serafin, riendo por el arte que solia, dijo: Eso sería muy larga cosa; pero si vosotros quereis yo os diré otro mejor juego, y podrá cada uno sobre él decir su parecer. ¿Por qué es que casi todas las mujeres se aborrecen con los ratones y quieren bien a las culebras? y apostar he que nadie sepa acertallo, sino yo, que sé este secreto por una estraña via. En esto ya comenzaba a decir su conseja, mas Emilia le mandó que callase, y dejando la dama que allí luégo por órden estaba asentada, señaló al Único Aretino, al cual le cabia la mano que hablase. El entónces, sin esperar más, comenzó a hablar por aquellos términos de que solia usar algunas veces, y dijo.

Yo querria ser juez con autoridad de poder con todo género de tormentos sacar la verdad de los malhechores. Y esto por descubrir los engaños de una señora harto desabrida y ingrata, la cual con los ojos de ángel y con el corazon de serpiente nunca trae la lengua conforme con el ánimo; ántes con fingida y engañosa blandura en ninguna cosa entiende, sino en hacer notomía de corazones, tanto que en aquella parte de Africa arenosa no se halla tan ponzoñosa sierpe, que tanto desee siempre henchirse de humana sangre, como esta falsa y áspera mujer, la cual no solamente con su dulce voz y blandas palabras, mas con los ojos, con la risa, con el semblante y con otras mil maneras trae asidos cuantos la oyen y la veen, y todo

esto no para más de matallos luégo. Pero pues yo no puedo, como querria, aprovecharme de los tormentos que se suelen dar de cadenas y de cuerdas y de fuego por saber una verdad, deseo a lo ménos saberla con un juego, el cual es éste: que cada uno de nosotros diga lo que le parece que significa aquella letra S que la señora Duquesa trae en la cabeza; que, aunque sea esto tambien un artificioso velo para poder engañar, por ventura le daremos agora algun entendimiento, que quizá ella hasta aquí no le haya pensado. ¿Qué sabemos si la fortuna, doliéndose de las fatigas que los hombres pasan por esta señora, la ha traído a que descubra con esta pequeña señal el entrañable deseo que tiene de matar y enterrar en congojas a quien quiera que la mira o la sirva? Rióse desto la Duquesa; mas viendo el Único Aretino que ella queria escusarse de las culpas que él le echaba, díjole: no, señora, no es tiempo agora deso. No os cabe a vos el lugar de hablar por agora. Emilia entónces volvióse al Único y díjole.

No hay nadie aquí que no os otorgue ventaja en todo, y mucho más en conocer a la señora Duquesa; y así como vos con vuestro gran entendimiento la cónocéis mejor que los otros, así tambien la amais más que todos, los cuales no pueden entender sino ciegamente cuánto ella sea perfeta; así como las aves de flaca vista, que no alcanzan a tener ojos para el sol; y por esto vuestro juicio ha de declarar esta duda, que todo lo otro sería trabajar en vano. Así que esta demanda quédese para vos solo, pues vos solo sois el que la puede sacar en limpio.

El Único en esto, después que hubo callado un poco, siéndole replicado que hablase, al cabo dijo un soneto, declarando lo que significaba aquella letra S. Muchos pensaron que entónces allí le habia hecho: mas por otra

parte pareció tan ingenioso y de tan gentil estilo, que vieron todos cómo no se pudiera hacer sino siendo muy pensado. Y así, después de habelle, los que allí estaban, alabado mucho y pasado sobre él algunas pláticas, Otaviano Fregoso, al cual le cabía ya decir su juego, en tal manera sonriéndose comenzó.

Señores: si yo quisiese afirmar que nunca en mi vida estuve enamorado, soy cierto que la señora Duquesa y la señora Emilia, aunque no lo creyesen, mostrarían creello y dirían que esto ha sido por haberme yo desconfiado de jamás poder acabar con mujer ninguna que me quisiese bien; lo cual, por cierto, yo hasta aquí no lo he trabajado con tanta fuerza que por razón deba perder ya las esperanzas de poderlo alcanzar siquiera alguna vez; ni tampoco he dejado de enamorarme porque yo me tenga en tanto o a las mujeres en tan poco que piense que no haya muchas que merezcan ser amadas y servidas de mí, mas he lo dejado de miedo de los continos llantos de algunos enamorados, los cuales, amarillos, tristes y afligidos, con gran silencio, parece que siempre traen su propio descontentamiento escrito en los ojos, y si hablan, acompañando las palabras con suspiros, continuamente tratan de lágrimas, de tormentos, de desesperaciones y de deseos de muerte. Con esto yo, si alguna vez veo en mí encendida alguna centella de amores, prestamente me esfuerzo con toda industria a matalla, no porque quiera mal a las mujeres (como piensan estas señoras), mas por lo que cumple a mi salud. Después he visto otros desta misma dolencia muy al revés de los que arriba dije, los cuales no sólo se alaban y andan ufanos cuando sus amigas los miran o les hablan bien o les muestran un blando gesto, pero todos sus males tienen por buenos y en todos hallan gusto; por manera que las rencillas, las iras y los malos

tratamientos, todo lo llaman dulce y todo les sabe bien. Estos tales tengo yo por más que bienaventurados, porque si tanto deleite hallan en los desabrimientos de amor, los cuales por los otros enamorados son tenidos por más ásperos que la muerte, pienso que en las blanduras deben sentir aquella bienaventuranza extrema que en este mundo no se halla. Así que yo querria que agora nuestro juego fuese que cada uno de nosotros dijese, habiendo de desgustarse con él su dama, ya que hubiese de ser por fuerza, cuál causa entre todas ántes escogeria que fuese la que la moviese a ello; porque si aquí se hallan algunos que hayan probado aquellos dulces desabrimientos que hemos dicho, soy cierto que por cortesía escogerán alguna de aquellas causas que tan dulces los hacen. Y, yo áun por ventura con esto, podria ser que cobrase ánimo de pasar un poco más adelante en esto de los amores, con esperanza de hallar tambien aquella dulzura, donde muchos otros hallan tantas amargas, y desta suerte no podrian estas señoras de aquí adelante reprehenderme más por hombre que no ama.

Pareció muy bien a todos este juego, y ya cada uno se aparejaba a hablar en él; pero no acudiéndoles Emilia, micer Pietro Bembo, que venía luégo por órden, así dijo:

Señores, en muy gran duda me ha puesto el juego del señor Otavian Fregoso, tratando de los desabrimientos de amor; los cuales, aunque sean diferentes, para mí a lo ménos siempre han sido de una manera en ser muy recios y darme mucha fatiga, y no creo que de mí se podria aprender cosa bastante para hacellos blandos; mas por ventura son éstos más o ménos fuertes, segun acaece ser la causa de donde nacen. Yo me acuerdo ya haber visto alguna vez aquella señora a quien yo amaba enojada conmigo por alguna sospecha vana que de mí hubiese toma-

do, o verdaderamente por otra opinion falsa que contra mí tuviese por algo que en mi perjuicio le hubiesen dicho. Esto entónces me penaba tanto que yo jurara ninguna pena poderse igualar con la mia, y el mayor dolor que en aquella hora yo sentia era padecer tan grande aflicion, no por culpa mia, sino por poco amor suyo. Otras veces la vi desabrida por cosa que supe yo que era culpa mia, y esto me llegaba tanto al alma que en aquel punto yo dijera que el pasado mal habia sido muy liviano en comparacion del que entonces sentia; y parecíame, que, haber yo enojado á la persona del mundo que más deseaba tener contenta, llevaba á todos los tormentos que pudiesen sentirse. Así que es mi voto, que nuestro juego sea que cada uno diga, habiendo de estar mal con él su dama, qué querria más, o que lo estuviese por culpa della o por culpa dél, y con esto sabrémos cuál es mayor dolor, o enojar a la persona que amais o recibir enojo della. Todos esperaban la respuesta de Emilia, cuando ella, no curando más del Bembo, se volvió a mirar Federico Fregoso, señalándole que hablase, el cual luégo así comenzó.

Señora, yo querria que mi voto agora se convirtiese en remitirme al de algun otro destes señores que aquí han hablado, que yo por mí (si me fuese lícito) de buena voluntad aprobaria algun juego de los que se han dicho; porque en verdad me parecen todos buenos; mas por no quebrar la regla dada en esto, digo, que el que quisiese loar esta nuestra córte, áun sin entrar en lo que merece la señora Duquesa, la cual con su ecelente virtud sería para levantar de tierra hasta al cielo el más bajo espíritu que en el mundo hubiese, bien podria sin ninguna sospecha de lisonja, decir que en Italia con gran dificultad se hallarian otros tantos caballeros tan singulares, no so-

lamente en su principal profesion de caballería, mas áun en otras muchas cosas, como los que agora aquí se hallan. Porque si en algun lugar hay hombres que merecen ser llamados buenos cortesanos y sepan juzgar lo que más pertenece a la perficion de buena cortesanía, ciertamente se puede bien creer que aquí están. Así que, por castigar muchos locos, los cuales piensan ser buenos cortesanos si van cargados de presuncion y hacen mil desenvolturas fuera de propósito, paréceme que hará al caso que agora sea nuestro juego escoger alguno de la compañía, el cual tome cargo de formar un perfeto cortesano, esplicando en particular todas las condiciones y calidades que se requieren para merecer este título. Y si algo se dijere que no parezca convenir a este propósito, pueda cada uno de nosotros contradecir a ello como hacen los filósofos en las disputas.

Proseguía más adelante en esto micer Federico, pero Emilia le atajó diciendo: Ese juego (si la señora Duquesa fuera servida) ha de ser por agora el nuestro. Respondió la Duquesa que le placia. Entónces todos, los unos como entre sí y los otros alto, dijeron que aquél era el mejor juego que se pudiera en el mundo hallar. Y así, sin esperar el uno la respuesta del otro, importunaban a Emilia que señalase el que habia de comenzalle. La cual, volviéndose a la Duquesa, la suplicó que determinase quién le comenzaria, porque ella no queria en esto dar su sentencia, por no mostrar cuál tenía por más suficiente en aquello, de manera que los otros quedasen injuriados. Respondió la Duquesa: como quiera que sea, vos habeis de hacer esta elecion, y guardaos de desobedecer por no dar ejemplo a los otros que hagan lo mismo.

CAPÍTULO II

Cómo fué nombrado por Emilia dama, y confirmado por la Duquesa, el conde Ludovico de Canosa para que tomase el cargo de formar un perfeto cortesano, el cual acetó el cargo, y comenzando dijo que lo primero que le pertenece al cortesano es ser de buen linaje.

EMILIA entónces, riendo, dijo al conde Ludovico de Canosa: Pues así es, por no perder más tiempo, vos, señor Conde, tomaréis agora este cargo en la manera que ha ordenado micer Federico, no porque yo os tenga por tan buen cortesano como conviene para tratar delgadamente esta materia, mas porque diciendo vos (segun de vos se espera) muchas cosas, y áun quizá todas, al revés de como se han de decir sobre esto, pienso que el juego se hará mucho mejor, porque así será forzado que cada uno os responda contradiciéndoos, lo cual no sería si otro más avisado que vos tomase este cargo, que entónces nadie podria contradecir, y así el juego sería frio.

Respondió a esto el Conde: Señora, bien seguros somos que no faltará quien contradiga a la verdad estando aquí vos presente. Rieron todos con esta respuesta un rato, y él pasó adelante diciendo. Mas yo por cierto querria mucho escusarme de este trabajo, porque me parece

muy dificultoso, y conozco en mí que lo que vos, señora, habeis dicho burlando, no deja de ser gran verdad. Dixistes que yo no supiera decir lo que conviene al que quiere ser buen cortesano, y ciertamente para probarse esto, paréceme que yo basto por testigo, porque si yo no lo soy bueno, mal sabré dar las reglas necesarias para serlo. Pero consuélame ver que no es culpa mia, y que merezco desto no ninguna o muy poca reprehension. Porque sin duda muy peor es dejar de hacer bien por no querer que por no saber; mas como quiera que esto sea, pues vos sois servida de darme este cargo, yo no puedo ni quiero rehusalle por no ir contra la orden y voluntad vuestra, la cual yo precio harto más que la mia.

Por ser, dijo entónces Micer César Gonzaga, pasada ya gran parte de la noche, en especial pues tenemos aquí agora otros muchos pasatiempos, pienso que será bien dejar eso para mañana, y así darémos espacio al Sr. Conde de pensar lo que ha de decir sobre esto, porque, a la verdad, hablar tan desapercibidamente en materia tan honda y de tantas diferencias, no puede dejar de ser muy difícil cosa.

Yo no querría, respondió el Conde, hacello como aquel que se quitó el sayo por saltar más, y saltó despues ménos, y por esto me parece gran dicha que sea tan tarde, porque con la brevedad del tiempo seré forzado a hablar poco, y tambien, no haber tenido espacio de pensar, me será descargo y hará que tenga licencia de decir lo que primero me veniere a la boca. Así que, por salir presto desta obligacion y desembarazarme ya desta carga que traigo acuestas, digo que en toda cosa hay tanta dificultad de conocer la verdadera perficion, que casi es imposible. Esto es por la diversidad de los juicios. Porque se hallan muchos que quieren los hombres habladores, y a

estos tales llaman ellos hombres de buena conversacion. Otros los desean callados y mansos. A algunos les parecen mejor los que andan siempre entendiendo en algo, y desasosegados. A otros, los que en toda cosa muestran un buen reposo y una discreta consideracion. Y así cada uno alaba o desalaba lo que se le antoja, encubriendo siempre la tacha con el nombre de la virtud que le está más junta, o la virtud con el nombre de la más junta tacha. De suerte que del descarado y soberbio dicen que es libre y valeroso; del templado, que es seco; del necio, que es bueno; del malicioso, que es sabio, y así de todos los otros. No embargante esto, yo tengo por cierto que cualquier cosa tiene su perficion, la cual podrá con razonables argumentos ser conocida por quien de aquella tal cosa tuviere noticia. Y porque (como he dicho) la verdad muchas veces está encubierta, y yo no presumo de tener el conocimiento necesario para conocella siempre, yo no puedo alabar sino aquella suerte de cortesanos que tengo en más, y aprobar lo que segun mi poco juicio me parece más conforme a lo verdadero. Mi opinion seguilla heis si os parece bien, y si no, aterneis a la vuestra si fuere diferente de la mia, y en tal caso no defenderé yo mi razon porfiándola mucho; porque no solamente a vosotros os puede parecer una cosa y a mí otra, mas yo mismo puedo tener sobre un mismo caso en diversos tiempos diferentes juicios.

Quiero, pues, quanto a lo primero, que este nuestro cortesano sea de buen linaje; porque mayor desproporcion tienen los hechos ruines con los hombres generosos que con los bajos. El de noble sangre, si se desvía del camino de sus antepasados, amancilla el nombre de los suyos, y, no solamente no gana, mas pierde lo ya ganado; porque la nobleza del linaje es casi una clara lámpa-

ra que alumbra y hace que se vean las buenas y las malas obras; y enciende y pone espuelas para la virtud, así con el miedo de la infamia como con la esperanza de la gloria. Mas la baja sangre, no echando de sí ningún resplandor, hace que los hombres bajos carezcan del deseo de la honra y del temor de la deshonra, y que no piensen que son obligados a pasar más adelante de donde pasaron sus antecesores. Muy al revés desto son los de gran linaje, porque tienen por gran vergüenza no llegar a lo ménos al término do los suyos llegaron. Por eso acontece casi siempre que los más señalados en las armas y en los otros virtuosos ejercicios vienen de buena parte; y es la causa de esto, que la natura en aquella secreta simiente que en toda cosa está mezclada, ha puesto y enjerido una cierta fuerza y propiedad de su principio para todo aquello que dél procede, por manera que lo que nace tiene semejanza a aquello de donde nace. Esto no solamente lo vemos en las castas de los caballos y de otros animales; mas aún en los árboles, los cuales suelen las más veces echar las ramas conformes al tronco; y, si alguna vez yerran desto, es por culpa de quien los granjea. Lo mismo es en los hombres, los cuales si alcanzan quien los crie bien, casi siempre se parecen a aquellos de donde proceden, y aún acaece muchas veces salir mejores; pero si les falta la buena crianza, hácese como salvajes; y, de no ser bien granjeados, nunca en el árbol se maduran; verdad es que o por la buena constelacion o por la buena naturaleza nacen algunos acompañados de tantas gracias, que parece que no nacieron, sino que fueron hechos por las propias manos de Dios puramente sin otro medio, y ennoblecidos de todos los bienes del alma y del cuerpo. Al contrario destos se veen otros tan necios y desconcertados, que no se

ha de creer sino que la natura por despecho o por burla los echó en el mundo.

Estos así como pocas veces, ni por mucho trabajo que en ello pongan ni por muy buena crianza que reciban, pueden llevar buen fruto; así los otros con poca fatiga suben al más alto grado de excelente perficion. Y por daros un ejemplo, mirá al Sr. D. Hipólito Deste Cardenal de Ferrara, el cual ha alcanzado tan próspero nacimiento, que su persona, su semblante, sus palabras y todos sus movimientos son con tanta gracia y tan conformes a lo que más conviene, que, aunque sea mozo, es de tanta autoridad, que más parece aparejado para mostrar a los otros que para aprender de ninguno; asimismo en el tratar con hombres y con mujeres de cualquier calidad, en el burlar y en el reir es tan dulce y tan gracioso, que cuantos le hablan o le veen le quedan luégo aficionados para siempre.

CAPÍTULO III

En el cual se prosigue la plática sobre lo del buen linaje, en que hay sutiles contradicciones y hermosas réplicas, añadiendo primero el Conde a su cortesano que sea de claro ingenio y gentil hombre de rostro y de buena disposición de cuerpo.

VOLVIENDO a nuestro propósito, digo que entre este singular dón de naturaleza y aquella bestial necesidad de que arriba hemos hecho mención, hay un cierto medio; de manera que los que no son así de tan perfecto natural, pueden con industria corregir en gran parte sus faltas. Y así nuestro Cortesano, demás del linaje, quiero que tenga favor de la influencia de los cielos en esto que hemos dicho, y que tenga buen ingenio, y sea gentil hombre de rostro y de buena disposición de cuerpo, y alcance una cierta gracia en su gesto, y (como si dijésemos) un buen sango [sangre] que le haga luego a la primera vista parecer bien y ser de todos amado. Sea esto un aderezo con el cual acompañe y dé lustre a todos sus hechos, y prometa en su rostro merecer el trato y la familiaridad de cualquier gran señor.

Aquí, no esperando más, Gaspar Pallavicino dijo. Porque nuestro juego traiga la forma que concertamos, y no parezca que se tenga en poco la facultad a nosotros dada de contradecir, digo que (según mi opinión)

no es tan necesario (como afirmáis) el buen linaje en el cortesano, ántes si yo pensase decir en esto cosa nueva, yo os traería por ejemplo muchos, los cuales, siendo de muy alta sangre, han sido llenos de vicios, y, por el contrario, otros de ruin linaje que con su virtud han autorizado a sus descendientes. Y si fuese verdad lo que habeis dicho, que en todas las cosas está puesta una secreta fuerza de la primera simiente, sin duda todos seríamos de una misma calidad y condición por haber procedido de un mismo principio; y así también hubiera habido igualdad en los linajes. Pero creo yo que son otras muchas las causas destas nuestras diversidades y altezas y bajezas de grados; entre las cuales pienso que es la fortuna la más principal; porque en todo lo del mundo la vemos señorear, y tomar casi por un pasatiempo levantar hasta el cielo sin ningunos méritos a los que se le antoja, y enterrar en lo más bajo a los que más merecieran ser ensalzados. Yo cierto bien os confieso lo que decis del próspero nacimiento de aquellos que nacen ya dotados de los bienes del alma y del cuerpo; mas esto así se vee en los de ruin como en los de buen linaje. Porque la natura no distingue tan sotilmente estas cosas, ántes (como ya dije) a cada paso se hallan en hombres bajos dones naturales de mucho precio.

Así que, tomado por fundamento que esta nobleza no se alcanza ni por ingenio ni por fuerza ni por arte, y que más ayna se ha de agradecer a la virtud de nuestros antepasados que a la nuestra, pienso que es muy gran sinrazon querer que nuestro *Cortesano*, por no ser generoso, haya de perder por eso su valor y la nobleza propia de su espíritu, y que no le basten harto para hacelle perfeto las otras calidades que habeis nombrado, como son ingenio, hermosura de rostro y buena disposicion de

cuerpo, y aquella gracia que le haga luégo a la primera vista agradable a todo el mundo.

No niego yo, dijo entónces el conde Ludovico, que áun en los hombres bajos no puedan reinar las mismas virtudes que reinan en los de alta sangre; mas sin replicar lo que ya hemos dicho, ni traer otras muchas razones que se hallarían en loor desta nobleza, la cual siempre en todo el mundo ha alcanzado con harta razon muy gran honra, porque justo es de los buenos nacer los buenos, me parece a mí que habiendo nosotros de formar un cortesano sin tacha, es necesario hacelle de buen linaje, Y esto no solamente por muchas otras razones, mas áun por aquella buena opinion general que siempre se sigue tras la nobleza y el lustre de la buena sangre. Y si que-reis ver esto, mirá que si aquí hay dos hombres igualmente buenos cortesanos y ninguno dellos es conocido, a la hora que se sepa ser el uno hombre de linaje y el otro no, claro está que el bajo será ménos estimado, y terná necesidad de mucha diligencia y de mucho tiempo para imprimir en todos aquel buen conceto de sí que el otro, en el mismo punto que fueron informados de su sangre, dejó imprimido. Pues de cuánta importancia sea este imprimirse en la gente una buena opinion o mala, no hay quien dexé de alcanzallo. Que no curando de ir más léjos, en esta casa hemos visto notarse hombres, los cuales, siendo en extremo locos y groseros, tuvieron fama por toda Italia de grandes cortesanos, y, aunque a la postre hayan sido descubiertos, muchos dias nos trujeron engañados, y sostuvieron en nosotros aquella buena opinion de sí que luégo sin más alcanzaron, puesto que sus obras fuesen conformes a su valer poco. Hemos tambien conocido otros al principio muy poco estimados, y despues al cabo ser tenidos en mucho.

Destos engaños que se reciben son diversas las causas, entre las otras hay una muy grande, y es la tema o la determinada porfía de los señores, que, por hacer milagros, quieren a fuerza de brazos hacer valer los que ellos mismos conocen que no son para valer, y áun estos señores muchas veces tambien se engañan. Mas, porque todo el mundo los sigue y les aprueba cuanto hacen, suele comunmente del favor dellos nacer gran fama, a la cual por la mayor parte nuestros juicios son tan sujetos, que, si alguna vez hallan alguna cosa contra la comun opinion, piensan que no es así, sino que reciben en aquello engaño, y dudan cómo pueda ser hallarse algo que repune a lo que todos sienten, y así sospechan que debe de haber allí algun secreto, y esperan que se descubra, porque realmente tienen por cierto, que estas opiniones universales se fundan siempre sobre verdad y nacen de causas razonables. Así que visto que nuestros corazones son naturalmente aparejados a amar y a aborrecer, como se ve en las justas, en los torneos y en otros juegos donde hay alguna competencia, que allí entónces los que miran, en la misma hora se aficionan, sin saber por qué, a la una de las partes con deseo estremo que aquélla quede vencedora y la otra vencida, hemos de decir, que, acerca de la opinion que del valor y del punto de cada uno se concibe, la buena fama o la mala luégo de la primera entrada nos mueve a una destas dos pasiones. Y por eso acontece que cuando decimos nuestro parecer en algo, las más veces juzgamos con amor o con aborrecimiento. Pues luégo bien claro veis cuán importante sea este primer conceto que recibimos de las cosas, y cuánto deba trabajar de alcanzalle bueno al principio el que quiere tener nombre de buen cortesano.

CAPÍTULO IV

En el cual, concluyendo el Conde que el cortesano ha de ser de buen linaje, dice que le conviene ser diestro en el uso y ejercicio de las armas, y que debe huir el alabarse dello, sobre lo cual hay entre los cortesanos diversas razones y réplicas.

Mas dejando esto, por venir ya a particularizar algo, pienso que el principal y más propio oficio del cortesano sea el de las armas, las cuales sobre todo se traten con viveza y gallardía, y el que las tratáre sea tenido por esforzado y fiel a su señor; la fama destas buenas condiciones alcanzalla ha quien hiciere en todo tiempo y lugar las obras conformes a ello: faltar en esto, no puede ser sin infamia. Y, como en las mujeres la honestidad una vez alterada mal puede volver a su primer estado, así la reputación de un caballero que ande en cosas de caballería, si una sola vez un solo punto se daña por cobardía o otra vileza, siempre queda dañada y con mengua. Así que, cuanto más escelente fuere este nuestro cortesano en esto de las armas, tanto más merecerá ser alabado por todo el mundo. Aunque, a la verdad, yo agora no entiendo de afirmar ser necesario en él aquel perfecto conocimiento de la guerra y aquellas otras calidades que en un capitán se requieren. Sería esto meterse en

muy grandes honduras y hacer la obligación mayor que conviene. Por eso contentarnos hemos (como hemos dicho) con que sea fiel y esforzado y que lo sea siempre. Porque muchas veces se muestra más el buen corazón en las cosas pequeñas que en las grandes. Que cada día acontece en los peligros de importancia, donde hay muchos testigos, hallarse hombres que, aunque sean de poco ánimo, todavía movidos por la vergüenza o por la compañía, van adelante casi con los ojos cerrados, y satisfacen a lo que su obligación los fuerza, pero Dios sabe cómo.

Estos mismos después en las afrentas de menor aprieto donde les parece que sin ser notados pueden dejar de meterse al peligro, de buena voluntad saben acogerse y tomar la parte más segura. Pero los que, aún cuando piensan ni ser mirados ni vistos ni conocidos, muestran buen corazón y no faltan en cosa, por pequeña que sea, de la cual por alguna vía les pueda quedar sospecha de deshonor, estos tales alcanzan verdaderamente aquella virtud de esfuerzo que nosotros en nuestro cortesano buscamos. El cual con todo esto no queremos que se muestre tan fiero que continuamente traiga braveza en el rostro y en las palabras, haciéndose un león, y diciendo que *«sus arreos son las armas y su descanso el pelear»*, y amenazando al mundo con aquella ferocidad con que suelen amenazar los soldados. A estos tales con razón se puede decir lo que una gentil dama dijo una vez delante de otras muchas a un caballero que agora yo no quiero nombrar, el cual, siéndole por ella pedido que danzase, y no queriendo él aquello ni oír música ni otra ninguna cosa de las que suelen usarse entre hombres de corte, diciendo que no se pagaba de aquellas burlerías, al cabo preguntado por esta señora de qué se pagaba pues, res-

pondió con un semblante muy fiero. Yo, de pelear. Díjole ella entoncés, con una buena risa. Pues luégo agora que no hay guerra ni hay para qué seais, yo sería de parecer que os concertasen y os untasen bien, y, puesto en vuestra funda, os guardasen con los otros arneses para cuando fuédeses menester. Y con esto dejóle en su necedad, con mucha burla que hicieron todos dél. Sea luégo éste que nosotros buscamos áspero y fiero solamente cuando viere los enemigos, hállese entónces siempre con los primeros; pero en cualquier otro lugar parezca manso y templado, huyendo sobre todo la vanidad de quererse mostrar gran hombre y señalado entre todos; guárdese de alabarse desvergonzadamente, porque con esto cuantos le oyeren se moverán a ódio y a asco contra él.

Pues yo pocos hombres (respondió Gaspar Pallavicino) he conocido escelentes que no tengan por costumbre de alabarse, y paréceme que se les puede bien sufrir; porque el que se siente en sí valer, cuando se vee no ser conocido segun sus obras de los que no las saben o no las entienden, se duele que su valor así se pierda entre la gente, y hale de descubrir por fuerza en alguna manera por no carecer de su debida honra, la cual es la verdadera satisfacion de los virtuosos trabajos. Y por esto, entre los que antiguamente escribieron, comunmente el que mucho vale no deja de loarse. Yo no digo que no sean intolerables los que sin méritos se alaban; pero nosotros no hacemos cuenta que sea destos nuestro cortesano.

Si vos, dixo entonces el Conde, lo entendistes bien, yo solamente he reprehendido el alabarse el hombre desvergonzadamente y sin ninguna consideracion. Y cierto (como vos decis) no se debe tener mala opinion de un hombre señalado que templadamente se alabe; ántes ha

de ser este tal tenido por mejor testigo en aquello que otro. Bien es verdad que quien alabándose a sí mismo no parece mal, ni es pesado ni contra sí levanta mala voluntad en los que le oyen, es ciertamente en gran manera discreto, y hace tanto, que, demas del loor que él mismo se da, merece que todos los otros le loen mucho.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino. Eso nos habeis vos de mostrar.

No faltó, respondió el Conde, entre los autores antiguos quien lo mostrase; pero (segun mi opinion) lo más esencial desto consiste en decir las cosas de manera que quien las dice no parezca tener fin a vanidad, sino que las traiga tan a propósito y acudan ellas tan a su punto, que sea falta o cortedad dejar de decillas. Y en fin, el que se alabáre, hágalo de tal arte que todos piensen que querria él escusallo, no como estos bravos, que no hacen sino abrir la boca echando palabras al viento; como uno de los nuestros, que habiéndole en Pisa atravesado con una pica el muslo hasta la otra parte, dijo que no la habia sentido más que si le picára una mosca. Y otro dixo que no osaba tener espejo en su cámara, porque, cuando se enojaba, hacia el rostro tan espantoso, que si entónces se viese no podria dejar de hacerse a sí mismo muy gran miedo. Riéronse todos desto; pero atravesó César Gonzaga, diciéndoles.

Vosotros, señores, ¿de qué os reis? ¿No sabeis que Alexandre, oyendo un dia que un filósofo tenía por opinion que habia infinitos mundos, comenzó a llorar, y preguntado por qué lloraba, respondió: porque aún yo no he acabado de conquistar uno habiendo tantos? ¿Qué más dijera, si hubiera tenido propósito de conquistallos todos? ¿No os parece que ésta fué

mayor braveza que ninguna de las que aquí se han dicho?

Así Alexandre, dijo entónces el Conde, era hombre más escelente que estos de que agora hemos hablado. Las personas muy señaladas tienen licencia de presumir mucho de sí, porque quien ha de hacer grandes hechos es necesario que ose hacellos y esté de sí muy confiado; no ha de ser caído ni bajo, pero ha de ser templado en sus palabras, mostrando ménos presuncion de la que tuviere, no presuma tanto que llegue ya su presumir a locura.

Paró aquí el Conde un poco, y entónces dijo riendo micer Bernardo Bibiena. Acuérdome que arriba dijistes que este nuestro cortesano convenia que fuese gentil hombre de rostro y de cuerpo, con una gracia que le hiciese ser agradable a todo el mundo. La gracia y la hermosura del rostro ya yo sé cierto que la tengo, y por eso tantas mujeres (como sabeis) se mueren por mí de amores. De la buena disposición del cuerpo estoy algo dudoso, en especial con estas mis piernas, que por decir verdad no me parecen tan buenas como yo querria; de lo demás yo me contento harto. Así que yo deseo que vos me declareis en particular esta buena disposición de cuerpo cuál ha de ser, porque yo salga desta duda y viva de aquí adelante con el espíritu más sosegado.

Gustaron desto todos, y luégo el Conde acudió diciendo. Por cierto la gracia que decimos del rostro a vos no os falta, y áun con vos mismo, sin dar otro ejemplo, se puede muy bien mostrar cuál ella ha de ser; porque sin duda vuestro gesto se nos asienta mucho, y os quedamos aficionados en la misma hora los que os vemos, no embargante que no sois muy deli-

cado en las faciones; pero mostrais en vuestra cara una buena gravedad de hombre, y por otra parte pareceis dulce. Esta calidad es muy buena y suélese hallar en muchas y diversas formas de rostros, y, en fin, es tal cual yo la querria para nuestro cortesano; no regalada ni muy blanda, ni mujeril como la desean algunos, que no sólo se encrespan los cabellos, y, si a mano viene, se hacen las cejas, mas aféitanse y cúranse el rostro con todas aquellas artes y diligencias que usan las más vanas y deshonestas mujeres del mundo. Estos son los que en el andar y en el estar y en todos los otros ademanes son tan blandos y tan quebrados, que la cabeza se les cae a una parte y los brazos a otra, y, si hablan, son sus palabras tan afligidas que en aquel punto diréis que se les sale el alma. Y las veces que se hallan entre hombres principales, entónces se precian de usar con todas sus fuerzas estas tales blanduras (o por mejor hablar) deshonestidades. Éstos, pues la natura no los hizo mujeres, como ellos (según muestran) quisieran parecer y ser, no debrian como buenas mujeres ser estimados, sino echados como públicas rameras, no solamente de donde hubiese conversacion y trato de señores, mas áun de otra cualquier parte donde hombres de bien tratasen. Así que, viniendo agora a hablar de la disposicion de la persona, digo que basta cuanto a la estatura del cuerpo que ni sea en extremo grande ni sea en extremo pequeña, porque entrambas cosas traen consigo una cierta maravilla perjudicial, y suelen los hombres desta suerte, así demasíadamente grandes o pequeños, ser mirados casi como unos monstruos; mas si me preguntais cuál destos dos extremos escogeria yo ántes por ménos malo, deciros he que el ser muy pequeño; porque verdaderamente

los hombres estrañamente grandes, demas de ser comunmente groseros, son desmañados y inhábiles para todo ejercicio de armas y de ligereza, y no querria yo que esta tacha tuviese nuestro cortesano, ántes le conviene mucho tener la persona suelta, y por eso cumple que sea de buena disposicion y de miembros bien formados, mostrando en ellos fuerza y soltura. También es razon que sea hábil y ejercitado en todo aquello que en un buen hombre de guerra se requiere. Destas cosas ternia yo por la más principal ser diestro en toda suerte de armas a pié y a caballo, y saberse aprovechar dellas, conociendo los tiempos y las posturas, y todo aquello en que un hombre se puede aventajar de otro.

Pero entre todas las otras armas se ha de tener principalmente destreza en las que ordinariamente se usan entre caballeros; porque éstas no solamente en las guerras, a donde por ventura no hay necesidad de tantos primores, mas áun en las quistiones particulares, que suelen entre hombres honrados levantarse, son muy necesarias. En especial que acontece (como cada dia vemos) reñir y revolverse un ruido, y allí entónces las más veces no hay lugar de aprovecharse de otras armas sino de las que en aquel punto os hallais más a maho; y en tal caso está claro que, el que fuere más diestro, estará más cerca de llevar lo mejor y con ménos peligro. Y lo que algunos dicen que en las afrentas, donde más es menester, allí todo el artificio y toda la destreza se olvidan, no lo apruebo; porque, ciertamente los que en tal tiempo pierden el arte, de creer es que ya de miedo tenian perdido el corazón y el seso. Hace tambien mucho al caso (segun mi opinion) saber luchar, porque ayuda en gran manera a todas las armas de pié. Es asi-

mismo bien que entienda el cortesano para sí y para sus amigos lo necesario en carteles de batalla, y que sepa hacer buena su querella y aventajarse en los puntos que hubiere en ella, mostrándose siempre en todo esforzado y prudente. Pero no sea liviano en venir fácilmente a estos desafíos, escúselos cuanto pudiere, hasta que le fuerce la obligacion de su honra. Porque, demas del peligro que estas cosas en sí traen, quien a esto se arroja livianamente sin causa necesaria, tiene muy gran culpa y merece grave reprehension, aunque salga bien dello.

Téngase con todo en esto gran aviso, que cuando el hombre esté en los casos desta calidad ya tan adelante que no pueda tornarse atras sin vergüenza, parezca entónces en los tratos que preceden al pelear, y despues cuando peleáre, muy determinado, muestre presteza y gana y corazon. No lo haga como algunos que se les va todo el negocio en palabras y en puntos, y, tocando a ellos el escoger las armas, escogen las que no corten o que no tengan punta, y ármanse de piés a cabeza como si hubiesen de esperar doscientos tiros de pólvora, y, pareciéndoles que les basta harto no ser vencidos, no curan sino de defenderse temporizando con sus enemigos, retrayéndose y rodeando con tanta cautela o (por mejor decir) vileza, que la honra, que deste su pelear llevan, es por lo ménos grita de rapaces. Acontéceles a estos tales como a aquellos dos de Ancona que poco há se dieron campo en Perusa, y fueron reidos de todo el pueblo. ¿Quiénes fueron éstos? preguntó Gaspar Pallavicino.

Respondió César Gonzaga. Dos primos hermanos. Dijo entónces el Conde. Antes, segun pelearon, debieran de ser hermanos: y prosiguió diciendo.

Aprovechan tambien las armas en tiempo de paz para diversos ejercicios. Muéstranse y hónranse con ellas los

caballeros en las fiestas públicas en presencia del pueblo, de las damas y de los príncipes. Por eso cumple que nuestro cortesano sea muy buen caballero de la brida y de la jineta, y que no se contente con sólo tener buen ojo en conocer un caballo y ser diestro en menealle; mas aún trabaje de pasar algo más adelante que los otros en todo, de manera que se señale siempre y, como se lee de Alcibiades, que donde quiera que se hallase llevaba ventaja a todos, hasta en aquello en que ellos mayor habilidad tenían, así este de quien hablamos sea en la propia facultad de cada uno más excelente que todos aquellos con quien tratáre. De suerte que en cabalgar a la brida, en saber bien revolver un caballo áspero, en correr lanzas y en justar, lo haga mejor que los italianos; en tornear, en tener un paso, en defender o entrar en un palenque, sea loado entre los más loados franceses; en jugar a las cañas, en ser buen torero, en tirar una vara o echar una lanza, se señale entre los españoles. Pero, sobre todo, si quiere merecer aquella opinion general buena, que tan preciada es en el mundo, acompañe todas sus cosas con un buen juicio y una buena gracia. Puédense también hallar muchos otros ejercicios, los cuales, aunque no procedan derechamente de las armas, tienen con ellas muy gran deudo y traen consigo una animosa lozanía de hombre. Entre éstos son los principales la caza y la montería, que en ciertas cosas se parecen con la guerra, y sin duda son los pasatiempos que más convienen a señores y a hombres de córte, y los antiguos los usaban mucho. Si quisiéredes también no daña saber nadar, y antiguamente los hombres principales lo aprendían para muchos casos que pueden ofrecerse. Hace asimismo al caso tener habilidad en saltar, en correr, en tirar barra. Porque, demas del provecho que todo ésto hace en la

guerra, suele algunas veces atravesarse alguna porfía o competencia en semejantes cosas, y el que entónces se muestra más hábil queda mejor, especialmente en la opinion del pueblo, al cual de necesidad ha de tener respeto el hombre que quiere vivir en el mundo; y, porque lo digamos todo, es tambien un buen ejercicio el juego de la pelota, en el cual se conoce claramente la disposicion y soltura del cuerpo, y casi todo aquello que en los otros ejercicios se vee. Suele asimismo el voltear sobre una mula o un caballo parecer muy bien, y, puesto que sea trabajoso y difícil, aprovecha más que otra cualquier cosa para hacer que el hombre sea lijero y suelto; y demas de estos provechos, si se hace sueltamente y con buen ademan, es (a mi parecer) una buena vista, y holgaria yo tanto con ella como con otra fiesta.

Así que siendo nuestro cortesano en todos estos ejercicios mas que medianamente instruido y ejercitado, debe contentarse y no curar de muchos otros que hay, como son voltear en el suelo y sobre una cuerda, y otras tales cosas que no son para hombres de bien, sino para chocarreros que andan con ellas ganando dineros por el mundo.

Mas porque ejercitarse siempre en todo esto que hemos dicho, no se podria hacer sin gran fatiga, por ser ejercicios trabajosos, y también continuándose demasadamente enfadarian y perderian aquella frescura y maravilla que hay en las cosas nuevas o en las que se hacen pocas veces, es necesario mudar a ratos, y con la diversidad remediar el hastío que anda siempre envuelto en nuestra vida. Por eso quiero que nuestro cortesano se dé algunas veces a otras cosas más sosegadas y más mansas. Y así debe por no causar continamente envidia, y porque le tengan por hombre de buena conversación, hacer todo

lo que los otros hacen con tal que sea lo que hiciere honesto y virtuoso, y que él se rija siempre con tan buen juicio, que no haga necedades ni locuras, sino que burlearia, sepa estar falso, dance y se muestre en todo de tan buen arte que parezca avisado y discreto, y en nada le falte buena gracia.

CAPITULO V

En que se prosigue la plática sobre los ejercicios del cortesano. Y habiendo dicho el Conde en las pláticas pasadas que en todo lo que hiciere el cortesano lo haga con buena gracia y aire que a todos agrade, hace una pregunta Micer César Gonzaga sobre esta gracia. Sobre la cual pasan hermosas razones y réplicas.

POR cierto, dijo entónces Micer César Gonzaga, no se debria atajar esta plática, pero tambien si yo callase no me aprovecharia de la libertad que tenemos de hablar en este juego, ni tampoco sabria una cosa que deseo mucho saber. Y no me tengais a mal si yo agora, habiendo de contradecir, pregunto, que ya esto mismo lo ha hecho Micer Bernardo Bibiena, el cual de pura codicia de ser tenido por gentil hombre ha quebrantado la ley que hemos puesto en este nuestro juego que cada uno pudiese contradecir, pero no preguntar.

¿Conoceis (dijo entonces la Duquesa) cómo de un yerro solo se levantan muchos? Por eso quien yerra y da mal ejemplo, como Micér Bernardo, no solamente merece ser castigado por lo que él erró, mas áun por lo que hizo errar a los otros.

Yo, pues, señora (respondió entónces Micer César

Gonzaga) seré agora libre de la pena que mereciera, si a Micer Bernardo se ha de dar la suya y la mia.

Antes entrambos, dijo la Duquesa, habeis de ser punidos dobladamente. El de su error y de haberos a vos traído a que errádeses, y vos del vuestro y de haber seguido el suyo.

Señora, respondió Micer César, yo hasta aquí aún no he errado, y así por no participar en la culpa de Micer Bernardo, acuerdo de callar; y en esto ya callaba.

Mas Emilia le dijo riendo. Decí, señor, lo que quisiéredes, que yo, con licencia de la señora Duquesa, perdono a quien ha tenido la culpa y a quien la tuviere en cosa tan pequeña como ésa.

Acudió a esto la Duquesa diciendo. A mí me place que se haga así; mas mirá que no os engañeis pensando que es mejor la clemencia que la justicia; porque perdonando mucho a los malos se hace perjuicio a los buenos. Pero con todo, yo no quiero por agora que mi rigor, siendo contra vuestra blandura, sea causa que dejemos de oír la pregunta de Micer César.

Y así entonces él (señalándole la duquesa y Emilia que hablase) dijo. Si bien me acuerdo, paréceme, señor Conde, que vos muchas veces esta noche habeis replicado que el cortesano ha de dar lustre a todas sus obras y palabras y ademanes, y, en fin, a todos sus movimientos con la buena gracia. Esta quereis que sea la sal que se haya de echar en todas las cosas para que tengan gusto y sean estimadas. Y cierto creo yo que en esto sin mucha dificultad todos serán de vuestra opinion; porque hasta la sola fuerza del vocablo prueba que el que tiene gracia aquél agrada. Mas visto que vos habeis dicho ser esto comunmente un dón de natura, el cual, cuando no es totalmente perfeto se puede con industria y diligen-

cia mejorar; me parece a mí que los que alcanzan tan buen nacimiento y son tan ricos deste tesoro, como algunos que vemos, tienen muy poca necesidad de otro maestro. Porque la buena influencia del cielo los levanta casi a pesar dellos más alto de lo que sabrían desear, y hácelos, no solamente agradables, mas maravillosos a todo el mundo. Por eso no se ha de hablar destes, no estando en nuestra mano alcanzallo por nosotros mismos. Mas aquellos que no son de tan próspera costelación como estos otros, sino que paran en sólo tener aparejo de alcanzar esta gracia, poniendo en ello estudio y trabajo y diligencia, deseo saber con qué arte y con qué reglas puedan alcanzalla, así en los ejercicios corporales, en los cuáles, segun decís, es muy necesaria, como aún en toda cosa que se haga o se diga. Así que, pues con alabarnos tanto esta calidad, nos habeis puesto a todos extraño deseo de alcanzalla, sois obligado a decirnos qué camino hemos de llevar para llegar a ella, si quereis cumplir con el cargo que la señora Emilia os ha dado.

No sólo yo por cierto obligado, dijo el Conde, a mostraros cómo habeis de tener buena gracia; mi obligación es agora solamente de declararos cuál ha de ser un perfecto cortesano. Mas con todo esto no penseis que yo emprenda demostraros esta perfición de manera que seais ciertos de salir con ella, en especial habiendoos dicho poco ha que el cortesano habia de saber luchar, voltear y muchas otras cosas, las cuales si yo nunca las aprendí, vosotros podeis ver cómo las sabré mostrar. Podrá bien ser que así como un buen soldado, cuando há menester algunas armas, se va al armero, y le dice de qué forma, de qué talle y de qué temple las quiere; mas no por eso le muestra cómo ha de hacellas, ni amartillarlas, ni templarlas, que así agora yo tambien sepa por ventura cuál ha

de ser un cortesano perfeto; mas no mostraros cómo lo habeis de hacer puntualmente para serlo. Pero todavía por satisfacer cuanto posible me fuere a vuestra pregunta, puesto que vulgarmente se diga que la gracia no se puede aprender, digo que el que quisiere tratar los ejercicios corporales con gracia, prosuponiendo con todo que no sea naturalmente inhábil, debe comenzar temprano y tener desde el comienzo los mejores maestros que pudiere. Esto cuán importante cosa sea, bien lo dió a entender Filipo, rey de Macedonia, pues quiso que Alexandre, su hijo, tuviese por maestro desde el a, b, c, a Aristótil, tan famoso filósofo, y quizá el mayor que haya jamas habido en el mundo.

De los hombres que nosotros conocemos, mirá cuán bien y cuán agraciadamente hace todos estos ejercicios el Sr. Galeazzo San Severino, caballero mayor de Francia, y es la causa desto, demas de la natural disposicion que tiene de la persona, haberse desvelado mucho en buscar siempre buenos maestros, y tener cabe sí excelentes hombres para aprender de cada uno dellos lo mejor. De manera que como en luchar, voltear y jugar de muchas suertes de armas, ha alcanzado por guía a nuestro Pero Monte, el cual (como sabeis) es el verdadero y solo maestro de todo artificio de fuerza y ligereza, así en menear un caballo, justar y cualquiera otra cosa, ha tenido siempre delante sus ojos los más perfetos hombres que en aquellas facultades se hayan conocido. Así que quien deseáre ser buen discípulo, no sólo ha de poner diligencia en hacer bien lo que hiciere, mas áun ha de trabajar cuanto pudiere de tomar el aire y las otras cosas de su maestro, y ha de desear transformarse en él si posible fuese; y tras esto, cuando se sintiere haber ya aprovechado mucho, hará al caso estar atento en ver di-

versos hombres diestros de estas tales habilidades, y, rigiéndose con aquel buen juicio que siempre ha de llevar por guía, andar tomando, ora del uno ora del otro, diversas cosas. Y en fin, como las abejas andan por los verdes prados entre las yerbas cogiendo flores, así nuestro cortesano ha de tomar la gracia de aquellos que a él le pareciere que la tienen, y de cada uno llevar la mejor parte. Pero de tal manera, que no lo haga como un amigo nuestro a quien todos vosotros conoceis, el cual pensaba parecerse mucho al rey D. Fernando menor de Aragon; y en lo que más había siempre trabajado de parecerle, era en alzar de rato en rato la cabeza torciendo la una parte de la boca, la cual costumbre habia el Rey cobrado de una dolencia. De éstos se hallan muchos, que piensan haber hecho una gran hazaña, si alcanzan a parecerse sólo en alguna cosa a algun hombre muy señalado, y hartas veces, dejando todo lo bueno, se quedan con una sola tacha que aquél terná. Pero pensando yo mucho tiempo entre mí, de dónde pueda proceder la gracia, no curando agora de aquella que viene de la influencia de las estrellas, hallo una regla generalísima, la cual pienso que más que otra ninguna aprovecha acerca desto en todas las cosas humanas que se hagan o se digan; y es huir cuanto sea posible el vicio que de los latinos es llamado *afetacion*; nosotros, aunque en esto no tenemos vocablo propio, podrémos llamarle curiosidad o demasiada diligencia y codicia de parecer mejor que todos. Esta tacha es aquella que suele ser odiosa a todo el mundo, de la cual nos hemos de guardar con todas nuestras fuerzas, usando en toda cosa un cierto desprecio o descuido, con el cual se encubra el arte y se muestre que, todo lo que se hace y se dice, se viene hecho de suyo sin fatiga y casi sin habello pensado. De esto creo

yo que nace harta parte de la gracia; porque comunmente suele haber dificultad en todas las cosas bien hechas y no comunes, y así en éstas la facilidad trae gran maravilla, y, por el contrario, la fuerza y el ir cuesta arriba no puede ser sin mucha pesadumbre y desgracia y hacellas ser tenidas en poco por grandes que ellas sean, por eso se puede muy bien decir que la mejor y más verdadera arte es la que no parece ser arte; así que en encubrilla se ha de poner mayor diligencia que en ninguna otra cosa; porque, en el punto que se descubre, quita todo el crédito y hace que el hombre sea de ménos autoridad. Acuérdome sobre esto haber leído que ya hubo algunos escelentes oradores antiguos que artificiosamente se esforzaban a dar a entender que no tenían letras, y disimulando el saber, mostraban sus oraciones ser hechas simplemente y con pureza, según la natura y la verdad los guiaban, no con estudio ni con arte, la cual, si fuese conocida, pusiera sospecha de algun engaño en los oyentes. Veis luégo, cómo descubrir el arte y mostrar un cuidado demasíadamente atento en las cosas destruya toda la gracia.

¿Quién hay de vosotros que deje de reirse cuando nuestro micer Pier Paulo danza a su modo con aquellos saltillos y con aquellas sus piernas estiradas de puntillas, sin menear más la cabeza que si fuese un palo, y todo con tanta atencion que no parece sino que va contando los pasos? ¿Quién, por ciego que sea, no verá en esto la desgracia que trae consigo el cuidado y la gracia que se muestra en el descuido de muchos hombres y mujeres que aquí están presentes cuando, con una descuidada desenvoltura, hablando o riendo o conversando discretamente con todos no muestran dárseles nada por lo que hacen, ántes parece que sólo no se acuerdan

dello? De suerte que dan a entender tenello todo tan en la mano que ya casi no saben ni pueden errar.

En esto, no esperando más micer Bernardo Bibiena, dijo. Veis ahí cómo nuestro micer Roberto habrá ya por lo ménos caído (segun vuestras reglas) en la buena manera del danzar, aunque a todos estotros señores no les parezca así. Porque cierto, si en ello lo mejor es el descuido y el tenello todo en poco y el mostrar casi pensar más en otra cosa que en lo que se hace, yo digo que micer Roberto danza mejor que todos, pues por mostrarse muy descuidado se deja caer la capa y los pantufos, y así se va danzando sin mirar en nada.

Respondió el Conde entónces: Pues quereis que se descubran aquí agora nuestras tachas, sea mucho en hora buena. ¿Y cómo vos no sabeis que eso que en micer Roberto llamais descuido es el mayor cuidado, y (por usar del vocablo propio) la más verdadera afetacion de todas? ¿No veis vos claramente la demasiada diligencia que él pone en mostrarse descuidado? Y ese su no pensar en lo que hace es un pensar muy grande, y por eso hemos de decir que aquel su desprecio, porque pasa ya los términos de la buena medianía, es vicio, y nuestra más aina curiosidad que otra cosa, y así no puede sino parecer mal y salirle al revés de su intincion; pues por desear demasiadamente encubrir el arte la descubre. Por eso tengo yo por determinado, que esta tacha de la afetacion, o desordenado deseo de parecer bien, no está menos en el descuido que en el cuidado, si entrambas cosas esceden y pasan el medio. Ya veis que el desprecio en sí es loable; mas, si llega la cosa a dejaros caer la capa, reirse han de ello. Asimismo la diligencia y el atavío son cosas que merecen ser alabadas; mas, si están ya tanto en el extremo que ne

oseis menear la cabeza por no desconcertar el cabello, o traigais siempre con vos el peine y el espejo, o mandeis que un paje os ande a cada paso rodeando con el escobilla, vosotros mismos podeis juzgar si serán tachas. Todos éstos son puros extremos, los cuales, demas de ser viciosos, son contrarios de aquella pura y gentil llaneza que suele naturalmente asentarse en nuestros corazones. Bien habreis visto alguna vez, cuán desagraciado se muestre encima de un caballo o de una mula uno que vaya estirado en la silla y muy mesurado a la valenciana, y cuánto mejor parezca otro que ande descuidado y tan suelto como si anduviese a pie. ¿Cuánto más agrada y cuánto es tenido por más honrado un caballero que sigue la guerra si es manso y habla poco y no se alaba, que otro que está siempre loándose y con bravezas y reniegos espanta al mundo, de lo cual no puede ser otra la causa sino extrema codicia de parecer esforzado? Lo mismo acontece en todas las otras cosas que se tratan, de cualquier calidad que sean.

Dixo el manífico Julian entónces. Todo eso tambien se puede ver en la música, en la cual es muy defendido hacerse dos consonancias perfetas, la una luégo despues de la otra, tanto que nuestro mismo sentido se aborrece naturalmente con ellas y se huelga muchas veces con una segunda o con una sétima que en sí son ásperas y intolerables disonacias. Esto es, porque continuar aquellas perfetas enfada y señala una demasiada y curiosa armonía, la cual con mezclar algunas imperfetas se modera; y tambien lo bueno puesto cabe lo malo parece muy mejor, y hace estar nuestros oidos más atentos y gustar de lo perfeto con mayor gana, holgándose con aquella disonancia como con cosa descuidada.

Luégo bien veis, respondió el Conde, que en esto tambien daña la afetacion como en las otras cosas; y así hubo algunos grandes pintores antiguos que (segun se dice) tuvieron por refran la mucha diligencia ser dañosa. Y por eso Apéies reprehendió a Prothógenes, porque cuando pintaba, de nunca satisfacerse, jamás sabía quitar la mano de la tabla.

Esa misma tacha, dijo entonces micer César, tiene nuestro fray Serafin, que tampoco la quita, a lo ménos hasta que se quitan los manteles.

Rióse el Conde y prosiguió diciendo. Paréceme que Apéies queria en eso mostrar a Prothógenes que no sabía parar ni conocer lo que bastaba; lo cual todo le venía de este vicio de ser curioso y más diligente, en procurar de hacer sus obras perfetas, que era menester. Así que aquella virtud contraria a la afetacion, la cual por agora nosotros la llamaremos desprecio, demas de ser el verdadero principio de donde nace la buena gracia, trae consigo otro ornamento, con el cual toda obra nuestra si se acompaña, por pequeña que sea, no sólo descubre luégo el saber de quien la hace, mas áun muchas veces parecê mucho más de lo que es realmente. Porque en la misma hora creen los que estan presentes que quien tan descuidadamente y tan sin pena hace lo que hace, podría hacer mucho más si quisiese, y que le quedan dentro grandes secretos, y que no es nada todo aquello para con lo que haria, si en ello pusiese diligencia o cuidado. Y por replicaros agora los mismos ejemplos, mirá un hombre con una espada en la mano o con otra arma, que, si queriendo jugar della, se pone en alguna postura tan sueltamente y tan sin trabajo, que parezca hacello naturalmente, luégo con la sola facilidad del ademan se muestra diestro en aquel ejercicio. Asi-

mismo en el danzar un solo paso o un solo movimiento, que se haga con buen aire y no forzado, en la misma hora descubre el saber de quien danza. Y un músico en el cantar, con un solo grito bien entonado descansado y dulce y tal que parezca haberse hecho aquello así acaso, hace creer que sabe mucho más de lo que sabe. También en la pintura una sola raya o un solo rasgo dado con el pincel diestramente y con livianeza, de manera que se muestre la mano, sin ser guiada por el arte, irse ella misma fácilmente de suyo al término conforme a la intincion del pintor, manifiesta claramente ser bueno aquel maestro en su oficio, acerca de la opinion del cual cada uno despues se estiende segun su juicio. Lo mismo acontece casi en cualquier otra cosa.

CAPÍTULO VI

En el cual, prosiguiendo la plática, dice el Conde que en el hablar y en el escribir es muy importante aviso al perfeto cortesano huir como de pestilencia la afetacion, que es una tacha que desbarata y destruye totalmente el lustre de la buena gracia; el cual aviso se dió en el capítulo pasado por una generalísima regla. Y sobre esta materia del hablar y escribir pasa gran disputa entre los cortesanos.

A sí que nuestro cortesano será tenido por escelente y en todo terná gracia, especialmente en hablar, si huyere la afetacion; en el cual error caen muchos, y algunos nuestros lombardos alguna vez más que otros, los cuales, en estando un año fuera de sus casas, cuando vuelven, luégo hablan romano o español o francés, y Dios sabe cómo. Todo esto procede de un gran deseo de mostrarse muy sabios, y aciertan, pues, bien; porque no hacen en esto sino trabajar con todas sus fuerzas de alcanzar una estraña y aborrecible tacha. Por cierto yo recibiria agora muy gran pena si en estas nuestras pláticas quisiese usar aquellas antiguas palabras toscanas que ya en nuestros tiempos no se usan, y áun creo que vosotros os reiríades de mí si yo lo hiciese.

Claro está, dijo entónces micer Federico, que sería

malo, hablando así agora nosotros familiarmente como hablamos, servirnos de aquellas palabras que ya están fuera de uso; porque, como vos decis, fatigarian a quien las dijese y a los que las oyesen, y no serian entendidas de muchos sin harta dificultad. Pero escribiendo creeria, yo que erraria quien no se aprovechase de ellas, porque dan mucha gracia y autoridad a lo que se escribe, y compónese dellas una lengua más grave y más llena de majestad que de las modernas.

Yo no sé, respondió el Conde, qué gracia o qué autoridad puedan dar a la escritura aquellas palabras que se deben huir no solamente en el hablar comun como agora en este nuestro, lo cual vos mismo habeis confesado, mas aún en toda otra cosa que imaginarse pueda. Y porque veais mejor esto, tomá agora aquí un hombre de buen juicio que haya de hacer un razonamiento sobre alguna materia de mucha calidad en el propio senado de Florencia, que es la cabeza de Toscana, o haya en la misma ciudad de hablar privadamente con alguna persona de estado sobre negocios importantes, o con otro que sea acostumbrado de tratar cosas de gusto, o si quisierdes con damas o caballeros, burlando en fiestas o juegos o adonde quiera que se halle, o en cualquier tiempo o lugar o propósito que se le ofrezca; yo tengo por cierto que con mucho aviso se guardára de usar aquellas palabras antiguas de los toscanos, y, si por su desdicha o necedad las usáre, no se escusará de ser burlado o de hacer harto asco a quien le oyere. Paréceme luégo extraña cosa juzgar en el escribir por buenas aquellas palabras que en ninguna suerte de hablar se sufren, y querer que lo que totalmente y siempre parece mal en lo que se habla, parezca bien en lo que se escribe. Porque cierto, o a lo menos segun mi opinion, lo escrito no es

otra cosa sino una forma de hablar que queda despues que el hombre ha hablado, y casi una imágen o verdaderamente viva de las palabras; y por esto en el hablar (el cual en el mismo punto que la voz es fuera de la boca queda derramado y perdido) pueden quizá sufrirse algunas cosas que en el escribir no se sufren, porque la escritura conserva las palabras y las somete al juicio del que lee, dándole tiempo de considerarlas maduramente. Y así es razon que en ella se tenga mayor diligencia y arte por hacella mejor y más corregida; pero no tampoco de manera que las palabras escritas sean diferentes de las habladas, sino que tome el que escribiere las más escogidas de las que habláre. Que ciertamente si en el escribir fuese lícito lo que es defendido en el hablar, seguirse ia este inconveniente, que la licencia sería más ancha en aquello en que más estrecho y mayor estudio se ha de poner. Y de esta suerte la industria que se pone en el escribir, en lugar de aprovechar dañaria. Por eso está claro que lo que se requiere en lo que se escribe se requiere también en lo que se habla, y aquel hablar es mejor que se parece con el mejor escribir. Pienso asimismo que se sufre ménos escribir mal que hablar mal; porque los que escriben no están siempre presentes a los que leen, como los que hablan a aquellos con quien hablan. Así que, prosupuestos estos fundamentos, yo diria que el hombre juntamente con huir muchas palabras de las toscanas antiguas, podria usar sin miedo, escribiendo y hablando, las que hoy en día se usan en la misma Toscana y en las otras partes de Italia, y tienen en la pronunciación alguna gracia. Y es mi opinion que, quien sigue otra ley sino ésta, tiene muy gran peligro de caer en aquel tan odioso vicio de la afetacion, del cual hemos hablado poco há.

Yo, señor, os confieso, dijo entonces micer Federico, que el escribir es un modo de hablar. Mas hase de considerar esta diferencia: que si las palabras habladas traen consigo alguna escuridad, la habla no penetra en el corazón del que oye; y así, haciendo su camino sin ser entendida, queda vana. Pero si en el escribir las palabras escritas alcanzan una poca de dificultad (o por mejor decir) una cierta agudeza sustancial y secreta, y no son así tan comunes como aquellas que se usan en el hablar ordinario, dan ciertamente mayor autoridad a lo que se escribe, y hacen que quien lee, no sólo está más atento y más sobre sí, pero aún mejor considera y con mayor hervor gusta del ingenio y doctrina del que escribe; y trabajando un poco con su buen juicio, recibe aquel deleite que hay en entender las cosas difíciles. Y, si la inorancia del que leyere fuere tanta que no pueda valerse con la dificultad, será culpa suya y no del autor que aquello escribió, y no se habrá de juzgar por esto que, aquella lengua en que aquello está escrito, no merezca ser aprobada. Y, en fin, la razón más principal que me mueve a tener por bien de usar las palabras solamente de los antiguos toscanos, es considerar que el tiempo, el cual hasta agora las ha conservado, es gran testigo y aprueba mucho que no pueden ser sino buenas y declaradoras de aquello que en ellas ha de ser significado, porque de otra manera cayéranse luego, o a lo ménos no duráran tanto, y demas desto, tienen aquella gracia y veneracion que la antigüedad suele dar no sólo a las palabras, mas a los edificios, a las medallas, a las pinturas y a toda cosa que pueda ser conservada, y muchas veces sólo con su lustre y autoridad pone hermosura y fuerza en la habla, de cuya virtud y gracia todo sujeto, por bajo que sea, puede quedar tan ennoblecido

que merezca ser muy alabado; y aún más os digo, que esa vuestra costumbre; de la cual vos haceis tanto caso, no deja de ser (si yo no me engaño) harto peligrosa, y puede muchas veces ser mala. Porque cierto si en el hablar se halla haberse apoderado algun mal vicio en los inorantes, no me parece que por eso se deba tomar por regla ni ser seguido por cada uno. Demas desto, los usos son muy diversos, y cada ciudad principal en Italia habla diferentemente de todas las otras. Por esto, si vos no particularizais cuál es la más aprobada lengua, podría el hombre usar así la de Bérgamo como la de Florencia, y (segun lo que vos habeis dicho) no erraria. Paréceme luégo, que, el que quisiere huir todo escrúpulo, será bien que tenga diligencia en escoger un autor entre los otros a quien siga, el cual sea aprobado por consentimiento de todos. Este ha de ser la guía y el escudo contra los reprehensores. Y si me preguntais quién querría yo que fuese, deciros he que el Petrarca (en la lengua vulgar digo) o el Bocacio, y quien destes se apartáre andará a tiento como si caminase a oscuras, y así por fuerza habrá de errar el camino. Pero nosotros somos tan confiados, que nos despreciamos de hacer lo que hicieron los excelentes antiguos, y presumimos de no tener necesidad de traer delante nuestros ojos algun autor tras quien enderecemos nuestro tino: pues sin esto yo digo que es imposible escribir bien. Puédese probar con Virgilio, el cual, puesto que con su divino ingenio y juicio hubiese quitado el esperanza a todos de poder bien seguirle, no por eso dejó él de seguir a Homero.

Esta disputa del escribir, dijo entónces Gaspar Pallavicino, merece ciertamente ser bien escuchada; mas todavía pienso que haria más al caso mostrar al Cortesano la forma que ha de tener en el hablar; porque, a mi pa-

recer, tiene mayor necesidad dello, y más veces se ha de aprovechar del hablar que del escribir.

Respondió el manífico Julian entónces. Antes si vosotros quereis que nuestro Cortesano sea perfeto, es necesario mostralle entrambas cosas. Y áun creo que sin éstas quizá todas las otras valdrian harto poco; por esto si el Sr. Conde quiere acabar de pagar su deuda, mostrárselas ha agora.

Respondió a esto el Conde. Ya vos, señor, no acabaréis conmigo que yo emprenda eso; porque harta locura sería la mia querer mostrar lo que no sé. Y ya que lo supiese, ¿quién me pone a mí en pensar hacer con tan pocas palabras lo que apénas hicieron con grandísimo estudio y diligencia hombres de singular dotrina, a los cuales remitiria yo agora nuestro Cortesano, si todavía se estendiese mi obligacion a mostralle a hablar y escribir bien?

El señor Manífico habla, dixo entónces micer César del escribir y hablar vulgar, no del latino. Por eso lo que está escrito en este caso por los hombres dotos que decís, va fuera de lo que aquí tratamos, y así conviene agora que vos digais en esto lo que se os entiende, que tampoco os pedirémos más.

Ya yo lo he dicho, respondió el Conde. Mas, pues la plática es sobre la lengua toscana, tocaria más por ventura al señor Manífico que a otro ninguno dar en esto la sentencia.

Yo no puedo ni debo, dijo el Manífico, contradecir a quien dice que la lengua toscana lleva ventaja a las otras, bien es verdad que muchas palabras hay en Petrarca y en Bocacio que agora ya en nuestros tiempos no son admitidas por el uso. Estas yo, por decir verdad, no querria usallas ni hablando ni escribiendo, ni áun ellos creo que si agora viviesen las usarian.

EL CORTESANO

Antes las usarian, dijo micer Federico, y vosotros, señores toscanos, debriades renovar vuestra lengua y no dejar perdella, como veo que lo haceis. Que ya ménos noticia hay della en Florencia que en otros muchos lugares de Italia.

Respondió entónces micer Bernardo. Las palabras que en Florencia no se usan han quedado en los hombres bajos y aldeanos, y con esto, como corrompidas y dañadas por la vejez, son desechadas por las personas de calidad.

CAPÍTULO VII

En el cual, prosiguiéndose la plática del hablar y escribir, se afirma el Conde en su opinión, que es que las reglas que sirven para el hablar sirvan para el escribir.

No nos salgamos, dijo entónces la Duquesa, de nuestro primer propósito, sino que acabemos ya con el señor Conde que muestre al Cortesano de hablar y escribir bien, sea toscano o el que fuere.

Yo, señora, respondió el Conde, ya he dicho lo que en esto sé, y es mi opinion que las mismas reglas que sirven a lo uno sirven a lo otro. Pero, pues así lo mandais, responderé a micer Federico, el cual tiene contrario parecer del mio, y por ventura habré de alargarme más de lo que conviene, pero tambien con esto haré pago. Primeramente digo que, segun mi opinion, esta nuestra lengua, la cual nosotros llamamos vulgar, es a mi parecer nueva, aunque haya mucho tiempo que se use, porque de haber sido Italia, no solamente fatigada y saqueada por bárbaros, mas largo tiempo poseida y habitada por ellos, con el trato de aquellas naciones la lengua latina se dañó, y deste dañarse procedieron otras lenguas, las cuales, así como los rios, que nacen de la cumbre del Apenino, se apartan los unos hácia al mar de Venecia, y los otros hácia al de Italia, así tambien se dividieron

ellas; y algunas mezcladas con alguna latinidad, por diversos caminos llegaron a diversas partes, y una se quedó en Italia, no sin mucha participación de lo bárbaro. Esta ha andado entre nosotros largo tiempo descompuesta, y vária por no haber alcanzado quien la pusiese en concierto y le diese lustre escribiendo en ella; despues estuvo en Toscana algun tanto mejor tratada y no tan confusa como en otras partes de Italia, y parece que le quedó allí la flor de aquellos primeros tiempos, por haber aquella nación guardado más que las otras la buena pronunciación y la órden gramatical que conviene, y alcanzado tres famosos autores, los cuales ingeniosamente, y con las palabras y términos que se usaban en sus tiempos, han dicho todo lo que han querido. Esto más prósperamente que a todos los otros (segun mi opinion) sucedió a Petrarca en las cosas de amores. Despues de tiempo en tiempo levantándose por toda Italia entre hombres principales que siguen córtés y tratan cosas de armas y de letras algun deseo de hablar y escribir mejor que no se hacia en aquella primera edad grosera, cuando los estragos hechos por los bárbaros no habian aún cesado, dejaron de usarse muchas palabras en Florencia y en Toscana y en toda Italia, y en lugar de aquéllas tomáronse otras. Y así en esto se hizo la mudanza que se suele hacer en todas las cosas humanas.

Lo mismo ha siempre acaecido en las otras lenguas, y si las primeras cosas escritas de los más antiguos latinos hubiesen durado hasta agora, veriamos, si las leyésemos, cuán diferente fué el hablar de Evandro y de Turno y de los otros latinos de aquel tiempo, del que despues usaron los postreros reyes romanos y los primeros cónsules. Acordaos que los versos que cantaban los salios apénas eran entendidos de los que despues

dellos sucedieron; mas porque estaban así ordenados por aquellos que primero los instituyeron, no se mudaban por acatamiento de la religion. Siguiendo este proceso, los oradores y los poetas anduvieron dejando muchas palabras usadas por sus antecesores. Antonio Craso, Hortensio y Ciceron, huian hartas de las de Caton; Virgilio muchas de las de Ennio, y así lo hacian los otros los cuales, aunque honraban mucho la antigüedad, no la apreciaban tanto que se obligasen a seguilla en todo, como vos quereis que lo hagamos agora nosotros; ántes en lo que les parecia la tachaban; como Horacio, que quiso que fuese lícito hacer vocablos nuevos, y dijo que sus antecesores fueron necios en alabar a Plauto; y Ciceron en hartos lugares reprehende a muchos de sus antepasados, y por decir mal de Servio Galba, afirma que sus oraciones tenian mucho de lo antiguo, y dice que Ennio tambien despreció en algunas cosas a los que fueron ántes dél; de manera que si nosotros quisiéremos seguir los antiguos, no los seguiremos, y Virgilio, que vosotros decis que siguió a Homero, no le siguió en la lengua. Así que yo estas palabras antiguas (cuanto por mí) huillas hia siempre salvo en ciertos lugares, y aún en éstos pocas veces las usaria. Y paréceme que quien de otra manera lo hace, no yerra ménos que erraria el que quisiese, por seguir los antiguos, comer bellotas agora que tenemos abundancia de trigo. Y a lo que decis que los vocablos antiguos sólo con aquel lustre de la antigüedad ennoblecen tanto cualquier sujeto por bajo que sea, que le hacen dino de ser loado, respondo que ni esas palabras antiguas ni aún las buenas tengo en tanto, que si no traen sustancia de muy singulares sentencias piense que deban ser estimadas. Porque el apartar las sentencias de las palabras, no es otra cosa sino

apartar el alma del cuerpo, lo cual ni en la una cosa ni en la otra puede hacerse sin que lo compuesto quede destruido. Así que lo que más importa y es más necesario al Cortesano para hablar y escribir bien, es saber mucho. Porque el que no sabe, ni en su espíritu tiene cosa que merezca ser entendida, mal puede decilla o escribilla. Tras esto cumple asentar con buena orden lo que se dice o se escribe, despues esprimillo distintamente con palabras que sean propias, escogidas, llenas, bien compuestas y sobre todo usadas hasta del vulgo, porque éstas son las que hacen la grandeza y la majestad del hablar, si quien habla tiene buen juicio y diligencia, y sabe tomar aquellas que más propiamente esprimen la sinificacion de lo que se ha de decir, y es diestro en levantallas, y dándoles a su placer forma como a cera, las pone en tal parte y con tal orden, que luégo en representándose den a conocer su lustre y su autoridad, como las pinturas puestas a su proporcionada y natural claridad.

Todo esto que digo se ha de entender así del escribir como del hablar, en el cual todavía se requieren algunas cosas que no son necesarias en el escribir, como es la buena voz, no muy delgada ni muy blanda como de mujer, ni tampoco tan recia ni tan áspera que sea grosera; pero sonora, clara, suave y bien asentada, con la pronunciación suelta y con el gesto y ademanes que convengan con lo que se dice; los cuales (a mi parecer) consisten en ciertos movimientos del cuerpo no forzados ni curiosos; mas templados, con un semblante conforme, y con un menear de ojos que traiga consigo gracia y ande concertado con las palabras, y, cuanto más sea posible, sinifique hasta con el gesto la intincion y el sentimiento del que habla. Pero todo esto sería de

poco provecho si las sentencias que están dentro en las palabras no fuesen buenas, ingeniosas, agudas, elegantes y graves, según la materia y el lugar y el tiempo.

Yo he miedo, dijo entónces Morello de Hortona, que si este nuestro Cortesano habla entre nosotros tan elegante y sustancialmente, no se hallen algunos que no le entiendan.

Mas ántes le entenderán todos, respondió el Conde, porque la facilidad y la llaneza siempre andan con la elegancia. Y no penseis que yo tampoco diga que hable él ordinariamente de cosas muy fundadas, sino que muchas veces decienda a las otras de placer, como de juegos, de motes y de burlas, segun se ofreciere. Pero en todo tenga continamente buen seso y presteza y abundancia no confusa. No muestre vanidad ni mocha-chería en nada. Y si le acaciere hablar en alguna materia oscura o difícil, conviene que, con las palabras y sentencias bien distintas, declare sotilmente su intincion, y con una cierta manera diligente y no pesada, desembarace y deje llana toda forma de hablar dudosa. Asimismo cuando haga al caso sepa hablar con gravedad y fuerza, y tenga entónces habilidad para mover las pasiones y sentimientos que hay en nuestros corazones, y sea para encendellos y trastornallos, segun fuere la necesidad del negocio, y algunas veces los enternezca y casi los emborrache de dulzura con aquella pureza de buenas entrañas, que haga parecer que la misma natura habla. Todo esto se haga tan sin trabajo, que el que escucháre piense que aquello no es nada de hacer, y que está en la mano hacello él tambien; pero despúes cuando venga a proballo, se halle muy léjos de poder hacello. Querria tambien que hablase y escribiese nuestro

Cortesano, de manera que no solo tomase los buenos vocablos de toda Italia, mas aun que alguna vez usase algunas palabras francesas o españolas, de las que son por nosotros en nuestro uso recibidas: como agora, por ejemplo, no me pareceria mal que sobre algo que viniese a propósito dijese *acertar*, *aventurar* y otros semejantes vocablos, con tal que se pudiese esperar que habian de ser entendidos.

Sería también bueno que alguna vez tomase algunas palabras en otra sinificación apartada de la propia, y transfiriéndola a su propósito las enjiriese como una planta en otra mejor por hacellas mas hermosas y por declarar con ellas y casi figurar las cosas tan a lo propio que ya no nos pareciese oillas, sino vellas y tocallas. De esto no podria dejar de seguirse gran deleite al que oyese o leyese. Y a vueltas de todo esto no ternia por malo que se formasen algunos otros vocablos nuevos, y con nuevas figuras o términos de hablar, sacándose por gentil arte de los latinos, como los latinos los solian sacar de los griegos. Así que con esto si entre los hombres dotos y de ingenio y de juicio que en nuestros tiempos entre nosotros se hallan, hubiese algunos que quisiesen poner diligencia en escribir de la manera que hemos dicho, en esta nuestra lengua, cosas dinas de ser leidas, presto la veriamos pura y elegante y abundosa de gentiles términos y figuras, y aparejada a que en ella se escribiese tambien como en otra cualquiera.

Y si mejorada y tratada por esta arte no saliese puramente antigua toscana, quedaria italiana comun, copiosa y vária, casi como un deleitoso jardin lleno de diversas flores y frutos. Esto no sería cosa nueva, porque ya los antiguos griegos de las cuatro lenguas que usaban, esco-

giendo de cada una las palabras, los modos y las figuras que mejor les parecieron, hicieron otra que se llamó común, y así todas cinco debajo de un solo nombre fueron llamadas lengua griega, y, puesto que la de Aténas fuese elegante, pura y abundosa más que las otras, los buenos autores, que no eran atenienses, no la codiciaban tanto que en la manera del escribir y casi en el olor y propiedad de su natural habla no fuesen conocidos, mas por eso no eran despreciados, ántes los que querian parecer muy atenienses eran reprehendidos y burlados. Tambien entre los escritores latinos fueron estimados muchos que no eran romanós, aunque no hubiesen alcanzado aquella limpia pureza de la lengua romana, la cual pocas veces se deja alcanzar de los que son de nacion extranjeros. No fué desechado Tito Livio, puesto que no faltó quien dijo haber hallado en él una cierta patavinidad, ni Virgilio, aunque fué reprehendido que no hablaba romano.

Y como sabeis, fueron tambien alabados y preciados muchos que nacieron en tierras bárbaras. Pero nosotros, más estrechos y rigurosos que los antiguos, cargámonos de nuevas leyes sin ningun propósito, y tiniendo delante nuestros ojos el camino trillado, buscamos los rodeos o (o por mejor hablar) los despeñadores. Porque en nuestra natural lengua, el oficio de la cual (como de todas las otras), es bien y distintamente declarar los concetos del alma, ños holgamos con la escuridad, y es bueno que llamándola lengua vulgar queremos en ella usar palabras que ni del vulgo ni de los hombres principales y dotos son entendidas, y no nos contentamos con usalla así livianamente, mas traémoslas siempre entre las manos mucho más que otra nacion alguna, sin considerar que todos los buenos antiguos continamente abominaron

mucho los vocablos hallados fuera de la comun costumbre; la cual vos, segun me parece, no la tomáis como ella se ha de tomar; porque por una parte decis que si algun mal vicio en el hablar se ha apoderado en muchos inorantes, no por eso se debe llamar costumbre ni tenerse por regla; y por otra os he oido decir hartas veces que en lugar de capitolio quereis que se diga campidoglio, por Hierónimo Girolamo, y aldace por audace, y por patrone padrone, y otras tales fealdades de palabras corrompidas que han quedado no sé cómo en el mundo, no por más sino porque quizá se hallan escritas por algun antiguo toscano necio y porque así las usan hoy día los hombres bajos y aldeanos de Toscana. La buena costumbre de hablar no es ésta, sino la que nace de los hombres de ingenio, los cuales con la dotrina y experiencia han alcanzado a tener buen juicio, y con el concurrer y consienten todos a una mano en acetar los vocablos que les parecen buenos, los cuales se conocen por una cierta estimativa natural, no por arte o regla alguna. ¿No sabeis vos que las figuras del hablar, las cuales dan mucha gracia y lustre a la habla, todas son abusiones de las reglas gramaticales? Pero son admitidas y confirmadas por el uso, sin poderse dar otra razon dello sino solamente porque agradan y suenan bien al oido y traen suavidad y dulzura. Esta creo yo que sea la buena costumbre, en la cual tanta habilidad pueden tener los romanos, los napoletanos, los lombardos y los otros como los toscanos. Verdad es que hay cosas que en todas las lenguas son siempre buenas, como la facilidad, la buena órden, la abundancia, las gentiles sentencias, las cláusulas numerosas que satisfagan bien al oido; y, por el contrario, la afetacion y las otras cosas que son al reves destas son malas.

Pero de las palabras, unas están en reputación un tiempo, despues envejecen y pierden del todo la gracia; otras van cobrando fuerzas, y suben hasta ser tenidas en muy gran precio, y como en los tiempos del año, en los unos los árboles pierden la hoja y en los otros echan y llevan fruto, así el tiempo hace caer los vocablos viejos, y el uso hace renacer otros de nuevo, dándoles autoridad y gracia, hasta que con la edad, cayéndose poco a poco, éstos tambien como los otros llegan al término donde se acaban y fenecen; porque, en fin, no solamente nosotros, mas aún todas nuestras cosas son mortales. Considerá que de la lengua de los oscos ya ninguna noticia nos queda; la proenzal, que muy poco ha era celebrada por autores famosos, agora ni aún de los moradores de aquella provincia es entendida. Así que yo pienso que si el Petrarca y el Bocacio (segun dijo muy bien el señor Manífico) fuesen agora vivos, no usarian muchas palabras de las que están en sus libros; y por esto no me parece bien que nosotros en ellas los sigamos. Pero tampoco dejo de alabar aquellos que en su escribir tienen algunos buenos autores por familiares a los cuales sigan. Mas tras esto tambien digo que se puede escribir bien sin curar de seguir a nadie, en especial en esta nuestra lengua, en la cual podemos por la costumbre ser guiados, lo que no osaria yo decir de la latina.

CAPITULO VIII

En que prosiguiendo el Conde su plática dice que el uso es la guía del bien hablar y escribir.

Dijo entónces micer Federico: ¿Por qué quereis que yo haga más caso de la costumbre en la lengua vulgar que en la latina?

Mas ántes de la una y de la otra, respondió el Conde, la costumbre es la guía. Pero porque aquellos que tenían la latina por su lengua propia y natural, como nosotros tenemos la vulgar, no están ya en el mundo, es necesario que de sus escritos aprendamos lo que ellos aprendieron del uso. Y, si bien lo mirais, ninguna otra cosa quiere decir hablar antiguo sino costumbre antigua de hablar; y así locura sería darse al hablar antiguo, solamente por deseo de hablar como se hablaba y no como se habla.

Luego los antiguos (respondió micer Federico) no imitaban.

Antes creo yo, dijo el Conde, que muchos lo hacian; pero no en toda cosa; que si Virgilio hubiera en todo imitado a Hesiodo no le pasára el pié delante, ni Ciceron a Craso, ni Ennio a sus antecesores. Homero es tan antiguo que, segun opinion de muchos, así lleva a todos los poetas heroicos en antigüedad como en ecelencia de

escribir. Así que siendo él el primero, ¿a quién queríades vos que hubiese imitado?

A algun otro, dijo micer Federico, que quizá fué más antiguo, del cual nosotros no tenemos noticia por el mucho tiempo.

El Petrarca, pues, y el Bocacio, dijo el Conde, ¿a quién direis que siguieron, que áun ayer parece que se puede decir que eran vivos?

Yo no lo sé, respondió micer Federico; mas de creer es que ellos tambien tuvieron ojo a seguir a alguno, aunque nosotros no sepamos a quién.

Respondió a esto el Conde. Bueno está de ver que los autores, a la imitacion de los cuales los otros tienen fin, deben de ser mejores que aquellos que los imitan, y así gran maravilla sería que durando la fama destes se hubiese perdido tan brevemente la de aquellos otros que, segun esta cuenta, debieran de ser mejores. Por esto creo yo que si Petrarca y Bocacio siguieran a alguno, no pudiéramos dejar de saber quién fué éste. Pero tengo yo por cierto que sus verdaderos maestros fueron sus ingenios y sus propios juicios naturales. Esto no se debe tener por cosa nueva; porque casi siempre por diversos caminos se puede llegar a lo más alto de cualquier ecellencia. Ninguna naturaleza hay que no tenga en sí muchas cosas, que aunque sean de un mismo género no sean diferentes por alguna via, mas no embargante esta diferencia, teniendo igualdad de grado, son tambien iguales en la gloria. Mirá las composturas de la música y sus armonías, que agora son graves y tardas, agora prestas y de nuevos puntos; pero puesto que sean diferentes, todas deleitan, aunque cada una de su manera. Esto se vee en la forma del cantar de Bidon, la cual es tan artificiosa, presta, ardiente, levantada y de sonos tan varios

que los sentidos de quien le oye todos se alborozan y se trasportan, y así encendidos y trasportados parece que se levantan hasta al cielo. No ménos mueve en su cantar nuestro Marcheto Cara, pero más blandamente, el cual con una arte suave y llena de una llorosa dulzura, enternece y traviesa las almas, imprimiendo en ellas dulcemente una pasion deleitosa. Tambien hay de una misma suerte cosas diferentes, que igualmente placen a nuestros ojos tanto que con dificultad se puede juzgar cuáles contenten más. En la pintura son muy señalados Leonardo Vincio, el Mantegna, Rafael, Miguel Angel, Jorge de Castelfranco, y todos difieren los unos de los otros; mas de tal manera difieren que en ninguno dellos se halla que falte nada, sinó que cada uno en su género es perfetísimo.

Lo mismo se ve en muchos poetas griegos y latinos, los cuales, siendo diversos en el escribir, son iguales en la fama. Los oradores tambien han siempre tenido entre sí tanta diversidad, que casi cada temporada ha producido y aprobado una suerte de oradores propria y conforme a aquel tiempo, los cuales no solamente de sus antecesores y sucesores, mas áun de sus contemporáneos han sido diferentes, como en los griegos se escribe de Isócrates, Lisias, Eschines y muchos otros, que aunque todos fueron ecelentes, a nadie se parecieron sino a sí mismos. Entre los latinos despues, aquel Carbon, Lelio, Scipion Africano, Galba, Sulpicio Cotta, Graco, Marco Antonio, Craso y tantos otros que sería muy larga cuenta de nombrallos, todos fueron muy singulares; pero tampoco se parecieron los unos con los otros. De manera que quien se parase a pensar todos los oradores que han sido, cuantos oradores tantas formas de hablar hallaria. Antójaseme tambien que tengo en la memoria que

Ciceron, en un lugar introduce a Marco Antonio diciendo a Sulpicio hallarse muchos que, no imitando a nadie, alcanzaron grado de singular perficion. Estos fueron algunos que introdujeron una nueva forma de hablar, hermosa pero desacostumbrada, en la cual no seguian a nadie, y el mismo Ciceron afirma que los maestros deben considerar la natura de los discípulos, y, tomando aquélla por guía, encaminarlos y ayudarlos en la via a que su ingenio y natural disposicion los inclina. Por esta causa, señor micer Federico, pienso yo que si el hombre de suyo no tiene conformidad con un autor, no es bien ponelle en la imitacion de aquél; porque no sería sin amortiguarle la virtud de su ingenio y embarazársela, desviándosela del camino en el cual ella naturalmente hubiera medrado y hecho fruto, si no la atájan. Así que yo no alcanzo cómo pueda ser bien, en lugar de enriquecer esta lengua y dalle espíritu, grandeza y luz, hacella pobre, flaca, baja y oscura, y procurar de echalla en tanta estrechez, que seamos obligados, aunque nos pese, a seguir solamente al Petrarca y al Bocacio. Que quanto desta manera, paréceme a mí que tampoco sería muy gran pecado dar tambien crédito en la forma del hablar al Policiano, a Lorenzo de Médici, a Francisco Diaceto y a algunos otros que no dejan de ser toscanos, y, por ventura, no de menor dotrina y juicio que fueron el Petrarca y el Bocacio. Y verdaderamente estraña miseria sería luégo a dos pasos hallar atajado o acabado el camino, y no pasar de donde llegó casi el primero de los que han escrito, y perder así sin más toda el esperanza que tantos y tan altos y tan maravillosos ingenios puedan en algun tiempo hallar más de una buena manera de hablar en la lengua que a ellos les es propria y natural. Pero hoy en dia hay muchos escrupulosos, los cuales

casi supersticiosamente, y como en un caso recio de conciencia, hablando desta su lengua toscana, espantan los tristes que los escuchan, de manera que hasta a muchos hombres de calidad y dotos hacen caer en tanto miedo, que no osan abrir la boca y confiesan no saber hablar aquella lengua que desde la cuna aprendieron en las tetas de sus amas. Mas paréceme que hemos hablado harto en esto, por eso será bien que volvamos a tratar de nuestro Cortesano.

Respondió entónçes micer Federico. Yo quiero deciros esto primero, y es, que yo no niego ser las inclinaciones y ingenios de los hombres diferentes, y así no tengo por bien que un colérico y arrebatado se ponga en escribir cosas mansas y sosegadas, ni algun otro grave y severo componga libros de dulzuras, porque cada uno me parece que se debe aplicar a su natural instinto, y desto pienso que hablaba Ciceron quando decia que los maestros habian de tener respeto a la naturaleza de los discípulos; por no hacer como los ruines labradores que siembran trigo en la tierra que no es buena sino para viñas, pero a mí no me cabe que en una lengua particular, la cual no es universalmente a todos los hombres así propia, como son los discursos del alma, los pensamientos y muchas otras operaciones, sino una invincion contenida debajo de ciertos términos, no sea más razon tener fin a seguir aquellos que hablan mejor, que hablar a caso; y que, como en el latin el hombre se debe esforzar a parecer a Virgilio o a Ciceron más aina que a Silio o a Cornelio Tácito; así tambien en el vulgar no se haya de tener por mejor seguir la manera del hablar de Petrarca y de Bocacio que la de los otros, y en ella declarar bien cada uno su intincion, y no descuidarse de lo que Ciceron dice, que debemos tener gran ojo a nuestra

habilidad natural. Y por aquí se podrá ver que aquella diferencia que vos decis hallarse entre los buenos oradores, consiste en el sentido, y no en la lengua.

Yo he miedo, dijo entónces el Conde, que nosotros no nos metamos en muy grandes honduras y no dejemos nuestro principal propósito del Cortesano; mas con todo, preguntós, ¿en qué está la bondad de esta lengua?

Respondió micer Federico. En guardar bien la propiedad della, y tomarla en aquella sinificacion en que la tomaron los que bien escribieron, usando el mismo estilo y la misma compostura de cláusulas que ellos usaron.

Querria saber, dijo el Conde, ese estilo y esa compostura que decis, si procede de las sentencias o de las palabras.

De las palabraş, respondió micer Federico.

Pues luego vos confesais, dijo el Conde, que las palabras de Silio y de Cornelio Tácito no son las mismas que se hallan en Virgilio y en Ciceron, ni están puestas en la misma sinificaci3n en que éstos las pusieron.

Las mismas son, respondió micer Federico, mas algunas hay dellas fuera de su lugar, y tomadas diferentemente.

Respondió a esto el Conde. Y si de los libros de Cornelio y de Silio se quitasen todas aquellas palabras que están en otra sinificacion diferente de cómo las puso Ciceron y Virgilio, las cuales por ventura serían harto pocas, ¿no diríades vos que Cornelio se podría igualar con Ciceron, y Silio con Virgilio, y que sería bien seguir aquella su forma de estilo?

Atravesó en esto Emilia y dijo: a mí me parece que esa vuestra disputa ya dura mucho y comienza a ser pesada, por eso sería bien dejalla para otro tiempo.

Todavia micer Federico porfiaba a responder, pero Emilia le atajaba cada vez.

Al cabo dijo el Conde. Muchos quieren decir su opinion en los estilos y hablan de las cláusulas qué concierto de sílabas han de llevar para caer bien, así mismo dan su sentencia en la imitacion, cuál ha de ser. Mas por decir verdad, todos ellos con cuanto dicen no me saben hacer entender el bien de todo esto en qué consista, ni por qué las cosas que ha tomado Virgilio de Homero y de algunos otros, estén tan bien que digais que son suyas, o que las tomó para mejorallas y no para tomallas. Pero no entender yo esto, por ventura no es culpa de ellos, sino mia que no lo alcanzo. Mas porque cuando el hombre está muy diestro y resumido en una cosa, siempre sabe bien mostralla, dudaria yo que ellos entiendan lo que no saben hacerme entender, sino que, en fin, yo creo que alaban a Virgilio y a Ciceron porque muchos los alaban, y no porque conozcan la ventaja que hay de ellos a los otros; la cual cierto no consiste en sólo haber tenido buen aviso en dos o en tres o en diez vocablos, dichos diferentemente de como otros los dijeron; que tambien en Salustio, en César, en Varron y en otros buenos autores se hallan algunos términos usados por diversa via de la de Ciceron; mas no embargante esto, está bien todo y todo parece bien. Porque ciertamente no consisten el valor y la fuerza de una lengua en cosas de tan poca calidad. A este propósito bien dijo Demóstenes, cuando burlándosele Eschines de ciertas palabras que habia usado, no siendo puras de Aténas, y preguntádole si aquellos vocablos eran monstruos o algunos desastrados agüeros, le respondió riendo, que no iban en aquello los estados ni los señoríos de Grecia. Así yo haria tambien poco caso si fuese reprehendido de algun toscano porque hubiese dicho *satisfato*, y no *sodisfato*; *honorebole*, y no *horrebole*; *causa*, y no

cagione, populo, y no popolo, y otros semejantes vocablos.

Levantóse entónces micer Federico y dijo. Yo os suplico que me escuchéis solamente dos palabras.

Pero en esto Emilia atajóle diciéndole con una risa. No más por agora sobre eso. El que más habláre en esta materia no ha de ser mi amigo. Yo quiero que la dejemos para otra noche. Pero vos, señor Conde, pasá adelante en decir lo que hiciere al propósito de nuestro Cortesano, y parécbase agora vuestra buena memoria en saber tornar la plática adonde la dejastes.

Señora, respondió el Conde, paréceme que se quebró el hilo; mas con todo, si yo bien me acuerdo, pienso que decíamos, que aquella pestilencial tacha de la afetacion da siempre a todas las cosas mortal desgracia, y por el contrario, estrema gracia el descuido, y la llaneza avisada, en loor de la cual y en vituperio de la afetación, muchas más cosas se podrian decir; pero yo agora diré solamente una. Estraño deseo tienen generalmente todas las mujeres de ser, o a lo ménos de parecer hermosas, por eso lo que naturalmente en esto no alcanzaron, con artificio trabajan de alcanzallo. De aquí nace el afeitarse, el ponerse mil aceites en el rostro, el enrubiarse los cabellos, el hacerse las cejas y pelarse la frente y el padecer otros muchos tormentos por aderezarse; los cuales, vosotras señoras, creéis que a nosotros son muy secretos, y hágoos saber que los sabemos todos.

Rióse a esto Constanza Fregosa, y dijo. Podria ser que fuese mejor cortesía agora la vuestra en proseguir vuestro razonamiento y hablar del Cortesano que en querer descubrir las miserias o tachas de las mujeres sin ningun propósito.

Ántes con muy gran propósito, respondió el Conde, porque esas vuestras diligencias de que yo hablo os qui-

tan toda la gracia, y ya veis cómo nacen de la afetacion, con la cual descubris claramente la ánsia que teneis por ser hermosas. ¿No veis vosotras cuanto mejor parezca una mujer, que, ya que se afeite, lo haga tan moderadamente que los que la vean estén en duda si va afeitada o no, que otra tan enjalbegada que parezca a todos una pared o una máscara, y ande tan yerta que no ose reirse por no quebrar la tez, y nunca mude de color sino a la mañana cuando se compone, y despues todo el día esté como un marmol sin menearse, dejándose ver solamente, no a la claridad del sol, sino a la luz de las velas, como mercader cauteloso que muestra sus paños o sus sedas en la tienda do entre la claridad tan medida como es menester para sus engaños? Pues ¿cuánto más que todas las otras agrada la que muestra su color limpio y natural sin mistura de artificio, aunque no sea muy blanca ni muy colorada, sino que parezca con su cara propia agora algo amarilla por alguna alteracion, agora con un poco de color por vergüenza e por otro algun accidente, con sus cabellos acaso descompuestos, con el rostro claro y puro, sin mostrar diligencia ni codicia de parecer bien? Ésta es aquella descuidada pureza que tanto suele contentar a nuestros ojos y a nuestro espíritu, el cual siempre anda recelándose de donde quiera que haya artificio, porque allí sospecha que hay engaño. Están muy bien a una mujer los buenos dientes, porque no mostrándose así claramente, como se muestra el rostro, ántes por la mayor parte del tiempo estando cubiertos, de creer es que no se pone en ellos tanto cuidado como en la cara, con todo quien se riese sin causa, sólo por mostrarlos, ya descubriría el arte, y aunque los tuviese muy buenos parecería mal, y no quedaria ménos frio que el Egnacio de Catullo. Lo mismo es de las manos, las cua-

les, si siendo hermosas y delicadas se muestran alguna vez a tiempo, segun el caso se ofrece, por descuido: huelga mucho el hombre de vellas, y desea que otra vez acaezca cosa por donde se puedan tornar a ver, lo que no sería si se mostrasen siempre; porque quien las trae cubiertas, no señala deseo de mostrallas, ántes se ha de creer que las tiene buenas, no por diligencia ni por arte, sino porque así son de suyo. ¿No habeis vosotros mirado cuando acaso acontece que yendo una dama por la calle, o estando en otro lugar burlando, se le descubre un poco el pié o el chapin descuidadamente? Si entónces se ve bien aderezado lo que muestra, ¿cuán bien parece? De mí os digo que huelgo mucho de vello, y creo que vosotros tambien, porque cada uno agradece más el aderezo en parte así ascondida que adonde siempre se vee; y traer en aquello la mujer concierto, más parece que es por ser ella naturalmente ataviada de suyo y para sí, que porque tenga cuidado de parecer bien a nadie, pues aquel atavío no es sino en parte donde no se ha de creer que se traiga para ser visto. Desta manera se huye o se disimula el vicio de la afetacion. El cual bien podeis ya conocer quanto destruya la buena gracia, así del cuerpo como del alma; de la cual áun hasta agora poco hemos hablado. Y ciertamente no es razon descuidarse della porque quanto de mayor valor es que el cuerpo, tanto más merece ser bien tratada y granjeada.

CAPITULO IX

Cómo al perfeto Cortesano le conviene ser ornado y ataviado en el ánima como en el cuerpo, y qué ornato debe ser éste.

VOLVIENDO, pues, al atavío del ánima, como se deba hacer esto en nuestro Cortesano, dirémos brevemente, dejando aparte las reglas de muchos sabios filósofos, que desta materia han escrito, y declarado qué cosa es virtud de alma, y sotilmente disputado de la divinidad della. Bastará agora para nuestro propósito hacer que sea éste de quien hablamos hombre de bien y limpio en sus cóstumbres; porque en solo esto se contiene la prudencia, la bondad, el esfuerzo, la virtud, que por los filósofos es llamada temperancia, y todas las otras calidades que a tan honrado título, como es de Cortesano, convienen. Y cierto yo pienso que sólo aquel es verdadero filósofo moral que quiere ser bueno y para alcanzar esto no hay necesidad de muchos preceos, sino desta tal voluntad. Por eso bien decia Sócrates, que sus dotrinas y sus consejos habían hecho ya gran fruto, luégo que con ellos sus discípulos se movian a querer conocer y aprender la virtud. Y es ésta por cierto muy gran verdad, porque aquellos que han llegado al término de no desear otra cosa sino ser buenos, fácilmente alcanzan la ciencia ne-

cesaria para serlo. Y así sobre esto no curemos por agora de hablar más. Pero demas de la bondad, el substancial y principal aderezo del alma pienso yo que sean las letras, no embargante que los franceses tengan solamente las armas en mucho, de tal manera que no sólo no estiman la dotrina, mas áun se aborrecen con ella y desprecian a los hombres letrados como a gente baja, y cuando quieren decir a alguno una recia lástima, llámanle estudiante.

Dijo entónces el manífico Julian. Por cierto, señor vos decís gran verdad en eso, que ese error ya há largo tiempo que reina en los franceses. Mas si quisiese nuestra dicha que mosiur Dangolema sucediese, segun se espera, a la Corona, creo que, como la gloria de las armas florece en Francia, así tambien floreceria la de las letras. Porque no há mucho que hallándome yo en la córte vi este señor, y parecióme, que, demas de la disposicion del cuerpo y hermosura del rostro, mostraba una tan gentil autoridad y grandeza mezclada con una tan graciosa afabilidad, que todo el reino de Francia parecia venille estrecho. Después supe por relacion de muchos caballeros franceses y italianos, grandes virtudes dél; dijéronme sus excelentes costumbres, su grandeza de ánimo, su valor, su liberalidad; y entre todas estas cosas fuí informado que amaba y preciaba estrañamente las letras y hacia muy gran cuenta de los hombres dotos, reprehendiendo mucho sus mismos naturales, porque eran tan enemigos de toda cosa de dotrina, en especial tiniendo casi dentro en sus casas un tan honrado y principal estudio, como el de París, adonde todo el mundo acude.

Gran maravilla es, dijo entónces el Conde, que siendo tan mozo, sólo por su natural inclinacion se haya

puesto por tan buen camino contra la costumbre de su misma nacion, y pues los pueblos comunmente suelen seguir hácia donde se inclinan sus señores, no sería mucho que en breve tiempo fuesen las letras estimadas en Francia, las cuales de cuánta dinidad y virtud sean bien lo podrán entender los franceses si quisieren, viendo que ninguna cosa hay tan naturalmente deseada por los hombres ni más propia a ellos que el saber; y así gran bestialidad es decir o creer que no sea siempre bueno. Y si yo hablase con ellos o con otros que no fuesen de mi opinión en esto, quizá yo les haria ver bien claro cuánto a nuestra vida y autoridad sean provechosas y necesarias las letras; las cuales sin duda han sido un dón singular de Dios, enviado por su gran liberalidad a nosotros desde el cielo. No me faltarian agora ejemplos de muchos ecelentes capitanes antiguos los cuales todos ennoblecieron las armas con la dotrina. Alexandre tuvo, como sabeis, en tanta veneracion a Homero, que siempre tenia la *Iliade* a la cabecera de la cama; y no sólo en las letras que llaman de humanidad, mas aún en la especulacion de la filosofía puso muy gran diligencia teniendo a Aristotil por maestro. Alcibíades acrecentó sus grandes calidades, y las hizo ser más señaladas, con ser muy doto y con estar siempre en compañía de Sócrates. César, cuán amigo fuese de las letras sus mismos *Comentarios*, que él divinamente dejó escritos, lo declaran. De Scipion Africano se dice que siempre traia en las manos aquellos libros de Jenofonte que tratan debajo del nombre de Cyro cómo ha de ser criado y instruido un príncipe para ser perfeto. Podria deciros de Lúculo, de Silla, de Pompeo, de Bruto y de muchos otros romanos y griegos; pero sólo quiero que os acordeis de Anníbal, el cual, como habréis

leído fué entre todos un capitán muy señalado, y aunque era de condicion feroz, de nacion bárbara, ajeno de toda humanidad, sin fe ni ley, despreciador de los hombres y de los dioses, no por eso dejó de tener letras y de alcanzar alguna noticia de lo griego; y, si yo no me engaño, acuérdome haber leído que compuso un libro en lengua griega.

Pero escusado es deciros todo esto a vosotros que bien conocéis cuán gran engaño reciban los franceses pensando que las letras embaracen las armas, y no dexais de entender que en las cosas graves y peligrosas de la guerra la verdadera espuela es la gloria, y quien se mueve por interese de dinero o de otro provecho alguno a pelear, demas que nunca hace cosa buena, no merece ser llamado caballero, sino muy ruin mercader. Tras esto, que la verdadera gloria sea aquella que se encomienda a la memoria de las letras, todos lo saben, sino aquellos cuitados que las inoran. ¿Qué hombre hay en el mundo tan bajo y de tan vil espíritu que leyendo los hechos de César, de Alexandre, de Scipion, de Anníbal y de otros muchos no se encienda en un estraño deseo de parecelles y no tenga en poco esta nuestra breve vida de dos dias por alcanzar la otra de fama perpétua, la cual, a pesar de la muerte, nos hace vivir miétras más va con más honra?

Por cierto el que no siente el provecho que hay en las letras tampoco puede sentir la grandeza de la gloria por éllas conservada, y solamente mide la fama con la edad de un hombre o de dos, porque no puede tener memoria de más tiempo. Y así no la precia tanto como la preciaría, si supiese que por el medio de los buenos autores que escriben, no sólo dura muy largos dias, más aún con el tiempo, con el cual todas las otras

cosas se enflaquecen y se caen, ella cobra mayores fuerzas y se levanta. De aquí viene que el hombre inorante, no pudiendo por razones ya dichas, tener en tanto la gloria como el que sabe, tampoco puede ni osa ponerse a tantos peligros por alcanzalla. Pero no querria que si alguno quisiese contradecirme, me trajese delante, por destruir mi opinion, algunos efetos contrarios que alguna vez parecen que hacen las letras en esto de las armas, y me diese luégo en los ojos con los italianos, diciéndome que con su tratar cosas de doctrina, de unos tiempos acá no son tan guerreros como a caballeros conviene, lo cual por cierto yo no niego, aunque bien se podria decir que la culpa de algunos pocos ha causado daño y deshonra a todos los otros. Destos procede la verdadera causa de nuestros males y de nuestra virtud caída, no quiero decir muerta. Mas harto mayor vergüenza sería agora para nosotros publicarse estas nuestras lástimas, que para los franceses manifestarse sus inorancias. Así que mejor será pasar con silencio lo que sin dolor no puede traerse a la memoria. Por eso dejemos esto y volvamos a nuestro Cortesano, el cual querria yo que fuese en las letras más que medianamente instruido, a lo ménos en las de humanidad, y que tuviese noticia, no sólo de la lengua latina, mas aún de la griega, por las muchas y diversas cosas que en ella maravillosamente están escritas. No deje los poetas ni los oradores, ni cese de leer historias; exercítese en escribir en metro y en prosa, mayormente en esta nuestra lengua vulgar; porque demas de lo que él gustará dello, terná en esto un buen pasatiempo para entre mujeres, las cuales ordinariamente huelgan con semejantes cosas. Y, si por otras ocupaciones o por poca diligencia no alcanzare en esto tanta perficion que lo que escribiere me-

rezca ser muy alabado, sea cuerdo en callarlo, porque no hagan burla dél: solamente lo muestre a algun amigo de quien se fie, y no cure por eso de dejar de escribir algo a ratos, que aunque no lo haga muy bien todavía le aprovechará, para que, escribiendo, entienda mejor lo que los otros escribieren. Que a la verdad muy pocas veces acontece que quien no escribe sepa, por doto que sea, juzgar los escritos ajenos, ni guste de las diferencias y ventajas de los estilos, y de aquellas secretas advertencias y finezas que se suelen hallar en los antiguos.

Demas desto, haránle estos ejercicios abundoso y largo en la conversacion, y (como respondiò Aristipò a un tiráno) osado en hablar con todos sin miedo. Pero ha de tener a vueltas desto siempre en la memoria este consejo: que en todo sea prudente, y más aina temeroso que atrevido, y guárdese de darse a entender falsamente que sepa lo que no sabe. Porque naturalmente todos somos más de lo que conviene codiciosos de ser loados, y mayor deleite reciben nuestros oidos con la dulzura de las palabras que se dicen en loor nuestro, que con todas las músicas del mundo, y por eso los que sin mucho seso las admiten, suelen quedar, no solamente engañados, mas áun burlados y reidos de los mismos que los alaban. Viendo los antiguos sabios este peligro, no faltó entre ellos quien escribiese libros, declarando por cuál manera se pudiesen conocer los verdaderos amigos entre los lisonjeros. Por esto ¿qué aprovecha si hay infinitos hombres que, conociendo claramente la lisonja, quieren bien al que la dice y se aborrecen con el que virtuosamente los desengaña? Y áun muchas veces pareciéndoles que quien los alaba se alarga poco, ellos le ayudan, hablan-

do de sí mismos tan vanamente que hasta el desvergonzado lisonjero que está presente se corre de ello. Mas dejemos en su ceguedad a estos ciegos y hagamos que nuestro Cortesano sea de tan buen juicio que no consienta que le hagan de lo blanco prieto, ni presuma de sí sino lo que manifiestamente conociere ser verdad. Este aviso tenga principalmente en aquellas cosas que micer César, si bien os acordais, en su juego tocó, las cuales, segun él dijo, hartas veces hemos nosotros usado, como a instrumentos para enloquecer a muchos. Todavía será más seguro que, aunque conozca ser verdaderos los loores que le dan, los reciba con templanza y no los sufra así puramente sin más, ni los confiese sin alguna contradicion, sino que moderadamente casi los niegue, mostrando siempre tener en efecto por su principal profesion la de las armas, y sinificando que todas las otras buenas calidades son por ornamento de aquéllas. Esto en especial se ha de hacer entre hombres de guerra, por no ser como aquéllos que entre letrados quieren parecer guerreros, y entre guerreros letrados. En esta manera, por lo que ya hemos dicho, podrá el Cortesano huir el vicio de la afetacion y hacer que las cosas medianamente buenas parezcan perfetas.

Respondió a esto micer Pietro Bembo. Yo no sé, señor Conde, por qué quereis que este nuestro Cortesano, teniendo letras y tantas otras buenas calidades, tenga todas estas cosas por ornamento de las armas, y no las armas con todo lo demas por ornamento de las letras, las cuales, por sí solas sin otra compañía, llevan tanta ventaja a las cosas de la guerra cuanta es la que el alma lleva al cuerpo. Porque el ejercicio dellas así pertenece propriamente al alma, como el otro de las armas pertenece al cuerpo.

Respondió entónces el conde. Antes al alma y al cuerpo pertenece el ejercicio de las armas; pero yo no quiero que vos, señor micer Pietro Bembo, seais juez desta causa, porque seríades algo sospechoso para una de las partes, ni tampoco hace agora al caso volver en campo esta disputa, habiendo ya sido ótras veces largamente disputada por hombres sabios, aunque yo realmente la tengo por determinada en favor de las armas, y quiero tambien que el Cortesano, pues yo puedo formalle a mi voluntad, sea de mi parte en esto, y si vos todavía quisiéredes ser de parecer contrario, vengan aquí un hombre de guerra y un letrado, y como el letrado está en la mano que defenderá su opinion con las letras, así el deguerra defienda la suya con las armas, y veamos quién podrá más.

¡Ah, dijo micer Pietro, áun agora acabais de condenar los franceses porque tienen en poco la dotrina; y os dejais de decir que con ella los hombres llegan a entender de cuánto valor sea la gloria, y se hacen inmortales por fama, y agora tan presto parece que ya mudais de opinion! ¿No se os acuerda que

*Giunto Alexandro a la famosa tomba
Del fiero Achile sospirando disse:
O fortunato che si chiara tromba
Trovasti e chi di te si alto scrisse?*

Pues si Alexandre tiniendo envidia a Achíles no se la tuvo de sus hechos, sino de su buena fortuna, que le hubiese dado un tan gran autor como Homero para que escribiese sus cosas y se las levantase hasta al cielo, claro está que preciaba más el saber de Homero que el pelear de Achíles. Pues luégo, ¿qué otro juez o qué otra sentencia quereis sobre esto sino esta que dió uno de los mayores capitanes del mundo?

Yo condeno, respondió el Conde, los franceses, porque piensan que las letras estorban las armas, y tengo por cierto que a nadie conviene más la dotrina que a un caballero que ande en cosas de guerra, y por eso estas dos calidades asidas y ayudadas la una con la otra, quiero que se hallen en nuestro Cortesano; así que, señor, por decir yo esto no me parece que haya mudado de opinion; mas, como he dicho otra vez, no quiero agora disputar esta materia. Basta saber que los hombres dotos, cuando escriben, casi nunca se ponen en alabar sino los varones famosos en guerra y sus hazañas maravillosas, las cuales de suyo merecen gloria por la propria y esencial virtud de donde nacen. Demas desto dan estas cosas una muy alta y singular materia a los que escriben, con la cual ennoblecen sus escritos, y en parte hacen que para siempre duren, los cuales por ventura no serian tan leidos ni estimados si les faltase un tan honrado sujeto. Y si Alexandre tuvo invidia a Achfles por velle que habia alcanzado un tan grande pregonero de sus hechos, no se concluye por eso que tuviese en más las letras que las armas, en las cuales, si se conociera quedar tan atrás de Achfles, como sabía que en el escribir lo quedarian de Homero todos aquellos que dél escribiesen, no hay duda sino que deseára ántes el hacer bien en sí que el escribir bien en otro, y la codicia que tenía de alcanzar un singular autor de sus cosas, la convertiera en procurar de hacellas mejores.

Por eso creo yo que lo que él dijo no fué sino un secreto loor de sí mismo y un desear lo que entónces no tenia, que era alcanzar algun ecelente y maravilloso hombre que escribiese su historia, y no lo que ya pensaba tener, que era el esfuerzo y el saber en las armas, en el cual estaba muy confiado que podia bien igualarse

con Achíles, y así le llamó *fortunato*, casi señalando que si su fama no fuese en todo tiempo tan ensalzada como aquella que fué celebrada por un poeta tan divino, no sería por culpa suya ni por falta de hazañas señaladas, sino por la fortuna, la cual habia puesto en manos de Achíles a Homero, como un milagro de natura, por glorioso pregon de sus hechos; y tambien quizá con aquellas palabras tuvo fin a despertar algun ingenio de algun autor ecelente para que escribiese el proceso de sus cosas, mostrando habelle de quedar por ello en tanto cargo, quanto era el amor que tenía a la memoria que en el mundo quedaba por el beneficio de las letras, de las cuales basta agora lo que hemos dicho.

Antes sobra, respondió Ludovico Pfo, porque pienso que no se podrá hallar vaso en que quepa todo lo que vos quereis echar en este Cortesano.

CAPÍTULO X

Como al perfecto Cortesano le pertenece ser músico, así en saber cantar y entender el arte, como en tañer diversos instrumentos.

ESPERÁ pues un poco, dijo entónces el Conde, que muchas otras cosas han aún de entrar en él, y así volvió a decir. Habeis de saber, señores, que este nuestro Cortesano, a vueltas de todo lo que he dicho, hará al caso que sea músico; y demas de entender el arte y cantar bien por el libro, ha de ser diestro en tañer diversos instrumentos. Porque, si bien lo consideramos, ningun descanso ni remedio hay mayor ni más honesto para las fatigas del cuerpo y pasiones del alma que la música, en especial en las córtes de los príncipes, adonde no solamente es buena para desenfadar, mas aún para que con ella sirvais y deis placer a las damas, las cuales de tiernas y de blandas fácilmente se deleitan y enternecen con ella. Por eso no es maravilla que ellas en los tiempos pasados y en estos de agora hayan sido comunmente inclinadas a hombres músicos, y holgado estrañamente con oír tañer y cantar bien.

Atravesó a esto Gaspar Pallavicino diciendo. La música pienso yo que, como otras muchas vanidades, es muy conforme a las mujeres, y aún quizá tambien a algunos

que parecen hombres, mas no lo son, los cuales no debrian por ninguna via con semejantes deleites y regalos ablandar ni enternecer sus corazones, de manera que se enflaqueciesen y se hiciesen medrosos.

No digais eso, respondió el Conde, sino haréisme entrar en grandes procesos de loores de la música, y acordaros he cuán estimada y honrada haya siempre sido entre los antiguos, y áun fué, pues me meteis en ello, opinion de muchos sabios y famosos filósofos ser el mundo compuesto de música, y los cielos en sus movimientos hacer un cierto són y una cierta armonia, y nuestra alma con el mismo concierto y compas ser formada, y por esta causa despertar y casi resucitar sus potencias con la música. Y así se lee de Alexandre que oyendo alguna vez, estando comiendo, tañer y cantar algunas cosas bravas y furiosas, fué forzado de dejar la comida y arremeter a las armas; despues mudando el músico aquella arte de són y ablandándose, amansarse él tambien, y volver de las armas a la mesa. Más os digo, que Sócrates filósofo, siendo tan grave y tan estrecho, como sabeis, aprendió a tañer vihuela pasando ya de setenta años. Tambien me acuerdo que Platon y Aristótil quieren que el mancebo, para criarse bien, sea instruido en la música, y prueban con infinitas razones la fuerza della en nosotros ser muy grande, y tener todos los que quieren salir singulares hombres necesidad por muchas causas de aprendella desde niños, no sólo por aquella dulzura de són que nos da en los oídos, mas áun por ser ella bastante a hacer en nosotros un nuevo hábito bueno, y una costumbre que se endereza derechamente a la virtud y hace nuestros corazones más dispuestos a estar sosegados y contentos, así como los ejercicios corporales hacen ser el cuerpo más recio y más suelto. Aprovecha asimismo, segun la opi-

nion de estos dos filósofos, a las cosas de la guerra y al gobierno de la república, y así Licurgo la aprobó en sus rigurosas leyes. Léese también que los lacedemonios, gente muy guerrera, y los pueblos de Candía, usaban vihuelas y arpas y otros géneros de instrumentos blandos cuando habían de pelear, al punto que ya estaban los escuadrones para romper. Bien supo todas estas escencias de la música Epaminundas y muchos otros singulares capitanes antiguos, pues con tanta diligencia la aprendieron, y si algunos hubo en aquellos tiempos que no la supiesen, como Temístocles, fueron por ello harto menospreciados. ¿No habeis vosotros leído que una de las primeras cosas que aquel buen viejo Chiron avezó a Achíles en su edad más tierna fué la música, y que quiso aquel sabio maestro que aquellas manos que habían de derramar tanta sangre troyana estuviesen muchas veces ocupadas en tañer? ¿Qué caballero habrá luego que haya vergüenza de seguir en esto a Achíles y a otros muchos famosos capitanes que yo podría nombrar agora? Así que no queráis vos, señor, quitar a nuestro Cortesano un tan gran bien como es la música, la cual, no sólo amansa nuestros corazones, mas aún los de las fieras hartas veces, y el que no la gusta se puede pensar dél que tiene los sentimientos y espíritus discordes entre sí. Mirá cuanto puede, que ya hubo músico que con ella hizo llegar un muy gran pescado al navío donde él iba, y le trujo a que tomándole en sus espaldas le sacase en tierra. Ésta es la que en los sagrados templos celebra los divinos oficios, y canta a Dios los loores y las gracias por los beneficios recibidos, y así de creer es que a él le sea muy aceta, y que él nos la haya dado por un muy dulce alivio de nuestras fatigas y congojas. Con ésta los trabajados labradores debajo del ardiente sol engañan su mismo trabajo

con el grosero y rústico cantar. Con ésta la mozuela, que ántes de amanecer se levanta descalza y mal vestida a hilar o a tejer, se defiende del sueño y hace deleitosa su trabajosa labor. Esta es una recreación muy alegre para los miserables marineros despues que la fortuna y los vientos han cesado. Con ésta descansan los cansados romeros de sus largas y enojosas romerías, y los afligidos encarcerados entre sus hierros y cadenas se consuelan. Y que ésta sea con su cantar, aunque a las veces acáezca ser grosero, un muy grande y ordinario refrigerio de nuestros trabajos y enfados, puédesse ver en esto, que hasta las amas, cuando veen llorar sus niños, luégo, sin saber cómo, casi por un natural instinto se mueven a acallarlos y hacellos dormir con algun cantar, los cuales, tiniendo la sola natura por maestra, con aquel són en el mismo punto sosiegan y duermen y olvidan las lágrimas a ellos propias, y dadas naturalmente en naciendo, como por un anuncio de todas las tristezas y desventuras que en todo el discurso de la vida continuamente han de pasar.

Aquí, callando un poco el Conde, dijo el manífico Julian. Por cierto yo no soy del parecer del Sr. Gaspar Pallavicino. Antes pienso, por las razones que vos habeis dicho y por otras muchas, que conviene la música, no sólo por un ornamento bueno, mas de pura necesidad, al Cortesano. Pero querría saber esta calidad y las otras que le habeis señalado, cómo y en qué tiempo, y por qué arte han de ser por él tratadas. Porque ya sabeis que muchas cosas que de suyo son buenas, suelen hartas veces por hacerse fuera de tiempo ser malas, y, por el contrario, otras que parecen de poca importancia, usándose bien y discretamente, vienen a tenerse en mucho.

CAPÍTULO XI

Que al Cortesano conviene tener noticia del pintar, y sobre este punto pasaron sotiles razones entre los cortesanos

QUIERO, dijo entónçes el Conde, primero que entremos en eso hablar de otra cosa, la cual por ser de mucha calidad, si yo no me engaño, cumple que nuestro Cortesano la sepa, y es saber dibujar o trazar y tener conocimiento de la propia arte del pintar. Y no os maravilleis que yo le desee esta arte, la cual hoy en dia quizá es tenuta por mecánica, y por ventura no parece que convenga a caballero, que yo me acuerdo haber leído que los antiguos, en especial en toda Grecia, querian que los mancebos generosos estudiasen dentro en las escuelas y se ejercitasen en la pintura como en cosa virtuosa y necesaria, y fué esta arte recebida en el primer grado de las liberales, despues con público mandamiento fué proveido que no se mostrase a los siervos. Tuvieronla tambien los romanos en mucho, y desta el antiguo y noble linaje de los Fabios tomó el uno de los tres nombres; y así el primer Fabio fué llamado pintor, porque realmente lo fué muy grande, y tan dado a la pintura, que habiendo pintado los muros del templo de la Salud intituló en ellos su nombre; pareciéndole que, aunque fuese de

casa tan honrada y llena de tantos títulos de consulados, de triunfos y otras dinidades, y fuese muy gran letrado en muchas facultades y entendido en leyes, y puesto en la cuenta de los oradores, todavía acrecentaria su fama dejando aquella memoria de haber sido tan gran pintor. Otros muchos hubo de alta sangre famosos en esta arte, de la cual, demas de ser de muy gran valor y estima, se sacan grandes provechos, mayormente en la guerra, donde comunmente suele ser necesario saber trazar regiones, asientos, rios, puentes, riscos, fortalezas, y semejantes cosas, las cuales, aunque siempre se tuviesen en la memoria, lo que casi es imposible, no se podrian mostrar por otra via.

Verdaderamente quien no precia esta arte paréceme hombre fuera de toda razon; que si bien lo contemplamos, toda la fábrica de este mundo que vemos con el ancho cielo de claras estrellas lumbroso, y en el medio de todo la tierra rodeada de mar, de montes, de valles, de rios diversificada y de diversos árboles, de lindas flores, de extrañas yerbas aderezada, podemos decir que no es otra cosa sino una milagrosa y gran pintura por las manos de la natura y de Dios compuesta, la cual quien fuere para contrahacella merecerá ser alabado de todo el mundo. Arte es ésta que no se puede llegar a saber mucho della sin tener noticia de muchas cosas; y si no, pruébelo quien quisiere y vello ha. Por eso los antiguos la estimaban y hacian gran honra a los oficiales della; y así llegó a lo más alto de su perficion, como se puede bien conocer en los bultos antiguos de mármol y de bronce que en nuestros dias se veen. Y, puesto que sea diferente la pintura de la escultura, la una y la otra nacen de una misma fuente, que es la buena traza o figura que el oficial en si concibe para la obra que ha de hacer.

Por eso, como lo de los bultos es cosa divina, así también se puede decir que lo son las pinturas, y por ventura son tanto más ecelentes cuanto es mayor el artificio que en ellas cabe.

Emilia entónces, volviéndose a Juan Christóphoro Romano, que allí estaba asentado, djole: ¿Qué os parece desto? ¿Confesaréis vos que en la pintura quepa mayor artificio que en la escultura?

Respondió Juan Christóphoro. Yo, señora, tengo por opinión que la escultura es de mayor trabajo, de mayor arte y de mayor dinidad que la pintura.

Respondió a esto el Conde: Bien podria ser verdad que los bultos fuesen de mayor estima, porque duran más tiempo, y así está claro que siendo hechos por una memoria satisfacen más que las pinturas al fin por donde se hicieron. Pero demas de la memoria fueron inventadas estas dos artes por un hermoso atavío del mundo, y por esta via lleva muy gran ventaja la pintura, la cual, si no es tan duradera, digámoslo así, como la escultura, todavía permanece mucho, y eso que dura tiene harto mayor frescura y lindeza.

Creo yo verdaderamente, dijo Juan Christóphoro, que vos hablais al revés de lo que sentis, y todo ello es por hacer placer a vuestro Rafael. Y aún quizá os parece que la ecelencia del pintar que conocéis en él sea tan estrema que la del esculpir no pueda en ninguna manera subir a tan alto grado; mas esta perficion pensá que no es del arte, sino de un maestro solo. Con todo, no dejo yo cierto de conocer que entrambas artes son una artificiosa imitacion de natura; pero más perfetamente se saca lo natural al proprio en una figura de mármol o de bronzo, en la cual son todos los miembros macizos, formados y medidos como si fuesen naturales, que en una imágen

pintada, en la cual no se vee sino lo de encima, y los colores con que se engañan los ojos, y así no me negaréis vos que no sea más llegado a la verdad el ser que el parecer. Pienso tambien que la escultura sea más difícil, porque el yerro que en ella se hace es imposible enmendalle; que ya veis que el mármol no se puede mudar ni recibe enmienda, sino que es necesario si en él una figura se yerra hacer otra de nuevo, lo que no acaece en la pintura, la cual es fácil cosa mudalla mil veces, y añadir y quitar della, mejorándola siempre.

Rióse el Conde y dijo. Yo no hablo aquí por defender la parte de Rafael, ni habeis vos de creer que sé tan poco que no conozca la perficion de Miguel Angel y la vuestra y la de otros en el esculpir; mas yo agora trato del arte, y no de los maestros della.

Y vos bien decis que entrambas artes son una imitación de natura; pero decir que la escultura tiene sér y la pintura nó, sino parecer, es muy gran engaño; que aunque los bultos sean todos macizos, como si fuesen vivos, y las pinturas solamente se parezcan en lo de encima, muchas cosas faltan a los bultos que no faltan a las pinturas, como los lustres y las sombras, porque otro lustre tiene la carne y otro el mármol, y esto naturalmente lo contrahace el pintor con lo claro y con lo oscuro, templándolo segun la necesidad de la obra, lo que no puede hacer el escultor. Y, puesto que en el pintar no se haga la imagen redonda ni maciza, hácese todavía las junturas y los miembros como macizos y redondeados, tan diestramente, que, casi por una cierta manera que no se sabe decir, figuran o dan a entender aquellas partes que no se veen, y todo con tal arte, que claro se comprende, que el pintor las conoce y las entiende bien. A esto es necesario otro mayor artificio en hacer aque-

Los miembros que se han de medir a la proporción de la vista por la perspectiva, la cual a poder de líneas muy medidas, de colores, de lustres y de sombras, suele mostrar en un muro pintado derecho lo llano y no léjos más o ménos, como ella quiere.

Tras esto, ¿no os parece que sea mucho contrahacer las colores naturales, figurando propriamente las carnes, los paños y todas las otras cosas que tienen color? Esto no lo hará ya el escultor por más que haga, ni sacará tampoco a lo proprio la viva gracia de unos ojos negros o zarcos, con aquella claridad de aquellos enamorados rayos; ni mostrará la color de unos cabellos rubios, no el resplandor de unas armas, no una noche oscura, no una fortuna de mar, no los relámpagos y rayos, no un fuego de una ciudad que se quema, no el reir del alba con aquella frescura de color de rosas y con aquellos sus rayos, los unos como de puro oro y los otros colorados. No mostrará, en fin, cielo, mar, tierra, cuevas, bosques, vegas, jardines, rios, ciudades, casas ni otras cien mil cosas, las cuales todas el pintor las saca perfectamente. Por eso tengo yo la pintura por más noble, y por cosa en que cabe mayor artificio que en la esculptura.

Y pienso que entre los antiguos floreció y llegó al punto de su perficion como las otras cosas, lo cual áun agora en nuestros dias se puede bien juzgar por algunos pedazos della que nos han quedado, en especial en las grutas de Roma. Pero más claros testigos desto son los libros que antiguamente se escribieron, en los cuales a cada paso se refiere la ecelencia del pintar y de sus maestros que en aquellos tiempos estaban en grande reputacion con los príncipes y con las repúblicas.

Y así se lee que Alexandre amó tanto a Apéles Ephesio que habiéndole hecho sacar al proprio una amiga

suya toda desnuda, y conociendo que el buen pintor así pintándola, su poco a poco se habia enamorado en extremo della, sin considerar ninguna otra cosa más, se la dió. Liberalidad verdaderamente de Alexandre, no sólo dar sus tesoros y sus tierras, mas áun su propia aficion y deseos.

Quien esto hizo por Apéles ya veis si le querria bien, pues por satisfacer a la voluntad dél, no miró el enojo que hacia en esto a aquella mujer a quien tanto amaba, la cual bien se puede creer que no holgaria mucho de trocar un tan gran rey por un pintor. Escríbense otros mil ejemplos del amor que Alexandre tuvo a Apéles; honróle tanto, que mandó con públicos pregones que nadie sino él fuese osado de pintar su figura. ¿Quién acabaria de contar las competencias y disputas de muchos pintores famosos, en las cuales se mostraba tanta sotileza que todo el mundo las ensalzaba y se espantaba de veillas? Podria deciros con cuanta solemnidad los capitanes y emperadores antiguos solian aderezar sus triunfos de pinturas y con cuanta majestad las ponian en los lugares públicos y como daban por ellas grandes sumas de dineros, y que hubo ya pintores que holgaron de dar sus obras graciosamente, viendo que ningun precio bastaba a pagalas, y que fué una tabla de Prothogenes tan estimada, que teniendo Demetrio puesto cerco sobre Ródas, y pudiéndola entrar dándole fuego por la parte donde él sabia que aquella pintura estaba, por no quemalla dejó de dar el combate y así no tomó el lugar. Asimismo os podria traer a la memoria como los atenienses enviaron Metrodoro filósofo y pintor singular a Lucio Paulo, para avezalle sus hijos y aderezalle el triunfo que habia de hacer en aquellos dias. Gran argumento es de haber tenido esta arte antiguamente mucha autoridad, ver cuan-

tos autores ecelentes han escrito della, pero no quiero extenderme más por agora sobre esto. Bastará decir que conviene a nuestro Cortesano tener noticia del pintar, como de cosa virtuosa y útil y apreciada en aquellos tiempos cuando los hombres valian harto más que agora. Y ya que otro deleite ni fruto se sacase della, sino que demas de lo que aprovecha para saber alcanzar el primor de las estatuas antiguas y modernas, de los vasos, de los edificios, de las medallas, de los camafeos, de los entalles y de otras semejantes cosas, abre mucho el juicio para conocer la lindeza de los cuerpos vivos, no sólo en la delicadeza de los rostros, mas áun en la proporcion de todo lo demas, así de los hombres como de los otros animales.

Veis luégo cómo tener conocimiento del pintar es causa de un muy gran gusto. Esto imagínenlo aquellos que todo su gozo y paraíso ponen en contemplar la hermosura de alguna mujer. ¿Cuánto, pues, más holgarian ellos en esta contemplacion si supiesen bien en qué está puntualmente el primor de una buena pintura? Porque más perfetamente entenderian aquella hermosura que les da tan entero contentamiento.

Rióse a esto micer César Gonzaga, y dijo: Yo cierto no soy pintor, pero todavía gustaré más de ver una mujer hermosa que no haria aquel vuestro gran Apéles si agora resucitase.

Ese gusto vuestro, respondió el Conde, no procede totalmente de la lindeza que veis; mucha parte dél nace del gran amor que vos por ventura teneis a aquella mujer que tan linda os parece. Y si quereis decir verdad, la primera vez que la vistes no holgastes con mil partes tanto como despues mientras más fué. Pues si la hermosura siempre ha sido aquella misma, ¿por qué razon

vuestro placer no ha de ser el mismo? Hemos de confesar que vos crecistes en amor, y así tambien ha crecido el deleite que sentis en vella.

Yo no niego esto, dijo micer César; pero digo que como el placer nace de la aficion, así la aficion nace de la hermosura; y desta manera la hermosura es la que principalmente lo hace todo.

Muchas otras cosas, respondió el Conde, sin la hermosura, nos enamoran hartas veces, como las buenas costumbres, el saber y el hablar, los ademanes y aquel no sé qué del gesto y mil otras cosas, las cuales quizá por alguna vida las podriamos tambien llamar hermosuras. Mas sobre todo, lo que más hace amar es ser amado, de manera que ya podriamos enamorarnos con gran hervor de alguna mujer que no fuese hermosa de esa hermosura de que vos hablais. Pero los amores que solamente nacen de la gentileza que vemos por defuera en los cuerpos, sin duda dan muy mayor placer al que más sotilmente la conoce que al que ménos. Y así, tornando a nuestro propósito, pienso que mucho más se holgaba Apéles mirando la hermosura de Campaspe que no Alexandre. Por esto se puede bien creer que el amor de entrambos procedia solamente de la hermosura della, y que quizá determinó Alexandre por este respeto dalla a quien él sabía que más perfetamente la pudiera conocer. ¿No habeis vos leido que aquellas cinco doncellas de Croton, las cuales, entre las otras de aquel pueblo, fueron escogidas por Zeusis, pintor, para hacerse de todas ellas una sola figura hermosísima, fueron celebradas con grandes versos de muchos poetas, no por más, sino porque habian sido aprobadas por hermosas de un tan gran juez de hermosuras como era Zeusis?

Aquí, mostrando micer César no quedar satisfecho ni querer consentir por ninguna via que otro pudiese gustar más que él de ver la hermosura de una mujer, comenzó a replicar, pero en esto oyeron un gran estruendo y un hablar alto de muchos que venian, y así, mirando todos hácia la puerta de la sala donde estaban, vieron muchas hachas y luégo muchos caballeros principales que llegaban acompañando al Prefeto, el cual volvia de salir con el Papa, y en apeándose, preguntó qué hacia la Duquesa, y así supo lo que entónces pasaba, y de qué suerte era el juego de aquella noche, y cómo habian dado el cargo al conde Ludovico de tratar qué calidades habia de tener un perfeto cortesano; y por esto, dándose cuanta más priesa podia, trabajaba de llegar a tiempo que pudiese oír algo. Y así, entrando por la sala, hecha reverencia a la Duquesa, sentáronse todos, y él púsose con las damas. Lo mismo hicieron algunos de sus caballeros, en los cuales era el marqués Phebus y y Ghirardino, hermanos de Ceva, micer Hector Romano, Vincencio Calmeta, Horacio Florido y muchos otros.

En esto, estando así todos callando, dijo el Prefeto. Señores, harto sin tiempo habria sido mi venida, si yo fuese causa que se atajasen tan buenas cosas como agora debieran de pasar entre vosotros. Por eso no me hagais este agravio que quiteis a mí y a vosotros mismos un tan buen rato.

Respondió a esto el conde Ludovico. Antes pienso, señor, que haria por agora al caso callar yo; porque habiendo sido esta noche mio el cargo de tratar la materia que cuando vos llegastes se trataba, se han ofrecido tantos puntos, que ya, por decir verdad, yo estoy cansado de hablar, y así creo que lo estarán estos señores de es-

cuchar, por no haber sido mi habla tal cual pertenecía a compañía de tantos hombres sabios, y cual se requería en una tan gran cosa como es la de que agora tratábamos, en la cual, pues yo no quedo satisfecho de mí, tampoco pienso que lo quedarán los otros. Por eso, señor, vos habeis sido mejor librado en llegar tan tarde, y no será malo que en lo que queda por decir, otro suceda en mi lugar, que quien quiera que éste sea, pienso que lo hará mejor que yo, en especial agora que estoy cansado.

No sufriré yo, respondió el manífico Julian, por ninguna cosa, que dejeis de cumplir la palabra que me distes. Y creo yo que al señor Prefeto no le pesará oír lo que vos me habeis prometido declarar.

¿Qué os he prometido yo de declarar? dijo el Conde. Prometistes demostrarnos, respondió el Manífico, cómo debia el Cortesano usar aquellas buenas calidades que, segun vos habeis dicho, se requieren en él.

Era el Prefeto, aunque muy mozo, muy avisado y harto más discreto de lo que parecia poder caber en tan pocos dias, y en todo lo que en él se via mostraba, con una gentil grandeza de ánimo, una viveza de ingenio maravillosa, verdadero pronóstico ciertamente de aquel alto grado de virtud, donde se esperaba que habia de llegar; y así, oyendo las palabras del Manífico, dijo luégo.

Si todo eso queda por decir, pareceme que yo podria aún haber venido harto a buen tiempo; porque alcanzando yo a saber cómo el Cortesano deba usar sus buenas calidades, sabré tambien cuáles hayan de ser éstas, y así llegaré a entender todo lo que hasta aquí se ha dicho. Por eso, señor Conde, no os escuseis de pagar enteramente vuestra deuda, en especial pues ya teneis pagada una buena parte della.

No habria yo de pagar tanto, respondió el Conde, si los cargos fuesen repartidos algó más igualmente; però el yerro fué dar poder de tener el gobierno de estos juegos a una señora que es muy parte. Y en esto volvióse riendo a Emilia, la cual luégo así respondió.

No debriades vos quejaros deso, mas pues vos lo haceis así y os agraviais tan sin causa, darémos un pedazo desta honra, que vos teneis por fatiga, a algun otro. Y así en diciendo esto, volvióse a micer Federico Fregoso y díxole. Pues vos, señor, levantastes este juego del Cortesano, será bien que os quepa parte dél, y ésta quiero que sea satisfacer a la pregunta del señor Manífico declarando en cuál modo y manera y tiempo deba el Cortesano tratar sus buenas condiciones y calidades, y obrar todas aquellas cosas que el señor Conde ha dicho convenille.

Señora, dijo entónces micer Federico, si vos de las buenas calidades quisiéredes apartar el modo y el tiempo y la manera y el bien obrallas, sabé que será eso querer separar lo que no puede ser separado; porque estas cosas son las que ellas con ellas se ayudan, y con este concierto se hacen las calidades buenas y el saber obrallas bueno. Por eso habiendo el señor Conde hablado tan bien en todo, y áun tocado algo en esto que agora decimos, pues ya estaba tan adelante y tenía ya concebido en su juicio lo que quedaba por decir sobre esto, fuera por cierto muy mejor que acabára él esta plática.

Hacé cuenta, dijo Emilia, que sois vos el Conde, y decí lo que se os figuráre que él dijera, y así quedará todo remediado.

Dijo entónces el Calmeta: Señores, ya es muy tarde;

por eso, aunque no sea sino porque micer Federico, si fuere breve en su hablar, no tome por achaque que le faltó el tiempo, ternia por bien que se dejase esto para mañana y se gastase el rato que nos queda en algun otro pasatiempo de ménos competencia y porfía.

Fueron todos de este parecer, y con esto la Duquesa mandó a dos damas de las suyas que danzasen. Y así ellas, en comenzando a tañer los tañedores, danzaron una baja y una alta, y despues bailaron con tanta gracia que todos holgaron estrañamente de vellas. En fin, pór ser ya pasada la mayor parte de la noche, la Duquesa se levantó, y así todos, con mucho acatamiento, despidiéndose della se fueron a dormir.

ANÁLISIS DEL LIBRO SEGUNDO

Comienza el libro segundo con una plática en que se expone «a cuál modo y manera, tiempo y sazón deba el Cortesano usar de sus buenas calidades y poner en obra todo lo que le conviene». Ha de huir «sobre todo el vicio de la afetación» y hablar a cada cual según la dignidad de las personas, el momento y la circunstancia se lo aconsejen, conservando siempre «un gentil y gracioso trato en la conversación familiar con todos». Va examinando después, en los capítulos II y III, qué tal ha de ser la conversación del Cortesano con el príncipe, con los señores y con sus iguales, con otras particularidades que se tocan en el capítulo IV. Los capítulos V y VI están consagrados a los donaires y gracias que el Cortesano ha de emplear para añadir al encanto de la conversación los de la risa y regocijo. Para Castiglione es lícito fingir, como sea sobre un fundamento de verdad y con propósito de ameno pasatiempo, acompañando a las palabras lo gracioso de gestos y ademanes. No rechaza los juegos de palabras en otra suerte de dichos «lo cual vulgarmente llamamos derivar, y ésta consiste en mudar o quitar o poner una letra o sílaba», ni el doble sentido, ni la burla disimulada, ni, en general, ninguno de los eternos registros que desatan la risa en una sociedad amable y culta. Sazona

sus razonamientos con ejemplos y chistes que pueden formar un repertorio para el perfecto Cortésano. Pero no deja de advertirle que ha de tener «en el burlar y en el decir gracias respeto al tiempo, a las personas, a su propia calidad y estado, y mirando en no usallo demasiadamente, porque a la verdad cansa y enfada estar todo el dia y en todas las pláticas y sin propósito animado siempre a decir donaires». Evite el morder «sin causa o con odio manifesto y a personas muy poderosas, que es mal seso, o muy miserables, que es crueldad, o muy malvadas, que es vanidad, o diciendo cosas con que ofenda a quien no querria, que es inorancia». El último capítulo trata de «las maneras y fundamentos de las burlas que suelen hacer los amigos unos a otros», las cuales agradan tanto más «cuanto son mas sotiles por una parte, y por otra moderadas; porque el que quiere burlar desatentadamente ofende muchas veces; de donde forzosamente han de nacer rencillas y grandes enemistades». Termina el capítulo y con él todo el libro segundo encargando la Duquesa a Juliano el Magnífico que exponga «la más alta perficion que desearse pueda en mujer» formando una dama perfecta como los otros caballeros habían formado ya un Cortesano perfecto.]

EL TERCER LIBRO DEL CORTESANO,

DEL CONDE BALTASAR CASTELLON,

A MICER ALFONSO ARIOSTO

traducido de italiano en castellano.

PRÓLOGO

Léese que Pitágoras sotilísimamente y con gran arte halló la medida del cuerpo de Hércules desta manera: que sabiendo cierto que aquel espacio, en el cual de cinco en cinco años se celebraban los juegos olímpicos en Arcaya, cerca de Elide, delante el templo de Júpiter Olímpico, habia sido medido por Hércules, y hecho dél un estadio de seiscientos y veinte y cinco piés de los suyos, y que los otros estadios, que despues por toda Grecia fueron instituidos, eran tambien de seiscientos y veinte y cinco pies, pero con todo esto menores que aquel primero, fécilmente conoció, tiniendo ojos a esta proporcion, cudnto el pié de Hércules hubiese sido mayor que los otros piés humanos. Y así, entendida la medida del pié, con ella llegó a entender todo el cuerpo de Hércules haber sido tanto mayor que los de los otros hombres proporcionalmente, quanto aquel otro estadio ecedia en grandeza a los otros. De esta arte vos, señor micer Alfonso, podréis claramente, por esta pequeña parte de todo el cuerpo, sacar cuánta ventaja llevase la corte de Urbino a todas las otras de Italia, considerando quanto en ella estos juegos, los cuales fueron inventa-

BALTASAR CASTIGLIONE

dos para recrear los corazones fatigados de otros negocios graves, fuesen mejores que todos los que en las otras c6rtes de Italia se usaban. Y, si estas cosas en que no iba mucho eran tales, pens6 cu6les serían las otras de m6s importancia, donde el seso y el cuidado suelen poner todas sus fuerzas. En esto yo oso hablar muy con fiadamente con esperanza de ser creído, porque ya veis que yo no alabo cosas tan antiguas, que tenga licencia de fingir, y puedo muy bien probar cuanto digo con muchos hombres de autoridad que áun viven, y que en su presencia han visto y conocido la vida y costumbres que en aquella casa de Urbino un tiempo florecieron, a la cual yo debo tanto, que quedo obligado a esforzarme de trabajar con toda diligencia que su memoria no se pierda, y hacella vivir con mis escritos en los corazones de nuestros descendientes, de donde podr6 proceder por ventura que en los tiempos venideros no falte quien tenga invidia a nuestros tiempos, porque no hay quien sepa los maravillosos hechos de los antiguos, que en su corazon no forme una cierta opinion, de aquellos de quien se escribe, mayor que no parece que puedan exprimir los libros, por m6s que dinamente est6n escritos. Así yo deseo que todos aquellos en cuyas manos viniere este nuestro libro, si con todo en algun tiempo tanto favor mereciere que de caballeros de honra y de damas de precio merezca ser leído, piensen y tengan por cierto haber sido la c6rte de Urbino mucho m6s ecelente y llena de singulares hombres, que pudi6semos nosotros escribiendo explicallo. Y, si en mí hubiese tanta elocuencia, cuanto en ellos habia valor, no ternia yo agora necesidad de otros testigos para hacer que a nuestras palabras diesen todos entera fé.

CAPITULO PRIMERO

Cómo la Duquesa dió el cargo al Manífico Julian de formar una perfeta Dama con las calidades que le convienen, así como queda un perfeto Cortesano en lo ya platicado en los dos libros pasados, el cual acetándolo comenzó su plática.

Siguiendo pues nuestro propósito, digo que vueltos aquellos caballeros el siguiente dia a la hora acostumbrada, adonde la Duquesa estaba, y asentados todos con gran silencio, estuvieron luégo un rato mirando a micer Federico y al Manífico Julian, esperando cuál dellos comenzaria a hablar; y así la Duquesa, despues que hubo estado callando un poco, dijo. Sabed, señor Manífico, que todos aquí desean ver esa vuestra Dama muy bien aderezada; por eso, si no la mostráredes tal que toda su hermosura se vea, pensarémos que de celoso lo habeis hecho.

Señora, respondió el Manífico, si yo la tuviese por hermosa, mostraríala sin ningun aderezo, y de la manera que Páris quíso ver las tres diosas; pero si todas estas señoras, pues ellas me han puesto en este cuidado, no me ayudan a aderezalla, yo pienso que no solamente el señor Gaspar y el señor Frigio, mas áun todos estos otros señores ternán justa causa de decir mal della. Por

eso agora miéntras ella está en alguna opinion de hermosa será por ventura mejor tenella secreta, y oír lo que le queda a micer Federico por decir del Cortesano, el cual sin duda pienso yo que parece ya mejor de lo que podria parecer esta mi Dama.

Lo que yo entendía, respondió micer Federico, de decir del Cortesano no es cosa que haga tanto al caso que no pueda muy bien dejarse; ántes es materia casi diversa de la que hasta aquí se ha tratado.

Pues decínos qué es, dijo la Duquesa.

Yo queria, respondió micer Federico, declarar las causas destas órdenes de caballeros fundadas por grandes príncipes debajo de diversos títulos; como es la de Sant Miguel en la casa de Francia, y la de la Jaretiera, que es debajo del nombre de Sant Jorge, en la casa de Inglaterra, y la del Tuson en la de Borgoña; y pensaba decir de qué manera se suelen dar estas dinidades, y cómo se quita a los que merecen ser despojados dellas, y de dónde han procedido, y quiénes fueron los fundadores dellas, y a qué fin han sido fundadas; porque en las grandes córtes suelen ser siempre los caballeros destas órdenes hombres muy principales. Pensaba tambien, si hubiese tenido tiempo, demas de la diversidad de las costumbres que se usan en las córtes de los príncipes cristianos en la manera del servirse, y en el andar los galanes con las damas, y en las fiestas y justas y juegos de cañas y semejantes cosas, decir algo de la del Gran Turco; pero más particularmente de la del Sofi rey de Persia, porque siendo yo informado por mercaderes, que largo tiempo han estado en aquella tierra, les caballeros de allá ser muy valerosos y de gentiles costumbres, y en el tratar unos con otros, y en el servir a las damas y en todas las otras cosas muy bien criados y discretos, y en las armas

cuando se ofrece, y en las fiestas y juegos tener mucho punto y ser francos y galanes, heme dado a saber qué manera tengan ellos y qué arte en todo esto, y de qué cosas más se precien, y en qué consistan sus pompas y sus aderezos de vestidos y de armas, y en qué sean ellos diferentes de nosotros, y en qué conformes, qué forma de trato tengan las mujeres con los hombres, y con qué uso sepan traer a los que andan con ellas de amores; mas a la verdad no es agora tiempo de entrar en esto, en especial habiendo otras cosas que decir, mucho más a nuestro propósito que no éstas.

Ántes esto y otras muchas cosas hacen, respondió Gaspar Pallavicino, harto más al propósito que formar la Dama que aquí se ha dicho, considerado que las mismas reglas que son para el Cortesano son también para la Dama; porque así debe ella como él tener respeto al tiempo y al lugar, y guardar, según su flaqueza, todas las otras circunstancias que aquí muchas veces se han tocado. Y por eso, en lugar desto, quizá no sería malo decir alguna particularidad de las que nos muestran a saber servir a un príncipe; que por cierto al Cortesano conviene sabellas y hacellas con buena gracia, o, ya que esto no se dijese, a lo ménos sería bien que se tratase qué manera se ha de tener en los ejercicios del cuerpo y cómo hemos de menear un caballo, y jugar de armas y luchar, y en qué consiste la dificultad de todas estas cosas.

Dijo entónçes la Duquesa riendo. Un Cortesano tan excelente no ha de servir a nadie; y esos otros ejercicios que vos decis, dejémoslos a micer Pietro Monte, que él terná cuidado de mostrállos cuando le pareciere tiempo, por eso agora el Sr. Manífico no ha de tratar de otra cosa sino desta Dama, a la cual me parece que ya

vos comenzais a haber miedo, y así há rato que andais por desbaratar la plática, y atravesais otras materias escusadas.

Tiene razon el señor Gaspar, respondió el Frigio, que ciertamente no hace agora al caso hablar de mujeres, en especial quedando más que decir del Cortesano; porque verdaderamente no debrian mezclarse estas dos cosas.

Vos os engañais, respondió micer César Gonzaga, porque así como no puede haber córte ninguna, por grande y maravillosa que sea, que alcance valor ni lustre ni alegría sin damas, ni Cortesano que tenga gracia, o sea hombre de gusto o esforzado, o haga jamas buen hecho, sino movido y levantado con la conversacion y amor dellas, así tambien el tratar agora esta materia desta cortesanía no alcanzará su perfición si ellas no se atravesaren, poniendo en ello aquella parte de buena sombra y de gentil gracia, con la cual se hace perfeto el sér del Cortesano.

Rióse a esto Otavian, y dijo. Veis aquí un poco de aquella salsa que hace enloquecer a los hombres.

El magníco Julian entónce, volviéndose a la Duquesa, djole. Señora, pues, vos así lo mandais, yo diré lo que supiere; pero temo mucho que no he de salir desto con mi honra. Y cierto por menor trabajo ternia formar una señora que mereciese ser reina de todo el mundo, que una perfeta Dama, porque desta no tengo yo original de donde sacalla, pero de la reina no sería menester ir muy léjos para hallarle; y bastaria sólo imaginar las grandes ecelencias de una señora que yo conozco, y contemplándolas, enderezar todo mi espíritu a exprimir con palabras lo que muchos ven con los ojos; y, ya que no fuese para hacer nada desto, nombrando solamente a esta se-

EL CORTESANO

ñora, saldria con mi intincion, y daria harto buen cabo a lo comenzado.

Dijo entónces la Duquesa. No os salgais de vuestro propósito, señor Manífico; no quebranteis la orden puesta en esto, ni cureis sino de formar esa Dama, de tal manera que, aquella señora que habeis dicho, tenga de quien poder servirse con mucha honra.

Prosiguió el Manífico diciendo. Pues luégo, señora, porque se vea claramente que vuestros mandamientos pueden tanto en mí, que bastan hasta hacerme probar a hacer lo que no sé hacer, formaré esta Dama como yo la querria; y despues que la haya formado conforme a mi juicio, si viniere la cosa a no poder alcanzar otra, o a haberme de contentar con ésta, tomalla he y tenerla he por mia, como Pimalion tuvo la suya. Y porque el señor Gaspar ha dicho que las reglas que aprovechan al Cortesano aprovechan tambien a la Dama, yo digo, quanto a lo primero, que mi opinion es muy contraria en esto de la suya; que aunque algunas calidades sean comunes a entrambos, y tan necesarias al hombre como a la mujer, hay otras que convienen más a la mujer que al hombre, y otras que cuadran a los hombres, de las cuales las mujeres deben huir totalmente. Lo mismo digo en los ejercicios del cuerpo. Mas sobre todo me parece que en la manera, en las palabras, en los ademanes y en el aire, debe la mujer ser muy diferente del hombre, porque asi como le conviene a él mostrar una cierta gallardía varonil, así en ella parece bien una delicadeza tierna y blanda, con una dulzura mujeril en su gesto, que la haga en el andar, en el estar y en el hablar, siempre parecer mujer, sin ninguna semejanza de hombre. Así que añadiendo esta consideracion a las reglas que estos caballeros han dado al Cortesano, pienso que de muchas dellas po-

dria la Dama, segun ha dicho el señor Gaspar, aprovecharse, porque muchas virtudes del alma son necesarias en la mujer como en el hombre; y así lo son tambien la nobleza del linaje, el huir la afetacion, el tener gracia natural en todas las cosas, el ser de buenas costumbres, ser avisada, prudente, no soberbia, no envidiosa, no maldiciente, no vana, no revoltosa ni porfiada, no desdonada, poniendo las cosas fuera de su tiempo, saber ganar y conservar el amor de su señora y de todos los otros, y hacer bien y con buena gracia los ejercicios que convienen a las mujeres. De la hermosura se ha de hacer otra cuenta, porque es mucho más necesaria en la Dama que en el Cortesano; que ciertamente a la mujer que no es hermosa, no podemos decir que no le falte una muy gran cosa. Debe tambien ser más recelosa que no el hombre en lo que toca a su honra, y tener mayor cautela en no dar ocasion que se pueda decir mal della, y regirse de tal manera que no solamente sea libre de culpa, mas áun de sospecha; porque la mujer no tiene tantas armas para defenderse de lo que le levantan como el hombre. Mas porque el señor conde Ludovico ha explicado particularmente el principal oficio del Cortesano, y ha querido que fuese el de las armas, paréceme tambien justa cosa de decir cuál sea, segun mi opinion, el de la Dama, y en esto consiste la mayor parte de lo que yo he de tratar agora. Así que dejando aquellas virtudes del alma que le son a ella comunes con el Cortesano, como es la prudencia, la grandeza del ánimo, la continencia, y muchas otras, y asimesmo aquellas calidades que se requieren en todas las mujeres, como ser buena y discreta, saber regir la hacienda del marido, y la casa y los hijos si fuere casada, y todas aquellas partes que son menester en una señora de su casa, digo que la que

anda en una córte o en otro lugar, donde se traten cosas de gala, paréceme que de ninguna cosa tenga tanta necesidad como de una cierta afabilidad graciosa, con la cual sepa tratar y tener correa con toda suerte de hombres honrados, tiniendo con ellos una conversacion dulce y honesta, y conforme al tiempo y al lugar y a la calidad de aquella persona con quien habláre. Y todo esto ha de hacer ella mezclando en sus costumbres sabrosas y moderadas y en la honestidad, la cual siempre ha de andar en todo, una presta viveza de espíritu, que la haga muy ajena de toda grosería; pero esto con tal manera de seso y de bondad lo haga, que en opinion de todos sea tan buena, prudente y bien criada, cuanto graciosa, avisada y discreta. Por eso tiene necesidad de guardar una cierta medianía difícil, y casi compuesta de contrarios, con la cual llegue puntualmente a cierto término con tan buen tiento que no le pase. Así que no debe esta Dama, por querer hacerse tener por muy buena y honesta, ser tan recogida y mostrarse tan enemiga de las compañías y pláticas algo sueltas, que hallándose entre ellas se aparte luégo; porque haciéndolo así, fácilmente se podría sospechar della que se finge tan recogida por disimular y hurtar el viento a los que andan en el rastro de sus secretos; y tambien la manera del vivir tan estrecha y desconversable suele siempre ser odiosa. Tampoco debe, por mostrarse muy desenvuelta y graciosa, decir palabras deshonestas, ni usar una familiaridad demasadamente suelta, de tal manera que se haga tener por mala siendo buena, sino que, cuando se halláre en semejantes pláticas, las escuche, pero con algun empacho y con una vergüenza noble, sin grosería. Asimismo debe huir una tacha, en la cual yo he visto caer muchas, que es decir y escuchar de muy buena gana alguna infamia

de otras mujeres; guárdese desto mucho, porque las que, oyendo contar cosas deshonestas de otras, se alteran dello cuerdamente, y muestran no creello, señalando tener por una cosa de monstruo que una mujer sea mala, dan manifiesta señal de sí, que pareciéndole a ellas aquella culpa tan fea, deben hallarse sanas della en la conciencia; mas las que andan siempre escudriñando amores ajenos, y contándolos con grandes particularidades y con mucho placer, dan a entender claramente que tienen dello invidia, y que quieren derramallos por todo el mundo, porque tengan ellas tambien licencia con aquel ejemplo de hacer lo mismo, y así, cuando se ofrecen semejantes cuentos, rien muy sueltamente, y dicen tales palabras, y hacen tales ademanes, que muestran gustar entrañablemente de aquella plática, y de aquí nace que los hombres que entónces las escuchan, aunque pareza que huelguen y tengan aquello por bueno, en volviéndoles las espaldas llevan dellas muy mal concepto, y las desprecian, y piensan que todo aquello hayan ellas dicho y hecho por hacellos caer y ponelles osadía que pasen más delante a otras peores cosas, y así de lance en lance llega la cosa a término, que con razon las difaman, y al cabo vienen a tenellas en tan poco, que hasta de su conversacion huyen, y las aborrecen totalmente, y, por el contrario, ningun hombre hay tan mal criado ni tan loco que no tenga siempre mucho acatamiento a las cuerdas y tenidas por buenas, porque aquella gravedad, templada con seso y bondad, es casi un escudo contra el desacato y bestialidad de los locos. Y así se vé por esperiencia que una palabra, una risa, una señal, por pequeña que sea, de amor de una mujer honesta y grave, es tenida en más que todas las blanduras y regalos de las que así sin ningun tiento se muestran

desvergonzadas. Estas tales son las que muchas veces, siendo buenas, se condenan por malas con aquellas sus risas desatentadas, con aquel su hablar siempre, y con aquellas sus locuras y truhanerías que usan a cada paso. Mas porque las palabras que no traen sustancia, ni van fundadas sobre algun sujeto de alguna calidad son vanas y casi son niñerías, es necesario que la Dama, demas del conocimiento que ha de tener de la persona con quien habláre, tenga noticia de muchas cosas, porque, tratando agora de las unas y agora de las otras, haga su conversacion larga, agradable y sustancial. Ha de saber tambien en el conversar escoger, de todas las cosas que supiere, las que hicieren más al propósito de la condicion de aquel con quien habláre, y tenga aviso en no decir a descuido alguna vez palabras que le ofendan, y guárdese de ser pesada, alabándose indiscretamente o hablando mucho; no ande mezclando en las burlas cosas de seso, ni en las de seso burlas; no sea grosera ni vana en mostrar saber lo que no sabe; mas procure cuerdamente de honrarse con lo que sabe, huyendo, como ya hemos dicho, la afetacion en todo; con esto quedará ella aderezada y ennoblecida de buenas costumbres, y hará con buena gracia los ejercicios del cuerpo que en mujer se requieren, y terná su habla abundosa y llena de prudencia, de honestidad y de gusto, y así será no solamente amada, mas acatada de todo el mundo, y podrá ser que merezca igualarse con este nuestro gran Cortesano, así en las calidades del alma como en las del cuerpo. En acabando de decir esto el Manífico Julian, calló y estuvo sobre sí, casi como si hubiese puesto fin a su habla.

Dijo entónces Gaspar Pallavicino. Por cierto, señor Manífico, vos teneis ya muy bien aderezada esa vuestra Dama, aunque todavía me parece que os habeis tenido

mucho a lo general, y habeis señalado en ella algunas cosas tan grandes, que se me antoja que de vergüenza dejastes de declarallas; y lo que hasta aquí le teneis dado, más ahína me parece que ha sido deseárselo, como los que desean cosas imposibles, que habello mostrado. Por eso querria a lo ménos que nos declarásedes algo más en particular, cuáles sean los ejercicios del cuerpo mas conformes a ella, y qué manera haya de ser la suya en la conversación que tuviera con los hombres para dejallos con gusto y con buena opinion de sí, y cuáles sean aquellas muchas cosas de que ella, segun dejistes, ha de tener noticia; y si entendeis que la prudencia, la grandeza del ánimo, la continencia y aquellas otras virtudes tantas, que habeis dicho, le hayan de aprovechar solamente para el gobierno de su casa y de sus hijos y de sus criados, lo cual vos no quereis que sea su principal fin, o verdaderamente para la buena conversacion, y para hacer con gentil gracia los ejercicios del cuerpo que le convienen; y entre éstas y éstas os suplico, señor, que os guardéis de poner estas pobres virtudes en tan bajo officio que hayan de quedar corridas.

Rióse a esto el Manífico Julian, y dijo. Sea lo que fuere, señor Gaspar, que vos, en fin, no podeis dejar de mostrar la mala voluntad que teneis a las mujeres; por cierto a mí me parecia haber dicho ya harto sobre esta materia, en especial hablando con personas tan sábias; porque en verdad no pienso yo que haya aquí nadie de vosotros que no sepa, acerca de los ejercicios del cuerpo, que no conviernia a una mujer ejercitarse en cosas de armas, ni menear un caballo, ni jugar a la pelota, ni luchar, ni hacer muchas otras cosas que son proprias solamente para los hombres.

Dijo entónces el Único Aretino. Solia usarse entre

EL CORTESANO

los antiguos luchar las mujeres desnudas con los hombres, pero nosotros por nuestros pecados hemos perdido esta buena costumbre juntamente con otras muchas.

Acudió a esto micer César Gonzaga, diciendo. Yo en mis dias he visto mujeres jugar de armas, y a la pelota, menear un caballo, ir a caza, y hacer casi todos los ejercicios que pudiera hacer un hombre.

CAPITULO II

En el cual prosiguiendo el Manífico Julian su plática en las calidades de la Dama, dice los ejercicios que le competen, y cómo los debe usar; y tambien quiere que la Dama tenga noticia de letras, de música y del pintar, y otras muchas calidades, sobre lo cual pasan entre los cortesanos sotiles razones y réplicas.

PUES que yo, respondió el Manífico, tengo licencia de formar esta Dama a mi placer, no solamente no quiero que use esos ejercicios tan impropios para ella, pero quiero que áun aquellos que le convienen los trate mansamenté, y con aquella delicadeza blanda que, segun ya hemos dicho, le pertenece. Y así en el danzar no querría vella con unos movimientos muy vivos y levantados, ni en el cantar o tañer me parecería bien que usase aquellas diminuciones fuertes y replicadas que traen más arte que dulzura; asimismo los instrumentos de música que ella tañiere, estoy en que sean conformes a esta intincion, imaginá agora cuán desgraciada cosa sería ver una mujer tañiendo un atambor, o un pífaro, o otros semejantes instrumentós; y la causa desto es la aspereza dellos, que encubre o quita aquella suavidad mansa, que tan propriamente y bien se asienta en las mujeres. Pero si algu-

na vez le dixeren que dance o taña o cante, debe esperar primero que se lo rueguen un poco; y cuando lo hiciere, hágalo con un cierto miedo, que no llegue a embarazalla, sino que solamente aproveche para mostrar en ella una vergüenza natural de mujer casta, la cual es contraria de la desvergüenza; y aun su vestir debe también ayudar a esto; y así han de ser sus vestidos de manera que no la hagan vana ni liviana. Mas porque a las mujeres es permitido y debido que tengan más cuidado de la hermosura que los hombres, y en la hermosura hay muchas diversidades, debe esta Dama tener buen juicio en escoger la manera del vestido que la haga parecer mejor, y la que sea más conforme a lo que ella entiende de hacer aquel día que se viste; y conociendo en sí una hermosura lozana y alegre, débele ayudar con los ademanes, con las palabras y con los vestidos, que todos tiren a lo alegre. Y tambien si se conoce ser de un arte mansa y grave, debe seguilla acudiéndole con las cosas conformes a ella por acrecentar aquél dón de naturaleza que Dios le dió. Asimismo, siendo un poco más gorda o flaca de lo que conviene, o siendo blanca, o algo baza, es bien que se ayude con saberse vestir como mejor le estuviere; mas esto halo de hacer tan disimuladamente, que cuanto más cuidado pusiere en curar su rostro y en traer su persona aderezada, tanto mayor descuido muestre en ello. Pero porque el señor Gaspar Pallavicino preguntó poco há cuáles sean aquellas muchas cosas de que ella deba tener noticia, y qué manera de conversacion haya de ser la suya para saber tratar con cualquier género de hombres honrados, y si deben las virtudes servir a este trato, digo que yo quiero que esta Dama alcance algun conoscimiento de aquello que estos caballeros han querido que sepa el Cortesano; y, áun en aquellos ejercicios que hemos

dicho no convenille, será bien que tenga aquel juicio que muchas veces nos acace tener en las cosas, que no sabemos hacellas, aunque sepamos juzgallas; y esto halo de alcanzar ella por saber alabar y preciar las habilidades que viere en los galanes, segun los méritos de cada uno; y por replicar en parte con pocas palabras lo que ya se ha dicho, quiero que esta Dama tenga noticia de letras, de música, de pinturas; y sepa danzar bien, y traer, como es razon, a los que andan con ella de amores, acompañando siempre con una discreta templanza, y con dar buena opinion de sí, todas aquellas otras consideraciones que han sido enseñadas al Cortesano; y haciéndolo así, parecerá bien a todos hablando o riendo, en juegos, en burlas, y, en fin, en quanto hiciere, y sabrá entretener discretamente y con gusto a cuantos tratáre; y puesto que la continencia, la grandeza del ánimo, la templanza, la fortaleza, la prudencia y las otras virtudes parezca que no hagan al caso para la buena conversacion que hemos dicho yo quiero que esta Dama las tenga todas, no tanto por esta buena conversacion, no embargante que aún a ésta pueden aprovechar, quanto porque sea virtuosa, y porque estas virtudes la hagan tal, que componiendo y ordenando con ellas todas sus obras, sea tenida en mucho.

Maravíllome, dijo entónces riendo Gaspar Pallavicino, que pues dais a las mujeres las letras, la continencia, la grandeza del ánimo y la templanza, no querais tambien que ellas gobiernen las ciudades, y hagan las leyes, y traigan los ejércitos, y que los hombres se estén quedos hilando, o en la cocina.

Respondió sonriéndose el Manífico. Aun quizá eso no sería malo; y tras esto dijo. ¿No sabeis vos que Platon, el cual a la verdad no era muy amigo de las mujeres, quiere que ellas tengan cargo del regimiento de las

EL CORTESANO

ciudades, y que los hombres no entiendan sino solamente en las cosas de la guerra? ¿No creis vos que se hallarian muchas tan sábias en el gobierno de las ciudades y de los ejércitos como los hombres? Mas yo no he querido dalles este cargo, porque mi intincion es formar una Dama, y no una reina. Conozco agora bien que vos querriades tornar a mover aquello que falsamente dijo ayer contra ellas el señor Otavian, cuando no tuvo empacho de decir que las mujeres son animales imperfectísimos, y no dispuestas a hacer ninguna obra virtuosa, y de muy poco valor, y de ménos autoridad en comparacion de los hombres; pero verdaderamente vos y él recibiríades muy gran engaño, si eso pensádes.

Yo no quiero, dijo entónces Gaspar Pallavicino, tornar a mover las cosas ya dichas, mas paréceme que vos querriades agora con vuestras palabras hacerme decir algo que ofendiese a estas señoras; y así por la una parte me revolveríades con ellas, y por la otra las granjearíades para vos con vuestras lisonjas; pero, con todo, yo las tengo a ellas por tan discretas, que pienso que querrán más la verdad, aunque no les sea muy favorable, que la mentira, por más que sea en loor suyo. Y con esto no ternán por malo que yo diga que los hombres les llevan alguna ventaja, ni dejarán de confesar que habeis vos dicho grandes milagros, y puesto en esta Dama algunas imposibilidades que más parecen burla que otra cosa, y que, en fin, la habeis hecho llena de tantas virtudes, que Sócrates y Caton y todos los filósofos del mundo quedan bajos para con ella. Y ciertamente, hablando aquí agora entre nosotros, yo me maravillo mucho que no hayais habido empacho de desmandaros tanto; que harto os debiera bastar hacer que esta Dama fuera hermosa, discreta, honesta y dulce, y

que supiese con buena conversacion tratar con hombres honradamente, y danzase bien, y no dejase de saber tañer y cantar a su tiempo, cuando hiciese al caso, y fuese para señalarse en burlas, en motes y en otras cosas que cada dia vemos usarse en la córte; pero querelle dar conocimiento de todas las cosas del mundo, y ponerle aquellas virtudes que tan pocas veces se han hallado en los hombres, ni en nuestros tiempos ni en los pasados, es una cosa que ni sufrir ni escucharse puede. Y a lo que decís que ha dicho el señor Otavian, que las mujeres son animales imperfectos, y por consiguiente de menor valor que los hombres, y que en ellas no caben las virtudes que caben en ellos, digo que no quiero yo por agora meterme en eso, ni entiendo de afirmallo; porque lo que estas señoras valen, no me haga salir mentiroso. Séos bien decir que hombres sabios y muy dotos han dejado escrito que la natura, por cuanto siempre entiende, y es su propósito hacer las cosas más perfectas, haría, si pudiese, continuamente hombres; y así cuando nace una mujer, es falta y yerro de natura y contra su intencion; como acaece en uno que nace ciego o cojo o con algun otro defeto; lo mismo se ve en aquellos árboles, en los cuales suele haber mucha fruta que nunca madura; y por eso podemos decir que la mujer es un animal producido acaso. Y si quereis ver esto, mirá las operaciones del hombre y las de la mujer, y por ellas sacaréis la perficion del uno, y la imperficion del otro; mas con todo, pues ellas tienen todas estas tachas por culpa de la natura, que las ha hecho tales, no debemos por eso dejar de amallas y tenellas aquel acatamiento que es razon; pero preciallas más de lo que merecen, y pensar que sean más de lo que son, eso nunca dejaré de decir que es error manifiesto.

Esperaba el manífico Julian que Gaspar Pallavicino dijese más; pero viendo que ya callaba, dijo. Para probar imperficion en las mujeres, paréceme que habeis traído una razón muy fria, a la cual, aunque agora, por ventura, ni el lugar, ni el tiempo no nos sufran entrar en estas sotilezas, respondo, segun la opinion de los que más saben y segun la verdad, que la sustancia en ninguna cosa puede recibir en sí más o menos; y por esto, así como ninguna piedra puede ser más perfetamente piedra que otra, cuanto al sér de la piedra, ni un leon más perfetamente leon que otro, así un hombre no puede ser más perfetamente hombre que otro; y por consiguiente, no será el macho más perfeto que la hembra quanto a la sustancia suya formal, porque entrambos se comprehenden debajo de la especie del hombre; y aquello en que el uno es diferente del otro, es cosa accidental, y no esencial. Pues si tras esto me decis que el hombre es más perfeto que la mujer, si no quanto a la esencia, a lo ménos quanto a los accidentes, respondo que estos accidentes es necesario que consistan o en el cuerpo o en el alma. Si en el cuerpo, por ser el hombre más recio, más hábil para los ejercicios corporales, más ligero, o mayor trabajador, digo que todos éstos son indicios que señalan muy poca perficion; porque, aun entre los mismos hombres, los que tienen más estas calidades que los otros, no son por ellas más estimados, y en las guerras, adonde se requiere mucho trabajo y fuerza, los más recios y más sueltos no son por eso tenidos en más. Si en el alma, digo que todas las cosas que puede entender el hombre, puede tambien entender la mujer, y adonde puede penetrar el entendimiento dél, podrá penetrar el della. Aquí paró un poco el manífico Julian y dijo luego sonriéndose. ¿No sabeis vos que en filosofía se tiene

esta proposición: que los que tienen las carnes más delicadas tienen más sutil entendimiento? Por eso las mujeres, por ser más delicadas de carnes, serán de entendimiento más sutil, y de ingenio más hábil para la especulacion que los hombres. Pero, dejando esto, y respondiendo a lo que dejistes, que por las obras podría yo sacar la perficion del uno y la imperficion del otro, digo que si vos considerais bien los efetos de la natura, hallaréis que ella produce las mujeres tales como son, no acaso, sino con razon, conforme al fin necesario que conviene; porque, aunque las haga para los ejercicios del cuerpo blandas y sosegadas, y con muchas otras calidades contrarias a las de los hombres, todavía las condiciones de entrambos tiran a un solo fin, enderezado a un mismo provecho. De manera que como ellas por aquella su tierna blandura son ménos esforzadas, así tambien por esta misma son más cautelosas. Por eso las madres crian a los hijos cuando niños, y los padres los enseñan y los ponen en cosas de virtud cuando son grandes, y con el esfuerzo andan ganando por el mundo lo que ellas despues con su diligencia guardan dentro en casa; y no son ménos de loar ellas en esto, que ellos en lo otro. Pues si revolveis las historias antiguas, y áun las modernas, no embargante que los hombres siempre fueron cortos en escribir las ecelencias de las mujeres, hallaréis que no han sido ellas ni son ménos valerosas que ellos; y que ha habido muchas que en guerras alcanzaron señaladas vitorias, y gobernaron reinos con gran prudencia y justicia, y en fin, hicieron todo lo que han hecho hombres muy señalados y famosos. Pues acerca de las letras, ¿no se os acuerda haber leído de muchas que han alcanzado a ser muy sábias en filosofía; de otras que han sido ecelentísimas en poesía, y de otras tan entendidas en le-

yes, que abogaban públicamente, y acusaban y defendían elocuentísimamente delante los jueces? De las obras manuales sería larga cuenta ponerse agora en decillas, y no habria necesidad de buscar testigos para proballas. Así que, si en la sustancia esencial el hombre no es más perfecto que la mujer, ni en los accidentes tampoco, y para la prueba desto, demás de las razones, se veen los efectos, yo no alcanzo en qué consista esta mejoría que dais al hombre. Mas porque vos habeis dicho que la natura siempre entiende de producir las cosas más perfectas, y por eso, que si ella pudiese, nunca produciria sino hombres, y que el producir mujeres es más ahína error o falta de la natura que intincion suya, respondo que eso totalmente se niega. Y por cierto no sé yo cómo podeis vos decir que la natura no entiende de producir mujeres, pues sabeis que de ninguna cosa es ella más deseosa que de la conservacion del linaje humano, el cual no puede conservarse sin ellas. Y así con el medio de esta compañía de macho y de hembra se producen los hijos, los cuales pagan a los padres ya viejos los beneficios recibidos en la niñez mantiniéndolos, así como fueron mantenidos dellos; y despues vuelven a renovar otros con engendrar ellas tambien otros hijos, de los cuales esperan recibir en la vejez lo que siendo mozos dieron a sus padres; y de aquí la natura casi volviendo esta rueda hincando la eternidad, y da la inmortalidad a los mortales; siendo, pues, para esto tan necesaria la mujer como el hombre, yo no hallo razon por donde ella sea hecha más acaso que él. Vos con todo bien decis verdad, que la natura entiende siempre de producir las cosas más perfectas, y por eso entiende de producir al hombre en su especie, pero no más varon que hembra; ántes si siempre produjese varon erraria mucho; porque, como del cuer-

po y del alma resulta un compuesto más noble que sus partes, el cual es el hombre, así de la compañía del varón y de la hembra resulta un compuesto conservador de la especie humana, sin el cual las partes perecerían; y por eso macho y hembra a natura se consiguen y están siempre juntos, y no puede ser el uno sin el otro, y así no se debe llamar macho el que está sin hembra, según la definición del uno y del otro, ni hembra la que está sin macho. Y porque un sexo solo muestra imperfección, atribuyeron aquellos primeros teólogos de la gentilidad más antigua entrambos sexos a Dios; y así Orfeo dijo que Júpiter era macho y hembra; y léese en la *Sagrada Escritura*, que Dios formó los hombres, macho y hembra, a su semejanza, y muchas veces los poetas, hablando de los dioses, confunden el sexo.

Dijo entonces Gaspar Pallavicino. Yo cierto no quería que nosotros nos metiésemos en tan grandes honduras; porque he miedo que estas señoras no nos entenderán; y así, puesto que yo defienda bien mi parte, ellas creerán, o a lo ménos mostrarán creer, que no tengo justicia; y, si a mano viene, darán la sentencia contra mí. Pero, ya que hemos tropezado en esto, diré brevemente lo que se me ofrece. El hombre, como vos mismo sabéis ser opinión de muy grandes filósofos, es comparado a la forma y la mujer a la materia; y por esto, así como la forma no solamente es más perfecta que la materia, pero aún le da el ser, así el hombre es mucho más perfecto que la mujer. Y acuérdome haber oído que un gran filósofo, en unos problemas suyos, hace esta pregunta: ¿Qué es la causa que naturalmente la mujer ama siempre aquel hombre que fué el primero con quien ella se juntó a recibir sus deleites, y, por el contrario, el hombre aborrece aquella mujer que ha sido la primera con quien él se

EL CORTESANO

envolvió por esta via? Y poniendo la causa, afirma ser esto, porque en semejante ayuntamiento la mujer recibe del hombre perficion, y el hombre de la mujer imperficion; y así cada uno ama naturalmente aquello que le hace perfeto, y desama lo que le hace imperfeto, y de mas desto, gran argumento de la perficion del hombre y de la imperficion de las mujeres es, que generalmente todas las mujeres desean ser hombres por un cierto instinto natural, que las guia a desear su perficion.

Respondió a esto el manífico Julian. Las cuitadas no desean ser hombres por ser más perfetas, sino por alcanzar alguna libertad, y huir aquel señorío que los hombres malamente se han usurpado contra ellas; y esa comparacion que vos habeis hecho de la materia y de la forma no conviene, como pensais, en todo, porque no es así hecha perfeta la mujer por el hombre, como es la materia por la forma. La materia recibe esta perficion que vos decís, porque recibe el sér de la forma, y sin ella no puede estar; ántes cuanto más de materia tienen las formas, tanto más tienen de imperficion, y separadas della son perfetísimas; mas la mujer no recibe del hombre el sér, ántes así como es ella hecha perfeta por él, así tambien ella le hace a él perfeto; y desta manera entrambos concurren en la generacion, la cual cosa no puede hacer el uno sin el otro. Y la causa que despues alegastes del amor perpétuo de la mujer con el hombre con quien primero se juntó, y del aborrecimiento del hombre con aquella mujer a la cual él se llegó primero, no confesaré yo, por cierto, que sea la que da vuestro filósofo en sus problemas; pero diré que lo uno se causa por la firmeza de la mujer y lo otro por la liviandad del hombre, y todo esto no es sin natural razon; porque siendo él de natura caliente, toma naturalmente de su calor la livian-

dad, el movimiento y la mudanza, y, por el contrario, la mujer recibe de la frialdad el sosiego la gravedad y la firmeza y los concetos más fijos.

Emilia entónces, volviéndose al manífico Julian, díjole. Dejá ahora, por me hacer merced, esos vuestros términos de materia y forma, y de macho y hembra, y habló de manera que os entendamos, porque os hago saber que todas hemos oído, y muy bien entendido el mal que de nosotras han dicho el señor Otavian y el señor Gaspar, y agora, a vos que nos defendeis, no os entendemos, ni alcanzamos las razones que traéis por nuestra parte; así que esto me parece que es casi un saliros de lo que conviene a nuestra defension, y no abonarnos contra los argumentos de nuestros enemigos.

No nos pongais, señora, respondió Gaspar Pallavicino, ese nombre. Catá que más le merece el señor Manífico; porque, dando a las mujeres loores falsos, muestra que para ellas no los hay verdaderos.

Dijo tras esto el Manífico. Señora, perded cuidado, que a todo se responderá largamente; pero yo no quiero decir lástimas a los hombres tan sin causa, como ellos las han dicho a las mujeres; y si yo he usado de aquellos términos que vos agora me reprehendistes, helo hecho porque, si aquí hubiese alguno que escribiese nuestras disputas, pesarme hia que despues, en lugar donde fuesen entendidas estas materias y formas, se viesen sin respuesta los argumentos de nuestros adversarios.

Yo no alcanzo, respondió Gaspar Pallavicino, cómo podeis vos negar, señor Manífico, que el hombre por sus calidades naturales no sea más perfeto que la mujer, siendo ella fria por su complision, y él caliente; porque no inorais vos cuánto más noble y más perfeto sea lo caliente que lo frio, por ser activo y poderoso de produ-

cir. Y, como muy bien sabeis, los cielos influyen acá en nosotros solamente lo caliente, y no lo frio, lo cual no entra en las obras de natura, y por eso, el ser las mujeres frias de complision, creo yo que sea la causa de sus poquedades y miedos.

Todavía me parece, respondió el Manífico, que quereis entrar en sotilezas; pues sea así; que quizá no os irá bien dello; por eso escuchá. Yo os confieso que la calor es en sí más perfeta que el frio; mas esto no es en las cosas compuestas; porque si así fuese, el cuerpo más caliente sería más perfeto, lo cual es falsísimo, que ántes los templados son los muy perfetos. Mas os digo que la mujer se dice ser de complision fria en comparación del hombre, el cual por demasiado calor está muy léjcs de lo templado; pero quanto en sí es templada, o a lo ménos más cerca de sello que no el hombre; porque tiene proporcionado con el calor natural lo húmedo, lo cual en el hombre, por la mucha sequedad, más presto se resuelve y se consume. Es asimismo la frialdad de la mujer de tal calidad, que retiene y refuerza el calor natural, y le hace ser más cercano a lo templado; y en el hombre lo demasiado caliente presto reduce al postrero grado el calor natural, el cual, fantándole su mantenimiento, forzadamente se ha de resolver; y así, porque los hombres en el engendrar se gastan más que las mujeres, acontece que muchas veces son de más corta vida que no ellas, y áun esta perficion entre las otras alcanzan ellas, que viviendo más que los hombres, ejercitan y obran más tiempo aquello que es intento de la natura. El calor, tras esto, que, segun dejistes, infunden los cielos sobre nosotros, no es el que agora hace a nuestro propósito; que, aunque tiene un mismo nombre, no es propriamente este de que hablamos; porque ya veis que

no puede ser contrario al frío, siendo conservador de todas las cosas que son debajo de la luna, así calientes como frías. Más adelante, el miedo que habeis dicho ser ordinario en las mujeres, puesto que señale alguna imperfección, nace todavía de buena y loable causa, porque procede de la delgadeza y presteza de los espíritus, los cuales representan presto las especies al entendimiento; y por eso las mujeres fácilmente se alteran por las cosas exteriores, y aún este miedo no es vergonzoso ni de culpar, que, por el contrario, veréis muchos hombres que ni temen muerte, ni otra ninguna afrenta, y con todo esto no se pueden llamar esforzados, porque no conocen el peligro, y van como perdidos por donde ven el camino ancho, sin pensar en nada, y esto procede de tener los espíritus gruesos y pesados; por eso no se puede decir que un loco o necio sea animoso. El verdadero esfuerzo es aquel que nace de un juicio propio, y de una voluntad determinada a hacer lo que conviene, y a tener en más la honra y la obligación della que todos los peligros del mundo; y en fin, el buen corazón ha de ser tal, que, aunque tenga la muerte a los ojos, sea tan firme que sus sentidos estén siempre libres, y su acuerdo entero. Esta manera de esfuerzo hemos visto y oído haber alcanzado muchos señalados hombres y muchas mujeres, las cuales, así en los tiempos pasados como en los presentes, han mostrado gran ánimo, y hecho en el mundo hazañas tan maravillosas como las que se escriben de los hombres.

Esas hazañas, dijo entónces el Frigio, comenzaron a hacerse cuando la primera mujer, errando, hizo errar al hombre contra Dios, y por mayorazgo nos dejó la muerte, las fatigas y las pasiones, y todas las miserias y trabajos que hoy en día en el mundo se sienten.

Respondió el Manífico Julian entónces. Pues veo que todavía os inclináis a entrar en lo sagrado, también os habré de salir por ahí. ¿No sabeis vos que ese yerro, como fué hecho por una mujer, así fué corregido por otra? Y montó mucho más el provecho que ésta nos trujo, que el daño que aquélla nos hizo; de manera que esta culpa, siendo redimida con tales y tantos méritos, con razón se llama bienaventurada. Pero yo no quiero agora fundarme en decir, cuánto todas las criaturas humanas sean inferiores a la Virgen Nuestra Señora, por no mezclar las cosas divinas con estas nuestras bajas y vanas pláticas. Tampoco me porné en contar cuántas mujeres hayan con gran firmeza padecido por el nombre de Cristo ásperos martirios y crudas muertes, dadas por sentencias de tiranos cruelísimos; ni diré de muchas que con su ciencia, disputando, atajaron y convencieron infinitos idólatras. Y si a esto me respondeis que aquello todo era milagro y cosa hecha por gracia del Espíritu Santo, digo que ninguna virtud es mayor que aquella que es probada siendo Dios el testigo. De otras muchas mujeres, de las cuales no se hace tanta cuenta, podréis vos mismo leer si quisiéredes, en especial en Sant Hierónimo, el cual celebra algunas de sus tiempos con tan maravillosos loores, que bastarian para cualquier hombre, por santo que fuese. Pensá tras esto, cuántas hay en el mundo que no son conocidas, porque están encerradas las tristes sin aquella pomposa soberbia y codicia desordenada de alcanzar nombre de santas en el vulgo, como hoy en día hacen muchos hombres hipócritas malditos, los cuales, olvidando, o, por mejor hablar, menospreciando la dotrina de Cristo, que quiere que cuando el hombre ayune, aderece y cure el rostro, porque no parezca que ayuna y manda que las oraciones, las limosnas

y las otras buenas obras se hagan, no por las plazas ni por las sinagogas, sino en secreto, tanto que la izquierda no sepa de la diestra, afirman que no hay nada bueno en el mundo sino dar buen ejemplo; y así con el cuello caído a la una parte, y con los ojos bajos, dando a entender que no hablarían con mujeres por la vida, ni comerían sino de las hierbas crudas del campo, marchitos, ahumados, con sus túnicas hechas pedazos, alaban la manera del vivir simple, y tras esto, si se ofrece, no dexan de falsar un testamento, ni de resolver los maridos con sus mujeres, y dalles bebedizos si a mano viene, y en fin no paran hasta ser hechiceros y nigrománticos, y usar toda suerte de maldad y ribaldería. Y si alguno se escandaliza dellos, traen luégo esta autoridad por su porte: *Si non castè, tamen cautè*, y paréceles que con estas palabras todo está sano, y que con ellas harán creer a los que no son bien cautelosos que todos los pecados, por graves que sean, fácilmente se perdonan, con tal que sean secretos, y no nazca dellos mal exemplo. Y así con un velo de santidad, y con este tratar sus cosas secretamente, ponen muchas veces todos sus pensamientos en trastornar el corazon de alguna mujer virtuosa; otros en sembrar discordias y enemistades entre hermanos; en gobernar estados; el levantar al uno y derrocar al otro; en hacer degollar, encarcelar y desterrar hombres; y al cabo en ser ministros de las maldades, y casi tesoreros de los robos que hacen muchos príncipes. Otros echan por otro camino; huélganse sin ningun empacho de andar muy frescos y gordos y colorados y bien vestidos, con la barba y corona bien rapada; y cuando andan por las calles alzan de rato en rato la túnica por mostrar las calzas estiradas, y la disposición de la persona, y précianse de hacer una reverencia muy galana. Otros usan ciertos

ademanos y gestos, hasta en el decir la misa, con los cuales piensan tener mucha gracia y ser muy mirados. ¡Malvados, abominables e infernales hombres, ajenos totalmente, no sólo de nuestra religión cristiana, más aún de toda buena costumbre y crianza! éstos son aquellos que si alguno los reprehende de su disoluta manera de vivir, hacen burla dél, y riense de los que les aconsejan bien, y casi se precian públicamente de sus bellaquerías.

Emilia entónces, no pudiendo más sufrirse, dijo. Holgais tanto de decir mal de frailes, que saliéndoos de vuestro propósito, os habeis metido sin saber cómo en esa plática; y cierto no es bien murmurar de religiosos, y es gran cargo de conciencia, y cosa sin ningun provecho, que sino por ellos, que ruegan a Dios por nosotros, podría ser que Dios no nos tuviese la mano tan liviana.

Rióse a esto el manífico Julian, y dijo. Yo no sé, señora, cómo habeis vos así acertado en pensar que yo hablaba de frailes, no habiéndolos hasta aquí nombrado; pero, en verdad, esto que yo hacía agora no era murmurar, ántes era hablar bien alto y bien claro; y lo que digo no se ha de entender sino de los malos, de los cuales no hablo de mil partes la una de lo que sé dellos.

No habéis agora más de frailes, respondió Emilia, que a mi ya se me hace conciencia escucharos; por eso, si no callais, irme he.

Soy contento, dijo el Manífico, de no hablar más en esto. Por eso, volviendo a las ecelencias de las mujeres, digo que el señor Gaspar no me dará ningún hombre ecelente, que yo no le dé luégo la mujer o hija o hermana igual con él en valor, y alguna vez que le lleve ventaja, y más, os hago saber que algunas han sido causa de infinitos bienes a sus maridos, y a hartos dellos han corregido de muchos yerros. Pero siendo, como aquí he-

mos declarado, las mujeres naturalmente dispuestas a recibir las mismas virtudes que suelen recibir los hombres, y habiéndose visto muchas veces esto por experiencia, no sé por qué, dándoles yo lo que es posible caber en ellas, y ha cabido, y cada día cabe, haya de ser tenido, segun aquí me ha acusado dello el señor Gaspar, por hombre que dice milagros y imposibilidades, considerando que siempre ha habido mujeres en el mundo, y agora también las hay, tan cerca de poder igualarse con esta Dama que yo aquí he formado, como hombres de poderse igualar con el Cortesano.

Dijo entónçes Gaspar Pallavicino. A mí no me parecen buenas las razones que tienen la experiencia en contrario; y cierto si yo os preguntase agora quiénes sean o hayan sido esas singulares mujeres merecedoras de ser tan loadas quanto lo fueron aquellos singulares hombres, cuyas mujeres, hermanas y hijas han sido ellas, o cuáles sean esas que, segun vos decís, fueron causa de mucho bien para sus maridos y corrigieron la tachas dellas, yo creo que vos quedaríades confuso y razonablemente atajado.

Rspndió el manífico Julian. Por cierto ninguna cosa podria atajarme en esto, sin hallar yo tanto que decir sobre esta materia, que no sabría por dónde echar primero. Y si no faltase el tiempo, yo os contaría agora a este propósito la historia de Octavia, mujer de Marco Antonio y hermana de Augusto; la de Porcia, hija de Caton y mujer de Bruto; la de Caya Cecilia, mujer de Tarquino Prisco; la de Cornelia, hija de Scipion, y las de otras infinitas que son por todo el mundo sabidas, y no solamente os diria de las de nuestras naciones, más áun de las extranjeras y bárbaras, como Alejandra, mujer de Alexandre, rey de los judíos, la cual despues de la muer-

te de su marido, viendo sus pueblos levantados y todos ya puestos en armas para matalle dos hijitos que de Alejandro le quedaban, y esto por entregarse en los hijos de las sin razones y crueldades con que el padre los había siempre tratado, húbose con ellos tan cuerdamente, y súpolos llevar con tan buena maña, que en la misma hora los amansó, y les hizo perder la memoria de los agravios recibidos, y cobrar amor a los hijos del padre, que con infinitas injurias los había largo tiempo forzado a que le fuesen crueles enemigos.

Contá a lo ménos, respondió Emilia, cómo eso pasó.

Dijo el Manífico. Esta Reina, viendo a sus hijos en tanto peligro, luego a la hora hizo echar el cuerpo de Alejandro en mitad de la plaza; y tras esto mandó llamar prestamente los más principales del pueblo, y venidos ante ella, dijoles que ella conocía muy bien cuánta razon tenían de estar agraviados de su marido, y que toda cosa que quisiesen hacer contra él era muy justa; porque las graves injurias que él les tenía hechas lo merecian todo, y que así como siendo él vivo quisiera ella apartalle de aquellas sus injusticias y maldades, así entónces, después de fallecido, estaba ella con voluntad de mostrar el sentimiento grande que habia siempre tenido de todo aquello, y se determinaba a ser con ellos, y a castigar crudamente a su marido así muerto, como mejor pudiese; por esto que tomasen el cuerpo dél, y, arrastrándole feamente, le hiciesen mil pedazos con los más crudos y bravos modos que imaginarse pudiesen, y que, en fin, le echasen a los perros para que dellos fuese tragado aquel cuerpo donde un alma tan perversa había morado. Pero que les rogaba por aquel amor que ella les tenía y había siempre tenido, que hubiesen lástima de aquellos sus hijitos, cuitados y inocentes niños,

los cuales, no solamente no podían tener culpa, mas ni aún saber las bellaquerías del padre. Tanta fuerza tuvieron estas palabras, que la brava ira, ya concebida en los corazones de todo aquel pueblo, súpitamente fué mitigada y convertida en un amor tan grande, que no sólo eligieron en concordia de todos aquellos dos niños por sus señores, más aún el cuerpo del muerto padre enterraron con grandes honras. Aquí paró un poco el manífico Julián, y luégo tras esto volvió a decir. ¿No habeis vos leído que la mujer y hermanas de Mitridates mostraron menos temor de la muerte que el mismo Mitridates, y la mujer de Asdrubal que el mismo Asdrubal? ¿No sabeis vos que Harmonia, hija de Hieron, tirano de Zaragoza de Sicilia, viendo que los enemigos le quemaban su patria, quiso morir en mitad del fuego?

Dijo entónces el Frigio. Eso más ahína fué tema o pertinacia que otra cosa; porque bien sabeis vos, que si una mujer comienza de recio a tomar un antojo, tras él se dejará morir, como aquella que estaba en el pozo con el agua hasta los ojos, y no pudiendo decir más a su marido tiseras, señalábaselas con las manos.

Rióse el manífico Julian, y dijo. La pertinacia que se endereza a fin virtuoso no se ha de llamar propiamente pertinacia, sino constancia, como fué la de Epichari, libertina romana, la cual, siendo sabidora en una conjuración grande contra Nerón, fué tan constante, que por más que la descoyuntaron con los más ásperos tormentos, que inventarse pudieron, jamás por ella fué descubierto hombre de los conjurados. Pues en esta misma revuelta muchos caballeros principales y senadores, de puro miedo, acusaron hermanos y amigos, y las personas más queridas que en el mundo tuvieron. ¿Y que me diréis vos de aquella otra que se llamaba Leona, por hon-

ra de la cual los atenienses pusieron delante de la puerta de la fortaleza una leona de bronce sin lengua, por mostrar en esta mujer la constante virtud del saber callar? Ésta también, sabiendo en otra conjuración contra los tiranos, no se espantó de ver que mataron sobre el mismo caso a dos grandes hombres, amigos suyos, y así, por más que fué apretada y rompida con infinitos y crueles tormentos, nunca descubrió nada.

Dijo entónces Margarita Gonzaga. Paréceme, señor, que vos contaís muy brevemente esos hechos tan señalados de mujeres; y así estos nuestros adversarios, aunque los hayan oído y leído, todavía muestran no saberlos, y quieren que se pierda dellos la memoria. Por eso si haceis que nosotros lo sepamos, no lo dejaremos caer, sino que nos honraremos con ellos.

A mí me place, respondió el Manífico, de hacello así; y quiero luégo contaros de una mujer que hizo lo que hacen muy pocos hombres. Y esto pienso yo que lo confesará el mismo señor Gaspar. Y así comenzó.

CAPÍTULO III

En el cual, prosiguiendo más adelante el manífico Julian su plática, cuenta en defension de las damas algunos notables hechos que hicieron muy afamadas mujeres, y estos ejemplos trae a consecuencia contra las razones del Frigio y de Gaspar Pallavicino.

EN Marsella hubo una costumbre, la cual piensan muchos que vino de Grecia, y fué ésta: que públicamente se guardaba ponzoña mezclada con una hierba que llaman cicuta: y consentíase que la tomase el que, por determinación del Senado, tuviese licencia de quitarse la vida por algunas desdichas o trabajos grandes que en ella le hubiesen recrecido, o por alguna otra justa causa. Y esto se hacia a fin que si alguno se viese caído en alguna grande adversidad, o subido en alguna prosperidad señalada, ni aquélla le durase, ni ésta se le mudase; así que hallándose Sexto Pompeo...

En esto el Frigio no esperando que el Manífico Julian pasase más adelante, atajóle diciéndole. Eso, por decirnos verdad me parece principios de alguna muy larga hablilla.

El manífico Julian entónces volviéndose con una risa a Margarida Gónzaga, djole. Veis aquí, señora, cómo

no me deja hablar el señor Frigio. Yo queria agora contaros de una mujer, la cual, habiendo probado delante el Senado que tenia mucha razon de no querer más vivir, tragó sin ningun miedo en presencia de Sexto Pompeo la ponzoña con tanto esfuerzo, y con tan cuerdas y dulces y amorosas contemplaciones hechas a los suyos, que Pompeo y todos los que estaban presentes, viendo en una mujer tan gran acuerdo y tan firme determinacion, en mitad del espantoso paso de la muerte, quedaron llorando, confusos y turbados de ver un hecho tan maravilloso.

Dijo aquí Gaspar Pallavicino riendo. Yo también me acuerdo haber leído un razonamiento, en el cual un mal aventurado de un hombre pedia al Senado licencia de matarse, y, la justa causa que alegaba para esto, era no poder sufrir la ordinaria pesadumbre que recibia del hablar y de las chismerías de su mujer, y así se determinó este cuitado más aína a beber la ponzoña que, segun vos decis, se guardaba públicamente, que a tragar el enojo que su mujer le hacia con sus palabras.

A esa cuenta, respondió el Manífico, ¡cuántas pecadoras de mujeres ternian razon de pedir esa licencia de darse la muerte por no sufrir, no digo las malas palabras, mas las malísimas obras de sus maridos! De mí os digo que yo conozco hartas que ya en este mundo padecen las mismas penas del infierno.

Así tambien hay muchos maridos, respondió Gaspar Pallavicino, que tienen tan mala vida con sus mujeres, que no hay dia ni hora que no deseen la muerte.

¿Qué mala vida, dijo el Manífico, pueden las mujeres dar a sus maridos, que sea tan sin remedio como la que dan los maridos a sus mujeres? Las cuales si no por amor, a lo ménos por temor siguen la condicion o el antojo dellos.

Vos, señor, dijo Gaspar Pallavicino, habeis tocado agora una gran verdad, que ciertamente eso poco que ellas hacen para contentar a sus maridos todo es de miedo; porque habeis de saber que hay muy pocas que allá dentro en sus almas no se aborrezcan con ellos.

Vos os engañáis en eso, respondió el Manífico. Y si quereis acordaros de lo que habeis leído, no me negaréis vos que no se halle en todas las historias, que casi siempre las mujeres suelen amar más a sus maridos, que no ellos a ellas. Decíme, ¿leistes vos jamas o vistes que algun marido mostrase a su mujer una señal tan grande de amor cuanta fué la que mostró Camma a su marido?

Yo no conozco esa Camma, respondió Gaspar Pallavicino, ni sé quién se es, ni sé qué señal de amor fué esa que mostró a su marido.

Ni yo, dijo el Frigio.

Respondió el Manífico. Oído, pues. Y vos, señora Margarida Gónzaga, estad atenta y acordaos bien desto que quiero contar agora. Esta Camma fué una mujer hermosa y moza, y tan bien criada y discreta, que no ménos por esto que por la hermosura, fué estimada y querida de todo el mundo. Era casada y amaba entrañablemente a su marido, el cual se llamaba Sinato. Aconteció que otro caballero de mayor estado que Sinato, y casi tirano de aquella ciudad donde vivian, se enamoró desta señora; y así, despues de haber trabajado largo tiempo por muchas vias de alcanzalla, viendo que no aprovechaba nada quanto hacia, parecióle que lo mucho que ella amaba a su marido debiera de ser la causa, por la cual ella no queria venir en nada de lo que él deseaba; y con este pensamiento acordó de hacer matar al marido, y así lo hizo. Hecho esto, tornando luégo a porfiar en su demanda, quanto más trabajaba en ello, tanto más hallaba por

experiencia que todos sus trabajos eran en vano; por donde, creciendo cada dia este amor o este deseo así tan loco, determinó de tomalla por mujer, no embargante que fuese él muy más principal que no ella, y de mucho mayor hacienda; y así requeridos los parientes della por Signorige, que así se llamaba este caballero, tomaronla luégo todos ellos, y aconsejéronle que tuviese por bien de casarse con él; y para traella a esto, dijiéronle los provechos que habia en hacello, y los daños y peligros que podrian recrecersele a ella y a ellos si no lo hiciese. Ella, despues de haber dicho muchas veces que no lo queria hacer, en fin concluyó que era contenta, y que mucho enhorabuena se concertase. Los parientes luégo hiciéronlo saber a Signorige, el cual, alegre en todo extremo con tan buena nueva, procuró que se velasen presto. Así que venidos entrambos para esto al templo de Diana con grande fiesta, Camma hizo traer una cierta confacion para beber, dulce y de buen gusto, la cual ella misma había hecho. Y así, tomándola delante la imágen de Diana, en presencia de Signorige, bebió la mitad della, y luégo de su mano, porque esto así se usaba en las bodas, dió el vaso con lo que quedaba a su esposo, el cual le bebió todo. Hecho esto, viendo Camma que la cosa le habia sucedido a su placer, toda alegre y contenta se arrodilló delante la imágen de Diana, y dijo estas palabras: ¡Oh señora! tú que conoces mi corazon y ves mis entrañas, tú, señora, puedes agora serme buen testigo con cuánta dificultad y trabajo, despues que mi marido y todo mi bien murió, haya yo podido acabar conmigo hasta agora de no matarme, y con cuánta fatiga haya sostenido la carga y el dolor de la vida, en la cual ningun bien ni deleite jamas he sentido, sino el esperanza tan solamente de alcanzar esta venganza, que agora

me hallo haber alcanzado. Por eso alegre y contenta me parto a hallar la dulce compañía de aquella alma que yo en vida y en muerte más que a mí misma he siempre querido. Y tú, malvado, que pensaste ser mi marido, en lugar de la cama que se te había de aderezar para la boda, provee que te sea aparejada la sepultura, porque te hago saber que yo de tí he hecho sacrificio al alma de Sinato. Espantado Signorige con estas palabras, y sintiendo ya la fuerza de la ponzoña que le turbaba, buscó muchos remedios, mas no aprovechó ninguno; y a Camma sucedióle tan bien el negocio, que ántes que ella muriese supo que Signorige era muerto; y así, en sabiéndolo, echóse en la cama con un placer extraño, llamando, siempre con los ojos al cielo, el nombre de Sinato, y diciendo: ¡Oh mi marido y mi señor, agora que yo he dado a tu muerte por dádiva postrimera lágrimas y venganza, y no veo que me quede ya aquí otra cosa que pueda hacer por tí, huyo del mundo y desta vida, sin tí cruelísima, con la cual yo por tu sola causa me holgué en algun tiempo! Sal, pues, a recibirme, señor mio, y acoge esta alma en tí con tanta voluntad, con cuanta ella para tí se parte! Y así desta manera, hablando con los brazos abiertos, casi pareciendo que queria abrazar a su marido, se murió. Decí agora, pues, señor Frigio: ¿qué os parece desta mujer?

Paréceme, respondió el Frigio, que vos querriades hacer llorar estas señoras. Mas pongamos que eso haya sido verdad, ¿paréceos a vos, señor, que agora se hallarian en el mundo tales mujeres como ésa?

Sí se hallarian por cierto, respondió el Manífico. Y porque veais que es como yo digo, oid. En mis dias hubo en Pisa un caballero llamado micer Tomaso, que no me acuerdo de qué casa era, aunque a mi padre, que era

gran amigo suyo, lo oí decir muchas veces. Así que este micer Tomaso, pasando una vez en un pequeño navío de Pisa a Sicilia por cosas de su hacienda, fué salteado de ciertas fustas de moros, las cuales dieron sobre él tan arrebatadamente, que los que gobernaban el navío apenas se dieron cata dello, hasta que casi tuvieron los enemigos dentro, y así, aunque todos se defendieron harto bien, todavía por ser pocos y los moros muchos, fueron tomados, unos heridos y otros sanos, segun la dicha de cada uno, y con ellos fué tambien preso micer Tomaso, el cual, peleando muy valientemente, mató a un hermano de un capitan de los de las fustas; por donde este capitan, enojado de haber perdido a su hermano, quiso a micer Tomaso por su prisionero; y así, maltratándole y azotándole cada dia, llevóle a África, adonde habia determinado de tenello toda su vida cativo con mucha miseria y trabajo. Todos los otros compañeros, unos por una via y otros por otra alcanzaron en breve tiempo libertad, y volviendo a sus casas hicieron saber a la mujer, que Argentina se llamaba, y a los hijos la áspera vida y gran tormento en que micer Tomaso vivia, sin esperanza de jamás verse libre, si Dios milagrosamente no le ayudase; lo cual ya ella y ellos tenian por muy cierto, porque habian ya tentado muchos remedios para sacalle, y no habia aprovechado ninguno, y sabian cómo él mismo tenía ya tragado de acabar en aquella desventura. En fin, no mucho despues desto, aconteció que un hijo de los suyos, llamado Pablo, doliéndose de la miserable fortuna de su padre, desvelóse y esforzóse tanto en procurar de sacalle, que, menospreciado todo género de peligro, determinó morir o poner a su padre en libertad. Esta determinacion sucedió tan prósperamente a este mancebo, que en pocos dias sacó a su pa-

dre con tan buena maña y tan cautelosamente, que primeron llegaron entrambos a Liorna que se supiese en Africa. Desde allí micer Tomaso, ya puesto en salvo, escribió a su mujer una carta, haciéndole saber su libertad y el lugar dónde entonces se hallaba, y como luégo otro dia esperaba de ser con ella; esta señora con sus entrañas llenas de virtudes y de amor, salteada de tanta y tan no pensada alegría, contemplándose que habia de ver tan presto a su marido, el cual habia sido librado por el esfuerzo y sobrado amor de su hijo en tiempo que no esperaba ella jamas velle, leida la carta, alzó los ojos al cielo, y llamando con alta voz el nombre de su marido, cayó muerta; y luégo los que acudieron con muchos remedios, pensando que debiera ser algun desmayo, vieron claramente el cuerpo totalmente desamparado del alma. Cruel y dolorosa vista, y bastante a moderar las voluntades humanas, y a retraellas de desear muy ahincadamente las alegrías desordenadas deste mundo.

Dijo entónces riendo el Frigio. ¿Qué sabeis vos si murió esa señora de pesar, viendo que su marido volvía?

Eso es, respondió el Manífico, querer decir gracias; que bien veis vos que no fué por eso, porque no vivía ella de manera que se pudiese pensar tal cosa della; ántes creo que su alma, no pudiendo sufrir aquel poco de tiempo que habia de tardar de ver con los ojos corporales a su marido, se salió del cuerpo, y, llevada con el deseo, voló súbitamente adonde leyendo la carta habia volado el pensamiento.

Dijo a esto Gaspar Pallavicino. Quizá esa señora amaba más apasionadamente de lo que convenia; porque ya sabeis que las mujeres comunmente siguen en toda cosa los extremos, los cuales siempre son malos. Y así se vió en ella por experiencia, que, por amar demasiadamente,

hizo mal a sí y a su marido y a sus hijos, a los cuales todos convirtió en amarga tristeza el gozo de aquella libertad deseada y alcanzada con mucho peligro. Por eso no debeis alegar esa mujer por una de aquellas que han sido causa de muchos bienes.

Yo la alego, respondió el Manífico, por una de las que prueban hallarse muchas que aman en cabo a sus maridos; que desas otras que fueron causa de muchos bienes para el mundo, podria traernos infinitos ejemplos, y contaros de algunas tan antiguas, que casi parecen fábulas las cosas que con verdad se escriben dellas. Podria asimismo deciros de otras que han sido inventoras de tantas cosas tan provechosas a los hombres, que merecieron ser tenidas por diosas, como fue Pallas y Céres. Tambien os podria decir de las Sibilas, por cuyas bocas Dios habló tantas veces, y reveló al mundo las cosas que habian de acaecer. Asimismo de aquellas que han sido maestras de grandes hombres, como Aspacia y Diotima, la cual con sacrificios dilató diez años el tiempo de una pestilencia que habia de venir sobre Atenas. Deciros ia tambien de Nicostrata, madre de Evandro, la cual mostró las letras a los latinos, y de otra mujer que fué maestra de Píndaro Lírico. Asimismo os diria de Corinna y de Safo, que fueron ecelentísimas en poesía; pero no quiero traer las cosas de tan lejos. Séos bien decir, dejando agora lo demas aparte, que de la grandeza de Roma quizá las mujeres fueron tanta causa como los hombres.

Eso querria yo, dijo Gaspar Pallavicino, que me dijédeses cómo fué.

Oid pues, respondió el Manífico. Despues que Troya quedó abrasada y por el suelo, muchos troyanos, que de tanto estrago habian escapado, huyeron los unos a una

parte y los otros a otra; de los cuales un cierto número, que por la mar habian pasado recias tempestades, aportaron a una comarca de Italia, donde el Tíber entra en la mar; y así, saliendo a tierra para buscar bastimentos y otras cosas necesarias, comenzaron a andar vagando por aquella provincia. Entónces las mujeres, que habian quedado en las naves, pensaron entre sí un provechoso consejo, con el cual se pudiese poner fin a su navegacion larga y peligrosa, y, en lugar de la patria que habian perdido, se procurase de cobrar otra; y así todas en uno consultando, ántes que sus maridos volviesen, quemaron las naves; y la primera que lo comenzó se llamaba Roma; todavia, temiendo el enojo que dello podrian recibir los hombres, los cuales ya volvian, saliéronles al camino, y algunas abrazando y besando a sus maridos, otras a sus parientes, amansaron con blanduras y halagos el primer ímpetu dellos, y despues que los vieron algo sosegados, comenzaron a decilles cuerdamente la causa de su prudente determinacion; por lo cual los troyanos, así por su necesidad, como porque fueron recogidos cortésmente de los moradores de aquella tierra, tuvieron por bueno lo que las mujeres habian hecho, y así moraron allí con los latinos en el lugar donde despues fué Roma, y desto procedió la costumbre antigua en los romanos, que las mujeres cuando topaban a sus parientes, los besaban. Así que bien veis cuánto estas mujeres aprovecharon a que se fundase Roma. Pues si éstas hicieron este provecho para el comienzo desta ciudad tan grande, no lo hicieron menor las sabinas para el acrecentamiento della; porque, habiéndose Rómulo enemistado generalmente con todos los pueblos comarcanos por el robo que hizo de las mujeres dellos, fué apretado por todas partes con grandes guerras, las cuales él,

por ser hombre de mucho valor y esfuerzo, brevemente las despachó con vitoria, salvo la de los sabinos, que fue muy recia por el valiente corazón y prudencia singular de Tito Tacio, rey dellos; y así, ofreciéndose un día entre estos dos pueblos una cruda batalla, con grave daño de entrambas partes, y aparejándose otra mayor, las mujeres sabinas, vestidas todas de luto, mesando sus cabellos y llorando ásperamente, sin miedo de las armas de los ejércitos que estaban ya para romper, pusiéronse en medio entre los padres y los maridos, rogándoles que no quisiesen ensangrentar sus manos con la sangre de sus propios suegros y yernos; y si por caso estaban mal satisfechos del deudo que entre ellos había, volviesen contra ellas las armas, que mucho mejor les sería morir que quedar viudas o sin padres y sin hermanos, y acordarse que habian parido de los que les habían muerto a sus padres, o eran nacidas de los que les habian muerto a sus maridos. Tras esto muchas dellas, llorando con gemidos lastimosos, traian sus hijitos pequeños en los brazos, algunos de los cuales comenzaban ya a formar algunas palabras, y parecía que querian llamar y halagar a sus agüelos, a los cuales ellas, mostrando los nietos, decian con grandes lágrimas. Veis aquí vuestra sangre propia, la cual vosotros agora quereis tan cruelmente derramar con vuestras mismas manos. Tanto pudo en este caso el amor que estas mujeres tuvieron a su patria, a sus padres y a sus maridos, y la prudencia de que supieron en tan brava afrenta aprovecharse, que no solamente fué establecida perpétua amistad y concordia entre estos dos reyes enemigos, más aún, lo cual fué de más maravillar, fueron los sabinos a vivir en Roma, y de dos pueblos se hizo uno solo; y así esta paz acrecentó mucho el estado y poder de los romanos, lo cual todo se

ha de agradecer a estas sábias y animosas mujeres, las cuales fueron luégo tan remuneradas de Rómulo, que él, entre otras cosas, dividiendo el pueblo en treinta barrios, les puso los nombres dellas. Aquí comenzó a callar un poco el manífico Julian, y viendo que Gaspar Pallavicino tambien callaba, dijole. ¿No os parece que con razón se puede decir que estas mujeres fueron causa de mucho bien para los hombres, y que hicieron gran provecho al acrecentamiento de Roma?

Yo conozco, respondió Gaspar Pallavicino, que esas mujeres merecen ser tenidas en mucho; pero si vos quisierades en esto ser juez igual, y decir de las mujeres así los males como los bienes, no calláredes que una mujer en esta guerra de Tito Tacio cometió una traicion bien grande contra Roma, mostrando a los enemigos el paso por donde podian entrar en el Capitolio; y así vino la cosa a muy poco que no quedasen los romanos perdidos para siempre.

Respondió a esto el manífico Julian. Vos me hablais de una sola mujer mala, y yo a vos de infinitas buenas; y aún demas de los ejemplos que os he dado, podria daros muchos otros de los provechos que a Roma hicieron las mujeres. Y podríais decir por qué causa fué edificado un templo a Vénus Armada, y otro a Vénus Calva; y que fué instituida a Juno la fiesta de las mozas porque libraron a Roma de las asechanzas de los enemigos; pero dejando esto, ¿no os parece a vos que aquel hecho tan señalado de haber descubierto la conjuracion de Catilina, del cual Ciceron se alaba, principalmente procedió de una mujer baja, la cual por esto solo se podria decir que fue causa de todo aquel bien que en tantas partes Ciceron se precia haber hecho a la República Romana? Y si no me faltase tiempo, aun quizá os mostraria cómo

las mujeres han corregido hartas veces en los hombres muchas tachas; mas paréceme que ya esta mi habla dura y comienza a ser pesada; por eso, pues yo pienso haber ya cumplido, según mis pocas fuerzas, con el cargo que estas señoras me han dado, acuerdo de dejar lo demás a otro que sepa decillo mejor que yo.

No hagáis, dijo Emilia, tan gran perjuicio a las mujeres como sería dejar de dalles todos los loores que merecen, y acordaos que, si el señor Gaspar y aún quizá el señor Otavian os escuchan con pena, todos estos otros caballeros y nosotras os escuchamos con mucho placer.

Todavía el Manífico porfiaba a no decir más, pero todas aquellas señoras se pusieron en rogalle que dijese, y así él riendo dijo. Por no hacer que el señor Gaspar me quiera peor de lo que me quiere ya, diré brevemente sólo de algunas que agora se me acuerdan, y dejaré otras muchas que podría deciros, y así comenzó. Habiendo Filipo de Demetrio puesto cerco sobre la ciudad de Chio, mandó pregonar que a todos los esclavos que huiesen de la ciudad y se viniesen para él, prometía de ahorrallos y casallos con las mujeres de sus dueños. Agraviáronse y embraveciéronse tanto las mujeres con este pregon tan ultrajoso para ellas, que luégo, armándose todas, corrieron con gran ímpetu a la cerca, y allí tan fieramente pelearon, que Filipo dende a pocos días hubo de levantar el real y irse con daño y con mengua. Esto hicieron las mujeres, lo cual hasta entónces nunca habían podido hacer los hombres. Estas mismas, llegando a Leuconia con sus maridos, padres y hermanos, que andaban desterrados, hicieron un hecho no ménos honrado que esotro, y fué que moviendo los eritreos, los cuales estaban allí con sus confederados, guerra contra estos chios, éstos, no siendo parte para poder valerse

contra sus enemigos, vinieron a tratar con ellos algun partido, y así fué el concierto, que los dichos dejasen la ciudad y se fuesen cada uno solamente con su jubon y camisa. Viniendo a los oidos de las mujeres este partido tan vergonzoso, hubieron mucho pesar dello, pareciéndoles gran deshonra que unos hombres, que hasta allí habian sido tenidos en muy buena reputacion, pasasen sin armas y desnudos entre sus enemigos; y así dijéronles que en ninguna manera lo hiciesen. Respondiendo ellos que el concierto era hecho, y que no podian tornarse atras, diéronles ellas por consejo que dejasen todos los vestidos y sólo llevasen sus lanzas y sus escudos, y dijesen a sus enemigos que aquéllos eran sus jubones y sus camisas. Ellos lo hicieron así, y desta manera encubrieron gran parte de la deshonra que parecia no poder escusarse ya. Habiendo tambien Ciro en una cruel batalla desbaratado un gran ejército de los persianos, ellos, huyendo hácia la ciudad, hallaron a sus mujeres cabe la puerta del lugar; y así, ellas viéndolos venir ya cerca, dijéronles con un rigor muy grande: ¿Adónde huis, perdidos y bajos hombres? ¿Querriades agora vosotros por ventura asconderos en nosotras dentro en el lugar de donde salistes? Oyendo los persianos estas y semejantes palabras, y conociendo cuánto sus mujeres valian más que ellos, hubieron tan gran empacho de sí mismos, que vueltos en el mismo punto a sus enemigos, tornaron nuevamente a pelear con ellos, y desbaratáronlos.

Habiendo hasta aquí hablado el manífico Julian, paró, y volviéndose a la Duquesa, díjole. Sé que agora, señora, darne heis licencia que calle.

Paréceme, dijo Gaspar Pallavicino que os será forzado callar, pues ya no teneis más que decir.

Respondió riendo el Manífico. Vos, señor, me poneis

en necesidad que os ponga yo a vos en trabajo de escucharme toda esta noche loores de mujeres. Y así sabréis de muchas espartanas que holgaron estrañamente con las honradas muertes de sus hijos propios, y veréis de otras que, o no los quisieron por hijos, o los mataron en sabiendo que habian hecho vileza. Oireis más, cómo las mujeres de Morviedro en la perdicion de su patria se armaron contra la gente de Anníbal; y tambien os diré, cómo siendo el ejército de los tudescos desbaratado por Mario, las mujeres de aquellos bárbaros, no pudiendo alcanzar de los romanos que pudiesen vivir en Roma con libertad en servicio de las vírgenes Vestales, todas se mataron juntamente con sus hijitos pequeños; y si mucho me enojais, diréos de otras mil, de las cuales las historias antiguas están llenas.

Dijo entónces Gaspar Pallavicino. ¡Ah, señor Manífico, Dios sabe cómo esas cosas pasaron! ya sabeis que de luengas vias aquellos tiempos quedan tan atrás y tan léjos de nosotros, que muchas mentiras pueden decirse de lo que pasó entónces, y muy pocas probarse.

Si quisiéredes, respondió el Manífico, en todo tiempo medir el valor de las mujeres con el de los hombres, hallaréis que ellas nunca han quedado, ni agora quedan, un paso atrás dellos, porque, dejando aquellos tiempos más antiguos, si venimos al tiempo en que los godos señorearon a Italia, hallaremos entre ellos haber sido una reina Amalásunta, la cual reinó muchos años con maravillosa prudencia. Después Teodelinda, reina de los lombardos, virtuosísima, y Teodora, griega, emperatriz. Y en Italia, entre otras muchas, fué muy ecelente señora la condesa Matilde, de la cual sería mejor que hablase el señor conde Ludovico, porque viene de aquel linaje.

Antes es mejor, respondió el conde Ludovico, que ha-

bleis vos della, porque no parece bien alabar el hombre sus mismas cosas.

Pasó adelante el Manífico, diciendo. ¿Y no han llegado a vuestra noticia las mujeres que en los tiempos pasados fueron en toda virtud famosas de esta ilustre casa de Montefeltro? ¿Y las de casa Gonzaga, las de Este, y las de Pij? Pues si quisiésemos hablar agora de los nuestros tiempos, no sería menester illas a buscar muy léjos, que en casa las tenemos. Mas yo no quiero aprovecharme de las que están presentes, porque no parezca que me confesais por cortesía, lo que en ninguna manera podeis negarme; y, porque salgamos ya de Italia, acordaos que en nuestros dias hemos visto a Ana, reina de Francia, señora no ménos poderosa en la virtud que en el estado, la cual en la justicia, en la clemencia, en la liberalidad y santidad de vida quisiéredes comparalla con los reyes Cárlos y Ludovico, que de entrambos fué mujer, hallarla heis en todo y por todo igual con ellos. Mirá también a madama Margarita, hija del emperador Maximiliano, la cual con grandísimo seso y justicia ha gobernado hasta aquí, y todavía gobierna, su Estado. Pero dejando aparte todas las otras, decime, señor Gaspar, ¿qué rey o qué príncipe hemos visto en nuestros dias, o hemos oido decir que haya sido muchos años atrás en la cristiandad, que merezca ser comparado con la reina doña Isabel de España?

Respondió Gaspar Pallavicino. ¿Qué rey? El rey Don Hernando, su marido.

Vos decís, dijo el Manífico, muy gran verdad por cierto; que, pues ella le juzgó merecedor de ser su marido, y le amó tanto, no se puede decir que no pueda ser comparado con ella. Con todo, bien creo yo que la reputacion y autoridad, que ella le dió no fué menor dote

que el que le trujo, trayéndole todo el reino de Castilla.

Antes pienso yo, respondió Gaspar Pallavicino, que muchas cosas buenas de las que hacia él, las echaban a ella.

Dijo entónces el Manífico. Si los pueblos de España, los señores, los privados, los hombres y las mujeres, los pobres y los ricos, todos no están concertados en querer mentir en loor della, no ha habido en nuestros tiempos en el mundo más glorioso ejemplo de verdadera bondad, de grandeza de ánimo, de prudencia, de temor de Dios, de honestidad, de cortesía, de liberalidad, y de toda virtud, en fin, que esta gloriosa Reina; y puesto que la fama desta señora en toda parte sea muy grande, los que con ella vivieron, y vieron por sus mismos ojos las cosas maravillosas della, afirman haber esta fama procedido totalmente de su virtud y de sus grandes hechos. Y el que quisiere considerar sus cosas, fácilmente conocerá ser la verdad ésta; porque, dejando otras infinitas hazañas suyas que darian desto buen testigo, y podrian agora decirse, si fuese este nuestro principal propósito, no hay quien no sepa que, cuando ella comenzó a reinar, halló la mayor parte de Castilla en poder de los grandes, pero ella se dio tan buena maña, y tuvo tal seso en cobrarlo todo tan justamente, que los mismos despojados de los estados que se habian usurpado, y tenian ya por suyos, le quedaron aficionados en todo extremo, y muy contentos de dejar lo que poseyan. Cosa es tambien muy sabida con cuánto esfuerzo y cordura defendió siempre sus reinos de poderosísimos enemigos. A ella sola se puede dar la honra de la gloriosa conquista del reino de Granada; porque en una guerra larga y tan difícil contra enemigos obstinados, que peleaban por las haciendas, por las vidas, por su ley, y, al parecer dellos, por Dios,

mostró siempre con su consejo, y con su propia persona tanta virtud, que quizá en nuestros tiempos pocos príncipes han tenido corazón, no digo de trabajar en parecerle, más ni aun de tenerle invidia. Demas desto afirman todos los que la conocieron haberse hallado en ella una manera tan divina de gobernar, que casi parecia que solamente su voluntad bastaba por mandamiento, porque cada uno hacia lo que debía sin ningun ruido, y apenas osaba nadie en su propia posada y secretamente hacer cosa de que a ella le pudiese pesar. Y en gran parte fué desto causa el maravilloso juicio que ella tuvo en conocer y escoger los hombres más hábiles y más cuerdos para los cargos que les daba. Y supo esta señora así bien juntar el rigor de la justicia con la blandura de la clemencia y con la liberalidad, que ningun bueno hubo en sus días que se quejase de ser poco remunerado, ni ningun malo de ser demasidamente castigado, y desto nació tenerle los pueblos un extremo acatamiento mezclado con amor y con miedo, el cual está todavía en los corazones de todos tan arraigado, que casi muestran creer que ella desde el cielo los mira, y desde allá los alaba o los reprehende de sus buenas o malas obras, y así con solo su nombre y con las leyes establecidas por ella, se gobiernan aún aquellos reinos de tal manera, que aunque su vida haya fallecido, su autoridad siempre vive, como rueda que movida con gran ímpetu largo rato, despues ella misma se vuelve como de suyo por buen espacio, aunque nadie la vuelva más. Considerá tras esto, señor Gaspar, que en nuestros tiempos todos los hombres señalados de España y famosos en cualquier cosa de honra han sido hechos por esta Reina; y el Gran Capitan Gonzalo Hernandez mucho más se preciaba desto que de todas sus vitorias y ecelentes hazañas, las

cuales en paz y en guerra le han hecho tan señalado, que si la fama no es muy ingrata, siempre en el mundo publicará sus loores y mostrará claramente que en nuestros dias pocos reyes, o señores grandes, hemos visto que en grandeza de ánimo, en saber y en toda virtud, no hayan quedado bajos en comparacion dél. Pero volviendo otra vez a nuestra Italia, digo que aún aquí no faltan señoras ecelentísimas; porque en Nápoles tenemos dos singulares reinas; y en la misma ciudad murió poco há la reina de Ungría, señora tan ecelente cuanto vos sabeis, y bastante para igualarse con el famoso y nunca vencido rey Matía Corvino, su marido. Asimismo la duquesa doña Isabel de Aragon, hermana del rey don Hernando de Nápoles, la cual en las ásperas revueltas de la fortuna ha mostrado su virtud y esfuerzo, como suele el oro mostrar en el fuego su valor. Pues si dais vuelta a la Lombardía, veréis luégo a doña Isabel, Marquesa de Mantua, a cuyas virtudes se haria injuria hablando dellas tan templadamente, como sería forzado hacello aquí agora donde estamos. Mas pésame que no hayais todos conocido a la Duquesa de Milan doña Beatriz, su hermana, porque con ella daríades cabo a no maravillaros más ya de otro ningun ingenio de mujer, por singular que fuese. La duquesa tambien doña Leonor de Aragon, duquesa de Ferrara, y madre destas dos señoras que yo agora os he nombrado, fué tal que sus señaladas virtudes mostraban bien a todo el mundo que ella, no solamente merecia ser hija del rey, mas ser reina de mucho mayor estado que no habian poseido todos sus antecesores. Y por deciros de otra, ¿conoceis vos por ventura muchos hombres en el mundo que sufriesen los recios encuentros de la fortuna con tanto seso con quanto lo sufre la reina doña Isabel de Nápoles, la cual despues de la pér-

dida de su reino; despues del destierro y muerte del rey Don Federique, su marido, y de dos hijos; despues de la prision del Duque de Calabria, su primogénito, todavía en mitad de estas adversidades parece reina, y pasa con tan buen ánimo su miserable pobreza, que muestra muy claramente, que, aunque haya mudado de estado, no ha mudado de condicion? Dejo de hablar agora de infinitas otras señoras, y de mil mujeres de baja suerte, como de muchas pisanas, que en la defension de su patria contra los florentines, mostraron aquel generoso esfuerzo, sin temor de la muerte, que pudieran mostrar los corazones más animosos que hayan sido jamas en el mundo; y así fueron celebradas por muchos famosos poetas en sus versos. Podria tambien deciros de algunas ecelentísimas en letras, en música, en el arte del pintar y esculpir; pero no quiero andar revolviéndome más tras estos ejemplos, los cuales son de vosotros tan sabidos como de mí. Basta por agora, que si vos en vuestro corazon quereis considerar las mujeres que vos mismo conoceis, hallaréis sin dificultad que ellas por la mayor parte valen tanto como sus padres, hermanos y maridos, y que muchas han sido causa de grandes provechos a los hombres, y hartas veces les han enmendado sus yerros. Y si agora no se hallan en el mundo aquellas grandes reinas que sojuzgaban regiones estrañas, y hacian edificios señalados, pirámides y ciudades, como aquella gran Tomiris, reina de Scitia, Artemisia, Zenobia, Semíramis y Cleopatra, tampoco se hallan hombres tan famosos como fué César, Alexandre, Scipion, Lucullo, y aquellos otros emperadores romanos.

No digais eso, respondió riendo el Frigio, que sin duda agora hartas mujeres se hallan como Cleopatra y Semíramis; y, si no tienen tan grandes estados como aquélla,

no les falta por eso la buena voluntad de seguillas en darse placer, y satisfacer, cuanto es posible, a sus apetitos.

Vos, señor Frigio, dijo el Manífico, andais apartándoos de la tela; porque bien veis vos que si agora se hallan algunas Cleopatras, no dejan de hallarse infinitos Sardápalos, que es harto peor.

No hagais, dijo Gaspar Pallavicino, esas comparaciones, ni creais que los hombres sean ménos castos que las mujeres, y ya que lo fuesen no sería peor; porque de la incontinencia de las mujeres nacen infinitos males, que no nacen de la de los hombres; y por eso, como ayer se dijo, sábiamente ordenaron ellos que a ellas les fuese lícito sin infamia poder errar en todas las otras cosas, a fin que pudiesen poner todas sus fuerzas en mantener esto sola virtud de la castidad, sin la cual los hijos serian inciertos, y aquel ñudo que tiene al mundo atado con el deudo de la sangre, y con amar naturalmente cada uno aquello que ha producido, quedaria suelto; y por eso es muy justo que parezca peor en las mujeres la vida deshonesta que no en los hombres, los cuales no traen en sus cuerpos nueve meses los hijos.

Hermosos argumentos, respondió el Manífico, son esos que agora vos haceis. No sé por qué no mandais luégo cscribillos. Pero decíme, ¿por qué razon no ha sido ordenado que en los hombres fuese tan gran deshonra la vida disoluta como en las mujeres, considerado que si ellos son naturalmente más virtuosos y de mayores fuerzas para resistir a los vicios, más fácilmente podrán mantenerse en esta virtud de castidad que no ellas? Y los hijos serán tan ciertos desta manera, como desa otra que habeis dicho; porque aunque las mujeres fuesen malas y quisiesen andar envueltas en mil deshonestidades,

si los hombres fuesen buenos, y no consintiesen en las maldades dellas, claro está que ellas, siendo solas, ni podrían dañar con sus vicios, ni poner entre nosotros duda de nuestros hijos. Mas, en fin, si quereis confesar la verdad, no dejáis de conocer vos que nosotros de nuestra propia autoridad nos hemos ocupado esta licencia, que unos mismos pecados se tengan por livianos en nosotros, y alguna vez merezcan ser loados, y en las mujeres sean tenidos por gravísimos, y no basten penas para castigallos, sino es una vergonzosa muerte, o por lo ménos una perpétua infamia. Por eso, ya que esta opinion dañada está apoderada en el mundo, parecerme ha tambien justa cosa castigar gravemente a los que con mentiras andan disfamando mujeres. Y tengo yo por cierto que sea obligado todo buen caballero a defender la verdad siempre que sea menester, en especial cuando sepa que alguna mujer es acusada falsamente de mala.

Y yo, respondió riendo Gaspar Pallavicino, no solamente afirmo ser obligacion de todo buen caballero hacer eso que vos decis, mas áun pienso que es cortesía y gentileza encubrir cualquier yerro, en el cual, por desastre o por mucho amor, haya caido una mujer de bien. Y en esto veréis que yo temo más la parte de las mujeres, donde la razon lo sufre, que no haceis vos. No niego yo con todo que los hombres no se hayan metido por esta libertad adelante algo más de lo que debieran. y esto porque saben que, segun la opinion comun, no les trae a ellos la vida disoluta tanta deshonra como a las mujeres, las cuales por su flaqueza son más aparejadas a consentir en sus apetitos que los hombres. Y si alguna vez dejan de acudir a sus deseos, hácenlo de vergüenza; y por eso nosotros les hemos puesto el miedo de la infamia, como un freno que por fuerza las haga parar en

esta virtud de la castidad, sin la cual, por decir verdad, valdrian ellas harto poco, porque el mundo ningun provecho lleva dellas sino el engendrar de los hijos. Esto no es así en los hombres, los cuales son útiles para muchas cosas; gobiernan las ciudades y los ejércitos, y hacen otros mil provechos de mucha calidad, lo cual todo, pues vos así lo quereis, no quiero yo agora disputar cómo sabrian hacello las mujeres, basta ver que no lo hacen. Pues quanto a la continencia, todas las veces que la cosa ha venido a lance que se hubiese de ver esta virtud en los hombres, así en esta como en las otras han llevado ellos la ventaja a las mujeres, puesto que vos no lo confeseis; y yo para la prueba desto no quiero recitaros tantas historias o fábulas cuantas habeis vos recitado; contentarme he de remitiros solamente a la continencia de dos grandes hombres y mozos, y llenos de victorias frescas de entónces, con las cuales suelen tomar mucha licencia y enloquecerse hasta los hombres bajos. Del uno es la que usó el gran Alejandro con la mujer y hijas hermosísimas de Dario, enemigo y vencido: la otra es de Scipion, a quien siendo de edad de veinte y cuatro años, y habiendo en España tomado por fuerza una ciudad, fué traída una muy hermosa y muy principal moza, presa entre otras muchas, y siendo Scipion informado ser ésta esposa de un señor de aquella tierra, no solamente no quiso llegar a ella, mas volvióla a su marido con grandes dádivas. Podria tambien deciros de Xenócrates, el cual fué tan casto, que siéndole puesta en su cama al lado una mujer fresca y bien dispuesta, y haciéndole ella todos los regalos que se podian hacer, y usando todas las artes para aquello necesarias, en las cuales era gran maestra, nunca pudo trastornar el ánimo de este varon singular, ni aún hacelle mostrar señal alguna,

por pequeña que fuese, de deshonestidad, no embargante que en esto gastó ella toda una noche. Podriaos asimismo decir de Pericles, el cual oyendo solamente que uno alababa con gran hervor a un muchacho de hermoso, le reprehendió gravemente; y de muchos otros continentísimos por su propia voluntad, y no por vergüenza ni miedo, como las más de las mujeres, que por estas dos solas causas suelen ser buenas, las cuales áun con todo esto merecen ser alabadas, y el bellaco que las difama, debe como vos decís, ser muy reciamente castigado.

CAPITULO IV

Cómo despues que en el capitulo precedente el manífico Julian ha traído muchos ejemplos de los notables hechos de mujeres, en especial de la memorable señora doña Isabel, reina de España, agora en éste, tomando la mano en la plática micer César en defension de las damas, trae otros muchos ejemplos de afamadas señoras.

MICER César entónces, el cual habia gran rato que estaba callando, dijo. Mirá cuál debe ser el mal que el señor Gaspar dice de las mujeres, que esto que agora acaba de decir, dice él por alaballas. Por eso si el señor Manífico me consintiere que yo pueda en lugar suyo respondelle un poco acerca de cuanto, a mi parecer, falsamente ha dicho sobre esto, será quiza bien para él y para mí; porque él descansará en tanto un rato, y despues podrá mejor volver a su proceso de formar su Dama, y yo holgaré mucho que se me haya ofrecido ocasion de poder defender la verdad, como es oficio de todo buen caballero.

Antes os suplico, respondió el Manífico, que lo hagais así; porque ya a mí me parecía haber cumplido, según mis fuerzas, con mi obligacion, y temia que esta mi habla no comenzase a desmandarse algo.

Dijo entónces micer César, ya yo no quiero hablar del provecho que el mundo recibe de las mujeres demás del parir; porque harto se ha declarado cuánto ellas sean necesarias, no solamente a nuestro sér, más áun a nuestro bien sér; pero digo, señor Gaspar, que si ellas son, como vos decis, más prestas a sus apetitos que los hombres, y con todo esto se resisten más que no ellos, lo cual vos mismo habeis confesado, merecen tanto más ser alabadas, quanto su naturaleza es ménos fuerte para vencer los movimientos naturales; y, si decis que de vergüenza resisten a sus deseos, paréceme que desamano, en lugar de dallas una virtud, les dais dos; porque si en ellas puede más la vergüenza que el apetito, y por ella se refrenan de hacer mal, pienso que esta tal vergüenza, la cual, en fin, no es otra cosa sino temor de infamia, es una singular virtud, y de muy pocos hombres poseida. Y si yo agora pudiese, sin muy gran deshonor y confusión de los hombres, decir cuántos dellos estén enterrados en mitad de la desvergüenza, que es el vicio contrario a esta virtud, amancillaria los limpios y castos oídos que me escuchan; y lo peor es que por la mayor parte estos tales, injuriosos a Dios y a la natura, son ya hombres viejos, de los cuales los unos son clérigos, los otros filósofos, los otros doctores en leyes; y gobiernan las repúblicas con una severidad grave en sus rostros, la cual promete toda la limpieza del mundo. Estos son los que por una parte se autorizan o andan por autorizarse, diciendo a cada paso con un gran ceño que las mujeres son incontinentísimas, y por otra continamente se están quejando de sí mismos, que ya no pueden, y que ya les falta el calor natural para satisfacer a sus abominables deseos, los cuales les quedan atravesados en el alma después que la natura los niega al cuerpo, y así muchas ve-

ces hallan modos en que las fuerzas no son necesarias. Pero yo no quiero agora más alargarme en esto, y basta ver que me confesais que las mujeres se abstienen más del vivir deshonesto que los hombres. Sabé otra cosa, que ningún freno las aprieta ni las sojuzga, sino es que ellas mismas se ponen; y veréislo en esto, que las más de las que son guardadas con grandes estrechezas, o maltratadas de sus maridos o padres, son ménos buenas que las que viven con más libertad. El verdadero freno generalmente para las mujeres es la virtud y deseo de la honra, de la cual, muchas que yo en mis días he conocido, hacen más caso que de la propia vida. Y si quereis decir la verdad, no hay aquí nadie de nosotros que no haya visto mancebos de gran linaje y principales, discretos, avisados, animosos, bien dispuestos, y, en fin, muy gentiles galanes, haber gastado muchos años andando de amores con alguna dama, sin jamás descuidarse de diligencia, ni de cosa que pudiese aprovechar, dando, suplicando, llorando, y, en fin, haciendo cuanto se pudiese pensar, y al cabo ser todo en vano. Y sino porque quizá querríades estar cortesano conmigo, y responderme que en mí no es maravilla, que yo no soy para que me vaya bien de amores, probaros ía conmigo mismo lo que he dicho; porque más de una vez, por la recia y dura bondad de una mujer, me he visto llegar al punto de la muerte.

No os maravilleis deso, respondió Gaspar Pallavicino, que quizá esas mujeres estuvieron tan recias porque no les parecian bien o tenían un no sé qué, que no eran de su gusto, esos que andaban con ellas; y sabé más, que las que son muy rogadas, ésas son las que se detienen, y las que no las ruega nadie, aquéllas son las que ruegan.

Yo por cierto, dijo micer César, nunca he visto hombre que fuese requerido de mujer ninguna. Bien he visto muchos, que, despues que se ven haber trabajado en vano y gastado sus dias locamente, se acogen a una gentil venganza, que es decir que alcanzaron muy largamente lo que por ventura ellos consigo mismo solamente imaginaron; y paréceles a éstos que ser disfamadores, y fingir cuentos para que anden mil mentiras en perjuicio de alguna mujer de bien, sea una muy delicada cortesana; y verdaderamente los tales que se alaban perjudicialmente de una gentil dama, o sea verdad o mentira, merecen ser gravemente castigados; y si alguna vez llevan algo sobre la cabeza, son ciertamente hombres de honra los que les dieron tal pago; porque; si con mentira disfaman, ¿qué más abominable bellaquería que quitar falsamente a una mujer honrada lo que ella precia más que la vida? Y esto por lo que ella hizo bien, y por lo de que mereciera ser muy loada; y si con verdad, ¿qué castigo o qué pena podrá bastar para un hombre tan malo y tan traidor, que pague con tanta ingratitud y maldad a una mujer de bien, lo que ella hizo por él vencida de sus falsas blanduras, de sus fingidas lágrimas, de sus continas importunidades, de sus quejas y lamentaciones, de sus artes y mañas y juramentos falsos, con lo cual todo hubo ella de caer a amar mucho, y amando mucho, fué necesario entregarse totalmente a un tan malino espíritu? Mas por responderos tambien a esta gran continencia que habeis alegado de Alexandre y de Scipion, digo que yo no os niego que entrambos hiciesen una cosa muy bien hecha; mas todavía al encuentro desto, porque no podais decir que contándos cosas muy antiguas os cuento hablillas de viejas, os quiero contar de una mujer de nuestros tiempos, de baja suerte, la cual se mostró harto

más continente que esos dos grandes hombres que habeis dicho. Así que digo, que yo conocí una moza hermosa y delicada, el nombre de la cual no quiero deciros, porque no se escandalicen della los necios, los cuales en sabiendo que una mujer está enamorada, luégo tienen mal conceto della; ésta siendo largo tiempo amada de un mancebo noble y de buenas costumbres, volvióse con todo su corazon y entrañas a amalle, y esto no solamente yo lo sabía, a quien ella descubria todos sus secretos, como si yo fuera, no digo hermano, mas una hermana entrañable suya; pero áun todos aquellos que la veian en presencia deste mancebo, conocian claramente cuán perdida por él estaba; y así, amandó ella tan ahincadamente cuanto amar puede un corazon por enamorado que esté, sostúvose dos años en tanto recogimiento, que nunca hizo muestras a este mancebo de amalle, sino las que en ninguna manera podia encubrirle; ni jamás le quiso hablar ni recibir dél cartas ni dádivas, ni otros presentes, siendo requerida con todas estas cosas a cada paso: pues cuánto desease ella hacello, yo bien lo sé; porque si alguna vez secretamente podia alcanzar alguna cosa que hubiese sido de este su servidor, tenía la tan guardada, y tan preciada, y regalábase tanto con ella, que parecia que aquello era su vida y todo su bien; en fin, en todo este tiempo nunca en nada quiso contentalle, sino en velle y dejarse ver, y alguna vez ofreciéndose algunas fiestas públicas, danzaba con él como con los otros; y porque las calidades y haciendas de entrambos eran harto conformes, deseaban ellos que este amor parase en casamiento; lo mismo deseaban cuantos hombres y mujeres habia en aquella ciudad, salvo el crudo y áspero padre della, el cual por una perversa y estraña opinion acordó de casalla con otro más rico. A esto no

contradijo la cuitada de la moza con otra cosa sino con lágrimas. Estas solas fueron sus palabras y sus razones y todas sus defensas; así que hecho este malaventurado matrimonio con mucho dolor de todo aquel pueblo, y con mayor desesperacion destes tristes enamorados, áun este encuentro de la fortuna no bastó para desarraigar un tan fundado amor de entrambos corazones, porque áun despues duró por espacio de tres años, puesto que ella muy cuerdamente lo disimulase y procurase con todas sus fuerzas de cortar el hilo a sus deseos, los cuales ya eran sin esperanza, y en todo este tiempo siguió siempre su determinado propósito de no dejarse vencer; y viendo que no podia honestamente gozar de aquel en quien adoraba, determinó de estarse sin él, y de no querelle; y así seguia su costumbre de no escuchar los recaudos que él le enviaba, ni recibir sus dádivas, ni dejarse ver; en fin, con esta recia determinacion y fuerza que se hizo la cuitada, vencida del áspero trabajo, y venida por larga pasion en estrema flaqueza, al cabo de tres años se murió, y escogió más ahina sufrirse sin su proprio contentamiento, y sin sus deseos, y, en fin, sin su misma vida, que sin su virtud. Pues yo os seguro que no le faltaban hartos lugares para poder acudir a su voluntad secretamente, y sin peligro de infamia o de otra alguna pérdida; y con todo esto siempre estuvo firmé, sin consentir en lo que tanto deseaba, moviéndola a ello la persona del mundo a quien más ella queria. Este hecho tan señalado no le hizo ella por miedo ni por otro ningun respeto, sino por el solo amor de la verdadera virtud. ¿Y qué me diréis vos de otra, la cual seis meses enteros estuvo casi cada noche desnuda en una cama con un hombre, por quien era perdida, y en todo este tiempo, teniendo los manjares a la boca, con deseos de

comer, y convidada con los ruegos y lágrimas de quien ella más que a sí misma amaba, siempre se tuvo? Y aunque estuviese presa así desnuda en la recia cadena de aquellos amados brazos, nunca se dió por vencida, sino que conservó siempre sana la flor de su limpieza. ¿Paréceos, señor Gaspar, que podrian igualarse estos hechos de continencia con el de Alejandro, el cual enamorado en todo extremo, no de la mujer e hijas de Dario, sino de aquella fama y grandeza que le despertaban con las alabadas de la gloria, y le movian a sufrir trabajos, y a pasar peligros por hacerse inmortal, no sólo las otras cosas, mas su propia vida despreciaba? ¿Pues paréceos gran milagro que con tales pensamientos se refrenase de una cosa que no deseaba mucho? Porque claro está, que no habiendo jamas visto aquellas mujeres, no habia luégo en aquel punto de enamorarse tanto dellas, que no le fuese muy fácil cosa no caer; cuanto más que estaba en la mano quererlas mal por causa de Dario, enemigo mortal suyo; y siendo así esto, toda cosa que él cometiera con ellas fuera injuria, y no amor. Y por eso no fué mucho que Alejandro, el cual no ménos con su grandeza de ánimo que con las armas venció al mundo, dejase de injuriar unas mujeres tristes y presas y llenas de miseria. La continencia tambien de Scipion merece ciertamente ser alabada, mas con todo, si bien se considera, no se debe igualar con la de estas dos mujeres que he dicho; porque él tambien dejó de caer a cosa no deseada, estando en tierra de enemigos, y siendo un capitán nuevo, y luégo en el principio de una empresa importantísima, y esperando todos en su patria que habia de hacer las más señaladas cosas que nunca hombre hizo, y habiendo de tener residencia de todo lo que hiciese ante jueces rigurosísimos, los cuales muchas ve-

ces castigaban, no solamente los grandes, mas áun los pequeños delitos, y sabía que entre ellos no faltaban algunos que le tenían mala voluntad; y más conociendo que si de otra manera hiciera aquello, se pusiera en peligro, por ser aquélla una mujer muy principal y casada con un gran señor, de alterar toda la tierra, y de hacer que se levantasen contra él muchos, y con esto pudiera su vitoria dilatarse, o quizá perderse. Así que con tantos y tan grandes inconvenientes, no fué mucho abstenerse de un liviano y dañoso apetito; en especial mostrando en ello esta virtud de continencia, y una liberal bondad, con la cual, segun se escribe, ganó todos los corazones de aquellos pueblos, y con ella se aprovechó tanto como con otro muy gran ejército para vencer con amor los ánimos que por ventura con armas nunca hubiera vencido. Así que esto más aína se pudiera llamar un buen ardid de guerra que pura continencia; cuanto más que este hecho de Scipion no se tiene por tan verdadero como quizá pensais; porque algunos autores aprobados afirman haber Scipion gozado de esta moza; pero lo que yo os he contado podeis creer que fué así sin duda.

¿Leísteslo vos, dijo el Frigio, por ventura en los Evangelios?

Yo mismo lo he visto, respondió micer César, y por eso lo sé mejor que podeis saber vos ni otro lo que se escribe de Alcibiádes, que se levantaba por la mañana de la cama de Sócrates como suelen levantarse los niños de las camas de sus padres. Esto, hablando aquí la verdad, no sé yo cómo era, que cuanto a mí no me parece muy propio lugar ni tiempo la cama, o la noche, para contemplar aquella pura hermosura, la cual se dice que amaba Sócrates sin ningun deseo deshonesto, en especial amando más la hermosura del alma que no la del

cuerpo, pero esto en los mochachos. Pues un gentil ejemplo es aquel de Xenócrates; por cierto creo yo que no se pudiera hallar otro mejor para alabar la continencia de los hombres; que siendo éste un filósofo envuelto siempre en sus libros, obligado a su misma profesion, la cual consiste toda en la virtud y buenas costumbres, y no en las palabras; viejo ya, consumido, perdida la fuerza natural, no pudiendo ni mostrando señal de poder ¿qué queríades que hiciese, sino lo que hizo? ¿Quisiéredes que no pudiendo se encharcára en una ramera pública, la cual con solo el nombre era bastante a hacelle asco? Más aína creyera yo que hubiera él sido continente, si mostrando en aquel caso algun movimiento o señal de alboroto, hubiera usado de su continencia, o si se templara en el vino, el cual suele ser harto más natural a los viejos, que envolverse con mujeres. Pero mirá qué viejo tan templado, que dél se escribe que holgaba con el beber razonablemente; y que ordinariamente andaba lleno de vino; pues yo querria que me dijédes si hay cosa en el mundo más ajena de la continencia de un viejo que la borrachez. Pero, en fin, si astenerse de obras carnales merece loor en los viejos, ¿cuánto mayor es el que se merece desto en unas mujeres mozas y delicadas como aquellas dos que os he dicho? La una de las cuales, poniendo ásperas leyes a todos sus sentidos, no solamente negaba a los ojos su luz, mas quitaba al corazon aquellos pensamientos que fueron muy largo tiempo el puro mantenimiento con que ella sostuvo su vida. La otra enamorada perdida, hallándose tantas veces sola en los brazos de aquel a quien más que a todo el mundo amaba, peleando contra sí misma y contra él, vencía a aquel ardiente deseo, que muchas veces ha vencido a hartos hombres sabios y muy honrados. Pues luégo, se-

ñor Gaspar, ¿no os parece que debieran los que han escrito tener empacho de hacer mención de Xenócrates en este caso, y de llamalle continente? Porque, cierto, si pudiésemos agora sabello, yo apostaría quanto vos quisiédes, que el buen viejo, toda la noche, hasta el otro día a hora de comer, durmió como un muerto enterrado en vino, y que nunca aquella honrada mujer, por mucho que en él hiciese, pudo despertalle, ni hacelle abrir más los ojos que si le hubieran dado dormideras.

A esto rieron todos; y Emilia también riendo dijo. Por cierto señor Gaspar, yo creo que si pensais en ello un poco más, aún hallaréis otro hermoso ejemplo de continencia tan bueno como este que habeis dicho.

¿No os parece, señora, dijo micer César, que también es bueno lo que nos ha contado de Pericles? Yo me espanto que no se haya acordado de la continencia y de aquel gentil dicho que se escribe de uno, a quien una ramera pidió muy gran precio por una noche, y él respondióle que no quería dar tanto por un arrepentimiento.

Andaba todavía gran risa, y micer César, habiendo callado un poco, dijo. Suplíos, señor Gaspar, que me perdoneis, si os he enojado con decir más verdades de las que vos quisiérades oír; porque, en fin, éstos son los milagros de continencia que los hombres escriben de sí mismos, condenando a las mujeres por malas, en las cuales a cada paso se ven infinitas señales de gran virtud; porque, en verdad, si bien lo quereis mirar, no hay fortaleza en el mundo tan inespugnable ni tan bien defendida, que combatiéndola con mucho ménos fuerza y arte que por derrocar el firme corazón de una mujer se inventan, no la tomádes al primer combate. ¿Cuántos criados de reyes y de señores, hechos ricos y puestos en

autoridad por ellos, siendo alcaides de sus fortalezas, las cuales eran la llave y el fundamento de todos sus estados, las han vendido por pura codicia de dinero, sin vergüenza ni miedo de ser despues tenidos por traidores? Pluguiese a Dios que en nuestros tiempos hubiese tan pocos destes, que no tuviésemos mayor trabajo en hallar alguno que en tal caso hubiese hecho lo que debia, que en nombrar agora muchos que en esto hayan errado. Pues si quereis mirallo todo, veréis tantos otros que andan cada día robando, salteando y matando hombres. Otros por la mar cosarios despojando a todos los que topan. Pues ¿cuántos prelados hay que venden las cosas de la Iglesia de Dios? ¿Cuántos letrados y escribanos que falsan testamentos? ¿Cuántos que hacen mil juramentos falsos? ¿Cuántos que testifican en juicio contra la verdad por dinero? ¿Cuántos médicos, que por esta misma causa dan hierbas a los enfermos? ¿Cuántos tambien se hallan que por miedo de la muerte hacen vilezas bajísimas? Y a todas estas recias y crudas batallas, que las más veces por la maldita codicia se levantan, resiste a cada paso una mujer moza y delicada; que hartas hemos visto que han escogido ántes morir que perder la honra.

Dijo entónces Gaspar Pallavicino. Creo yo, en verdad, señor micer César, que no hay agora en el mundo desas mujeres que vos decís.

Yo no quiero, respondió micer César, alegaros las pasadas; séos decir que se hallarian y se hallan muchas de nuestros tiempos que en tal caso no tienen la muerte en lo que pisan. Y agora me ha ocurrido que cuando Capua fué saqueada de los franceses, que áun no há tanto esto que no se os pueda a vos muy bien acordar, una gentil moza capuana, mujer de linaje, siendo presa de una compañía de gascones, y llevada por ellos fuera de su casa,

cuando llegó al río que pasa por Capua, quedándose un poco atras del que la llevaba, con achaque de adobarse un zapato, se echó súpitamente en el río. Y ¿qué me diréis vos de una labradorcilla, que no há muchos meses que en tierra de Mantua, en un lugar llamado Gazuolo, estando un dia con una hermana suya cogiendo la rebusca en el campo, sobrada de sed, fué a una casa que estaba un poco apartada a pedir una poca de agua; y así entrando dentro, y viéndola el dueño de la casa, que era hombre mozo, así sola, pareciéndole bien, llegóse primero a ella con buenas palabras, despues viendo que no aprovechaba aquello nada, comenzó a amenazalla, en fin, desdeque vió que siempre ella estaba firme, maltratándola y golpeándola, forzola? Ella luégo toda descabellada llorando volvióse al campo a su hermana, y nunca por mucho que la otra la importunase que le dijese lo que le habia acaecido se lo quiso decir; y así dende un rato entrambas comenzaron a irse hácia el lugar, la moza caminando con su hermana, mostraba ya estar sin enojo; y así hallándole con el gesto alegre y sin lágrimas, encargóle ciertas cosas que se habian de hacer; luégo despues llegada a Oglio, que es el río que pasa cabe Gazuolo, apartándose un poco de la hermana, la cual no podia pensar lo que ella quisiese hacer, prestamente se echó en el río. La hermana en viendo tan triste caso, llorando y dando gritos, andaba siguiéndola cuanto mas podia junto al agua, que con el raudal la llevaba reciamente, y todas las veces que la cuitada salia encima del agua, la triste de la hermana la echaba una sogá con que traia las espigas, que habia cogido, liadas; y puesto que la cuerda le viniese más de una vez a las manos, y pudiese ella muy bien tomalla y probar a salir, la determinada y constante moza siempre la rehusó y la echó de sí; de manera

que huyendo todo socorro que pudiese dalle vida, en breve espacio alcanzó la muerte que deseaba. Esta no se movió con la nobleza de su sangre a hacer un tan gran hecho, ni con el miedo de otra más cruel muerte o de infamia, sino solamente con el dolor de la pérdida de la virginidad. Por aquí podréis ver cuántas otras mujeres hagan cosas señaladas y dignas de memoria, sin que se haga mencion dellas, cuando esta moza habiendo dado, áun ayer se puede decir, tan gran prueba de su virtud, ya no está en cuenta de nada, ni se habla della. Mas si en aquellos dias no sobreviniera la muerte del Obispo de Mantua, tio de la Duquesa nuestra, bien sería agora aquella ribera de aquél rio de Oglio, en el lugar donde esta moza se echó en el rio, enoblecida de una hermosa y magnífica sepultura, en memoria de aquella alma tan gloriosa que merecia tanto mayor fama despues de la muerte, cuanto en ménos generoso cuerpo viviendo habia morado. Aquí paró un poco micer César, y luégo dijo: No há mucho que en Roma tambien acaeció un semejante caso, y fué éste: que una hermosa y principal moza romana, siendo largo tiempo seguida de uno que mostraba mucho amalla, estuvo siempre con él tan recia que hasta parecer en lugar donde estuviese nunca quiso; de manera que este perdido, viéndose tan sin remedio, hizo con una criada della, dándole mucho dinero, que le ayudase en este negocio como mejor pudiese. Esta, con el placer de la ganancia, y con la codicia de ganar más, deseosa de hacer buena obra, rodeó con su señora que un dia, que no fuese fiesta, fuese a oir misa a San Sebastian. Concertado esto, hízolo luego saber a aquel caballero, y dijole todo lo que habia de hacer. Y así, llegada la señora a esta iglesia, la criada llevóla luégo a una de aquellas capillas hondas y oscuras, donde

suelen entrar a hacer oracion casi todos los que allá van, en la cual habia buen rato que secretamente estaba escondido el caballero. Y así él hallándose sólo con la que amaba tanto, comenzó a suplicalla, quanto más blandamente pudo, que quisiese dolerse dél y convertir sus asperezas en amor, pero después viendo que sus blanduras no le valian, probó si con amenazas pudiera hacer algo; no aprovechando esto tampoco, pusóse en maltratalla y herilla muy reciamente, y, en fin, determinóse a salir con su intención por fuerza o como quiera, y así él por una parte, y la malvada de la criada por otra, tomáronla y hiciéronle cuanta fuerza en el mundo pudieron para vencella, y ella siempre firme defendiéndose fuertemente sin consentir en nada; de manera que este mal caballero, parte por el enojo que tenia della, viendo que no queria hacer nada de lo queria, parte de miedo que los parientes della no lo supiesen, y a él no le costase cara tan gran bellaquería, con ayuda de la criada, la cual se temia de lo mismo, ahogó a esta cuitada de señora, y dejóla allí muerta, sin poner ningun recaudo en el cuerpo, y huyó donde no pudiesen hallarle. La criada, turbada y ciega de su mismo pecado, no supo huir; y, puesta en la carcel por algunos indicios, confesó todo el negocio como pasaba, y así fué justificada como merecía; el cuerpo de aquella constante y singular mujer fué sacado con gran honra de aquella capilla, y llevada a enterrar en Roma con una corona de laurel en la cabeza, y acompañada de infinitos hombres y mujeres, de los cuales no hubo nadie que volviese a su casa con los ojos sin lágrimas. Y así esta señora fué generalmente de todos tan llorada quanto alabada. Mas por hablaros de las que vos mismo conoceis, ¿no oistes vos que yendo la señora Felice de la Rovere, por mar, a Saona, y temiendo que

ciertas velas que se habian descubierto no fuesen del papa Alejandro, que viniesen tras ella para tomalla, se aparejó con firme determinacion a echarse en la mar, si aquellos navíos se llegasen tanto que no hubiese remedio para escaparse dellos? Pues yo os aseguro que della no se puede creer que hiciese tal cosa por liviandad; porque vos, así como algun otro, conoceis muy bien ser esta señora no ménos avisada y cuerda que hermosa. Pero, en fin, yo no puedo más sufrirme sin decir siquiera una palabra de la señora Duquesa nuestra, la cual, habiendo vivido quince años en compañía de su marido como viuda, no solamente estuvo siempre firme en jamás descubrir esto a persona del mundo, mas siendo de sus propios parientes requerida y importunada que no sufriese tal vida, sino que procurase salir de una tan áspera viudez, escogió más aína padecer destierro, pobreza, y toda otra suerte de miseria que aceptar lo que a todos parecía ser bien y gran prosperidad de fortuna.

Queriendo hablar más micer César en esto, díjole la Duquesa. Hablá en lo que hace al caso, y dejá esto, que hartas otras cosas teneis agora que decir.

Sé por lo menos, dijo micer César, que esto que agora he dicho no me lo negaréis vos, señor Gaspar, ni vos, señor Frigio.

No por cierto, respondió el Frigio. Mas una golondrina no hace verano.

Verdad es, dijo entonces micer César, que estos tan señalados hechos acaecen en pocas mujeres; pero todavía las que resisten a los combates de amor hacen una cosa tan alta y tan difícil, que casi parece milagro, y las que no pueden hacedlo, sino que alguna vez caen y quedan vencidas, verdaderamente tienen desculpas tan grandes, y tantas causas de haber caido, que ninguna

otra cosa merecen sino compasion y lástima que se tenga dellas; porque realmente las diligencias de los enamorados, las artes que usan, y los lazos que arman, son tantos y tan contínuos, que no es ménos de un gran milagro que una tierna moza pueda no caer o escaparse dellos. ¿Qué dia hay, o qué hora que esta combatida mujer no sea de su servidor requerida e importunada con dádivas, con presentes, y con todas aquellas cosas que pueden a ella parecelle bien? ¿En qué punto se puede ella parar a la ventana, que siempre no vea pasar al triste enamorado determinado a morir en su demanda, callando con la boca, pero hablando con los ojos, con el gesto afligido y quebrado, no sin suspiros y lágrimas hartas veces; y cuando sale ella para ir a la iglesia, o a otra cualquier parte, que éste su servidor no se halle delante della, o a cada vuelta de calle no salga a topalla, con aquella su triste pasion imprimida en los ojos de tal manera que parece que de punto en punto espera la muerte? Dejo agora los aderezos y el primor del vestir, las invenciones, las letras, las fiestas, el danzar, las máscaras, las momerías, las justas y los torneos, lo cual todo sabe ella muy bien que es por ella. Despues en la noche, cuando todas las cosas callan y sosiegan, si ella alguna vez despierta, la primera cosa que oye es tañer y cantar debajo de sus ventanas, o a lo ménos aquel desasosegado espíritu rodeándole la casa con suspiros y gemidos; y si por caso a esta señora se le antoja hablar un rato con alguna de sus criadas, ya cualquiera dellas está trastornada con dineros, y así en viniéndole delante, luégo a dos palabras le da alguna cosa que su servidor le envia, o una carta, o una copla, o algo desta calidad, de parte del triste enamorado; y allí de lance en lance viene a hablalle en él fundadamente, luégo le dice cuánto el

cuitado la quiere, y cómo por servilla no se le da nada de perder la vida, y cómo no quiere della cosa que le esté mal; que no querria sino solamente poder hablalle; para esto, si no hay lugar sin muchas dificultades, a todas se hallan mil remedios, llaves falsas, escaleras de cuerdas, confaciones o artes para hacer dormir; y si la cosa es recia, píntase de manera que parece liviana; danse ejemplos de muchas otras, que siendo muy honradas mujeres, hicieron y hacen mayores saltos; así que el camino se hace tan llano, y preséntanse tantas causas para hacer caer, que ya a ella no le queda otro trabajo sino decir que es contenta; y si todavía se detiene algunos dias más, tantas tentaciones acuden y tantas diligencias o casos o blanduras, o enamorados desavenimientos sobrevienen, que con la mucha fuerza y el amartillar continuo, si alguna contradiccion quedaba, es necesario que se rompa y cese luégo; y demas desto hay algunos malos hombres, que viendo todos sus trabajos ser en vano, danse a amenazar, y dicen que las disfamarán y las publicarán a sus maridos por las que no son. Otros tratan valientemente con los padres, y alguna vez con los maridos, los cuales por dinero, o por alcanzar favor, entregan sus propias hijas o sus mujeres, a pesar dellas, en manos de hombres que por lo ménos las dejan deshonoradas y perdidas. Otros trabajan con hechizos y ningromancias en quitalles aquella libertad que Dios por proprio y excelente don ha concedido a nuestras almas, y en esto se ven grandes y espantosos efetos cada dia; pero yo no sabria decir en mil años todas las artes y mañas que usan los hombres para alcanzar lo que quieren de las mujeres; y es lo bueno, que demas de las que cada uno se halla para sí, no ha faltado quien haya sotilísimamente escrito cómo debemos regirnos para que nos vaya

bien de amores. No sé yo, pues, qué remedio tengan estas importunadas y combatidas mujeres para guardarse de tantas redes, cuantas nosotros les armamos, en especial armádoles con tan dulce cebo. En fin, ¿por tan recia cosa teneis que una mujer, viéndose amada en todo extremo y largo tiempo de un hombre de bien y buen cortesano, de buenas costumbres y de buen linaje, el cual mil veces cada día se ponga a peligro de muerte por servilla, y nunca piense sino en tenella contenta, que esta tal, con aquel dar y herir continuo, con que suele el agua muchas veces romper las peñas, quede vencida y se determine a amalle, y determinada a este amor, le haga merced de aquello que, segun vos decís, ella naturalmente por su inclinacion desea más que el hombre? ¿Tan grave os parece este yerro, que siendo presa esta mujer con tantos regalos y blanduras, no merezca a lo ménos aquel perdon que muchas veces a los homicidas, a los ladrones, a los salteadores y traidores se concede? ¿Queríades vos por ventura que este pecado fuese tan grave, que por haber resbalado en él alguna mujer, todas por eso hubiesen de ser condenadas y tenidas en poco? ¿No os acordaréis que se hallan muchas que están siempre firmes, sin jamas consentir en ninguna tentacion de amor, ántes las veréis más recias a todos los encuentros, que las peñas a los continuos golpes de la mar?

Gaspar Pallavicino entónces, viendo que micer César habia parado un poco y estaba así suspenso, comenzaba a querer respondelle, mas díjole Otavian Fregoso sonriéndose. Daos agora por vencido, señor Gaspar, que yo voy viendo que haria ya poco al caso todo lo que vos dijédeses, y no haríades sino cobrar, no solamente a estas señoras por enemigas, mas aún la mayor parte de estos caballeros.

Rióse Gaspar Pallavicino, y dijo. Por cierto hasta agora harto tienen que agradecerme todas las mujeres; porque si yo con mis razones no enojára un poco al señor Manífico y al señor micer César, no se oyera decir tanto bien dellas quanto aquí se ha dicho.

Dijo entónces micer César. El bien que el señor Manífico y yo hemos dicho de las mujeres, es tan claro que ha sido escusado decille. ¿Quién no sabe que sin mujeres no se puede alcanzar placer ni contentamiento en esta vida; la cual sin ellas sería grosera, sin ningun gusto y casi salvaje, y más áspera que la de las fieras alimañas? ¿Quién no alcanza que las mujeres son las que quitan en nuestros corazones todos los bajos y viles pensamientos, las fatigas, las miserias y aquellas tristezas tristes que andan en compañía de todo esto? Y si quisiéremos muy bien considerar la verdad, conoceremos que acerca del conocimiento de las cosas grandes no nos desvian ellas, ni nos embarazan, ántes nos despiertan y nos levantan. Hacen asimismo en la guerra ser los hombres sin miedo, y realmente yo tengo por imposible que en corazon de un hombre donde una vez haya entrado amor pueda jamas entrar vileza ni cobardía; porque quien ama desea siempre hacer cosas que le hagan ser amado, y teme ordinariamente no le acaezca algo que le deslustre, por donde venga a tenelle en poco la que él desea que le tenga en mucho; y así muy fácilmente se pone mil veces a peligro de muerte, porque su señora conozca que él merece el amor della; de manera que, si se pudiese hacer un ejército todo de enamorados, y que peleasen en presencia de sus damas, yo tengo por cierto que el mundo todo no sería bastante a resistille, salvo si contra él no viniese de la misma manera otro de otros tantos enamorados. Y cree sin duda que nunca Troya se

puñera tener diez años contra toda Grecia, si no fuera por algunos enamorados que dentro en la ciudad estaban, los cuales, cuando habian de salir a pelear se armaban delante de sus señoras, y ellas alguna vez se llegaban a dalles las armas, y al partir decíanles alguna palabra que los enamoraba, y les abria las entrañas para no saber sino morir o ganar honra; y así despues al pelear eran más que hombres, porque sabian que ellas los estaban mirando desde las almenas, y parecíanles que, cualquier cosa que hiciesen señalada, no podia allí perderse, sino que todo habia de ser agradecido y alabado por ellas, y éste era el mayor galardón que ellos pudiesen alcanzar de sus trabajos y peligros. Dicen tambien muchos que las damas fueron en parte gran causa de las vitorias del rey don Hernando y reina doña Isabel contra el Rey de Granada; porque las más veces, cuando el ejército de los españoles iba a buscar los enemigos, la Reina iba allí con todas sus damas, y los galanes con ellas, hablándoles en sus amores hasta que llegaban a vista de los moros; despues, despidiéndose cada uno de su dama, en presencia dellas iban a las escaramuzas, con aquella lozanía y ferocidad que les daba el amor y el deseo de hacer conocer a sus señoras que eran amadas y servidas de hombres valerosos y esforzados; y así muchas veces hubo caballeros españoles que con muy poco número de gente desbarataron y mataron gran multitud de moros. ¿Esto a quién se ha de agradecer sino a las damas, que con ser hermosas, dulces y de gran punto, imprimian maravillosos efectos en sus servidores? Por esto yo verdaderamente no alcanzo, señor Gaspar, cuál engaño o cuál diablo os haya traído a decir mal de mujeres. ¿No veis vos que de todos los ejercicios alegres y cortesanos que dan lustre al mundo, la principal causa

son las mujeres? ¿Quién trabaja en saber danzar y bailar con gracia sino por ellas? ¿Quién se da a tañer y cantar bien sino por contentallas? ¿Quién compone buenos versos, a lo ménos en lengua vulgar, sino por declarar aquellos sentimientos que los enamorados padecen por causa dellas? Acordaos de cuantas cosas maravillosamente escritas en la poesía careceríamos agora en la lengua griega y en la latina, si las mujeres no hubieran sido tenidas en mucho por los poetas. Pero dejando todos los otros, ¿qué mayor pérdida pudiera pensarse que fuera la del Petrarca, el cual ha escrito tan divinamente como veis en esta nuestra lengua sus amores, si hubiera puesto todo su ingenio solamente en las cosas latinas, así como está claro que lo hiciera, si el amor de madama Laura no se lo estorbára? No me quiero ocupar en nombraros los claros entendimientos que hay ahora en muchas partes, y hartos dellos aquí presentes, que cada día escriben y echan en el mundo obras maravillosas, tomando por sujeto la hermosura y valor de las mujeres. Acordaos de Salomon, que queriendo escribir cubiertamente cosas altísimas y divinas, fingió, por ascondellas debajo de un hermoso velo, un blando y ardiente diálogo de un enamorado con su amiga, pareciéndole que no se podía hallar aquí entre nosotros semejanza más conforme a las cosas divinas, que el amor de un singular hombre con una singular mujer; y, así escribiendo desta manera, nos quiso dar un cierto aire o un olor de aquella divinidad que él por ciencia y por gracia conocia mejor que otro; por esto, señor Gaspar, si vos quisiérades, bien escusado fuera disputar esta materia, a lo ménos con tantas palabras; y aún habeis hecho otro mal, que con vuestro tanto porfiar contra la verdad, habeis atajado la plática que aquí se tenía, de cuál ha de ser una dama para ser

perfeta; y hubiéranse dicho, sino por vos, mil otras cosas buenas acerca desto.

Creo yo por cierto, respondió Gaspar Pallavicino, que sobre esa materia ya no se puede más decir; y si a vos os parece que el señor manífico Julian áun no haya dado a su dama todas las buenas calidades que en ella pueden caber, sabé que no ha sido por falta dél, sino de quien ha hecho que no hubiese más virtudes en el mundo, porque él todas las que hay le ha dado.

CAPÍTULO V

En el cual, concluyendo micer César en los ejemplos de illustres mujeres, torna el manífico Julián a proseguir su plática en las calidades de la Dama, y dice cómo se ha de haber con el galán que la sigue de amores, y muéstrale a saber amar.

LA Duquesa riendo dijo a Gaspar Pallavicino. Ahora callá, que áun el señor Manífico hallará alguna otra cosa buena que dalle.

En verdad, señora, respondió el Manífico, yo pienso que le he dado ya hartas; y quanto por mí, yo me contento bien desta Dama, así como ella está agora; y si estos señores quieren otra mejor, déjenme a mi ésta.

Entónces micer Federico, viendo que todos callaban, dijo. Siquiera por haceros decir más, quiero agora, señor Manífico, preguntaros una cosa cerca de lo que habeis querido que sea el principal oficio de la perfeta Dama, y es ésta, que yo deseo saber cómo ella deba regirse en una particularidad, que, a mi parecer, hace mucho al caso; que aunque en las grandes cosas que vos en ella habeis puesto se encierran entendimiento, saber, juicio, desembarazo en la conversación, buena crianza, y otras muchas calidades, con las cuales ella podria muy bien saber estar y conversar con quien quiera, y en cualquier caso, pienso que de ninguna cosa tenga tanta necesidad

como de saber tratar con los que anduvieren con ella de amores; porque todo buen enamorado, demás de trabajar en tener, por alcanzar el amor de su dama, todas aquellas gentilezas y virtudes que hemos dado al cortesano, tiene tambien por muy principal cosa para este efeto, y así procura de alcanzalla, hablar bien. Y no sólo quiere alcanzar esto para descansar de sus angustias con su amiga, más áun por dejalla satisfecha, hablándole de tal manera que ella crea, y tenga por cierto, que cuanto él le dice, es verdad. Y desto se sigue quedar ella contenta de sí misma, pareciéndole que el amor deste servidor suyo muestra ser ella mujer para ser amada, y que su hermosura y su arte y todas sus cosas son tales que obligan y fuerzan a todos a servilla. Por eso yo querria saber esta señora, cuando su servidor llegáre a hablalle, con qué seso y manera se ha de haber con él; y cómo ha de responder al verdadero enamorado, y cómo al fingido; y si debe disimular o entenderse luego, o si debe acudir al amor que este su servidor le tiene, o desdeñalle, y, en fin, deseo que me digais cómo debe gobernarse en todo esto.

Dijo el manífico Julián entónces. Primero sería menester mostrar a esta Dama cómo y en qué pudiese conocer los enamorados fingidos entre los verdaderos; después, sabido esto, pienso, quanto a lo del acudir al amor de quien la sirve, que en eso la regla cierta ha de ser la misma voluntad della, con la cual se ha de guiar, y no con la ajena, prosupuesto que sea esta dama mujer de buen juicio y de buen punto.

Mostralde, pues, dijo micer Federico, cuáles sean las más ciertas señales para conocer el amor fingido y el verdadero, y con qué se deba ella contentar para quedar bien certificada del amor que su servidor muestra.

Respondió riendo el Manífico. Yo eso no lo sé, porque hoy en día los hombres son tan tramposos y andan tan doblados, que alcanzan mil artes para mostrar falsamente lo que no tienen en el corazón, y alguna vez lloran cuando han buena gana de reír. Por eso sería necesario enviarlos a la Insula firme, porque allí se probasen debajo del arco de los leales amadores. Mas porque esta mi Dama, de la cual yo he de tener especial cuidado por ser mi hechura, no tropiece en algunos yerros en que yo he visto caer muchas, dóile por consejo que no crea luego livianamente a los que le dijeron que la aman, ni lo haga como algunas que no solamente no muestran no entender a quien les dice amores, aunque los diga cubiertamente, mas al primer remoque luego lo admiten todo por requiebro, y responden dulzuras, o si no hacen esto, danse a hacer misterios, o escandalízanse, o desechan de manera las palabras que oyen, que más aína es todo esto ser ganchosas y recoger bien, que recogerse; así que el arte que yo quiero que tenga esta mi Dama, con quien le dijere amores, ha de ser mostrar con una buena presuncion que tiene por cosa liviana lo que él le dice, y, en fin, no ha de dar a entender luego que cree ser amada. Y si este caballero que presumiere de servilla llegáre a hablalle, como lo hacen muchos, con una soberbia grosera, sin tenelle todo el acatamiento que fuere razón, secarse ha de manera con él, o decille ha brevemente tales palabras, que él se tenga por entendido, y otro día, por necio que sea, no lo sea tanto que llegue a hablalle desacatadamente. Pero si éste que la sirviere fuere discreto y le habláre con buena crianza y mansamente, y aún los amores que le dijere no fueren muy descubiertos, y en fin si fuere tan hombre de bien que traiga con ella toda el arte que traería en tal caso nuestro Cortesa-

no, muestre entónces no entendelle, y las palabras que él le dijere échelas a otra cosa, procurando siempre con el juicio y templanza y arte que hemos dicho de sacalle de aquello. Y si los términos fueren tales que ella no pueda disimular, tomallo ha como burlando, o con una buena llaneza decille ha cuerdamente algunas palabras, de las cuales él ni pueda quedar desabrido, ni tampoco con asidero para quedar muy confiado. Y si él se pusiere en loalla, esté ella de manera en ello que ni lo recoja, ni tampoco lo deseche, sino que algunas veces parezca que lo disimula, y otras que lo toma llanamente. Si ella así lo hiciere, ternánla todos por avisada y cuerda, y no pasará peligro de ser engañada. Ésta es el arte que, a mi parecer, ha de tener la perfeta Dama con quien se le llegáre a decille amores.

Dijo entónces micer Federico. Vos, señor Manífico, hablais en esto de manera, como si fuese necesario que todos los amores fuesen fingidos, y que en este caso los hombres no quisiesen sino engañar. Si ello así fuese, yo ternia vuestros consejos por buenos; pero si este caballero que llega a hablar a su dama está verdaderamente enamorado, y siente aquella viva pasion que tanto suele afligir los corazones humanos, ¿no considerais vos en cuánto trabajo y miseria le echais agora, queriendo que jamas ella le crea cosa de cuantas él le dice? Pues cómo, ¿las maldiciones que él se echa, las lágrimas y tantas otras señales de amor, no es razon que puedan algo? Catá, señor Manífico, que quizá no es bien que, demas de las crueldades que las mujeres naturalmente hacen, vos agora de nuevo les mostreis otras.

Yo hablo, respondió el Manífico, no de quien ama, sino de quien dice amores; en lo cual, los que lo hacen sólo por una costumbre de gala, siempre andan buscando

que no les falte que decir; y así nunca callan. Mas los verdaderos enamorados, como tienen el corazón caliente, así tienen la lengua fría *con hablar roto e súbito silencio*. Y así por ventura no sería muy gran sinrazón decir que el que mucho ama habla poco; pero, en fin, no se puede en esto dar regla cierta por la diversidad de las costumbres de los hombres, ni yo en ello sabría decir, sino que la Dama debe estar recatada en sí; y acordarse siempre que con mucho menos peligro pueden los hombres mostrar que están enamorados, que no las mujeres.

Atravesó en esto Gaspar Pallavicino, diciendo. Decíme, señor Manífico, ¿no os parecería a vos bien que esa vuestra tan ecelente Dama amase a lo ménos cuando verdaderamente se conociese ser amada? Considerando que si a nuestro Cortesano le fuese mal con ella, está en la mano disgustarse luego, y dejar de servilla, y desta manera perdería él muchas cosas buenas, las cuales tenía todas con gran abundancia amándola; y entre las otras faltalle ya una muy sustancial, y sería aquella sojuzción y acatamiento con que acatan y casi adoran los enamorados a sus damas.

Eso que habeis preguntado, respondió el Manífico, no lo ha de hacer ella por consejo, ni se ha de tratar esa materia de amores con argumentos, sino que la que cayera caya, y la otra que se esté. Cosa que trae consigo una pasión tan grande como es amar, no se puede ordenar ni medir en los hombres ni en las mujeres, acaecimientos son o dolencias que es cosa difícil prevenirlas, y casi imposible curallas. Séos bien decir, si esto se ha de hablar por rigor de derecho y hemos de andar aquí en dotrinas y filosofías estrechas, que ese amar, como vos lo entendeis que sea, quizá no sería lícito sino a las que están por casar; porque, cuando el amor no ha de parar

en casamiento, es forzado que la mujer tenga dél el es-
erúpulo que se suele tener de las cosas defendidas, y
ponga en algún peligro la fama que tanto le importa.

Respondió a esto riendo micer Federico. Esa vuestra
opinion, señor Manífico, me parece muy estrecha; y an-
tójaseme que la debeis de haber aprendido de algun frai-
le predicador, de los que suelen reprehender mucho las
mujeres que se enamoran de hombres seglares, y esto
porque querrian que todas se guardasen para ellos.
Y ciertamente esa ley que dais a las casadas es algo
dura; porque muchas dellas se hallan poco amadas, y
muy maltratadas de sus maridos sin ninguna causa. Y por
cierto es muy gran maldad la dellos, que ningun empa-
cho tengan de hacelles a cada paso mil desabrimientos, o
con andar envueltos con otras mujeres, o con hacelles
cuantos pesares en el mundo pueden. Pues otras hay
muy bien libradas, que las casaron sus padres por fuerza
con hombres viejos, dolientes, asquerosos, que las hacen
vivir en perpétua desventura; y si éstas pudiesen desca-
sarse y apartarse de aquellos con quien tan mal se jun-
taron, y no lo hiciesen, no sería quizá entónces de sufri-
lles que amasen sino a sus maridos; mas cuando, o por la
fortuna enemiga, o por la diversidad de las complicacio-
nes, o por otro cualquier accidente acaece que en la cama,
la cual deberia ser lugar de concordia y de amor, siem-
bra la maldita furia infernal del diablo su ponzoña, de la
cual despues nacen las rencillas, las sospechas y las espina-
s del triste aborrecimiento que atormentan aquellas
cuitadas almas atadas cruelmente con la recia cadena
que quebrar no se puede hasta la muerte, ¿por qué no
consentiréis vos que a esta mujer que está en tan duro es-
tado, le sea permitido buscar algún alivio para tantos tra-
bajos, y dar a otro aquello que del marido es no solamen-

te despreciado, mas áun aborrecido? No deajo de conocer que las que tienen los maridos conformes a su condicion y gusto, y están seguras que nõ andan ellos en otros amores, sino que solamente son ellas las más amadas, no deben ofendellos; pero las otras tampoco deben ofenderse a sí mismas, amando a quien no las ama.

A sí mismas se ofenden ellas, respondió el Manífico, amando sino a sus maridos. Mas con todo, prosupuesto que amar o dejar de amar no está siempre en nuestra mano, digo que si a la dama le acaeciére, o por ódio del marido, o por amor de quien la ama, enamorarse, no ha de dar otra cosa a su servidor sino el corazon, ni jamas le ha de hacer demostración ninguna tan cierta de querelle bien, que él lo tenga por determinado, sin quedar todavía con alguna desconfianza.

Dijo entónces micer Roberto de Bari. Yo, señor Manífico, apelo desta vuestra sentencia, y otro tanto pienso que harán muchos. Mas ya que acordais de mostrar esa grosería a las mujeres casadas, y quereis que sean unas labradoras, ¿quereis tambien por ventura que las no casadas sigan el mismo camino, y sean tan cortas que no acudan a sus servidores, a lo ménos en algo?

Si esta mi Dama, respondió el Manífico, no fuere casada, y hubiere de amar, quiero que ame a hombre con quien pueda casarse, y nõ terné por malo que a este tal le muestre alguna señal de amor. Y para esto quiero dalle una regla general con pocas palabras, porque pueda ella tambien con poca fatiga tenella en la memoria; y es que tenga licencia de hacer todas las demostraciones de amor a quien la amáre, salvo aquellas que podrian dar esperanza de cosas deshonestas. Y en esto es necesario tener gran tiento, porque es un error muy comun de las mujeres, en el cual caen infinitas, que porque todas de-

sean ser hermosas y tenidas por tales, y de su hermosura ningun testigo hay mayor que ser muy servidas, andan siempre haciendo grandes diligencias por alcanzar un gran número de servidores; y así danse a gancharse con todos; y a los unos con una desenvoltura desautorizada; a los otros con un regalo poco honesto; a otros con un mirar bien loco, y a otros con palabras y gestos desvergonzados; a todos, en fin, andan pescando, pareciéndoles que éstas son las finas damerías para matar de amores a todo el mundo, y es éste un muy gran engaño; porque los que muestran caer a semejantes lazos, no presuman ellas que estén enamorados, ni que las quieren bien; ántes quiero que sepan que las demostraciones que ellos entónces hacen no nacen de amor, sino solamente de una opinion que han concebido de las liviandades dellas, con la cual tienen por determinado que a ocho dias se las llevarán en las uñas. Por eso quiero que esta mi Dama no parezca ofrecerse con maneras deshonestas a quien anduviere por servilla, ni cure de andar echando redes a los ojos o al corazon de quien la miráre. Gane ella hombres de bien por servidores que la amen verdaderamente, y gánelos no con las artes que hemos dicho de las otras, sino con su gentileza, con sus buenas costumbres, con su autoridad, con su gracia, con un buen descuido, y, en fin, con decir y hacer lo que debe. Con estas cosas será ella amada y tenida en mucho, y honrilla han sus servidores en presencia, y mucho más en ausencia, y desto nacerá, que el que se viere ser amado de una dama de tan gran precio, fácilmente sufrirá sus trabajos; y aunque muchas veces, de muy apretado de sus fatigas, venga a romper y casi a desesperarse, todavía volverá sobre sí, y hallará que tiene razon de contentarse, o a lo ménos de sufrirse con cualquier

señal de amor que en ella vea, por pequeña que le parezca, y preciará más una blandura o un buen mirar desta, que ser totalmente señor de otra. Formada esta Dama del arte que hemos dicho, yo me contentaría, y no sabría añadirle otra cosa, sino que fuese amada de un tan ecelente Cortesano como el que ha sido formado por estos caballeros, y que ella tambien le amase, y desta manera alcanzarian entrambos su propia y entera perficion.

Habiendo el manífico Julian hasta aquí hablado, calló, y entónces Gaspar Pallavicino dijo sonriéndose. Agora ya no podria nadie quejarse que el señor Manífico no haya puesto esta Dama en su punto, haciéndola tan perfecta quanto es posible. Ya de hoy más yo digo que, si una tal dama como ésta se halláre, merecerá igualarse con el Cortesano.

Yo me obligo, respondió Emilia, a hallarla, siempre que vos hallardes al Cortesano.

Acudió a esto micer Roberto de Bari, diciendo. Sin ninguna duda esta Dama hecha por el señor Manífico es perfetísima; pero todavía me parece que si siguiese sus consejos en estas postreras condiciones, que tocan a lo de los amores, quedaria algo corta; porque, segun me parece, él quiere que ella, ni con las palabras, ni con el gesto, ni con los ademanes dé a su servidor ninguna esperanza, sino que le traiga del todo desesperado; y desta manera destruye todo el fundamento de los amores; porque no hay quien no sepa que nuestros deseos no se estienden a aquello de que no se tiene esperanza; y puesto que se hallen algunas mujeres que con la presunción de valer mucho, y de ser muy hermosas, responden desabridamente a sus servidores, y luégo a las primeras palabras los desesperen, todavía tras esto son más trata-

bles, y con un mirar blando y un buen gesto los recogen de manera que con la blandura de las obras o ademanes tiemplan en parte la dureza de las palabras; pero si esta dama quitáre con el gesto, con las palabras, y despues con las obras, de raíz toda la esperanza, por cierto creo yo que, si el Cortesano no fuere necio, no la amaré; así ella habrá de quedar por fuerza con esta imperficion de no tener quien ande enamorado della.

No quiero yo, dijo el Manífico, que esta mi Dama quite el esperanza de todas las cosas, sino solamente de aquellas que fueren deshonestas, las cuales, si el Cortesano fuere tan discreto y bien criado como estos señores le han hecho, no solamente no las esperará, mas ni áun las deseará; porque si la hermosura, las buenas costumbres, el entendimiento, la bondad, el saber, la buena crianza, y otras muchas virtuosas calidades que a esta Dama hemos dado, son las cosas que han de enamorar al Cortesano, el fin deste tal amor de necesidad ha de ser virtuoso. Y si tambien la nobleza de linaje, el esfuerzo y valor en las armas, el saber en las letras y en la música, el ser gentilhombre, el tener buena conversacion en las burlas y en las cosas de seso, y todo esto con gentil gracia, son los medios con los cuales el Cortesano ha de alcanzar el amor de su Dama, forzado es que el fin deste amor sea conforme a estos medios; demas desto, como en las mujeres se hallan diversas maneras de hermosuras, así tambien se hallan diversos gustos y deseos en los hombres, y por eso acaece que hay muchos que viendo una mujer grave, que andando y estando queda, y burlando, y haciendo otra qualquier cosa, trae siempre una autoridad consigo tal, que hace tener a raya a los que le están cerca, sin que se descuiden de tenelle continuo acatamiento, se espantan y no osan servilla, y se

dan, movidos de alguna esperanza, a andar con otras halagüeñas, blandas y tan regaladas, que en las palabras, en el gesto y en el mirar muestran un cierto caimiento, y una pasión quebrada de tal arte, que parece que fácilmente todo aquello se puede convertir en amor. Otros hay que de miedo de ser engañados aman a las que son claras y libres y sueltas, para hacer así en los enojos como en las palabras, y en todos sus movimientos, lo que primero se les antoja, con una cierta pureza con que descubren su condición y pensamientos. Hay también algunos tan valerosos y de tan alto punto, que sabiendo que el verdadero valor consiste en las cosas dificultosas, y que la buena victoria es vencer lo que a los otros parece no poder ser vencido, se inclinan a amar a las más recogidas y ásperas, y esto por dar a entender que ellos son hombres para ablandar un corazón de una mujer por recio que sea, y hacerle que ame; y así estos mismos, de muy confiados, porque piensan que nadie ha de ser para engañarlos, aman también de buena voluntad a unas mujeres que parecen disimuladas y falsas, o algunas otras calladas y poco risueñas y desdeñosas; hállese otros que no se precian de amar, sino a las que en el mirar y en el hablar, y en cuanto dicen y hacen, muestran toda la gentileza, todas las buenas costumbres, todo el saber y todas las gracias juntas, así como una flor compuesta de todas las excelencias del mundo. Siendo esto así, si esta mi Dama no alcanzare alguno de aquellos enamorados que se inclinan a amar, movidos con esperanza de cosas deshonestas, no quedará por esto sin servidores, porque alcanzará muchos de los otros que la amarán por lo que ella mereciere, y por la confianza del valor propio de sí mismos, con el cual ternán esperanza de ser amados della.

CAPÍTULO VI

En el cual, prosiguiendo el manífico Julian su plática en las calidades de la Dama, en especial en mostralle saber amar, se atraviesan hermosas disputas entre la señora Emilia y el único Aretino y otros cortesanos sobre los medios que ha de tener el Cortesano para irle bien de amores, y para saberse conservar en ellos.

CONTRADECIA a esto todavía micer Roberto, y traia ya tales razones por su parte, que pudiera quizá con ellas quedar la opinion del Manífico en algunas cosas destruida, y en otras algo moderada; pero no embargante esto, la Duquesa tuvo por bien de condenar a micer Roberto, confirmando el parecer del Manífico, y despues dixo. Por cierto nosotras tenemos mucha razon de quedar contentas del señor Manífico; porque ciertamente pienso que esta Dama por él agora hecha se puede igualar con el Cortesano, y áun llevalle ventaja, porque le ha mostrado a saber amar, lo cual no han hecho estos caballeros a su Cortesano.

Respondió entónces el único Aretino. Justa cosa es mostrar a las mujeres a amar, pues hay tan pocas que sepan hacello; y es lo bueno que casi todas tienen por tema que no vale nada la hermosura si no es acompañada de mucha aspereza y desagradecimiento contra los

que con mejores entrañas se pierden por ellas, y merecén con su valor y virtud ser pagados de sus fatigas; y tras esto, despreciando a los mejores, se entregan a los más ruines, que ni las quieren bien ni curan dellas; y así por quitar estos tales errores, fuera quizá bien mostralles primero a saber escoger los hombres que merecen ser amados, y despues a saber amallos, lo cual no es necesario que a nosotros nos sea mostrado, que harto por nuestros pecados lo sabemos, y yo puedo dello ser harto buen testigo, porque nunca aprendí a amar de nadie, sino de la hermosura y gran valor de una señora, la cual me lo ha mostrado tan bien, que nunca en mi mano ha sido no adoralla; así que yo en esto no he tenido necesidad de arte ni de maestro, y en lo mismo pienso yo que se hallan todos los que verdaderamente aman. Por eso más afna convernía mostrar al Cortesano a saber hacerse amar, que a saber amar.

Dijo entónces Emilia. Pues luégo, señor Unico, yo os pido por merced que trateis agora esa materia un poco.

Paréceme, respondió el Unico, que el verdadero camino para alcanzar el amor de las mujeres, sería servillas siempre, y tenellas contentas; pero esto de que ellas se sirven y se contentan, es necesario sabello dellas mismas, porque muchas veces tienen unos antojos tan estraños, que nosotros ni podemos acertallos ni áun imaginallos; y áun ellas ratos hay que no se entienden ni saben lo que se quieren. Por eso será bien que vos, señora, que sois mujer, y por el mismo caso es razon que sepáis la condición de las mujeres, y lo que les parece bien o mal, tomeis trabajo de declararnos esto, por hacer al mundo un tan gran provecho, como sería poder nosotros entenderos.

Respondióle entónces Emilia. Las mujeres os quieren

tanto, y están todas tan satisfechas de vos, que desto se puede sacar en limpio que debeis vos de saber todos los caminos por donde se alcanza el amor dellas; por eso es razon que vos agora nos mostreis esto.

Señora, respondió el Unico, yo no sabria dar a un enamorado ningun aviso tan provechoso como sería que procurase que vos tuviédes estrecha amistad con la dama con quien él anduviese de amores; porque si algunas buenas calidades ha habido en mí, segun a algunos ha parecido, y si éstas se han juntado con el más puro y verdadero amor que jamas en hombre se haya visto, todo ello no ha podido tanto para hacer que yo fuese amado, quanto vos para hacer que fuese aborrecido.

Guárdeme Dios, respondió Emilia, de pensar, quanto más de hacer, cosa por la cual vos hubiédes de ser aborrecido; porque demas que yo haria en esto lo que no debo, sería tenuta por mujer de poco seso en querer hacer lo que sería imposible. Pero yo, pues así lo queis, y me habeis traído por buenas razones que diga lo que, a mi parecer, quieren las mujeres, y lo de que más se contentan, decillo he. Y si en esto dijere algo contra vuestra opinion, dad la culpa a vos mismo; así que yo pienso que el que quiere que le amen, debe primeramente amar, y despues ser tal que merezca ser amado. Estas dos cosas bastan a un hombre para que le vaya bien de amores. Mas por responder a vuestras quejas, digo que aquí todos saben que la una cosa destas dos, la cual es ser hombre para ser amado, vos la alcanzais muy enteramente, la otra, que es amar tan puramente como decís, esa áun yo no me determino que la hayais alcanzado; y en esta misma duda pienso yo que están muchos de los que os conocen; porque ser vos tan aparejado para que os amen, ha causado que hayais sido amado de

muchas mujeres, a las cuales vos también habeis habido de acudir con amallas; y ya sabeis que los rios repartidos en muchas partes, vienen a traer poca agua; así tambien el amor que se reparte, viene a tener poca fuerza. Pero ese vuestro quejaros, afirmando que todas las mujeres que habeis servido os han hecho mil agravios, lo cual no se ha de creer, considerado lo que vos valeis, es una forma de traer vuestros amores secretos por encubrir vuestras prosperidades, y asegurar a las mujeres que os aman y se os han entregado, que no serán publicadas. Y así por esta via a ellas les place, y ellas os consienten que en lo público sintais andar con otras por poder mejor andar con ellas en lo secreto. De manera que si algunas mujeres de aquellas, a las cuales vos agora mostrais querer bien, no os creen tan fácilmente como vos querríades, hácenlo porque ya comienzan a caer en la cuenta, y no porque yo sea causa que ellas os quieran mal.

Dijo entónces el Unico. Yo no quiero ponerme en contradecir a vuestras palabras; porque, segun veo, mucho há que me cabe en dicha no ser creído de la verdad, como a vos ser creída de la mentira.

Ya por lo ménos, señor Unico, dijo Emilia, vos no podréis probarme que ameis así tan verdaderamente como querriades que nosotras lo pensásemos; porque, si así amásedes, conformaros yades con la que amais, y querriades lo que ella quiere, que ésta es la verdadera ley de amor. Pero ese vuestro tanto agraviaros señala algun engaño, como he dicho, o verdaderamente muestra que vos quereis lo que ella no quiere.

Antes yo quiero, dijo el Unico, lo que ella quiere, y ésta es manifiesta prueba que yo la amo; pero quéjome, porque ella no quiere lo que quiero yo, que es señal que

no me ama, según la ley que vos misma agora habeis alegado.

Quien comienza a amar, respondió Emilia, debe tambien comenzar a obedecer y a conformarse totalmente con la voluntad de la persona a quien ama, y con ella gobernar la suya, y hacer que sus deseos sean como esclavos, y que su misma alma sea como sierva, y que no piense jamas sino en transformarse, si posible fuese, en la cosa amada, y esto ha de tener por su mayor y más perfecta bienaventuranza; porque así lo hacen los que verdaderamente aman.

Mi mayor y más perfecta bienaventuranza, respondió el Unico, estaria en su punto, si una voluntad sola gobernase el alma de la que yo amo y la mia.

En vuestra mano está, respondió Emilia.

Micer Bernardo Bibiena entónces, atajando esta plática, dijo. Cierto está que quien de verdad ama, luego pone todos sus pensamientos en servir y contentar a su dama; mas porque los buenos servicios no son siempre conocidos, pienso que demas del servir y querer bien, sea necesario hacer todavía alguna otra demostracion de amar tan clara que vuestra amiga no pueda disimular el conocimiento que tuviere de ser amada; pero hase de hacer esto tan templadamente que nunca el acatamiento que se debe a ella se pierda. Y por eso vos, señora, que habeis comenzado a decirnos que el alma del enamorado ha de ser sierva de la mujer a quien ama, mostrános agora este secreto, el cual parece muy importante.

Rióse micer César, y dijo. Si el enamorado fuere tan comedido que tenga empacho de decir a su señora lo que la quiere, y lo que por ella padece, escribaselo.

Antes si fuere, dijo Emilia, tan discreto como conviene, primero que se lo diga estará seguro de ofendella.

Dijo entónces Gaspar Pallavicino. Todas las mujeres huelgan que les digan amores, aunque no entiendan de dar lo que les piden.

Vos os engañais, respondió el manífico Julián, y cierto yo no aconsejaria a nuestro Cortesano que se declarase con una dama sin que primero tuviese grandes indicios que habia de ser bien recebido.

Pues luégo ¿qué os parece, preguntó Gaspar Pallavicino, que habria de hacer el Cortesano én esto?

Dijo el Manífico. Si él quisiere escribir o decir amores, debe entrar en ello en tan buen tiempo y tan caute-losamente, que sus palabras sean muy disimuladas, y solamente sirvan a tentar el vado, y díganse con un velo, o por decillo así, con una neutralidad, que dejen a la dama a quien se dijeren camino para poder disimullas, o salida para echallas a otro sentimiento que no sea de amores. Y desta manera podrá él, viendo dificultad en ella, tornarse atrás sin perder nada, y mostrar haber dicho o escrito aquello a otro fin. Y tambien, haciéndolo asi, gozará de aquel buen tratamiento y familiaridad estrecha, que por amistad se alcanza con las damas, y se pierde luégo que se descubren amores. Y así aquellos que son muy prestos, y se aventuran con demasiada confianza a declararse, porfiando en ello, las mas veces se pierden y quedan entristecidos, y no sin causa, porque toda dama de precio se tiene por poco acatada, y casi recibe injuria de quien así livianamente se declara con ella por servidor, sin primero habella tratado y servido mucho por otra via. Por eso, segun mi opinion, el camino que el Cortesano ha de tener para descubrir su voluntad a su Dama ha de ser mostrársela más aína con un gesto, con un ademán, con un no sé qué, que con palabras; porque verdaderamente alguna vez mayor amor se descubre

en un suspiro que salga de las entrañas, en un buen acatamiento y en un miedo, que en mil palabras. Tras esto los ojos hacen mucho al caso, y son grandes solicitadores; son los diligentes y fieles mensajeros que a cada paso llevan fuertes mensajes de parte del corazón, y muchas veces muestran con mayor fuerza las pasiones del alma, que no hace la lengua ni las cartas, ni otros recaudos; y no solamente descubren los pensamientos, mas aún suelen encender amor en el corazón de la persona amada; porque aquellos vivos espíritus que salen por los ojos; por ser engendrados cerca del corazón, también cuando entran en los ojos donde son enderezados como saeta al blanco, naturalmente se van derechos al corazón, y hasta allí no paran, y allí se asientan como en su casa, y allí se mezclan con los otros que ya estaban dentro; y con aquella delgadísima natura de sangre que tienen consigo inficionan y dañan la sangre vecina al corazón, donde han llegado calentándola, y haciéndola semejante a sí, y de su misma calidad propia, y dispuesta a recibir la impresión de aquella imagen que consigo trujeron. Y así poco a poco, yendo y viniendo estos mensajeros por el camino que va de los ojos al corazón, y llevando la yesca y el pedrenal de la hermosura y de la gracia, encienden con el viento del deseo aquel fuego que tanto ardē, y nunca se acaba, porque siempre le traen mantenimiento de esperanza para mantenerle. Y así bien se puede decir que los ojos son la guía de los amores, en especial si son graciosos y dulces, negros y claros, o zarcos y alegres con buena risa, y así sabrosos y penetrantes en el mirar, como algunos, en los cuales parece que aquellas vías por donde salen los espíritus sean tan hondas, que casi por ellas se vea hasta el corazón. Así que los ojos están escondidos en salto, como en

EL CORTESANO

la guerra los guerreros en las celadas. Y si la forma de todo el cuerpo, siendo hermosa y bien compuesta, convida y trae a sí al que de léjos le mira, hasta hacelle llegar a estar cerca, luégo allí en estando junto, los ojos salen y arremeten, y hacen todo el hecho, dañando y trastornando cuanto topan; en especial cuando por derecho camino envian sus rayos a los ojos de la persona amada: en tiempo que ella tambien haga lo mismo; porque entónces los espíritus de entrambos se topan y se encuentran, y en este dulce encuentro el uno toma la calidad del otro, como acaece en un ojo enfermo, que mirando muy en hito a otro sano, le pega su enfermedad, Así que, a mi parecer, nuestro Cortesano puede por esta via declarar gran parte de su amor a su dama. Verdad es que los ojos, si el hombre no está sobre aviso, y no los gobierna con gran cautela, descubren muchas veces los secretos amores a quien el hombre ménos querria; porque por ellos casi visiblemente se traslucen aquellas vivas pasiones, las cuales queriendo el enamorado manifestallas solamente a su señora, acaécele hartas veces descubrellas a quien él más querria tenellas encubiertas. Por eso quien no está del todo desatinado, tiene en esto gran tiento, y considera el tiempo y el lugar; y, cuando es necesario, refrena el mirar muy ahincado, no embargante que sea un muy gran gusto estar mirando a quien bien quereis. Pero fácilmente el buen enamorado tiene en esto y en todo lo demas cuanta cautela a él le es posible para traer su juego bien secreto, porque sabe lo que le va en ello, y no deja de conocer cuán trabajosos y pesados sean los amores públicos.

Respondió a esto el conde Ludovico. Acontece alguna vez que andar enamorado públicamente no daña, ántes es una forma de disimular lo que más cumple que se di-

simule; porque en tal caso muchos piensan que unos amores traídos así sin cautela no deben ser criminales, y tras esto, negándolos, tiene el hombre libertad de estar y hablar en público con su dama sin escrúpulo, lo cual no acaece á los que andan secretos, porque hacen el negocio más sustancial, y parece que tengan mucha esperanza, y estén ya muy cerca de alcanzar alguna gran merced, la cual no querrian que se supiese; y demas desto, he visto yo mujer no querer ver a un hombre ni oílle, y despues venir a amalle entrañablemente, no por más, sino porque supo que muchos tenian por opinion que estaba ella tan enamorada dél quanto él della; y la causa desto creo yo que era, que aquel juicio universal de muchos, se le figuraba bastante prueba para hacelle creer que aquel tal hombre merecia que ella le amase; y la fama casi parecia que le llevaba de parte del enamorado los mensajes muchos más verdaderos y más ciertos que no fueran los que él mismo le pudiera enviar con cartas o con recaudos. Por esto la voz pública no solamente alguna vez no daña, mas aún aprovecha.

Los amores, respondió el Manífico, de los cuales la fama es la tercera, son harto peligrosos, y están muy cerca de hacer que sea el hombre mostrado con el dedo; y por eso el que hubiera de andar enamorado secretamente, es necesario que señale tener ménos fuego en su corazon del que tiene, y muestre contentarse de lo que le pareciere poco, y disimule sus deseos, sus celos, sus trabajos, y tambien sus placeres, y ria muchas veces con los ojos y con la boca, quando llore con el corazon y con las entrañas, y finja ser pródigo de lo que es muy escaso. Todas estas cosas son tan recias de hacer, que casi son imposibles; mas aún con todo esto, si nuestro Cortesano quisiese creerme, yo le pornia en ca-

mino para poder tener sus amores harto secretos.

Dijo entónces micer Bernardo. Cumple luégo que vos se lo mostreis; y paréceme que es ésta una de las cosas que hacen mucho al caso; porque demas que hay algunos enamorados que con ciertas señas ó con un ademan que no se puede decir qué es, se descubren tan cubiertamente a la persona que quieren, que casi sin hacer ellos ningun movimiento, ella les lee en los ojos y en el gesto lo que dentro en el corazon tienen; he visto yo alguna vez algun hombre hablar con su amiga largo rato en sus amores, y ser la plática de entrambos de tal suerte, que aunque los que estaban delante oían lo más, no podían entender ninguna particularidad, ni certificarse que aquello fuesen amores, y esto todo se hacia, porque tenían estos dos que hablaban estraño aviso y cuidado de todo lo que pasaba, y llevaban tal arte en esto, que sin mostrar estar recatados de los que los oían, decían bajo solamente las palabras que más importaban, y alto todas las otras que podían echarse a otros fines.

Dijo entónces micer Federico. El tratar tan particularmente estas consideraciones y artes que convienen para traer los amores secretos, sería derechamente hacer un proceso en infinito. Por eso yo querria que, dejando agora esto aparte, se tratase un poco de cómo un enamorado se ha de conservar en el amor de su dama; y esto me parece por agora más necesario.

Pienso yo, respondió el Manífico, que los medios que aprovechan para que os vaya bien de amores, esos mismos aprovechan para conservaros en ellos. Y todo esto consiste en contentar siempre a la dama a quien servis, sin jamas ofendella en nada; pero esto es tan difícil, que tambien lo sería dar regla cierta en ello, porque por infinitas vias el que no usa de mucho seso en este caso, hace

tales errores, que aunque parecen pequeños, enoja con ellos gravemente a su señora; y esto suele comunmente acaecer a los que están enamorados; y así hay algunos que todas las veces que pueden hablar a sus damas, se quejan tan reciamente, y piden cosas tan imposibles, que con esta importunidad son pesados y vienen a ser aborrecidos. Otros hay que en dándoles una punta de celos se dejan luégo ir tras esta pasión tan desenfrenadamente, que, sin tener respeto a nada, se dan a decir mil maldades de aquel de quien son celosos, y quieren tener á sus amigas tan apretadas, que luego riñen y se dan al diablo si las ven hablar con algun hombre, y áun no pueden sufrir que vuelvan los ojos a mirar á nadie; y esto hácese muchas veces por un solo antojo, que es más para ser reido que para ser remediado. Y estas tales formas de amar no solamente son desabridas hartas veces a la mujer que amais, mas áun suelen ser causa que ame ella a aquel de quien se piden los celos; porque, cuando el enamorado muestra tener miedo a su competidor, hácele gran honra, y subiendo a él baja a sí mismo, y da a entender que le tiene en mucho; y con esta opinion la mujer se vuelve tambien a tenelle en alguna cuenta, y a mirar sus cosas con mejores ojos que no solia, y de lance en lance se mueve á amalle, y no cree el mal que oye decir dél, porque piensa que todo se dice solamente para hacer que ella no le quiera bien; y así, miéntras más atajos le ponen delante, más le ama.

Yo confieso, dijo entónces micer César, que no soy tan cuerdo que pudiese dejar de decir mal de mi competidor, salvo si vos no me mostrádes alguna otra mejor arte para desbaratalle.

Respondió riendo el Manífico. Tenemos casi por refran, que cuando vemos á nuestro enemigo con el agua hasta

la cinta, le debemos dar la mano para sacalle; mas cuando le llega hasta la barba, debemos entónces con piés y manos dalle priesa para ahogalle luégo, y por eso hay algunos que lo hacen así con sus competidores; que cuando los ven andar un poco levantados, temporizan con ellos, y muéstranseles muy amigos, pero despues en viéndolos algo caídos, si se ofrece caso para poder acabar de derrocallos, no cesan jamas de usar contra ellos todas las artes y engaños que pueden, levantándoles mil rabias, o descubriendo dellos todas las tachas que les saben. Mas porque yo no querria que nuestro Cortesano se aprovechase contra nadie de engaños ni de ruines mañas, aconsejaríale que procurase de llevar a su competidor, no con artes ni con malicias, sino con ganar la voluntad de su dama, sirviéndola y amándola, y procurando de ser muy virtuoso, esforzado, discreto, y bien criado, y, en fin, trabajando de ser mejor que él, siendo en toda cosa avisado y cauteloso, y guardándose de algunas necedades, en las cuales he visto hartas veces caer muchos necios por diversas vias. Que ya yo conozco algunos, que hablando, y escribiendo a mujeres, usan unas ciertas palabras retóricas de Polifilo, y fúndanse en unas sotilezas tan pesadas, y en unos términos tan nuevos, que ellas se enfadan luégo, o se desconfían de sí mismas viendo que no los entienden, y tiénense por poco sábias, y por esta via tambien forzadamente se han de cargar con ellos, y de desear que se acabe aquella plática. Otros veo que no pensando decir nada, dicen algunas cosas que derechamente vienen a ser en perjuicio y daño de sí mismos. Como algunos, que todò su fin es amores; y así sin más propósito dirán estando hablando con dama: yo nunca hallé mujer que me quisiese bien; y no entienden estos perdidos que aquellas mujeres que entónces les oyen

esto, luégo juzgan que no puede aquello proceder de otra cosa, sino de ser ellos tan viles y bajos hombres, que ni merecen que les vaya bien de amores, ni áun el agua que beben; y con esta opinion luégo los tienen en tan poco, que por todos los bienes del mundo no se inclinarian a amallos, pareciéndoles que si los amasen, valdrian ellas harto ménos que las otras que no los amaron. Otros, pues, hay muy discretos, que por decir mal de algun competidor suyo, y desbaratalle de piés a cabeza, dicen en presencia de mujeres: hulano es el más dichoso del mundo, que ni es gentil hombre, ni sabio, ni esforzado, ni sabe decir o hacer ninguna cosa mejor que otro, y con todo esto no hay mujer qué no se pierda por él; y así éstos, mostrando tener invidia a la buena dicha deste, no embargante que este tal no muestre tener cosa por donde merezca ser amado, dan a entender con sus palabras que él debe tener algunas gracias secretas, con las cuales alcanza el amor de tantas mujeres; y así aquellas que oyen todo esto dél, muévense con esta opinion á amalle.

¶ [Rióse el Conde Ludovico, y dijo: yo os prometo que el cortesano avisado no querrá aprovecharse de semejantes mañas o necesidades en sus amores.

Ni áun de otra, respondió micer César Gonzaga, que en mis dias hizo un caballero, que no era de los ménos estimados, al cual yo, por honra de los hombres, no quiero nombrar agora.

Decí a lo ménos, dijo la Duquesa, qué necedad fué esa que hizo.

Dijo entónces micer César. Este caballero que yo digo alcanzó por su dicha o desdicha parecer tan bien a una gran señora, que vino ella a amalle tanto, que le envió a llamar que viniese secretamente a una ciudad donde ella

estaba; y así venido él a aquel lugar, despues de haber estado allí algunos dias, y hablado con esta señora por concierto, al cabo partiéndose della con muchas lágrimas y gemidos, señalando el estremo dolor que sentia de la partida, suplicóla que se acordase siempre dél, y dicho esto le dijo más, que por quanto él habia estado en un meson todos aquellos dias, y debia toda la costa al mesonero, le hiciese merced de mandar pagar aquello; que, pues él habia alli venido por mandado della, razon era que él no pagase el gasto. Todas aquellas señoras entónces comenzaron a reir mucho, y a decir que este tal no debiera de ser caballero, sino algun escudero muy ruin; y muchos de los que allí estaban sentian ya pena de la vergüenza y confusión que este perdido sentiria, si en algun tiempo Dios le mejorase el juicio de manera, que viniese a conocer una necedad tan grande como esta que hizo.

Volviéndose entónces Gaspar Pallavicino a micer César, díjole. Harto mejor fuera dejar de contar esto por honra de las mujeres, que dejar de nombrar ese caballero por honra de los hombres, que bien podeis agora vos ver cuán buen conocimiento debiera de tener esa que vos llamais gran señora, queriendo bien a un tan gran majadero. Y aún con razon se puede créer della que escogió a ese entre otros muchos servidores suyos por el más avisado, dejando y despreciando a alguno de quien él no merecia ser mozo.

Rióse el Conde Ludovico, y dijo. Por ventura ése debiera ser sabio en las otras cosas, y solamente necio en esto de los mesones. Pero desculpémosle agora un poco más. ¿No sabeis vos que por sobrado amor los hombres suelen muchas veces hacer algunas grandes necedades? Y si vos quereis aquí agora confesar la verdad, yo os

seguro que habeis hecho más de dos en este mundo, de muy enamorado.

Respondió riendo micer César. Dejemos agora esto, señor Conde, y no descubramos de aquí adelante todas nuestras tachas.

Conviene, dijo Gaspar Pallavicino, descubrillas por enmendallas. Y dicho esto, volviéndose al manífico Julian, díjole. Pues ya el Cortesano sabe ganar y conservar el amor de su dama, y llevar a su competidor, vos, señor, sois obligado a mostralle cómo ha de saber traer secretos unos amores.

Respondió el Manífico. Yo he hablado ya harto; por eso hacé que otro tome cargo de tratar ésa materia que agora habeis tocado.

Entónces micer Bernardo y todos los otros caballeros que allí estaban, comenzaron a cargar dél, y a rogalle muy ahincadamente que hablase en aquello un poco.

Dijo entónces el Manífico. Vosotros, señores, quereis probarme; yo sé muy bien que en cosa de amores todos sois grandes maestros; pero si todavía deseais saber más en ello, leed a Ovidio.

¿Y cómo, dijo micer Bernardo, tan necio pensais que he de ser yo, que si estuviere enamorado me rija por los preceptos de Ovidio, sabiendo que da por consejo, que debe el hombre, estando en presencia de su amiga, fingir que está borracho? Mirá qué gentil manera de ganar la voluntad a una dama. Y dice más, que es muy buen arte para decir amores disimuladamente, cuando el hombre está con su amiga en algun banquete, tomar vino con el dedo, y escribir en la mesa, en parte que ella lo vea, algo de lo que hace al caso.

Respondió a esto sonriéndose el Manífico. En aquel

tiempo debiera de usarse eso, y quizá se tenía por bueno.

Y aún por eso hemos de creer, dijo micer Bernardo, que los hombres de entónces, pues se pagaban de semejantes frialdades o desdones, no debían de saber tratar los amores tan bien como nosotros. Pero con todo no dejemos nuestro propósito de mostrar al Cortesano cómo ha de andar enamorado secretamente.

CAPÍTULO VII

En el cual concluye su plática en formar la Dama perfecta con las calidades que le convienen, y da algunos avisos para que el Cortesano sepa traer secretos sus amores.

PARÉCEME, dijo el Manífico, que para andar el hombre secreto en unos amores, se deben primeramente huir las causas que los publican, las cuales son muchas; pero la más principal pienso que sea el querer ser demasiadamente secreto, y no confiarse de ninguna persona en comunicalle los sentimientos o los tratos que se ofrecen a cada paso, para que entienda en el negocio, y ayude lo que pudiere; porque todo enamorado desea hacer saber sus fatigas a su señora, y, hallándose solo, sin amigo de quien se pueda aprovechar, esle forzado hacer muchas más demostraciones, y más fundadas, que si tuviese alguno que le ayudase a llevar la carga; y sin duda las muestras, que la parte principal hace, causan mayor sospecha que las que se hacen por tercera persona; y, de parte de ser nuestros corazones naturalmente curiosos y deseosos de saber hasta las cosas escusadas, a la hora que alguno comienza a sospechar algunos amores, pone tanta diligencia en seguir el rastro dellos, que no pára hasta saber la verdad, y, sabida, ningun empácho

tiene de descubrilla, ántes se precia y huelga mucho de publicalla. Esto no lo hará un amigo, el cual, demas de ayudar y aconsejar en las necesidades, suele muchas veces remediar los yerros del enamorado ciego, y siempre procura que todo ande muy secreto, y provee en muchas cosas, en las cuales no puede proveer la misma parte; y, demas destes provechos, es muy gran alivio decir vuestras congojas a quien las tome como por propias; y asimismo los placeres se hacen mayores comunicándose.

Dijo entónçes Gaspar Pallavicino. Otra cosa me parece que descubre más los amores que no esa que agora habeis dicho.

¿Cuál? Respondió el Manífico.

La vanidad, replicó Gaspar Pallavicino, y la locura y crueldad de las mujeres, las cuales, como vos mismo habeis dicho, mueren por alcanzar gran suma de servidores, y desean abrasallos todos en vivas llamas, y querrian, si posible fuese, despues de quemados y hechos ceniza, tornar a hacellos de nuevo, y a resuscitallos por volver a quemallos otra vez y otras ciento; y, aunque ellas tambien los amen, huélganse estrañamente con los tormentos dellos, porque entónçes cuando los ven andar tristes y afligidos, llamando a cada paso la muerte, tienen la suya sobre el hito, y creen cierto que son verdaderamente amadas, y que pueden con su hermosura hacer de los hombres lo que se les antoja, a los unos cargándolos de miseria, y a los otros hinchéndoles de bienaventuranza, dando a éstos vida, y a aquéllos muerte; y éste es el natural manjar de que ellas se mantienen; y son tan hambrientas dél, que, porque no les falte, de desconfiadas no osan acabar de contentar a sus servidores, ni tampoco los desesperan, sino que, por tenellos continuamente puestos entre el trabajo y el deseo, usan

una cierta gravedad compuesta de desabrimientos, con una poca de esperanza al cabo, y quieren que una palabra dellas, un buen mirar, un ademan blando sea tenido por gran bienaventuranza; y, porque todo el mundo las tenga por muy buenas, procuran que estas sus durezas o malas crianzas sean públicas, a fin que todos piensen que, pues ellas tratan tan mal a los hombres de bien, mucho peor tratarán a los ruines, y hartas veces tras esto, pensando con esta manera ser seguras que no serán tenidas por malas, duermen enteras noches con hombres bajísimos y apenas conocidos dellas mismas. De manera que por holgar y hartarse bien de la desventura y lágrimas de algun hombre estimado de todo el mundo y querido dellas, niegan a sí mismas aquellos placeres que podrian gozar con harta disculpa, gozándolos con personas de precio y que lo mereciesen. Y así son causa que el triste del enamorado, viéndose perdido, de pura desesperacion ha de hacer cosas por donde descubra, lo que con toda industria se debria tener secreto. Otras hay que con engaños trabajan de asir a muchos, y dalles a entender que los aman, y luégo, en habiéndoles puesto esta confianza, andan haciéndoles celos, tratando bien al uno en presencia del otro; y, cuando veen que aquel que ellas tienen por escogido entre todos, anda muy confiado, y tiene por cierto que le va bien por las señales que vee, entóncces con unas palabras que se pueden echar a muchos entendimientos, y con unos desprecios fingidos, le desatinan y le traen dudoso de su mismo estado, y, en fin, le quebrantan y le atormentan, mostrando que no curan dél, y que se inclinan más a otro. Luégo de aquí nacen iras, enemistades, infinitos escándalos y manifiestos daños; porque, quien ama, forzado es que en semejante caso de pura pasion muestre públicamente su congoja,

aunque por ello a su dama se le haya de recrecer vergüenza y infamia. Otras, no contentas de dar sólo este tormento de celos a sus servidores, despues que el enamorado ha dado todas las pruebas de sí de querer bien y de ser verdadero, y despues que ellas le han recibido blandamente; así en sana paz, sin ningun propósito, cuando ménos tal cosa se habia de esperar, comienzan a secarse con él, mostrando creer que ya anda tibio, y tras esto fingen creer que están sospechosas, que ya él no trae aquello con la verdad que solia, y así señalan que ellas tambien quieren dejar aquello del todo y apartarse. Entónces este cuitado, por sanar estos inconvenientes, de necesidad ha de volver a hacer todas aquellas demostraciones que hacia al principio, y así comienza a andar todo el dia dando vueltas por la calle donde está su amiga; y cuando ella sale, luégo él allí se halla presente, y acompaña la donde quiera que vaya, andando siempre mirándola, sin jamas volver los ojos a una parte ni a otra, y por aquí torna de nuevo a sus quejas y lloros acostumbrados, a su estar descontento, a sus juramentos, a sus blasfemias, y a todas aquellas desesperaciones y locuras, a que los tristes enamorados son traidos por estas crudas fieras que nunca se hartan de nuestra sangre. Estas tales demostraciones luégo son muy miradas y conocidas, y alguna vez harto más hondamente juzgadas por todos que por quien las causa; y así en muy breve tiempo son tan públicas, que no pueden dar un paso ni menear el ojo, que todo no sea notado por cien mil personas. Y de aquí acaesce que mucho ántes que estos amores se lleguen al cabo, ya todo el mundo lo piensa; porque ellas, cuando veen que el enamorado, de puro perdido y muerto con los desabrimientos dellas, determinadamente se quiere alzar y rompello todo, entónces

comienzan a mostrar querelle de corazon y a hacéle buenas obras, y, en fin, a echarse en sus manos; y así esto hácenlo estas señoras a tan buen tiempo, que el que ama, de estar ya totalmente desgustado y caído, con sus deseos quebrantados y muertos, apénas puede ya holgar con los placeres que tan tarde y con tanto mal recibe, ni tiene ya por qué agradecellos; de manera que todo va bien al revés de como habria de ir. Y, siendo ya por las demostraciones que hemos dicho estos amores harto descubiertos, descúbrense tambien a su tiempo todos los efetos y obras dellos; y así quedan ellas deshonoradas, y el enamorado se halla haber perdido el tiempo y los trabajos, y haberse acertado la vida, trabajando sin fruto y sin placer ninguno, pues alcanzó lo que deseaba, no cuando gustára tanto dello que hubiera sido bienaventurado; mas cuando ya no lo preciaba de tener el corazon tan caído, que no tenía ya sentimiento de placer ni de contentamiento, que se le ofreciese.

Otavian Fregoso entónces dijo riendo. Vos, señor Gaspar, os recogistes un rato, y dejastes de decir mal de mujeres, y agora, segun veo, habeis vuelto a mordellas, de tal manera que parece que habeis estado quedo para cobrar fuerzas, como los que queriendo arremeter muy recio, tornan dos pasos atras para salir con más furia. Y cierto no teneis razon de hacello así, porque ya debríades estar contento con lo que habeis dicho, y amansar vuestra ira.

Rióse desto Emilia, y volviéndose a la Duquesa, dijo e. ¿No mirais, señora, como vuestros adversarios ya comienzan a desbaratarse y a desavenirse?

No me pongais ese nombre, respondió Otavian Fregoso, que yo no soy vuestro adversario, ni quiero ser contra vosotras. Bien es verdad que quisiera que se escusá-

ra esta porfía, no porque me pesase ver la cosa ganada por parte de las mujeres, mas porque en este debate el señor Gaspar se ha arrojado a decir peor dellas de lo que debiera, y el señor Manífico y micer César a loallas por ventura un poco más de lo que fuera razon; y demas desto, por lo mucho que nos hemos detenido en esta plática, hanse dejado de tratar muchas otras cosas buenas que se pudieran haber dicho sobre el Cortesano.

Veis ahí, dijo Emilia, cómo vos mismos os condenais agora por nuestro adversario, pues confesais que quisierades que se escusára la disputa que ha pasado sobre las ventajas que nosotras llevamos a los hombres, y en esto mostrais bien claro que os pesa que haya sido formada esta tan escelente Dama, que agora acaba de formar el señor Manífico, y esto no porque por ello se haya desbaratado la plática sobre el Cortesano, porque ésta ya era acabada, y estos caballeros habian ya dicho en ella lo que sabian, y no creo yo que ni vos ni otro tenga más que decir sobre ella; sino que en forma sentis pena de oír decir tanto bien de mujeres, por la envidia que teneis a la honra dellas.

Todavía digo, respondió Otavian Fregoso, que demas de las cosas dichas sobre el Cortesano, se podrian decir muchas otras muy buenas, pero ya que todos os contentais con lo que se ha dicho, yo tambien me contento. Y por cierto, pues así lo quereis, yo no le mudaria en ninguna cosa, sino en hacelle algo más amigo de las mujeres que no es el señor Gaspar; pero tampoco querria que lo fuese tanto como algunos de los que aquí están.

Necesario es, dijo entónces la Duquesa, que se vea agora si vuestro ingenio es tan grande, que sea para poner mayor perficion al Cortesano que la que hasta agora se le ha puesto. Por eso tené por bien decirnos en esto

lo que se os entiende, porque de otra manera pensarémos que vos tampoco teneis más que decir sobre ello, sino que lo que agora habeis dicho ha sido solamente por apocar las excelencias desta nuestra Dama, pareciendos que es tan perfeta que se puede muy bien igualar con el Cortesano. Y así, pues, vos no podeis a ella abajalla, querríades dar a entender que él puede subir más alto de donde le han subido estos caballeros.

Rióse a esto Otavian y dijo. Las perficiones y las tachas que aquí se han puesto a las mujeres más de lo que convenia, nos dejan los oidos y los corazones tan llenos, que por agora no nos queda lugar desocupado donde pueda caber ninguna otra cosa; y demas desto, paréceme que debe ser muy tarde.

Pues luégo, dijo la Duquesa, quédese esto para mañana, y así ternémos más tiempo para todo, y esas perficiones y tachas, que, segun vos decis, han sido puestas a las mujeres por una parte y por la otra algo desmedidamente, entre tanto olvidallas han estos caballeros, y así quedarán más desocupados para recibir la verdad de lo que vos dijéredes. En acabando de decir esto la Duquesa levantóse, y dando licencia a todos que se fuesen, retrújose a su retraimiento, y los caballeros fuéronse a sus posadas.

EL CUARTO LIBRO DEL CORTESANO

DEL CONDE BALTASAR CASTELLON

A MICER ALFONSO ARIOSTO

Traducido del italiano en castellano

PRÓLOGO

Pensando yo de escribir las pláticas que en la cuarta noche, después de las contenidas en los precedentes libros, pasaron, siento entre otras imaginaciones mias un áspero pensamiento que me hiere el alma, y me representa a la memoria las miserias humanas y nuestras esperanzas engañosas, y me hace contemplar cómo la fortuna muchas veces en mitad del camino, y otras ya cerca del cabo, desbarata y rompe nuestros flacos y vanos propósitos, y alguna vez los hunde y los ahoga ántes que áun de léjos puedan ver el puerto. Y así acuérdome que poco tiempo despues que estas disputas pasaron, privó la muerte importuna la casa de nuestro Duque de tres muy escogidos hombres, al tiempo que más en edad y en esperanza de gran honra florescian. Destos fué el primero Gaspar Pallavicino, el cual siendo apretado de una recia enfermedad, y llegado por ella dos o tres veces muy al cabo, puesto que su ánimo fuese de tanta fuerza que por algun espacio de tiempo pudiese tener el alma en el cuerpo a pesar de la muerte, todavía en mitad de su mace-

dad hubo de morir; pérdida, por cierto, grande, no solamente para la casa de Urbino y para los amigos y parientes suyos, más aún para su patria y toda la Lombardia. No mucho después murió micer César Gonzaga, el cual a todos los que le conocían dejó extraño dolor de su muerte, porque produciendo la natura pocas veces tales hombres, pareció sin razón quitarnos éste tan presto. Que cierto nosotros perdimos a micer César en tiempo que él comenzaba a hacer verdad lo que dél todos hablan siempre esperado, y a ser tan estimado cuanto sus virtudes merecían, porque ya con muchos virtuosos trabajos había mostrado su valor, con el cual, demas de la nobleza del linaje, de las letras, de la habilidad en las armas, y de toda otra buena costumbre suya, estaba en tan buena opinion con todos, que por su bondad y entendimiento y esfuerzo y saber, ninguna cosa había tan grande, que dél no se pudiese esperar. Luégo tras él falleció micer Roberto de Bari, de la muerte del cual a todos nos pesó en grande estremo, y con mucha razon por cierto, porque ¿quién no había de dolerse de perder un mancebo bien criado y de buenas costumbres, gracioso y gentil hombre, y de una complision tan próspera y gallarda, cuanto en el mundo desearse pudiese? Así que estos tres, si vivieran, pienso yo que llegarán a término, que pudieran mostrar consigo mismos claramente a todos los que los conocieran cuán ecclente fuese la córte de Urbino, y cuán llena siempre de singulares hombres. Desto mismo dieron testimonio casi todos los otros que allí se criaron, porque verdaderamente nunca del caballo troyano salieron tantos señores y capitanes, cuantos desta casa caballeros en virtud escogidos, y en toda cosa estimados, han salido. Que, como sabeis, micer Federico Fregoso fué hecho arzobispo de Salernos; el Conde Ludovico, Obispo de Bayous; Otavian Fregoso, Du-

que de Génova; micer Bernardo Bibiena, Cardenal de santa María in Pórtico; micer Pietro Bembo, secretario del papa Leon; el manífico Julian, Duque de Nemours; y puesto en aquella grandeza, en que agora se halla, el señor Francisco María Róvere, prefeto de Roma, y después Duque de Urbino; aunque mayor gloria es de la casa donde él fué criado, haber sacado un tan escelente señor en toda calidad de virtud, como agora se vee, que habelle subido a poseer el ducado de Urbino; y de todo esto creo yo que no haya sido pequeña causa la compañía de hombres escogidos, con la cual continuamente tratando, siempre ha visto y oido singulares cosas. Así parésceme que esta casa, o sea esto a dicha o por su buena constelacion que le haya dado de mucho tiempo acá señores escelentísimos, toavía dura y hace los mismos efetos que solia, y por eso bien se puede tener esperanza que aun la fortuna ayudará tanto a estas obras virtuosas, que la prosperidad de esta casa y de su estado, no solamente no caerá, mas cada hora subirá más, y se porná en más alto grado, y ya desto se veen muchas señales, entre las cuales tengo yo por la más principal habernos dado nuestro Señor Dios tal señora como es la señora doña Leonor Gonzaga, duquesa nuevamente venida a este estado; porque si alguna vez en un solo cuerpo se vieron juntos saber, gracia, hermosura, grande entendimiento, gentil arte, llaneza y buena condicion y cualquier otra costumbre perfeta, en esta señora todas estas cosas así están atadas, que dellas es hecha casi una cadena, que estas calidades todas, y sus movimientos, compone juntamente y atavia. Sigamos, pues, adelante el proceso de nuestro Cortesano, con esperanza que después de nosotros no han de faltar muchos que tomen claros y honrados ejemplos de virtud de la presente corte de Urbino, así como agora nosotros los tomamos de lapasada.

CAPÍTULO PRIMERO

En el cual, tomando la mano en la plática Otavian Fregoso, dice cómo mediante las calidades que se le han dado al Cortesano, y con las demas que se le pueden dar, puede hacerse muy amado y privado el Príncipe, y así podrá inducille a las virtudes y reprimelle los vicios.

Así, que según Gaspar Pallavicino solía contarnos, pasó que el siguiente día, después de las razones contenidas en el precedente libro, Otavian Fregoso estuvo algo apartado, y por eso muchos creyeron que se hubiese retirado para mejor pensar lo que hubiese de decir; de manera que siendo a la hora acostumbrada, ya todos vueltos donde la Duquesa estaba, fué necesario mandar buscallo, y con todo esto le hubieron de esperar buen rato, porque nadie podía hallarle; y así muchos caballeros de los que allí estaban comenzaron a danzar con las damas y a ocuparse en muchos otros placeres, pensando que ya aquella noche no se trataría nada del Cortesano; y ya todos estaban puestos los unos en una cosa y los otros en otra, cuando Otavian Fregoso entró por la sala adelante, a tiempo que ya casi no le esperaban, y, viendo que micer César Gonzaga y Gaspar Pallavicino danzaban cada uno con su dama, después de hecha reverencia a la Duquesa, dijo riendo: yo espe-

raba que aún todavía esta noche el señor Gaspar Pallavicino había de decir mal de mujeres, mas viéndole agora danzar con una, pienso que ha hecho la paz con todas; y por cierto pláceme que el pleito, o por mejor hablar, la plática sobre el Cortesano haya parado en esto.

No ha parado en eso, repondió la Duquesa, porque yo no quiero tanto mal a los hombres cuanto vos a las mujeres, y por eso no quiero que al Cortesano se deje de dar toda la honra que se le debe, sino que acabe de tener todos aquellos ornamentos que vos ayer le prometistes; y, en diciendo esto, mandó que todos en acabando de danzar aquellos caballeros, se asentasen como solian las otras noches, y así fué hecho, y luégo estando cada uno muy atento, dijo Otavian Fregoso. Señora, pues al haber yo deseado muchas otras buenas calidades en el Cortesano, demas de las que aquí se le han dado, poneis nombre de haber yo prometido de decillas; yo las diré, no con pensamiento de decir todo lo que sobre esto decirse podría, sino solamente aquello que baste para quitar de vuestra opinion lo que ayer me dijistes, que pensábades que yo habia dicho que al Cortesano se pudieran todavía dar otras perficiones sin las que le habian sido dadas, no porque fuese así, sino porque haciendo falsamente creer que podia él subir más, quedase la Dama formada por el señor Manífico algo baja. Así que por esto, y por ser más tarde que no era estas otras noches cuando comenzábamos estas pláticas, seré breve. Digo, pues, siguiendo adelante lo que estos caballeros han tratado, lo cual en todo apruebo y confirmo, que de las cosas que nosotros llamamos buenas, hay algunas que puramente y por sí mismas son siempre buenas, como es la templanza, la fortaleza, la salud

EL CORTESANO

y todas aquellas virtudes que causan sosiego en nuestros corazones; otras hay que por diversos respetos, y por el fin donde se enderezan son buenas, como las leyes, la liberalidad, las riquezas, y otras desta calidad. Pienso yo luégo que el Cortesano perfeto de la manera que le han formado el señor conde Ludovico y el señor micer Federico, puede ser verdaderamente cosa buena y merecedora de ser loada, mas no puramente buena ni por sí, sino por respeto del fin al cual puede ser enderezado, porque en la verdad, si el Cortesano, con ser de buen linaje, gracioso, de buena conversacion, y hábil en tantos ejercicios cuantos aquí le han sido dados, no hiciese otro fruto sino el ser tal para sí mismo, no sería yo de opinion que sólo por alcanzar esta tal perficion de cortesanía, trabajase el hombre tanto quanto sería necesario para alcanzalla. Antes diria que muchas de aquellas calidades que, segun aquí se ha dicho, le convienen, como es danzar, conversar con damas, cantar y jugar, serian todas liviandades y vanidades puras, y en un hombre muy principal y de autoridad más aína para ser reprendidas que para ser alabadas; porque los atavíos y fiestas y burlas y otras semejantes cosas que son necesarias para tratar con damas, y para andar de amores con ellas, muchas veces aunque otros tengan lo contrario, no hacen sino enflaquecer nuestros corazones, y dañar la mocedad, echándola en una vida muelle y demasiadamente regalada; de donde nacen aquellos malaventurados efetos que traen el nombre italiano arastrado y cargado de infamia; y por estos medios adelante la cosa llega a término que se hallan ya muy pocos que osen, no digo morir, mas entrar en un peligro. Y ciertamente infinitas otras cosas se hallarian, las cuales, si se tratasen con industria y dili-

gencia, serian mucho más provechosas en la paz y en la guerra que esta tal cortesanía por sí sola. Mas resumiéndonos en esto, si las obras del Cortesano se enderezan al fin que es razon y que yo entiendo, en tal caso paréceme que no sólo no son dañosas ni vanas, mas son muy provechosas y dinas de loores infinitos. En fin luégo del perfeto Cortesano, del cual hasta agora no se ha tratado, creo yo que sea ganar, por medio de las calidades en él puestas, de tal manera la voluntad del príncipe a quien sirviere, que pueda decille la verdad, y de hecho se la diga en toda cosa, y le desengañe sin miedo ni peligro de selle cargado; y, conociendo la intincion del inclinarse a hacer alguna cosa mal hecha, que ose estorbársela y contradecírsela sin ningun empacho, y en esto que tenga tan gentil arte con la gracia alcanzada por sus buenas calidades, que pueda, sin alterar ni dejar llaga, curalle del mal que hubiere hecho, y atajalle que no haga más; y así desta manera, teniendo el Cortesano en sí la bondad que estos señores le han dado, acompañada con la viveza del ingenio y buena conversacion, y con la prudencia y noticia de letras y de tantas otras cosas, sabrá diestramente en cualquier cosa mostrar a su príncipe cuánta honra y provecho le venga a él y a los suyos de la justicia, de la liberalidad, de la grandeza del ánimo, de la beninidad, y de las otras virtudes que en un buen príncipe se requieren; y por el contrario, cuánta infamia y daño se recrezca de los vicios contrarios a todo esto. Por eso yo tengo por opinion, que como la música, las fiestas, las burlas y las otras cosas para holgar son casi la flor, así el inclinar y traer su príncipe al bien y apartalle del mal sea el verdadero fruto desta cortesanía, y porque la perficion de las buenas obras consiste principalmente en dos cosas, la una de las cua-

les es escoger un fin que sea realmente bueno, hácia el cual nuestra intincion se enderece, y la otra el saber hallar los rnedios oportunos para poder con ellos llegar a este buen fin trazado en nuestro pensamiento, hemos de decir que el que entiende de hacer que su príncipe no sea engañado por ninguno, ni escuche los lisonjeros ni los maldicientes y mentirosos, sino que tengà firme conocimiento del bien y del mal, y al uno ame y al otro aborrezca, tiene ojo a fin singularísimo. Los medios, pues, para llegar a él en la mano están, que serán las condiciones dadas al Cortesano por estos caballeros; y que este fin de que agora tratamos sea bueno y provechoso, vese claramente; porque de muchos errores que hoy en dia vemos en muchos de nuestros príncipes, los mayores son la inorancia y la loca presuncion que ellos tienen de sí mismos, y la raíz destos dos males es puramente la mentira, la cual con mucha razon es aborrecible a Dios y a los hombres, y más dañosa a los señores que ningun otro vicio; porque ellos comunmente carecen más de aquellos de que debrian tener más abundancia, lo cual es tener cabe sí quien les diga la verdad y les acuerde bien; que sus enemigos, pues no les tienen amor, claro está que no les dirán cosa que les aproveche; ántes holgarán de vellos envueltos en mil maldades y que nunca se enmienden; ni tampoco osarán, lo que harian de muy buena gana, decir mal dellos públicamente, de miedo de ser castigados; pues de los amigos pocos hay que sean tan privados, que tengan con ellos gran cabida, y esos pocos temen de reprendellos tan libremente, como reprenderian a sus iguales; y muchas veces por granjeallos y ganalles bien la voluntad, no curan sino de decilles cosas con que huelguen, aunque sean malas y deshonestas; de manera que de amigos

vienen a hacerse chocarreros; y, por sacar provecho desta estrecha familiaridad que con ellos tienen, síguenles siempre la vena en todo, y hácense abrir las puertas a poder de mentiras, de las cuales en el corazon del príncipe luégo nace la inorancia, no solamente de las cosas exteriores, más aún de sí mismo, y ésta se puede decir que es la mayor y la mas recia mentira de todas; porque el alma inorante engaña y miente a sí misma allá dentro en sus entrañas; y de aquí acaece que los señores, demas de nunca ser informados de la verdad en ninguna cosa, emborrachados de aquella muy suelta y mala libertad que trae consigo el señorear, y ahogados en los placeres con la abundancia de los deleites, se engañan tanto, y tienen el espíritu tan dañado de verse siempre obedecidos y casi adorados con tanto acatamiento y tantos loores, no solamente sin reprehension, mas aún sin contradicion ninguna, que desta tal inorancia saltan en una estrema confianza de sí mismos, de tal manera que vienen a no admitir consejo ni parecer de nadie; y porque creen que el saber reinar sea una muy fácil cosa, y que para alcanzalla no haya necesidad de arte ni de órden ni de regla, sino de sola fuerza, ponen su corazon y todos sus pensamientos en sostener el poder que alcanzan, pensando que la verdadera bienaventuranza sea que pueda el hombre todo lo que quiera. Y así hay algunos destes que se aborrecen con la razon y con la justicia, pareciéndoles que si quisiesen guardar estas dos cosas, serían ellas un freno y una atadura para hacelles tener a raya, y atalles tanto las manos, que por aquí podrian quizá venir a ser sujetos, y a perder parte del bien y contentamiento que ternian en ser señores, y que su forma de señorear no sería perfeta ni entera, si ellos estuviesen atados a obedecer a lo justo y honesto,

porque realmente creen que el que obedece no es verdaderamente señor; y así corriendo a gran priesa tras estos fundamentos, y dejándose llevar de su loca fantasía, llegan a toda la soberbia del mundo, y con un semblante puesto siempre en mandar riguroso y secutivo, y con unas costumbres estrechas y duras, con vestidos pomposos cargados de oro y de perlas, y con un estar casi siempre retraídos, y parecer pocas veces en público piensan alcanzar gran autoridad con todos y ser tenidos por dioses. Estos tales, a mi parecer, se podrían comparar a aquellos grandes bultos que el año pasado se hicieron en Roma, los cuales por defuera parecían unos grandes hombres encima de poderosos caballos, y de dentro estaban llenos de estopa y de borra; pero aún con todo, estos príncipes son mucho peores, porque aquellos bultos en su mismo peso se sostienen derechos; mas estos señores, por ser dentro mal contrapeseados, y puestos demasidamente sobre asientos desiguales, por su propia graveza se caen de suyo. Y aún hay peor, que de un error dan en otro, y de otro en otros mil, hasta dar en infinitos, porque su propia inorancia, llena de la falsa presuncion que tienen de no poder errar, y mezclada con el tener por determinado que su poder procede de su saber, les hace que ocupen locamente por vías justa o injustas grandes estados; pero si ellos se determinasen a saber y hacer lo que debiesen, así trabajarían por no reinar como agora trabajan por reinar, porque conocerían cuán desconcertada y dañosa cosa sea que los vasallos que han de ser gobernados sean más sabios que los príncipes que han de gobernar. Vemos por experiencia que la inorancia en la música o en el danzar o en el menear bien un caballo, no daña a nadie, y aún con todo esto el que

no es buen músico tiene empacho de cantar en presencia de otro, y asimismo de danzar o de cabalgar en un caballo quien no lo sabe hacer; pero de no saber gobernar a los pueblos nacen tantos males, muertes, destrucciones, abasamientos y sacos de casas y de lugares, que se puede bien decir que es la más mortal pestilencia que se halle sobre la tierra, y tras esto veréis algunos príncipes inorantísimos en el gobierno, ponerse sin ningun empacho en gobernar no sólo delante cinco o seis hombres, mas en presencia de todo el mundo; porque el estado dellos está puesto en un lugar tan alto, que cien mil ojos andan siempre rodeando sobre ellos, y por esto sus tachas, por pequeñas que sean, siempre son notadas. Y así se escribe que notaban en aquel gran Cimon Athenies que le sabía bien el vino, y en Scipion que dormía mucho, y en Lúculo que era amigo de hacer siempre banquetes. Mas pluguiese a Dios que los príncipes destes nuestros tiempos mezclasen sus vicios con tantas virtudes con cuantas los mezclaban aquellos antiguos, los cuales si alguna vez en algo erraban, no dejaban por eso de escuchar de muy buena voluntad las reprehensiones, ni de seguir los consejos de los que eran suficientes para reprehendellos y consejallos; ántes procuraban con toda diligencia de ordenar y asentar su vida debajo de reglas de hombres singulares, como Epaminundas debajo de las de Lisias Pitagórico. Agesilao de las de Xenofonte, Scipion de las de Panecio, y infinitos otros. Mas si agora llegase a alguno de nuestros príncipes un severo filósofo o otro cualquier hombre, el cual abiertamente y sin grandes rodeos quisiese ponelle delante los ojos aquel rostro áspero de la verdadera virtud, y instruille en buenas costumbres, y decille qué forma de vida hubiese de seguir, yo soy cierto que luégo a

la hora le echaria de sí como a una sierpe que viniese a mordelle, o por lo ménos haria burla dél como de una cosa perdida. Así que digo que, pues hoy en dia los príncipes están dañados con sus malas costumbres, y con la inorancia y falsa presuncion de sí mismos, pues tan difícil cosa es hacelles entender la verdad, y traerlos al camino de la virtud, y pues todos los que están cabe ellos, andan por ganalles la voluntad con mentiras y lisonjas y con maneras viciosas y bajas, puede fácilmente y debe el Cortesano, por medio de aquellas buenas calidades que le han dado el señor Conde Ludovico y mi-
cer Federico, alcanzar el amor de su príncipe, y ponelle tan buen gusto de sí, que llegue a privar tanto con él que pueda decille toda cosa sin peligro de selle pesado, y esto, si él fuere tal como aquí se ha dicho, ternálo hecho; y así podrá decille con buena arte la verdad en todo. Demas desto, podrá tambien poco a poco hacelle virtuoso, instruyéndole en la continencia, en la fortaleza, en la justicia, en la templanza, y haciéndole gustar la dulzura que hay debajo de aquella poca amargura, que luégo al principio se ofrece a quien contrasta a los vicios, los cuales siempre son dañosos, desabridos y cargados de deshonra y de infamia, así como las virtudes son provechosas, alegres y llenas de loor y de gloria. Y a éstas el Cortesano hale de levantar con el ejemplo de los capitanes más famosos, y de otros ecelentes hombres, a los cuales los antiguos solian hacer estatuas de bronce y de mármol, y algunas veces de oro, y ponellas en los lugares públicos, así por honrar a ellos como por mover a los otros que trabajasen con una honrada envidia de parecelles. Desta manera podrá él llevar a su príncipe por el áspero camino de la virtud, hinchiéndosele de frescuras y de sombras, y enramándole de flores

por templar el enojo de la trabajosa jornada a quien fuere de fuerzas flaco; y, agora con música, agora con armas y caballos, agora con versos y coplas, y agora con pláticas de amores y con todas aquellas cosas que estos señores han tratado, podrá tenelle continuamente el espíritu ocupado en honestos placeres, imprimiéndole siempre, como he dicho, a vueltas destes regalos alguna virtuosa costumbre, y engañándole con un provechoso engaño, como hacen los médicos mañosos, que muchas veces, queriendo dar a algun mochacho enfermo y delicado alguna medicina amarga, ponen primero por toda la orilla del vaso alguna cosa dulce; así que aprovechándose el Cortesano para este fin de esta tal arte, envolviendo el trabajo con el placer, en todo tiempo, en todo lugar y en todo ejercicio, saldrá con su intincion, y merecerá mucho mayor loor y premio por esto que por otra cualquiera buena obra que pudiese hacer al mundo; porque ningun bien hay que tan generalmente aproveche a todos como el muy buen príncipe, ni mal que tan generalmente dañe como el mal príncipe. Por eso no se hallaria pena bastante a castigar aquellos malvados cortesanos que usan de sus gracias y buenas habilidades para mal fin, y con éstas granjean a sus príncipes para dañarlos y desviallos del camino de la virtud y echallos derechamente en mitad de los vicios; porque de estos tales puédesse muy bien decir que no un vaso donde ha de beber uno, mas la fuente pública donde todo el pueblo ha de ir a coger agua, emponzoñan con mortal ponzoña.

CAPÍTULO II

En el cual prosiguiendo Otavian Fregoso su plática, cerca de las virtudes que son atavío del ánimo, declara la diferencia que hay entre la virtud de la temperancia y continencia, sobre lo cual pasan sutiles razones entre los cortesanos.

CALLABA ya Otavian Fregoso, y parecía que no quería hablar más, pero díjole Gaspar Pallavicino. A mí no me parece señor Otavian, que esa bondad y esa continencia y esas otras virtudes que vos quereis que el Cortesano muestre a su príncipe, se puedan aprender; mas pienso que a los hombres que las alcanzan hayan sido concedidas graciosamente por mano de Dios y de la natura; y para prueba desto es gran argumento ver que no hay nadie tan malo ni de tan perversa condicion en el mundo, ni tan determinadamente dado a los vicios, ni tan injusto, que siéndole preguntado, él, si por ventura tiene estas tachas, las confiese; ántes cada uno, por malvado que sea, huelga de ser tenido por justo y continente y bueno, lo cual no sería así, si estas virtudes se pudiesen aprender, porque no es vergüenza no saber aquello en que se requiere estudio, si no habeis estudiado en ello; mas dejar de tener aquello de que a natura debemos estar ennoblecidos, no solamente parece mal, pero

es deshonra. Y por eso comunmente todos solemos trabajar de encubrir las tachas naturales, así del alma como del cuerpo, segun se vee en los ciegos, cojos, tuertos y otros naturalmente tollidos o diformes, que, aunque estos defetos se puedan asentar a cuenta de la natura, todavía quien quiera recibe pena de vellos en sí, porque parece que, por testimonio de la misma natura, tenga el hombre aquella falta casi como por un sello o señal de su malicia. Confirma también esta mi opinion aquella fábula de Epimetheo, el cual supo tan mal repartir los dones naturales entre los hombres, que los dejó mucho más menesterosos de cualquiera cosa que a todos los otros animales. Y así, en enmienda desto, Prometeo robó aquel artificioso saber de Minerva y de Vulcano, con el cual los hombres ganaban la vida, mas no alcanzaban aquel otro saber que era necesario para que supiesen estar juntos en las ciudades, y hacer sus repúblicas, y vivir moralmente, porque éste estaba dentro en aquella gran fortaleza de Júpiter puesto a recaudo con grandes guardas, las cuales tanto espantaban a Prometeo, que no osaba llegarse a ellas; y por esto Júpiter, doliéndose del miserable estado de los hombres, los cuales, no pudiendo estar juntos por faltalles la virtud que compone y concierta el trato humano, andaban por los montes como salvajes, y eran a cada paso despedazados por las fieras, envió con Mercurio la Justicia y la Vergüenza al mundo, a fin que estas dos cosas ennobleciesen las ciudades, y atasen en concordia y pacífico ayuntamiento a los moradores dellas, y quiso que a todos fuesen dadas estas dos virtudes como las otras artes, en las cuales un solo maestro basta para muchos inorantes, como es la medicina. Mas no embar-

gante esto, fué su voluntad que fuesen en cada uno imprimidas, y estableció una ley, que todos los que quedasen sin justicia y sin vergüenza, fuesen, como pestilenciales a las ciudades, desterrados y muertos. Veis aquí, pues, señor Otavian, cómo estas virtudes son de Dios concedidas a los hombres, y no se aprenden, sino que son naturales.

Otavian Fregoso entónces casi riendo dijo. ¿Pues luégo quereis vos, señor Gaspar, que los hombres sean tan malaventurados y de un juicio tan perverso que, habiendo hallado con su industria arte para domar las bravas alimañas, lobos, osos y leones, y pudiendo con ella avezar a una ave de volar al albedrío del hombre, de tal manera que vuelva del campo y de su natural libertad voluntariamente a la jaula o al señuelo, no puedan o no quieran con la misma industria hallar artes para aprovechar a si mismos, y con diligencia y estudio hacerse mejores de lo que son? Esto, a mi parecer, sería como si los médicos estudiasen con gran cuidado de saber solamente sanar el mal que se hace en las uñas o en áhito de un niño que mama, y no curasen de aprender a saber dar remedios a una recia calentura, o a un dolor de costado, o otras enfermedades graves; ya veis esto, si así fuese, cuán gran locura sería. Así que, por concluir, yo pienso que las virtudes morales en nosotros no sean naturales totalmente, porque ninguna cosa se puede jamás acostumar a lo que naturalmente le es contraria, como lo vemos en una piedra, que aunque nunca hiciésemos sino echalla hácia arriba, jamas ella tiraria de suyo sino hácia abajo. Por eso, si en nosotros las virtudes fuesen tan naturales como es la graveza en la piedra, nunca sería posible acostumbrarnos al vicio. Tampoco

se ha de decir que son naturales los vicios totalmente, porque si lo fuesen no terniamos remedio para ser virtuosos, y sería gran injusticia y locura castigarnos por aquellos delitos, que, de ser naturales en nosotros, se hiciesen sin culpa nuestra; y errarian mucho las leyes, las cuales no dan pena a los malhechores, por el crimen pasado, porque no se puede hacer que lo hecho no sea hecho, pero tienen ojo a lo porvenir, a fin que quien ha errado no yerre mas, ni dé causa con su mal ejemplo a otro que yerre; de manera que con esto las leyes muestran tener por determinado que las virtudes se pueden aprender, y es así verdaderamente, porque nosotros somos nacidos dispuestos a recibirlas, y asimismo a recibir los vicios, y por eso de entrambas cosas se hace en nosotros un hábito por la costumbre; y así primero hacemos obras de virtud o de vicios, y despues somos virtuosos o viciosos. Lo contrario desto se halla en las cosas que son en nosotros naturales que primero podemos hacellas, y despues las hacemos como se vee en los sentidos, que primero podemos ver, oír y tocar; y despues vemos oímos y tocamos, aunque con todo muchas destas obras se mejoran con el arte. Y así los que quieren bien criar a los niños, no solamente les muestran letras, mas áun los avezan a que sepan tener buena manera y honesta en el comer y beber y hablar y andar con buena aire y con un ademan conforme a lo mejor; y por eso, como en las otras artes, así tambien en las virtudes es necesario tener maestro, el cual con su doctrina y buenos consejos, despierte y levante en nosotros aquellas virtudes morales, de las cuales tenemos la simiente enterrada en nuestras almas, y las granjee como buen labrador, y les abra el camino por donde nazcan, qui-

tándoles las espinas y las malas yerbas de los deseos, los cuales muchas veces tanto ocupan y ahogan nuestros corazones, que ni les dejan echar flor ni producir aquellos singulares frutos que debiéramos desear que naciesen solos en nosotros. Así que desta manera es natural en los hombres la justicia y la vergüenza, aunque vos digais que Júpiter nos las envió a todos acá en la tierra. Mas así como un cuerpo sin ojos, por recio y hábil que sea, si se mueve para algun lugar cierto a cada paso yerra el camino, así la raíz destas virtudes, potencialmente engendradas en nuestras almas, si no es ayudada con la dotrina y arte, pierde muchas veces su fuerza, y viene a ser tanto como nada; porque si se ha de reducir en su obra y hábito perfecto, no le basta, como ya se ha dicho, la natura sola, pero tiene necesidad de la costumbre artificiosa de la razon, para que purifique y aclare el alma, quitándole la tiniebla de inorancia, de la cual casi todos nuestros errores comunmente proceden; porque si el bien y el mal fuesen perfectamente conocidos, todos escogeriamos siempre el bien, y huiriamos el mal. Y así la virtud se puede casi decir que no es sino una prudencia y un saber elegir el bien, y el vicio que no es sino una imprudencia y una inorancia que nos hace juzgar falsamente las cosas, porque está claro, que nunca los hombres escogen el mal con opinion que es mal, pero engáñanse con una cierta semejanza de bien que les viene a los ojos.

Respondió entónçes Gaspar Pallavicino. Todavía hay muchos que conociendo claramente que hacen mal no dejan de hacelle, y esto porque tienen en más el deleite que entónçes tienen delante, que el castigo que temen que les ha de venir dello, como los ladrones, los homicidas y otros tales.

El verdadero placer, respondió Otavian, es siempre bueno, y el verdadero dolor malo, y en esto solemos comunmente engañarnos, que tomamos el placer falso por el verdadero, y el verdadero dolor por el falso, y así muchas veces corriendo tras los falsos placeres damos de ojos en los verdaderos desplaceres. Así que aquella arte que nos muestra a conocer esta verdad y esta mentira se puede a lo ménos aprender; y aquella virtud con la cual escogemos lo que verdaderamente es bien, no aquello que falsamente nos parece que lo es, se puede llamar verdadera ciencia, y más provechosa a la vida humana que otra ninguna, porque quita la inorancia, de la cual, como he dicho, proceden todos los males.

Yo no sé, señor Otavian, dijo entonces micer Pietro Bembo, cómo el señor Gaspar os deja pasar eso que agora decis, que de la inorancia procedan todos los males, y que no haya muchos hombres en el mundo, los cuales pecando, saben determinadamente que pecan, y no se engañan un solo punto en el verdadero placer ni en el verdadero dolor; porque cierto es que los incontinentes tienen el juicio sano, y veen lo que es razón, y saben que aquello a que los inclina el ruin deseo es malo, y por esto resisten y ponen la razon por defensa contra el apetito; y de aquí nace la pelea del deleite y del dolor contra el juicio hasta que, en fin, la razon vencida del apetito, que en aquel caso es más poderoso, se deja caer y se desampara, como nao que un largo rato se defiende de la tempestad fuerte; pero al cabo, combatida del furioso ímpetu de los vientos, perdidas las áncoras, quebrado el mastel, y rotas las velas, se deja llevar y correr su fortuna sin aprovecharse de gobernalle, ni de brújola, ni de otro ningun artificio; así que los incontinentes, a la hora que se dejan vencer, cometen sus errores, mas comét~~en~~

los con una cierta duda y remordimiento y casi contra su voluntad, lo cual no harian si no supiesen que es malo lo que hacen, ántes se dejarian ir sin ninguna contradiccion totalmente tras el deseo, y entónçes haciéndolo así no se llamarian, segun filosofía, incontinentes, sino intemperados, lo cual es mucho peor; y por esto la incontinencia se dice ser vicio diminuido, porque tiene en sí alguna parte de razon, y la continencia virtud imperfecta, porque participa de algun movimiento de sensualidad. Así que concluyendo en esto, paréceme que no se puede decir que los incontinentes pequen por inorancia; ni se ha de creer que ellos se engañen o que no yerren, sabiendo ciertamente que yerran.

Vuestro argumento, señor micer Pietro Bembo, respondió Otavian Fregoso, es harto bueno, aunque con todo, segun mi opinion, es mas aparente que verdadero, porque, puesto que los incontinentes yerran con esa duda y remordimiento que habeis dicho, y la razon en ellos contradiga al apetito, y les parezca que el mal sea mal, todavía no alcanzan perfeto conocimiento de lo que yerran, ni entienden la cosa tan enteramente como sería necesario, sino que tienen para conocer sus errores más afna una flaca opinion que cierta ciencia, y de aquí les viene consentir que la razon se deje vencer de la sensualidad. Que claro está que si ellos estuviesen con verdadera ciencia de sus yerros, nunca errarian, porque siempre aquello por lo cual el apetito vence a la razon es inorancia, y la verdadera ciencia es imposible ser en ningun tiempo vencida por el deseo, el cual nace del cuerpo, y no del alma; y si por la razon es bien corregido y gobernado, viene a hacerse virtud, y de otra manera hácese vicio; pero tanta fuerza tiene la razon, que se hace siempre obedecer de la sensualidad, y con maravi-

llosas maneras y vias penetra hasta donde conviene, con tal que la inorancia no tenga ocupado aquello que ella debria tener de su mano. Y así acaece que aunque los espíritus procedidos de la sangre, y tambien los nervios y los huesos, no tengan en sí razon, todavía, cuando en nosotros nace aquel movimiento del alma que nos mueve a hacer algo, parece que, casi como si el pensamiento pusiese las espuelas y requiriese el freno a los espíritus, todos los miembros se aperciben, los piés para andar, las manos para tomar o hacer lo que piensa el juicio; y esta obediencia que tiene el cuerpo al alma aún se conoce más manifiestamente en muchos que comen alguna vez algun manjar asqueroso y aborrecible para ellos no sabiendolo, pero por estar bien guisado, y porque les parece que es otra cosa, sábeles bien, y alábase mucho, despues sabiendo lo que era no solamente reciben pena y sienten asco en el alma de habelle comido, más aún el cuerpo sigue tanto en aquello el juicio, que vienen luégo a vomitar todo lo que comieron.

Seguia adelante Otavian Fregoso su habla, mas atajándole el manífico Julian, díjole. Paréceme, señor Otavian, que si yo bien me acuerdo dello, vos habeis dicho agora poco há que la continencia es virtud imperfeta, porque tiene en sí algun movimiento de parte de la sensualidad. Y por cierto mi opinion es que aquella virtud, la cual, habiendo discordia entre la razon y el apetito, pelea y hace quedar la razon vencedora, debe ser tenuta por más perfeta que no aquella que vence sin tener contradicion de deseo ni de otra ninguna aficion; porque en tal caso parece que el alma no se refrene del mal por virtud, sino que solamente deje de hacer aquello que es malo por no habello gana.

¿Cuál terniades vos, dijo Otavian Fregoso entónces,

por mejor capitán, o el que peleando abiertamente se pusiese a peligro de ser vencido, y venciese, o el que por pura virtud y seso atajase las fuerzas a sus enemigos, trayéndolos a estado que no pudiesen pelear, y así sin batalla y sin peligro los venciese?

El que aventurando ménos, respondió el Manífico, y con mayor seguridad venciese, merecería, sin duda, ser más loado, con tal que esta su vitoria tan cierta, no procediese de ser los enemigos flacos.

Bien habeis juzgado respondió Otavian, y así tambien yo os digo que la continencia es como un capitán que pelea valientemente, y, aunque los enemigos son recios y poderosos, no deja por eso de vencellos, pero no sin gran trabajo y peligro; mas la temperancia libre de toda turbacion y movimiento es semejante al otro capitán, que sin pelea y sin contradiccion vence y reina, y habiendo en el alma donde se halla, no solamente remediado en parte, mas del todo muerto el fuego de los deseos, como buen príncipe, cuando un pueblo echa a dos partes y pelean entre sí unos con otros, destruye los alborotadores enemigos familiares, y da el mando y el señorío entero a la razon, y no forzando a nuestro sentido, sino infundiéndonos sabrosamente una fuerte y firme persuasion que nos inclina al bien, hácenos estar sosegados y llenos de reposo, iguales en todo y bien medidos, y por donde quiera compuestos de una cierta concordia con nosotros mismos, que nos mejora y nos da lustre con una bonanza tan clara, que jamas nos añublamos ni nos turbamos, sino que somos hechos en todo conformes con la razon, y prestos y aparejados a enderezar hacia a ella todos nuestros movimientos, y seguilla adonde quiera que nos lleve sin resistencia ninguna, como los tiernos corderos que corren, están y van siempre cerca

de sus madres, y no se mueven más de cuanto las veen mover a ellas; así que esta virtud ya veis que es totalmente perfecta, y conviene principalmente a los príncipes, porque della nacen muchas otras.

No alcanzo yo, dijo entónces micer César Gonzaga, qué virtudes convenientes a un príncipe o un señor puedan nacer de esta temperancia, siendo ella la que quita, como vos decís, las aficiones y deseos y otros semejantes movimientos de nuestras almas, lo cual por ventura sería bueno en un fraile o ermitaño, pero no sé yo cómo pudiese sufrirse en un príncipe magnánimo, liberal y esforzado, que jamás, por cosa que se le ofreciese, tuviese ira y aborrecimiento o amor o desamor o deseo o otro sentimiento alguno, o como, no teniendo alguna cosa destas, pudiese alcanzar autoridad con los pueblos o con la gente de guerra.

Yo no digo, respondió Otavian, que la temperancia desarraigue totalmente de nosotros las aficiones o movimientos del alma, ni sería bien que lo hiciese, porque aún en estas aficiones hay algunas partes buenas, pero digo que aquello que en nuestros movimientos interiores es malo, y porfia a no dejarse domar de lo bueno, esta virtud lo sojuzga y lo trae hasta ponello debajo de los piés de la razón. Así que no es cosa necesaria ni razonable, por quitar las pasiones del alma que nos turban, arrancar de raíz los movimientos y alborotos della, porque esto sería como si por proveer que ningún hombre fuese borracho, se hiciese un pregon que nadie osase beber vino, o porque suele el hombre caer corriendo, se quitase el correr. Acordaos que el que concierta un caballo, no le hace que no corra o que no salte, pero avézale a que lo haga a buen tiempo, y cuando quiere el caballero que le trae. Desta

misma manera los movimientos de nuestra alma, moderados y corregidos por la temperancia, ayudan mucho a la virtud, como la ira que pone espuelas al esfuerzo, y el ódio contra los malos que fortifica a la justicia; y así hay otras muchas virtudes, ayudadas por estos nuestros movimientos, los cuales, si se quitasen del todo, dejarían la razón flaca y caída, de tal manera que se levantasen poco los brazos para hacer cosa que debiese, y quedaría ni más ni menos como un patron de una gran nave en mitad de una gran calma. Por esto no os maravilleis, señor micer César, que yo os haya dicho que de la temperancia procedan muchas otras virtudes, qué sé, que así lo hacen; y cuando todas están juntas, si el alma ayudada de la razón, llega a estar templada y concorde con el armonía dellas, fácilmente despues recibe aquel verdadero esfuerzo, con el cual se halla firme y constante en los peligros, y casi señora de todas las pasiones humanas; alcanza tambien la justicia pura vírgen y entera, amiga de la humildad y templanza, y del bien, y, en fin, reina de todas las otras virtudes, pues muestra de hacer lo que se debe hacer, y de huir lo que se debe huir; y es perfetísima, porque por ella se hacen las obras de las otras virtudes, y della recibe muy gran provecho el que la posee, no solamente para sí, mas aún para los otros; sin ésta, segun vulgarmente se dice, el mismo Júpiter no podría bien gobernar su reino; la grandeza del ánimo viene luégo tras éstas, y a todas las hace mayores, pero ella por sí sola no puede estar, porque quien no tiene otra virtud, tampoco puede tener gran ánimo; de todas éstas es despues guía la prudencia, la cual consiste en un cierto juicio de saber bien elegir; y en esta tal cadena, tan bien aventurada,

vienen atadas la liberalidad, la manificencia, el deseo de honra, la buena crianza, la mansedumbre, la dulzura, la buena conversacion, la afabilidad, y muchas otras virtudes que agora no hace al caso decillas todas. Y, si nuestro Cortesano hiciere lo que hemos dicho, hallará todas estas virtudes en el alma de su príncipe, de las cuales cada dia verá nacer tantas flores y frutas, cuantas no se hallan en los más deleitosos jardines del mundo; y viendo esto terná en sí un grandísimo contentamiento, acordándose que no ha dado a su príncipe lo que dan los locos y bajos hombres, que es oro y plata, vajillas ricas, grandes aderezos, y semejantes cosas, las cuales suelen faltar al que las da, y sobrar al que las recibe; mas que le ha dado aquella singular virtud, que quizá entre todas las cosas humanas es la mayor y la ménos comun, y ménos conocida y tratada entre los hombres; y ésta es la buena manera de gobernar y reinar como es razon, la cual sola bastaria hacer los hombres bienaventurados, y restituir otra vez al mundo aquella edad de oro, que fué, segun se escribe, en el tiempo en que reinó Saturno.

CAPÍTULO III

En el cual se platica cuál es mejor gobernacion, la de un buen rey o la de una buena república, y sobre esta disputa pasan entre los cortesanos sutiles razones y réplicas.

Aquí paró Otavian como por descansar un poco, y dijo Gaspar Pallavicino. ¿Cuál tenéis vos, señor Otavian, por mejor y más próspero señorío, y más bastante a tornar al mundo esa edad de oro de que vos agora hecistes mencion, el reino de un muy buen príncipe, o el gobierno de una muy buena república?

Yo querria siempre más, respondió Otavian, el reino de un buen príncipe, porque es señorear más conforme a la natura, y, si se sufre comparar las cosas pequeñas a las infinitas, más semejante al de Dios, el cual siendo uno y solo, gobierna a todo el mundo. Mas dejando esto, mirá que en lo que se hace con artificio humano, como en los ejércitos, en los grandes navíos, en los edificios, y en otras tales cosas, todo se refiere a uno solo que gobierna a su voluntad, y es el maestro; asimismo en nuestro cuerpo todos los miembros trabajan y se ejercitan, siguiendo lo que el corazon manda. Demas desto, parece cosa razonable que los pueblos sean gobernados por un príncipe, como lo son tambien muchos animales, a los

cuales la misma natura les muestra la obediencia como cosa muy saludable. Veis que los ciervos, las grullas y muchas otras aves, cuando pasan de una tierra a otra, siempre tienen un gobernador a quien siguen y obedecen; y las abejas, casi como si usasen de discurso de razon, tienen tanto acatamiento a su rey, que no le tienen mayor los más sujetos pueblos del mundo; y así todo esto es muy gran argumento para hacernos conocer que el señorío del príncipe tiene más conformidad con la natura que el de la república.

Pues a mí me parece, dijo entónces micer Pietro Bembo, que, siéndonos dada a todos la libertad igualmente de mano de Dios por un dón señalado y singular, no es razon que nos sea quitada, ni que uno alcance mayor parte della que otro, lo cual acaece debajo del gobierno de los príncipes, porque comunmente tienen a los vasallos apretados en estrecha sojucion; pero en las repúblicas bien fundadas y regidas no es así, ántes en ellas se guarda maravillosamente la libertad, y demas desto, en los consejos y juicios y consultas, más veces acaece engañarse el parecer de uno solo que el de muchos, porque una pasion de ira, o de ódio, o de codicia, más fácilmente entra en un solo hombre que en todo un pueblo, el cual es casi como una gran agua, que ménos aparejada es a dañarse que una pequeña, Digo más, que el ejemplo que habeis traído de los animales, no me parece que hace a nuestro propósito, porque los ciervos y las grullas y otras muchas aves, no siguen ni obedecen siempre a uno mismo, ántes mudan, dando agora el mando a uno y agora a otro, y desta manera viene la cosa a ser más aína forma de república que de reino, y esta se puede llamar verdadera y igual libertad, cuando los que algunas veces mandan obedecen despues tambien. La otra

comparacion, pues, de las abejas, tampoco me parece que cuadra, porque aquel rey suyo no es de la misma especie dellas; y así el que quisiere dar a los hombres un señor, que verdaderamente fuese merecedor de serlo, habria de hallarle de otra especie y natura más eceleñte que la humana, para que con razon los hombres hubiesen de obedecelle, así como acaece en las ovejas, o carneros, o bueyes, que no obedecen a un animal semejante a ellos, sino a un pastor que es hombre, y en su especie y natura les lleva gran ventaja. Por todas estas cosas pienso yo, señor Otavian, que el gobierno de una república debe ser tenido en más, y ha de ser más deseado que el de un rey.

Contra vuestra opinion, dijo entónçes Otavian, quiero yo, señor micer Pietro, traer una sola razon, y es ésta: que, como sabeis, tres maneras de gobernar bien a los pueblos se hallan solamente; la una es el reinar de un solo rey; la otra el gobierno de los buenos, que eran llamados por los antiguos optímates; y la otra el regimiento popular. Estas tres tienen sus tres rompimientos, o, por decillo así, sus tres vicios contrarios, en cada uno de los cuales, cada una tambien dellas incurre en dañándose. El reinar se daña y se convierte en su contrario cuando se hace tiranía; y el gobierno de los buenos, cuando se muda en el de pocos poderosos y no buenos; y el regimiento popular cuando es ocupado confusamente por todo el pueblo, el cual, mezclando y confundiendo los grados y las partes ordenadas y asentadas en cada oficio y estado, pone totalmente el gobierno en manos de la multitud confusa; de estas tres maneras de gobernar malas, claro está que la tiranía es la peor, segun se podria muy bien probar por muchas razones. Conclúyese luégo que de aquellas tres maneras de gobierno bue-

nas, la del reinar es la mejor, porque es contraria a la peor; que, como teneis bien entendido, los efectos de las causas contrarias son ellos tambien entre sí contrarios. Tras esto, respondiéndoo a lo que habeis dicho de la libertad, digo que la verdadera libertad no es vivir como el hombre quieto, sino segun las buenas leyes mandan, y no es ménos natural y provechoso y necesario el obedecer que el mandar, y algunas cosas hay nacidas, y así señaladas y ordenadas naturalmente para mandar, como otras para obedecer. Verdad es que hay dos formas de señorear; la una es rigurosa, y lleva a fuerza las cosas, como es la que usan con los esclavos sus dueños, y con ésta el alma manda al cuerpo; la otra es más blanda y sabrosa, como la que tratan los buenos príncipes por el camino de las leyes con sus pueblos; y con ésta manda la razon al apetito: la una y la otra destas dos son provechosas, porque el cuerpo es nacido naturalmente dispuesto a obedecer al alma, y asimismo el apetito a la razon. Hay tambien muchos hombres que no entienden sino en las cosas del cuerpo, y en ellas andan siempre envueltos, y para ellas solamente viven; y estos tales son tan diferentes de los virtuosos, cuanto lo es el cuerpo del alma; mas todavía por ser animales racionales participan algo de razon, pero no más de cuanto la conocen, no poseyéndola ni gozándola; así que éstos naturalmente son siervos, y mejor les es a ellos obedecer que mandar.

¿Qué manera, pues, dijo entónces Gaspar Pallavicino, se ha de tener en mandar a los discretos y virtuosos, pues que no son naturalmente siervos?

Respondió a esto Otavian. Hales el hombre de mandar con aquella manera, que arriba dijimos, blanda y sabrosa y propia para un buen rey y para una buena ciu-

dad, y hanse de dar a estos tales aquellos oficios y cargos que más les convienen, segun su habilidad, a fin que puedan ellos tambien mandar y gobernar a los que fueren ménos sabios que ellos. Pero en eso hase de mirar siempre que el principal gobierno cuelgue todo de un supremo príncipe. Y porque me acuerdo que habeis dicho que es más fácil cosa dañarse y hacerse malo un solo hombre que todo un pueblo, digo que tambien es más fácil cosa hallarse un hombre bueno y sabio que muchos. Y por cierto, razon es esperar que ha de ser bueno y sabio un rey viniendo de alta sangre, siendo inclinado a la virtud por su natural instinto y por la gloriosa memoria de sus antecesores, y siendo criado en buenas costumbres; y, si no fuere de otra especie más ecelente que la humana, segun nos habeis dicho, hablando en lo de las abejas, bastalle ha, siendo ayudado de la doctrina y crianza y arte del Cortesano hecho por estos señores, que sea perfectamente justo, continente, templado, animoso, sabio, liberal, manífico, buen cristiano, piadoso, y en fin, honrado gloriosamente y amado de los hombres y de Dios, con cuya gracia alcanzará aquella virtud alta y más que humana, que por los filósofos es llamada heroica, la qual le subirá más alto de lo que nuestra humanidad sufre, y le hará tan perfeto y maravilloso, poniéndole tan arriba de todo el mundo, que se pueda más aína llamar un medio Dios que un mortal hombre. Porque en la verdad Dios recibe gran deleite, y es protector de aquellos príncipes que siguen sus pisadas, y andan por parecelle, no con mostrarse muy poderosos y hacerse adorar de los hombres, sino con ser puramente buenos y llenos de saber, con el cual quieran y sepan hacer bien y ser sus ministros, distribuyendo para la salud y provecho de los hombres los bienes y las merce-

des que ellos dél reciben. Por eso, como en el cielo el sol y la luna y las otras estrellas muestran acá en el mundo, casi como en un espejo, una cierta semejanza de Dios; así en la tierra mucho más propria imágen de Dios son aquellos buenos príncipes que le aman y le temen, y muestran a los pueblos la clara luz de su justicia acompañada con la sombra de aquella alta razon y entendimiento divino; y Dios a estos tales da parte de la honestidad, igualdad, justicia y bondad suya, y de aquellos otros bienaventurados bienes que yo nombrar no sé, los cuales representan en el mundo un testigo de la divinidad harto más claro y cierto que la luz del sol, o el contino volver del cielo con la variedad de los cursos de las estrellas. Así que los pueblos son de Dios encomendados a los príncipes, los cuales deben tener gran cuidado siempre dellos por poder dar buena cuenta del cargo que les es dado, como la dan los buenos mayordomos a sus señores; y hanlos de amar, y tener todo su bien y mal por proprio, y procurar sobre todas las otras cosas el descanso y contentamiento dellos. Por eso debe el príncipe, no solamente ser bueno, más áun hacer buenos a los otros, como aquella forma cuadra que usan los albañís, la cual, no sólo en sí es derecha, igual y justa, mas endereza, iguala y hace justas todas las cosas que a ella se juntan; y en la verdad muy cierta señal es de ser el príncipe bueno ser sus vasallos buenos. Porque la vida del príncipe es ley y maestra de los pueblos, y necesario es que de las costumbres dél procedan las de todos los otros, y no conviene que el inorante enseñe, ni el desordenado que ordene, ni el caído que levante a otro; por eso, si el príncipe ha de hacer bien todas estas cosas, es menester primero que ponga gran estudio y diligencia en sabellas, y que despues forme dentro en sí y guarde

firmemente en toda cosa la ley de la razon, no escrita en papel ni en tablas de metal, sino imprimida en sus entrañas, a fin que le sea siempre, no solamente familiar, mas intrínseca y fija, y ande con él siempre, como cosa que es parte de su alma; porque dias y noches, en todo lugar y tiempo, le conseje y le hable dentro en su corazon, curándole de aquellas pasiones que suelen sentir los hombres disolutos; los cuales, de estar continuamente apretados por la una parte del pesado sueño de la inorancia, y por la otra del trabajo que reciben de sus perversos y ciegos deseos, están siempre desasosegados y combatidos de congojosas fatigas, como acaece alguna vez a los que duermen, estallo de estrañas y espantosas visiones. Cargando despues mayor poder al mal querer, ha de cargar de necesidad mayor pesadumbre, y cree que, cuando el príncipe puede lo que quiere, entónces es gran peligro que no quiera lo que no debe. Por eso bien dice Bias, que en los cargos se parecen luégo los hombres; porque, como en una cuba o en una tina, si se rezuma, mal se puede conocer, estando vacía, por dónde se sale, pero en hinchiéndola se vee luégo, así los corazones dañados y llenos de vicios pocas veces descubren sus tachas hasta que los hinchen de autoridad; porque luégo entónces en viéndose prósperos, no bastan a llevar el grave peso del poder que alcanzan, y así se caen y se quiebran, y quebrados vierten por todas partes la codicia, la soberbia, la ira, la vanidad y aquellas costumbres de tiranos que tienen dentro en sí; y así sin ninguna consideración maltratan a los buenos y sabios persiguiéndolos, y honran a los malos y locos favoreciéndolos, y no sufren que en las ciudades haya amistades ni compañías ni tratos entre los ciudadanos, ántes traen siempre sobre ellos grandes espías, y tienen cabe sí acu-

sadores y matadores para espantar a los pueblos y hacellos de flaco espíritu. Y ordinariamente siembran discordias entre ellos, porque no estén unidos, y así no tengan tantas fuerzas; y desta manera, procediendo de un mal en otro, hácese un proceso de infinitos daños y miserias para los cuitados de los vasallos, y muchas veces se sigue cruel muerte, o a lo ménos temor contino della a los mismos tiranos. Porque los buenos príncipes temen, no por sí, sino por sus pueblos. y los tiranos temen a sus mismos pueblos; y así cuanto mayores señores son, y más número de gente tienen debajo de su mando, tanta más temen y tienen más enemigos. ¿Qué vida pensáis vos que tenía, y cuántos sobresaltos sentiria Clearco, tirano de Ponto, cada vez que se paseaba por la ciudad, o salía al teatro, o iba a algun banquete, escribiéndose dél que dormía sólo en una cámara cerrado por dentro a gran recaudo? Pues ¿qué dirémos de Aristodemo Argivo? el cual habia hecho de su cama casi una prision, porque en su palacio tenía una pequeña cámara hecha con tal artificio, que estaba colgada en el aire, y tan alta, que era menester una muy larga escalera para subir a ella, y allí dormía con una manceba suya, la madre de la cual tenía cargo expreso de quitar cada noche el escalera y de tornarla a poner en la mañana. Muy contraria vida desta ha de ser en todo la del buen príncipe; conviene que sea libre y sin miedo, y tan aceta y cara a los suyos, quanto a ellos la propria, y ordenada de manera que sea en parte activa y en parte contemplativa, y esto no más de quanto convenga para el bien de los pueblos.

¿Cuál desas dos vidas, dijo entónces Gaspar Pallavicino, os parece a vos, señor Otavian, que haga más al caso para un príncipe?

Respondió Otavian riendo. Vos quizá debeis de pensar que yo presuma de ser aquel gran Cortesano que es obligado a saber tantas cosas, y a aprovecharse dellas para el fin que aquí he dicho; pues acordaos que estos caballeros le han formado con muchas calidades, que yo por cierto no las tengo. Por eso procuremos de hallarle, y hallado que sea, remetirme a él en eso y en todas las otras cosas que pertenecen a un buen príncipe.

Yo pienso, dijo entónçes Gaspar Pallavicino, que si de las calidades dadas al Cortesano vos faltan algunas, serán más aína la música y el danzar, y las otras de poca importancia, que aquellas que hacen al caso para criar bien a un príncipe.

No son, cierto, respondió Otavian, de poca importancia las que aprovechan para ganar la voluntad del príncipe, lo cual es necesario que haga, como hemos dicho, el Cortesano primero que se aventure a consajalle y reprehendelle y mostralle la virtud, la cual, segun pienso haber probado con mis razones, se puede muy bien aprender, y aprendida aprovecha tanto quanto daña la inorancia, de la cual nacen todos los pecados, y en especial aquella falsa presuncion que el hombre tiene de sí mismo. Por eso paréceme que basta ya lo que he dicho, y por ventura me he alargado más de lo que me obligaba lo que he prometido.

Dijo la Duquesa entónçes. Quanto mayor fuere vuestra paga que vuestra deuda, tanto mayor será vuestra cortesía y el cargo en que os quedáremos. Por eso no se os haga de mal responder a la pregunta del señor Gaspar Pallavicino; y pídos por merced que digais tambien todo lo que os parece, que vos mostraríades a vuestro príncipe, si él tuviese necesidad de aprender, y hacé cuenta agora que vos fuésedes ya tan su privado, que

pudiésedes decille libremente vuestro parecer en todo.

Rióse a esto Otavian Fregoso, y dijo. Si yo fuese agora muy gran privado de algun príncipe, que yo conozco, y presumiese de decille mi parecer en algo, yo os prometo que presto no lo sería, y demas desto, para mostrarle, sería necesario que yo primero aprendiese. Mas todavía, pues vos, señora, mandais que yo responda a lo que el señor Gaspar Pallavicino ha preguntado, soy contento de hacerlo, y así digo que mi opinion es que los príncipes deben tener fin a estas dos vidas, pero más a la contemplativa; porque ésta en ellos es partida en dos partes; la una de las cuales consiste en conocer y juzgar bien, y la otra en mandar justamente y por términos convenientes las cosas puestas en razon, y las que lícitamente se pueden mandar, y mandallas en su lugar y tiempo a los que con razon las hubieren de obedecer, y esto tocaba el Duque Federico, cuando decia que, el que sabía mandar, era siempre obedecido. El mandar, en fin, es siempre el principal oficio, pero, aunque parezca que a ellos no les quepa sino esto, deben todavía muchas veces ser presentes en ver poner por obra sus mandamientos, y aún segun la necesidad y el tiempo ayudar con sus manos en todo, y esto es parte de lo activo; pero el fin de la vida activa debe ser la contemplativa como el de la guerra es la paz, y el de los trabajos el reposo. Por eso conviene al buen príncipe poner sus pueblos en tan buenas costumbres, y tenellos tan corregidos con tales leyes y órden, que puedan vivir en sosiego sin peligro y con autoridad, gozando con honra del fin de todos sus negocios, que debe ser el descanso; porque muchas vecés se han hallado hartas repúblicas y príncipes que en guerra siempre alcanzaron gran poder, y florecieron mucho, pero luégo que tuvieron paz, se perdieron y que-

daron deslustrados, como hierro que en no sirviendo luégo se hinche de orin; y la causa de todo esto es no haber sido bien instruidos y acostumbrados en el vivir pacífico, ni saber gozar del bien del sosiego; y por cierto andar continuamente tratando la guerra, sin tener ojo a llegar a su fin, que es la paz, no es lícito; puesto que piensen algunos príncipes, que todo su principal intento ha de ser señorear y tener sujetos los pueblos comarcanos, y así ejercitan a los suyos en una fiera guerrería de robos, de matanzas y de semejantes cosas, y hacen mercedes a los que saben mejor tratar este oficio, al cual ellos llaman virtud; y de aquí nació aquella costumbre en los scytas, que el que no hubiese muerto a algun enemigo suyo, no pudiese en los convites públicos beber en la taza en que los otros bebían. En otras partes se usaba poner al rededor de cada sepultura tantas columnas, de aquellas que los griegos llaman obeliscos, cuantos enemigos habia muerto aquel que allí estaba enterrado; y todas estas cosas y otras tales se hacían, porque los hombres fuesen guerreros, a fin de que siempre anduviesen conquistando y sojuzgando provincias de una en otra, con intincion de sojuzgallas todas, lo cual fuera casi imposible, por ser cosa para nunca acabar, hasta que no hubiera más que sojuzgar en el mundo; y era tambien contrario a la ley de natura, la cual manda que no hagamos a otro lo que no querríamos que se hiciese a nosotros. Por eso deben los príncipes ejercitar sus pueblos en las cosas de la guerra, no por codicia de señorear, sino por defender a sí y a ellos de quien les quiera hacer sobras, o tambien por echar los tiranos, y por poder bien gobernar a los pueblos, no sufriendo que sean maltratados, o verdaderamente por quitar de libertad y poner debajo de servidumbre a los que sean naturalmente ta-

les, que merezcan ser hechos siervos; pero esto ha de ser con intencion de gobernallos bien, y de tenellos en paz y sosiego, despues de habellos sojuzgado; y este mi-mo fin han de tener las leyes y todo lo que está ordenado por la justicia, castigando a los malos, no por ódio, sino porque no sean malos ni embaracen el sosiego de los buenos; porque en verdad, es una cosa fuera de toda razon y dina de ser muy reprehendida, mostrarse los hombres en la guerra, la cual en sí es mala, valerosos y sabios, y en la paz, la cual es buena, mostrarse inorantes, y para tan poco que no sean para gozar del bien que les es concedido; así que como en la guerra deben los pueblos ocuparse en las virtudes útiles y necesarias para alcanzar dellas el fin, que es la paz, así en la paz por alcanzar su fin, que es el sosiego, deben ocuparse en las honestas, las cuales son el fin de las útiles. Desta manera los súbditos serán buenos, y el príncipe terná más a quien loar y hacer mercedes que a quien castigar, y el señorío será para el señor y para los vasallos próspero y bien aventurado, no riguroso ni áspero, como con el esclavo le usa su dueño, sino dulce y manso, como de buen padre a buen hijo.

Dijo entonces Gaspar Pallavicino. Por cierto yo holgaria mucho de saber cuáles sean esas virtudes útiles y nesarias en la guerra, y cuáles las honestas en la paz.

Todas son buenas, respondió Otavian, y provechosas, porque se enderezan a buen fin; pero en la guerra principalmente vale aquel verdadero esfuerzo, que hace ser nuestros ánimos tan libres de toda pasion, que no solamente no tememos los peligros, mas ni áun se nos da nada dellos; aprovecha tambien la constancia y el sufrimiento con el ánimo firme y fijo y desapasionado a to-

dos los encuentros de la fortuna. Conviene asimismo en la guerra y en cualquier otra cosa tener todas las virtudes que son enderezadas a lo honesto, como es la justicia, la continencia y la temperancia; pero éstas más propriamente se requieren en la paz, porque muchas veces los hombres puestos en prosperidad y sosiego, cuando la fortuna les sucede bien, vienen a hacerse injustos y intemperados, y déjanse dañar con la abundancia de los deleites. Y por eso los que están en este estado, que hemos dicho próspero y sosegado, tienen muy gran necesidad de estas virtudes, porque el mucho ocio fácilmente causa vicios y malas costumbres: y así los antiguos tenían por refran que los siervos nunca habían de estar ociosos. Y créese que las Pirámides de Egipto fueron hechas por tener a los pueblos ocupados en algun ejercicio, porque comunmente la costumbre del trabajo es muy provechosa a todos. Hállanse demas destas virtudes otras muchas de gran provecho; pero basta lo dicho, porque, si yo supiese hacer mi príncipe tal y de tan buena y virtuosa crianza como hemos declarado, y de hecho le hiciese así, yo pensaría haber harto cumplidamente alcanzado el fin del buen Cortesano.

CAPÍTULO IV

En el cual Otavian prosigue su plática cerca de las virtudes, en que pasan ciertas preguntas y respuestas, en especial cómo ha de criar y enseñar á un príncipe el perfecto Cortesano.

SEÑOR Otavian, dijo entónçes Gaspar Pallavicino, porque, segun veo, vos habeis alabado mucho la buena arte y manera de saber bien criar a uno, y casi habeis mostrado creer, que ésta sea la principal cosa, con la cual el hombre se haga virtuoso, querria por eso agora yo saber, si la crianza que ha de mostrar el Cortesano a su príncipe ha de comenzar a mostrarse con la conversion y costumbres ordinarias, las cuales poco a poco; sin que él mire en ello, le avocen a hacer buenas cosas, o si ha de ser comenzada con hacelle entender por razon la calidad del bien y del mal, y con mostralle, ántes de ponerle en el camino que ha de llevar, cuál sea lo bueno para que lo siga, y cuál lo malo para que lo huya, y, en fin, si es mejor introducirse y fundarse la virtud en nuestras almas con la razon y con el discurso del entendimiento, o verdaderamente con la costumbre.

Paréceme, señor, respondió Otavian, que vos quereis agora meterme en largas pláticas y grandes honduras, mas, porque no penseis que me escuso de responder a

vuestras preguntas, digo que así como el alma y el cuerpo en nosotros son dos cosas, así también el alma es partida en dos partes, la una de las cuales tiene en sí la razón y la otra el apetito; y asimismo como en lo que se engendra precede el cuerpo al alma, así también la parte irracional del alma precede a la racional; y esto se ve claramente en los niños, los cuales casi en naciendo muestran luego tener ira, y gana agora de una cosa y agora de otra; pero la razón no se muestra en ellos, sino después por discurso del tiempo. Así que, siguiendo esta orden, débese primero tener cuidado del cuerpo que del alma, y asimismo del apetito primero que de la razón; pero este cuidado que se ha de tener del cuerpo, ha de ser por respeto del alma, y el del apetito por respeto de la razón; porque, como la virtud intelctiva se hace perfecta con la doctrina, así se hace perfecta la moral con la costumbre. Debe luego primero mostrarse esta buena crianza con la costumbre, la cual puede gobernar los apetitos que aún no son capaces de razón, y enderezallos con el buen uso hacia el bien; después confírmense ellos con el entender, el cual, aunque muestre tarde su luz, da manera para gozar perfectamente de la virtud a quien tiene fundamento de buenas costumbres, en las cuales consiste, a mi parecer, la suma de todo esto.

Querria saber, dijo Gaspar Pallavicino, antes que paseis, más adelante qué cuidado es ese, que vos decís que se ha de tener del cuerpo; porque me parece que habeis dicho, que primero debemos tenerle del que del alma.

Eso preguntado, respondió riendo Otavian, a los que están más frescos y gordos que yo; pero todavía dejando burlas aparte, podríamos hablar bien fundadamente en eso, y tratar sobre ello hartas cosas buenas, como se-

ría decir de la edad más conveniente para casarse, a fin de que los hijos no estuviesen muy cerca ni muy léjos de los años de sus padres; tambien de los ejercicios y crianza en que han de ser puestos los niños, luégo en naciendo, y despues en todo el proceso de su edad, porque salgan sanos, bien dispuestos y recios.

Lo que más querrian, respondió Gaspar Pallavicino, las mujeres para hacer sus hijos bien dispuestos y hermosos sería, según mi opinion, lo que Platon en su república quiere dellas, que no sean particularmente proprias de nadie, sino que sean comunes; y áun holgarian ellas de sello de aquella misma manera, que ese filósofo dice.

Dijo entónces Emilia riendo. No me parece que quedó asentado, en lo que concertamos, que hubiésedes vos de volver a decir mal de mujeres.

Yo por cierto, señora, respondió Gaspar Pallavicino, pienso que las alabo mucho en esto; porque no digo, sino que querrian que se guardase una costumbre aprobada por un tan singular y señalado hombre, como fué Platon.

Veamos, dijo riendo micer César Gonzaga, si entre los preceos del señor Otavian, que áun no sé si los ha dicho todos, podria tener lugar ése, y si sería bien que el príncipe hiciese dello una ley.

Los preceos que yo he dado, aunque son pocos, respondió Otavian, bastarian quizá a hacer un príncipe tan bueno, como podrian ser los que se usan hoy en dia, no embargante que quien quisiese tratar esta materia más delgadamente, áun hallaria más que decir sobre ella.

Dijo a esto la Duquesa. Pues no cuesta sino palabras, decínos agora todo lo que se os ofreciere, que haga al

caso para criar a vuestro príncipe, y hacelle sabio.

Respondió a eso Otavian. Muchas otras cosas, señora, le mostraria yo, si las supiese, y entre las otras sería ésta una, que de sus vasallos escogiese un cierto número de caballeros, de los de mejor linaje y más principales y más sabios, con los cuales comunicase y consultase todas las cosas de su estado, y a éstos diese autoridad y licencia de poder decille libremente, sin ningun respeto, todo lo que les pareciese; y habia de tener con ellos tal manera que todos entendiesen dél que queria oir y saber de toda cosa la verdad, y que tenía aborrecido todo género de mentira; y demas desta eleccion, que habria de hacer de estos generosos y principales hombres, aconsejaríale tambien que eligiese en el pueblo otros de menor grado, de los cuales se hiciese un consejo popular, el cual comunicase con el otro consejo, de los caballeros las cosas de la ciudad pertenecientes a lo público y a lo privado, y desta manera que hiciese del príncipe como de la cabeza, y de los caballeros y de los populares como de los miembros, un cuerpo solo unido todo juntamente, el gobierno del cual naciese principalmente del príncipe, y despues participase de los otros; y así este tal estado, compuesto y ordenado de esta arte, ternia forma de aquellos tres buenos gobiernos que arriba dijimos que serian el del reino, el de los generosos, o, segun los llamaban los antiguos, optimates, y el del pueblo. Tras esto le mostraria, que de los cuidados que ha de tener el príncipe, el más importante es el de la justicia, por la conservacion de la cual se deben dar los cargos a los hombres sabios y abonados; y la prudencia destes ha de ser verdadera prudencia, mezclada con bondad, porque de otra manera no sería prudencia, sino astucia; que cuando la bondad falta, siempre el arte y la

sotileza de los letrados es perdimiento y confusion de las leyes y de los juicios; y la culpa de todos los errores dellos se ha de echar a quien les dió cargo de justicia o de otra cosa, en que pudiesen mandar. Diríale tambien cómo de la justicia pende aquel amar a Dios, que se requiere necesariamente en todos, pero más en los príncipes, los cuales deben amalle sobre toda otra cosa, y enderezar a él, como a verdadero fin, todas sus obras, y, como decia Xenefonte, alaballe y amalle siempre, pero mucho más en la prosperidad, porque puedan despues sin empacho pedirles mercedes y remedios en las adversidades, que en la verdad nadie puede gobernar bien a sí ni a otro, si Dios no ayuda en todo, el cual suele alguna vez enviar a los buenos la buena dicha como criada suya para que les ande cerca, y los guarde de peligros, y otras veces les envia la mala por no dejallos que se duerman tanto en las prosperidades, que se olviden dél o de la prudencia humana, la cual muchas veces hace que la mala fortuna sea buena o sea ménos mala, como el buen jugador, que de los ruines lances de los dados saca provecho, o a lo ménos menor daño con jugar bien las tablas. Acordaríale más, a vueltas de todo esto, que fuese verdaderamente buen cristiano, de conciencia saña y firme, no supersticioso ni dado a las vanidades de los conjuros o ensalmos o de los adevinos; porque desta manera, juntando con la humana prudencia el temor de Dios y la verdad de nuestra religion cristiana, terná de su mano la buena fortuna, y a Dios por protector, el cual siempre le hará andar próspero en la paz y en la guerra. Diríale yo tambien que debe amar a la patria y a sus pueblos, teniéndolos no muy apretados por no selles odioso, de donde suelen proceder las revueltas, las conjuraciones y mil otros males, ni tampoco muy sueltos en

mucha libertad, por no llegar a ser tenido dellos en poco, de lo cual nace la vida demasidamente libre y disoluta en los pueblos, y luégo tras ella se siguen los robos, los hurtos, los homicidios sin temor de las leyes, y por aquí muchas veces viene la cosa a total caimiento y perdicion de las ciudades y reinos. Mostrallia más, cómo debe amar a sus deudos de grado en grado, guardando con todos en ciertas cosas, como en la justicia y en la libertad, una igualdad medida, y llevando en otras algunas una desigualdad puesta en razon, como en ser liberal, en remunerar los servicios, en repartir las honras y los cargos segun las diferencias y desigualdades de los méritos, los cuales por muchos que sean, no han de poder ser tantos, que las mercedes no hayan de ser más. Decillia tras esto que, si así lo hiciese, sería no solamente amado, mas adorado de sus súditos, y que no ternia necesidad de tomar extranjeros para la guarda de su persona; que los suyos por provecho de sí mismos con sus vidas guardarian la dél; y todos de muy buena voluntad obedeceria a las leyes, cuando viesen que él las obedecia, y fuese casi un conservador y secutor fiel dellas; y desta manera daria acerca destó tan buena y firme opinion de sí, que, aunque alguna vez viniese en algo contra ellas, todos dirian y conocerian que se hacia a buen fin, y no ternian ménos respeto y acatamiento a la voluntad dél que a las mismas leyes; y con esto estarian los corazones de los pueblos tan moderados y puestos en su punto, que los buenos no querrian tener más de lo que hubiesen menester, y los malos no podrian, y esto bastaria para poner gran seguridad en todos; porque muchas veces las demasiadas riquezas son causa de grandes males, como en la triste de Italia, que anda puesta en manos de cuantos extranjeros quieren saquealla y desollarla, y esto

acaece así por el mal gobierno como por ser abundantísima y rica. Por eso sería bien, que por la mayor parte los pueblos ni fuesen muy ricos ni pobres; porque los demasidamente ricos las más veces se hacen soberbios y locos; y los pobres vienen a ser apócados y tramposos; pero los que no declinan mucho al un extremo ni al otro, sino que se conservan en un buen medio, no engañan ni son revoltosos, ni tampoco han miedo de ser engañados, ni temen revueltas; y siendo éstos que están en esta medianía más en número, de necesidad han de ser más poderosos; y así están como unos medianeros que no dejan a los ricos ni a los pobres levantarse contra su príncipe o contra los otros que gobiernan, ni los dejan andar revolviendo al pueblo. Así que, por hacer pacíficos y seguros los estados, es una cosa muy pravechosa conservar generalmente esta medianía. Diríale luégo tras esto cuán necesario le fuese usar destos y de otros muchos remedios oportunos para hacer que en sus vasallos no entrase deseo de novedades y de mudanzas de estados, lo cual las más veces hacen los pueblós ó por provecho o por honra que esperan, o verdaderamente por daño o por deshonra que temen; y estos movimientos se engendran en sus corazones alguna vez por ódio o ira que los trae desesperados por las injurias y ultrajes que les son hechos con la avaricia, soberbia, crueldad, y bellaquerías y adulterios públicos de los más principales y poderosos del pueblo; y otras veces les vienen de menospreciar a los príncipes por la flojedad y vileza y poquedad, que ven en ellos. Para no dar lugar a estos dos males, es necesario que los vasallos amen y teman a su príncipe, lo cual se alcanza fácilmente con hacer bien y honrar a los buenos, y con proveer algunas veces con buena maña y otras con rigor, que los malos y revolvedores no lle-

guen a ser muy póderosos, y este daño hase de prevenir mucho ántes que venga; porque con mucho ménos dificultad se atajan las fuerzas de los malos hombres ántes que ellos las tengan, que se quitan despues que las tienen. Diríale más, que el mejor camino de todos para hacer que los pueblos no den en semejantes yerros, es guardallos de malas costumbres, en especial de las que se entran poco a poco; porque éstas son pestilencias secretas, que tienen dañados los lugares ántes que puedan ser conocidas, cuanto más remediadas. Consejarlia tambien que el príncipe procurase con estas cosas de conservar sus pueblos en estado pacífico, y de dalles los bienes del alma y del cuerpo y de la fortuna; pero los del cuerpo y de la fortuna por poder con ellos ejercitar los del alma, los cuales, cuanto mayores son y más eceden, tanto son de mayor provecho, lo cual no acaece en los del cuerpo ni en los de la fortuna. Desta manera si los pueblos fuesen buenos y valerosos y bien puestos y encaminados hácia el fin de la felicidad, el príncipe que fuese señor dellos sería muy gran señor; porque aquél se puede llamar verdadero y gran señorío, debajó del cual los vasallos son buenos y bien gobernados y regidos con mandamientos sabios y justos.

Pues yo pienso, dijo Gaspar Pallavicino, que harto pequeño señor sería aquel cuyos vasallos fuesen todos buenos, porque bien sabeis vos que en toda parte los buenos son siempre pocos.

Respondió a esto Otavian. Si por caso agora en el mundo se hallase alguna Circes que mudase en animales brutos todos los vasallos del rey de Francia, decí, ¿no os pareceria luégo el rey muy pequeño señor, aunque señorease tantos millares de bestias? Y, por el contrario, si los ganados que andan paciendo solamente por estos

nuestros montes fuesen convertidos en hombres sabios y caballeros de honra, ¿no juzgaríades vos que los pastores que los gobiernasen serian de pastores hechos muy grandes señores? Bien veis luégo que no el número de los vasallos, mas el valor dellos hace ser grandes los príncipes.

Habian estado ya un buen gran rato atentísimos a la habla de Otavian la Duquesa y Emilia y todos los caballeros; pero habiendo aquí él parado un poco a manera de no querer hablar más, dijo micer César Gonzaga. Por cierto, señor Otavian, no se puede decir que vuestros preceos no sean buenos y provechosos; mas con todo esto yo creeria que si vos con ellos instruyésedes a vuestro príncipe, más aína mereceríades título de buen bachiller o de buen maestro de una escuela, que de buen Cortesano, y él tambien más propriamente se podria llamar buen gobernador que gran príncipe. No entendais vos con todo que yo quiera decir agora que los señores no deban tener cuidado de procurar que sus pueblos sean bien regidos con justicia y beninidad; pero todavía me parece que podria bastar que eligiesen buenos maestros, para que tuviesen cargo de poner por obra estas tales cosas; y su verdadero oficio no habia de parar en esto, sino pasar mucho más adelante. Por eso, si yo pensase ser aquel ecelente Cortesano que estos caballeros han formado, y ser ya gran privado de mi príncipe, soy cierto que yo nunca le aconsejaria cosa mala, sino que por alcanzar aquel buen fin que, segun vos decis y yo confirmo, debe ser el fruto de las fatigas y obras del Cortesano, trabajaria de imprimille en su alma una grandeza, con una majestad real y con una presta viveza de espíritu, y un valor constante en las armas que le hiciese ser amado y temido de todos, de tal

EL CORTESANO

manera que por esto principalmente su fama se estendiese por todo el mundo. Decillia tambien que mezclase con su grandeza una mansa familiaridad, juntamente con una beninidad dulce y aparejada a ganar el amor de sus pueblos, y que tuviese buena arte para traer contentos a los suyos y a los extranjeros, y esto que lo hiciese discretamente, contrapesando y poniendo más y ménos en cada uno, segun los méritos; pero guardando siempre la majestad conforme a su estado, con tan buen tiento que ni su autoridad se apocase, haciendo bajezas, ni él viniese a ser mal quisto siendo demasiadamente grave. Concejallia tras esto que fuese muy liberal y suntuoso, y que diese a todos largamente, porque Dios, como vulgarmente se dice, es tesorero de los príncipes dadivosos, y decillia que hiciese grandes y maníficos banquetes, fiestas, uegos, justas, torneos, momerías y otras cosas desta calidad; que tuviese gran suma de caballos muy singulares por aprovecharse dellos en la guerra, y por holgarse con ellos en la paz; que tuviese tambien halcones, perros y todos los otros pasatiempos que convienen a grandes señores, y son para dar placer a los pueblos, como en nuestros dias hemos visto havello al señor Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, el cual en todas estas cosas más parece rey de Italia que señor de una ciudad. Procuraria tambien de inclinalle a que hiciese grandes edificios por su autoridad y honra miéntras viviese, y porque dejase de sí memoria despues de muerto, como hizo el duque Federico, con hacer estas ricas y maníficas casas, y agora el papa Julio con lo que labra en la iglesia de Sant Pedro, y en aquel largo pasadizo que va desde palácio hasta Belveder, y como hacian los antiguos romanos en muchos edificios, de los cuales se ven agora tantos pedazos y antigüedades en Roma y en Nápoles,

en Puzol, en Baya, en Civitavechia, en Porto, y asimismo fuera de Italia, y en tantos otros lugares, que claramente muestran el valor de aquellos grandes y famosos hombres de aquellos tiempos. Así tambien lo hizo el gran Alexandre, el cual, no contento de la fama que con haber conquistado el mundo habia ganado, edificó a Alejandría en Egipto, Bucefalia en la India, y otras muchas ciudades en otras tierras; y pensó de reducir en forma de hombre aquella gran montaña llamada Atos, y edificalle en la mano izquierda una muy gran ciudad, y en la derecha una gran copa, en la cual se recogiesen todos los rios que de aquellas sierras descienden, y despues desde allí diesen en la mar, pensamiento verdaderamente grande y dino del grande Alexandre. Estas tales cosas pienso yo, señor Otavian, que son las que propriamente convienen a un ecelente y verdadero príncipe, y las que le hacen en la paz y en la guerra señalado por todo el mundo, y no tener ojo a tantas delgadezas o miserias cuantas vos habeis tocado, ni curar cuando tuviere guerra de pelear solamente con fin de sojuzgar y vencer los que merecieren ser sojuzgados y vencidos, o con fin de hacer provecho a los vasallos, o por quitar el gobierno a los que gobiernan mal; que quanto si los romanos, Alexandre, Annibal y los otros grandes hombres hubiesen mirado todas estas menudencias, nunca hubieran llegado a tan alto grado de gloria como llegaron.

Respondió entónces Otavian sonriéndose. Los que no miraron esas que vos llamais delgadezas hubieran hecho mejor si las miráran; y áun, si bien os quereis acordar dello, hallaréis que muchos las miraron, y en especial aquellos primeros antiguos como Teseo y Hércules, y no creais que Procustes, Sciron, Cacco, Diomedes, Anteo y Gerion fuesen sino tiranos cruelísimos, despreciadores

de Dios y de toda ley, contra los cuales traian perpétua y mortal guerra estos varones ecclentísimos que agora yo he nombrado, y por eso, porque ellos libraron al mundo de tan intolerables monstruos, que otro nombre no merecen los tiranos, fueron hechos templos y sacrificios a Hércules, y honráronle como a Dios; porque la buena obra que se hace en echar los tiranos de los pueblos es tan provechosa al mundo, que quien la hace merece mucho mayor premio que el que conviene a un hombre mortal. Pero entre los otros que vos habeis nombrado, ¿no os parece que Alexandre hizo muchos y señalados provechos con sus vitorias a los vencidos, habiendo puesto en tantas buenas costumbres aquellas bárbaras naciones que domó, que de fieras alimañas los hizo hombres? Y si queremos discurrir por los bienes que fueron hechos por él, hallarémos que edificó un gran número de ciudades famosas en tierras casi deshabitadas, introduciendo en ellas la manera del vivir conforme a virtud, y casi juntando la Asia y la Europa en paz y amistad estrecha, y en conformidad de santas leyes; de manera que más bienaventurados fueron los vencidos por él que los otros; porque a algunos dellos mostró la ley del matrimonio, a otros el arte de la labranza, a otros el tener fin a alguna ley quanto a las cosas divinas, a otros el mantener sus padres ya viejos, y no matallos como solian, a otros el abstenerse de juntarse con sus madres y, en fin, otras cien mil cosas que se podrian decir en testimonio de los grandes provechos que hicieron al mundo sus vitorias. Pero, dejando agora los antiguos, ¿cuál más honrada y provechosa demanda podria hallarse, que sería poner los cristianos todas sus fuerzas en sojuzgar los infieles? ¿No os parece que esta empresa, sucediendo prósperamente, y siendo causa que se con-

vertiesen de la falsa seta de Mahoma a la luz de la verdan cristiana tantos millares de hombres, sería tan buena para los vencidos como para los vencedores? Y verdaderamente, como se lee de Temístocles, que siendo echado de su patria y recogido del rey de Persia con gran honra, y tratado con regalos y dádivas infinitas, hablando un día con los suyos les dijo: mi fe, hermanos, perdidos fuéramos si no nos perdiéramos. Así entónces podrian bien decir lo mesmo con harta razón los turcos y los moros, porque su perderse sería su ganarse. Este bien tan glorioso aún yo pienso que hemos de velle, si Dios nos diera tan larga vida que veamos a mosiur Dangolesma ser rey de Francia, el cual da tan claras señales de su valor, que todos tienen dél concebida tanta esperanza cuanta dijo el señor Manífico la otra noche, que fué la primera de estas nuestras disputas, y tambien será gran parte para esto ser rey de Inglaterra don Enrique, príncipe de Uvaglia, el cual agora debajo de los mandamientos de su famoso padre crece en todo género de virtud, como debajo de la sombra de un ecelente árbol un tierno ramo, que despues se ha de renovar y hacerse más hermoso y fértil a su tiempo; que como desde allá nos escribe el nuestro Castellon, y más largamente promete decírnoslo despues de vuelto, parece que la natura haya querido en este señor hacer prueba de sí misma, poniendo en un cuerpo solo tantas ecelencias, cuantas bastarian para muchos.

Dijo entónces micer Bernardo Bibiena. Muy grande esperanza también se tiene de don Cárlos, príncipe de España, el cual, no siendo aún de edad de diez años, muestra ya tan gran ingenio y tan ciertos indicios de bondad, de prudencia, de beninidad, de grandeza de ánimo, y de toda virtud en fin, que, si el imperio de la cris-

tiandad viniere, como se espera, en sus manos, creerse puede que con su fama porná silencio en la de muchos emperadores antiguos, y se igualará con los que más famosos han sido en el mundo.

Creo yo luégo, dijo Otavian Fregoso, que tales y tan grandes príncipes hayan sido enviados por Dios acá en la tierra, y hechos semejantes y conformes en edad, en poder, en estado, en hermosura y buena disposicion de cuerpo, a fin que se parezcan y se conformen tambien en una misma voluntad de juntarse para esta empresa que hemos dicho; y, si alguna envidia o competencia ha de haber entre ellos en algun tiempo, plega a Dios que solamente sea en querer cada uno ser el primero y el más determinado en esta tan alta y gloriosa demanda. Mas dejemos por agora esto, y volvamos a nuestro propósito; así que digo, señor micer César, que todas éstas cosas que vos quereis que haga el príncipe son buenas y merecen ser muy loadas, pero creé que, si él no supiere lo que yo he dicho que le conviene saber, y no formáre y asentáre su alma de la manera que yo he tratado, guiándola por el camino de la virtud, con dificultad sabria ser manánimo, liberal, justo, esforzado, prudente y tener alguna calidad de aquellas que en él se requieren; y por lo que yo querria que él fuese tal, cual yo le he hecho, no es sino porquo supiese usar todas esas condiciones, que vos le habeis dado; que así como los que hacen edificios no son todos buenos oficiales en su arte, así los que dan no son todos liberales; porque la virtud jamas es causa de daño para nadie, y hay muchos que hurtan para dar, y así son liberales de la hacienda ajena; otros dan a quien no deben, y dejan tendidos en mitad de la pobreza a los que debrian socorrer por infinitos cargos que les tienen; otros hay que dan desabridamen-

te, y casi con despecho, de tal manera, que luégo se vee que lo hacen por fuerza, otros, si dan, no solamente no lo callan, mas llaman testigos que lo vean, y hacen pregonar sus liberalidades a cada paso; otros vierten locamente quanto tienen, y agotan la hacienda, que es la fuente de la liberalidad, de tal manera que no pueden vacialla más; así que en esto, como en todas las otras cosas, es necesario saber y gobernarse con la prudencia, que ha de ser la compañera de todas las virtudes, las cuales, porque están en el medio, son algo vecinas de los dos extremos, que son vicios; por eso quien no sabe, fácilmente da de ojos en ellos; porque así como es difícil en un círculo totalmente redondo hallar el punto del centro, que es el medio, así lo es tambien hallar el punto de la virtud puesta en el medio de los dos extremos viciosos, el uno por lo mucho, y el otro por lo poco, a los cuales agora al uno y agora al otro somos inclinados, y esto se conoce por el placer y displacer que por causa dellos sentimos; que por el placer hacemos lo que no debemos, y por el displacer dejamos de hacer lo que debriamos; verdad es que el placer es mucho más peligroso, porque fácilmente nuestro juicio se deja trastornar dél; mas, porque conocer quanto el hombre este léjos del centro de la virtud es cosa dificultosa, debemos poco a poco por nosotros mismos echar hácia la parte contraria de aquel extremo, al cual nos conocemos ser inclinados, como hacen los que por enderezar una vara tuerta, torciéndola a la otra parte, la hacen quedar derecha. Desta manera, haciéndolo así, llegarnos hemos más a la virtud, la cual, como dicho tengo, consiste puntualmente en el medio, y por esta causa nosotros tenemos muchos caminos para errar, y uno solo para acertar: como los ballesteros, que por una sola via dan en el

blanco y por muchas le yerran, y por eso hartas veces un príncipe, por querer ser humano y tratable, hace infinitas cosas fuera de su punto, y se abaja tanto, que viene a ser menospreciado; otros hay que, por guardar una majestad grande con aquella autoridad que les conviene, hácese tan graves y divinos que vienen a ser intolerables; otros, por mostrarse bien hablados, buscan unas nuevas maneras y estrañas y unos largos rodeos de palabras curiosas e hinchadas; y hacen unos gestos graves, o, por mejor hablar, pesados, y escúchanse a sí mismos tanto, que esto solo basta para que nadie los escuche. Así que, señor micer César, no llameis delgadezas o miserias a lo que puede mejorar a un príncipe, en cualquier cosa por delgada o pequeña que sea, y no creais que yo tenga mis preceos por condenados ni reprendidos con lo que habeis dicho, diciendo que con ellos más afna se haría un buen gobernador que un buen príncipe; que no sé yo vuestra intincion cuál ha sido, pero por ventura no pudierades vos con otra cosa alaballos más que con ésa; porque quizá a un príncipe ningun loor se le puede dar mayor ni más conforme a él que llamarle buen gobernador. Por eso si a mí tocase aconsejarle y ponelle en hacer lo que debiese, querria que él tuviese cuidado, no solamente de gobernar las cosas ya dichas, más aún las que fuesen mucho menores, y entendiese todas las particularidades pertenecientes a sus pueblos, quanto le fuese posible, y nunca diese tanto crédito, ni tanta parte a ningún ministro suyo, que le cometiese a él solo totalmente todo el gobierno; porque ninguno hay tan hábil que lo sea en toda cosa; y muy mayor daño hace creer los señores mucho y fácilmente, por creer poco y con dificultad, lo cual no solamente no daña, mas aprovecha muchas veces en gran manera; pero todavía en esto es

necesario el buen juicio del príncipe para conocer quién debe ser creído, y quién no. Querria tambien que tuviese ojo a entender lo que hacen sus ministros, y que fuese como un veedor y juez dellos, quitando o acortando los pleitos, atajando los bandos y cuestiones de sus vasallos, y juntándolos en deudo de parentesco, haciendo que cada una de sus ciudades estuviese unida y conforme en buena amistad, ni más ni ménos como una sola casa con un solo señor, y fuese populosa, rica, sosegada, llena de buenos oficiales, favoreciendo a los mercaderes, y aún ayudándolos con dineros, siendo liberal y amigo de hacer buen tratamiento a los estrangeros y a los religiosos, moderando las cosas demasiasdas; porque muchas veces por los yerros que en esto se hacen, aunque parecen pequeños, las ciudades se echan a perder. Por eso es razon que el príncipe ponga término y orden en los muy suntuosos edificios, si no son públicos, en los convites, en los dotes demasiasdos, en los desordenados aderezos de las mujeres, en sus pompas de joyas y de vestidos, que no son sino claros indicios de la locura dellas; porque demas de derramar muchas veces las haciendas de sus maridos por una vanidad o una invidia y competencia que traen las unas con las otras, acaéceles alguna vez vender por alguna cosilla de oro que les parezca linda, o por una pedruzuela que le digan que es muy fina, o por otra nonada que les dé en los ojos, la bondad al que quiere comprarla.

Paréceme, señor Otavian, dijo entónces micer Bernardo Bibiena, que vos volveis a ser del bando del señor Gaspar Pallavicino y del señor Frigio.

Respondió a esto riendo Otavian. El pleito ya se acabó, yo agora no quiero tornar a comenzalle; por eso

acuerdo de no hablar más en mujeres, sino de volverme a mi príncipe.

Bien podeis, respondió el Frigio, dejalle ya, y contentaros que quede, cual le habeis hecho; porque sin duda áun sería más fácil cosa hallar una mujer con las calidades dichas por el señor manífico, que un príncipe con las calidades dichas por vos. Por eso yo he miedo que esto ha de ser como la república de Platon, y que no hemos de ver un príncipe tal como el vuestro sino en el cielo.

Las cosas posibles, respondió Otavian, aunque traigan mucha dificultad, todavía se pueden esperar; por eso áun quizá le veremos en nuestros tiempos acá en la tierra; que, puesto que los cielos sean tan escasos en producir príncipes ecelentes, que apénas en muchos y largos espacios de tiempo se vea uno, Dios lo podría hacer todo, y darnos a nosotros éste que en diez mil años no se halla.

Dijo entónces el Conde Ludovico. Yo tengo deso harto buena esperanza, porque demas de aquellos tres grandes príncipes que hemos nombrado, de los cuales se puede esperar lo que se ha dicho convenir al más alto grado de un perfeto rey, áun en Italia se hallan hoy día algunos hijos de señores, los cuales, aunque no sean para ser tan poderosos como estos otros, suplirán quizá con la virtud lo que en el poder faltaren, y el que entre todos muestra mejor disposicion de ingenio, y promete de sí mayor esperanza que cualquiera de los otros, paréceme que es el señor Federico Gonzaga, primogénito del Marqués de Mantua, sobrino de la señora Duquesa nuestra, que aquí está presente; el que demas de la gentil crianza y buen seso que en tan tierna edad muestra, los que le tienen en cargo dicen dél maravillas, alabándole de avisado, de deseoso de honra, de manánimo, de cortés,

de liberal y de amigo de justicia, así que de tan buen principio no se puede esperar sino muy buen fin.

Dijo entónces el Frigio. Agora no más, placera a Dios que veamos salir verdadera esa vuestra esperanza.

Otavian en esto volviéndose a la Duquesa, pareciendo ya que habia dado fin a su habla, díjole. Esto es, señora, lo que a mí se ha ofrecido de decir sobre el fin que ha de tener el Cortesano, en la cual cosa, si yo he quedado algo corto, bastaráme a lo ménos haber mostrado que se le pudiera dar alguna otra perficion demas de las que le han dado estos caballeros, los cuales pienso que adrede han dejado de tratar todo esto, y quanto yo más pudiera decir, no porque no lo supiesen mejor que yo, sino por escusarse de trabajo. Por eso yo callaré agora, y dalles he a ellos lugar que sigan adelante la materia del Cortesano, si por dicha les quedáre algo más que decir sobre ella.

CAPÍTULO V

En el cual, prosiguiendo Otavian su plática cerca del fin de la perfeta cortesanía, añade otros documentos sobre ello al Cortesano; sobre lo cual pasan algunas contradiciones y réplicas entre los cortesanos.

Dijo entónces la Duquesa. Paréceme ya tan tarde que se mantoja que presto será hora de acabar esto por esta noche; tambien me parece que no debemos mezclar otras materias con esa que vos habeis tratado, en la cual habeis hallado tantas cosas tan buenas que, en lo que toca al fin de la perfeta cortesanía, se puede decir por vos, que no solamente sois aquel perfeto Cortesano que buscamos, bastante a criar bien y hacer maravilloso a vuestro príncipe, pero si la fortuna os ayudáre, que sois aparejado para ser el mismo príncipe, lo cual, si fuere, no podrá ser sin mucho provecho y acrecentamiento de vuestra patria.

Rióse a esto Otavian, y dijo. Quizá, señora, si yo llegase a ese estado, podria ser que me aconteciese lo que acontece a muchos que saben decir y no hacer.

Aquí replicando algo todos, y hablando así sin orden los unos con los otros, porfiando y haciéndose algunos contrarios, pero todo en loor de lo que se habia tratado.

y diciendo que era temprano, dijo el manífico Julian sonriéndose. Yo, señora, soy tan enemigo de engaños, que me es agora forzado contradecir al señor Otavian, el cual por estar, segun yo sospecho, conjurado secretamente con el señor Gaspar Pallavicino, ha incurrido perjudicialmente para las mujeres en dos errores, a mi parecer, muy grandes; el uno es que por aventajar a este nuestro Cortesano de la Dama perfeta, y habelle pasar más adelante del término donde ella puede llegar, le ha aventajado tambien de su príncipe y hecho mejor que él, lo cual es una cosa muy desconveniente y fuera de toda razon; el otro es que le ha determinado un fin, que siempre le ha de ser difícil y alguna vez imposible alcanzalle y, cuando le alcanzare no se ha de llamar Cortesano.

Yo no entiendo, dijo Emilia, cómo sea tan difícil o imposible que el Cortesano alcance este su fin, ni tampoco veo cómo el señor Otavian le haya hecho mejor que a su príncipe.

No consintais, señora, respondió Otavian, que el señor Manífico diga tal, porque yo ciertamente no he puesto más adelante al Cortesano que al príncipe; ni tampoco pienso haber incurrido acerca del fin de la cortesanía en ningun error.

Respondió entónces el manífico Julian. No podeis, señor Otavian, decir que la causa de la cual es producido algun efeto, no sea siempre más fuerte y más noble en su calidad que aquel efeto producido della; y por esto es necesario que el Cortesano, por cuyos consejos y dotrina el príncipe ha de ser de tanta ecelencia como habeis dicho, sea más ecelente que el príncipe, y desta manera habrá de ser tambien de mas dinidad y valor que el mismo principe, lo cual sería una cosa muy estraña y fuera de todo órden. Tras esto, lo que vos habeis dicho, acer-

ca del fin de la cortesanía, puede acontecer, cuando la edad del príncipe es muy diferente de la del Cortesano, y áun entónces se hace con dificultad; porque donde hay poca diferencia de edad, razon es que tambien la haya de saber; pero, si el príncipe es viejo y el Cortesano mozo, cosa razonable es que el príncipe viejo sepa más que el Cortesano mozo; y, aunque esto de las edades no acaezca siempre así, todavía acaece alguna vez, y acaeciéndolo desta manera, el fin que vos habeis determinado para el Cortesano seria imposible alcanzarse. Pues, si volvéis la hoja, y quereis que el príncipe sea mozo y el Cortesano viejo, gran trabajo terná el Cortesano, en tal caso, de ganar la voluntad del príncipe con aquellas calidades que vos le habeis dado; porque a la verdad, el jugar de armas, el saber bien menear un caballo y los otros ejercicios de la persona, no convienen sino a los mozos, y la música y el danzar y los juegos y los amores, todas son cosas de reir en los viejos, y muy deproporcionadas en un caballero que haya de ser tan grave y de tanta autoridad, tan maduro en años y en experiencia, y, si posible fuere, tan buen filósofo y capitán, y, en fin, que haya de saber toda cosa tan bien como conviene a uno que ha de tener cargo de criar a un príncipe; por eso es tal, teniendo tantas cosas tan substanciales y tan perfectas, no se ha de llamar, a mi parecer, Cortesano, sino que le han de dar otro mayor y más honrado título. Así que, señor Otavian, perdonáme, yo os lo suplico, si he descubierto agora ese vuestro engaño, que forzadamente he habido de hacello por la honra de mi dama, la cual vos querríades que fuese de menor valor que ese vuestro Cortesano, y hágoos saber que yo no lo he de sufrir esto.

Rióse a esto Otavian, y dijo. Catá, señor Manífico, que más honra de vuestra Dama sería ensalzalla tanto que

pudiese ella ser igual con el Cortesano, que abajar al Cortesano tanto que viniese a ser igual con la Dama; que, áun si vos quisiédes, podria tambien la Dama saber criar a su reina o a su señora, y tener con ella el mismo fin que ha de tener el Cortesano con su príncipe; pero vos, según me parece, no andais por alabar a vuestra Dama, sino por desalabar a nuestro Cortesano; y por eso, pues vos no quereis en esto usar de aquella llaneza que podríades, yo habré por fuerza de tomar la parte del Cortesano, y defendella como mejor pudiere. Así que por responder a vuestros argumentos digo, que yo no he dicho que los consejos y la dotrina del Cortesano hayan de ser la sola causa por donde el príncipe llegue a ser tan perfeto como hemos tratado; porque, si él naturalmente no fuese bien inclinado y dispuesto a recibir la buena crianza, todo el cuidado y la industria del Cortesano en crialle bien sería tan en vano, quanto lo sería sembrar muy buen trigo en mitad de un arenal muy grande, porque aquella esterilidad en aquel tal lugar es natural; mas cuando a la buena simiente, echada en tierra fértil con buena templanza de aire y llover conforme a la sazón del año, se añade la diligencia del buen granjear, no puede entónces dejar de acudir gran abundancia y de cogerse mucho; y áun con todo esto no se sigue que el labrador solo sea la sola causa de esta fertilidad, no embargante que sin él poco o nada aprovecharian todas las otras cosas. Muchos príncipes habria, pues, en el mundo buenos, si fuesen desde el comienzo con consejos y buena crianza bien granjeados, y de éstos hablo yo, no de aquellos que se pueden comparar a la tierra estéril, siendo naturalmente tan ajenos de buenas costumbres, que no basta industria ni diligencia para ponellos en el buen camino; y porque, como ya hemos dicho, ta-

les se hacen en nosotros nuestras costumbres, cuales son nuestras operaciones, y en el obrar consiste la virtud, no es imposible ni maravilla que el Cortesano encamine a su príncipe en muchas virtudes, como es la justicia, la liberalidad y la grandeza del ánimo, las cuales todas el príncipe con la abundancia y poder de su estado fácilmente puede poner por obra, y hacer dellas en sí hábito, lo cual por ventura no podrá hacer el Cortesano, porque no será tan poderoso, ni tan rico, como muchas veces es menester para usar estas virtudes, y así siguiendo este proceso, se puede concluir que el príncipe, puesto en cosas de virtud por el Cortesano, puede hacerse más virtuoso que el mismo cortesano; y demas desto, acordaos que la piedra en que aguzan los cuchillos no corta, pero hace que los cuchillos corten; así que mi opinion es que, aunque el Cortesano crie bien al príncipe, no se ha de seguir por eso de necesidad que sea más perfeto que el mismo príncipe. Y a lo que decis más, que el fin que yo he determinado en esta cortesanía es difícil, y alguna vez imposible, y que cuando el Cortesano le alcanza, no se debe llamar Cortesano, sino que merece otro mayor título, digo que yo no niego esa dificultad que vos en ello poneis, porque tambien es tan difícil hallar un Cortesano, tal cual aquí se ha formado por estos caballeros, como es alcanzar el fin que yo le he señalado; pero la imposibilidad que vos pretendéis, ésa niego, y digo que no la hay ninguna, ni áun en aquel caso que vos habeis alegado, porque, si el Cortesano es tan mozo que no sepà lo que aquí se ha dicho que ha de saber, no es menester hablar en él porque entónces no sería éste el Cortesano que nosotros buscamos, ni tampoco sería posible que quien ha de tener noticia de tantas cosas fuese muy mozo; y si por caso se ofreciere que

el príncipe sea de suyo tan sabio y bueno que no tenga necesidad de ser conseyado de nadie, aunque éstos es tan difícil quanto todo el mundo sabe, al Cortesano en tal caso bastalle ha ser tal, que si el príncipe hubiere menester sus conseyos, pueda él con ellos hacelle virtuoso; y desta manera podrá satisfacer con la intinción y buena habilidad a esto, y con la obra a lo otro de no dejalle que le engañen ni que se engañe, y de hacer que siempre sepa la verdad de toda cosa, y de ponerse por escudo contra los lisonjeros y maldicientes, y, en fin, contra todos los que procuraren de dañarle con deshonestos placeres; y así alcanzará su fin, por lo ménos en gran parte, aunque en todó no le alcance con la obra, lo cual tampoco será razon tenérselo a tacha, procediendo de una tal y tan justa causa como la que hemos dicho; porque si un famoso médico se hallase en un lugar donde todos estuviesen sanos, y donde nunca adoleciese nadie, claro está que, aunque no sanase a ningun enfermo, no dejaria por eso de ser buen médico, ni faltaria acerca del fin de la medicina. Por eso, así como la intincion del médico debe ser la salud de los hombres, así tambien es razon que sea la del Cortesano la virtud del príncipe; y a lo uno y a lo otro basta tener este fin interior en potencia, cuando el no producille esteriormente en obra, procede del sujeto, al cual es enderezado este tal fin. Y más, si el Cortesano es tan viejo que le desconvenga usar la música, las fiestas, los juegos, las armas y las otras habilidades de la persona, ni áun con todo esto se ha de decir que le sea imposible ganar por via destes medios la voluntad de su príncipe; porque, aunque la edad quite la obra de todas estas cosas, no quita por eso entendellas; y, habiéndolas el hombre ejercitado en la mocedad, terná en ellas tanto más perfeto juicio, y tanto más perfeta-

EL CORTESANO

mente sabrá mostrallas a su príncipe, cuanto mayor y mejor noticia de toda cosa se alcanza con la esperiencia y años que sin ellos; y desta manera el Cortesano ya viejo, aunque por obra no ejercite las calidades a él atribuidas, alcanzará su fin de criar bien a su príncipe; y si no quisiéredes llamalle Cortesano, no me mataré por eso mucho; porque la natura no ha puesto un tan corto término a la autoridad y valor de las cosas humanas que no podamos subir de la una a la otra; y así los soldados muchas veces suben a capitanes, los hombres sin mando ni cargo a reyes, los clérigos a papas, los discípulos a maestros, y desta manera juntamente con la dinidad alcanzan el título, y por esta via podría quizá decirse, que llegar un hombre a tan alto grado, como es criar bien a un príncipe, fuese el postrer término y el fin del Cortesano; aunque con todo yo no sé quién en el mundo haya que no se tenga por muy satisfecho de este nombre de perfeto Cortesano, el cual, segun mi opinion, merece ser muy estimado, y paréceme que Homero, así como formó dos varones ecelentísimos por ejémplo de la vida humana, al uno en las obras y hazañas famosas que fué Achíles, y al otro en los trabajos y sufrimientos grandes que fué Ulíses; así tambien quiso formar un perfeto Cortesano, que fué aquel gran Fénix, el cual después de haber contado todos sus amores y muchas otras cosas que hizo en su mocedad, dijo ser enviado a Achíles por Peleo, su padre, porque le estuviese siempre cerca, y le mostrase cómo supiese decir y hacer, lo cual no es otra cosa sino este mismo fin que nosotros hemos señalado al Cortesano; y áun pienso que si a Aristótil y a Platon les dieran este nombre de Cortesano perfeto, se holgarán mucho con él, porque se vee claramente en ellos que hicieron todo lo que pudiera haber hecho un hombre de córte

muy escogido, y tuvieron gran ojo a este fin de que tratamos, el uno con el gran Alexandre, y el otro con los reyes de Sicilia, y porque el oficio del buen Cortesano es conocer la condicion del príncipe y sus inclinaciones, y así, segun ellas, aprovechándose del tiempo y de los casos que se ofrecen, sabelle ganar la boca y llegar a selle muy aceto por medio de aquellas cosas que hemos tratado, y ponelle despues en el camino firme de la virtud, Aristótil siguiendo esto, conoció tan bien la condicion de Alexandre, y supo con tan buena maña llevarle, que fué más amado y honrado dél que si fuera su padre; y así entre otras muchas señales que Alexandre le mostró del amor que le tuvo, fué ésta una, que quiso que Estagira su patria, ya destruida por el suelo, fuese reedificada. Aristótil, demas de encaminar y poner a este gran rey en aquel propósito gloriosísimo, que fué querer hacer que el mundo fuesé como una sola patria universal, y todos los hombres como un solo pueblo que viviese en amistad y concordia, debajo de un solo gobierno y de una sola ley, que resplandeciese y alumbrase generalmente a todos, como hace la luz del sol, le formó tal en las ciencias naturales y en las virtudes del alma que le hizo sapientísimo, esforzadísimo, continentísimo y verdadero filósofo moral, no solamente en las palabras, más aún en las obras, porque no se puede imaginar más excelente filosofía que traer, a que supiesen estar juntos, y vivir con la órden que se suele tener en las buenas ciudades unos pueblos tan bárbaros y fieros, como los que habitan en Bactra, en el Cáucaso, en la India y en Scitia, y enseñarles la ley del matrimonio, el arte de la labranza, el amar y honrar a sus padres, el abstenerse de robos y de homicidios y de otras abominables costumbres, el edificar tantas ciudades famosas en tierras estrañas; de

EL CORTESANO

manera que infinitos hombres fueron por causa destas leyes reducidos de la vida salvaje y bestial a la humana: y estas cosas que Alexandre hizo, todas se las hizo hacer Aristótil, siendo buen Cortesano, lo cual no supo ser Calístenes, aunque Aristótil se lo había mostrado, que por querer ser puro filósofo, y traer la verdad así cruda, sin envolver en ella algún artificio de buena cortesanía, perdió la vida, y no aprovechó en nada, ántes fué causa de infamia para Alexandre. La misma manera de Aristótil tuvo Platon con Dion Siracusano, y despues hallando a Dionisio tirano totalmente dañado, como un libro lleno de mil mentiras, y con más necesidad de ser del todo borrado que emendado, por ser imposible quitalle aquellos grandes errores de la tiranía, con la cual estaba de largo tiempo estragado, no quiso con él aprovecharse de ninguna arte, pareciéndole que todo fuera en vano. Esto mismo hará de mi consejo tambien el Cortesano, si por caso se halláre en servicio de algun príncipe de tan perversa condicion y natura, que esté ya envejecido en los vicios, como los físicos en la enfermedad; porque en tal caso debe despedirse por no llevar parte de la deshonra de las maldades y bellaquerías que él hace, y por no sentir el enojo que sienten los buenos cuando sirven a los malos.

Aquí, callando Otavian, dijo Gaspar Pallavicino. Por cierto yo no tenía a nuestro Cortesano por tan honrado como agora lo veo, y así, pues Aristótil y Platon eran tambien cortesanos, pienso que éste debe ser un gran título, y que nadie tiene razon ya de no precialle mucho; aunque con todo yo no sé si me crea, que Aristótil y Platon hayan danzado jamas, o hayan sido músicos, o hecho otras cosas de caballeros cortesanos.

Ciertamente no es de pensar, respondió Otavian, que

dos espíritus tan divinos como, los destos dos ecelentes varones no supiesen toda cosa, y hase de creer que ellos hacian todo lo que convenia hacer a un buen Cortesano, porque, todas las veces que se ofrece, escriben de todas estas cosas tan sotilmente, que los mismos maestros dellas conocen que las entendian perfetamente, y llegaban a las entrañas y a las raíces más hondas dellas. Así que, concluyendo en esto, no se ha de decir que al Cortesano, al ayó de un príncipe si así quisiéredes llamalle, teniendo ojo a aquel grande y buen fin que hemos dicho, no le cuadren puntualmente todas las calidades en él puestas por estos caballeros, aunque sea el más severo filósofo, y muy santo en sus costumbres; porque estas calidades en ninguna edad ni tiempo ni lugar repunan a la bondad, a la discreción, al saber, ni al valor.

Acuérdome, dijo entónçes Gaspar Pallavicino, que estos caballeros, tratando esta noche pasada de las condiciones que se requieren en el Cortesano, todos determinaron que habia de ser enamorado; y porque, resumiendo lo que se ha dicho hasta aquí, se podria concluir muy bien que el Cortesano, el cual con su valór y autoridad ha de poner a su príncipe en cosas de virtud, ha de ser de necesidad viejo, porque muy pocas veces viene el saber ántes que vengan los años, y en especial en las cosas que con la esperiencia se aprenden, no sé cómo se pueda concertar esto que haya de ser viejo y enamorado, considerado que, como esta noche se ha dicho, el amor en los viejos asienta muy mal, y aquello que en los mozos parece bien, y se tiene por gran gentileza, y agrada a las mujeres, en ellos es todo locura y cosa de reir; en fin, las mujeres han asco, y los hombres burlan dellos; por eso si vuestro Aristótil, cortesano viejo, fuese enamorado, y hiciese lo que hacen los mozos, cuando

andan de amores, y siguiese el estilo de algunos viejos locos que en nuestros dias hemos visto, yo he muy gran miedo que no se descuidase de dar consejos a su príncipe, y que muchas veces no se viese rodeado de muchos rapaces que le diesen grita; y áun las mujeres le ternían como por un pasatiempo, con quien se desenfadasen, haciendo burla dél.

Dijo Otavian entónces. Pues todas las otras calidades dadas al Cortesano le convienen, no me parece que, aunque sea viejo, le deba ser quitada una bienaventuranza tan grande como es amar.

Mas ántes pienso, dijo Gaspar Pallavicino, que quitalle que ame es dalle una otra perficion más, y es hacelle vivir vida bienaventurada sin trabajo y sin miseria.

Dijo a esto micer Pietro Bembo. ¿No se os acuerda, señor Gaspar, que el señor Otavian, aunque por experiencia sepa poco de amores, la otra noche supo, segun entónces mostró en su juego, que hay algunos enamorados que tienen por dulces y sabrosos los desabrimientos y enojos y iras y desavenimientos y congojas que pasan en los amores; y así pidió entónces que alguno le hiciese saber la causa desto? Por eso, si nuestro Cortesano, aunque viejo, acertase en estos amores, que son dulces, sin ninguna amargura, claro está que no sentiria en ellos miseria ni fatiga alguna, y siendo sabio, como nosotros presuponemos que sea, no se engañaria pensando que habia de traer los amores como los suelen traer los hombres mozos, ántes andaria enamorado de tal manera, que no sólo no le sería vergüenza, mas sellia mucha honra, y muy gran bienaventuranza, no mezclada con sinsabores y congojas, lo cual pocas veces, y casi nunca acaece a los hombres mozos; y así de esta arte podria él muy bien mostrar a su príncipe toda cosa de virtud y de honra, y

no viviria de manera que mereciese grita de rapaces, como vos habeis dicho.

Pláceme, señor micer Pietro, dijo entónces la Duquesa, que hayais tenido esta noche poco trabajo en estas nuestras pláticas, porque agora con ménos empacho os podamos dar cargo de tratar esa materia, y de enseñar al Cortesano ese amor tan próspero, que no trae consigo culpa ni pena ninguna, y será ésta por ventura una de las importantes y provechosas cosas, de cuantas hasta aquí le hayan sido dadas; por eso decí todo lo que en esto supiéredes.

Rióse a esto micer Pietro y dijo. Yo, señora, no querría que, por decir yo que los viejos pueden y deben andar enamorados, estas señoras me tuviesen por viejo; así que ese cargo dése a quien le quisiere tomar, que yo no le quiero.

No os debe pesar, respondió la Duquesa, que os tengan por viejo en el saber, pues no lo sois en los años. Por eso decí, y no andéis buscando por dónde descabulliros.

Por cierto, señora, dijo micer Pietro, si yo he de tratar esa materia, a mí me cumple aconsejarme con el ermitaño de mi Lavinello.

Mirá, señor micer Pietro, dijo entónces Emilia casi enojada, que no hay en la compañía quien tanto se defienda de obedecer a lo que le mandan como vos; por eso sería bien que la señora Duquesa os mandase dar por ello alguna gran pena.

Dijo riendo micer Pietro. No os enojeis conmigo, señora, yo os lo suplico, que yo diré todo lo que vos mandáredes.

Decí, pues, dijo Emilia.

Micer Pietro entónces, habiendo primero estado sobre

EL CORTESANO

sí un rato callando, apercibiéndose despues un poco, como para hablar de una cosa muy sustancial y muy alta, comenzó a decir así:

CAPITULO VI

En el cual micer Pietro Bembo, por mandado de la Duquesa, tomando el cargo de la plática, muestra cómo el Cortesano siendo viejo puede ser enamorado, no sólo sin afrenta, mas con mayor prosperidad de honra que el mozo, y trata esta materia del amar sutilmente.

SENORES, para mostrar yo que los viejos pueden amar, no solamente sin vergüenza y deshonor, mas aún con mayor honra y prosperidad que los mozos, será necesario estenderme un poco por declarar qué cosa es amor, y en qué consiste la bienaventuranza que pueden alcanzar los enamorados. Por eso, señores, yo os suplico que esteis atentos; porque yo espero haceros ver claramente que aquí no hay entre nosotros hombres que no pudiesen muy bien andar enamorados, aunque tuviesen quince o veinte años más que el señor Morello.

Rieron desto un rato todos, y luego el Bembo siguió adelante su habla diciendo así. Digo, pues, que, segun la definición de los antiguos sabios, amor no es otra cosa sino un deseo de gozar lo que es hermoso, y porque el deseo nunca codicia sino lo que conoce, es necesario que el conocimiento sea siempre primero que el deseo, el cual naturalmente ama al bien, pero de sí mismo es ciego y no le ve. Por eso la natura ha ordenado la cosa

desta manera, que cada virtud, cuyo oficio es conocer, tenga por compañera otra virtud, cuyo oficio sea codiciar; y porque en nuestra alma hay tres formas de conocer, es a saber, por el sentido, por la razon, por el entendimiento; del sentido nace el apetito, el cual es comun a nosotros con las bestias; de la razon nace la eleccion que es propia al hombre, y del entendimiento, por el cual puede el hombre participar con los ángeles, nace la voluntad. De manera que como el sentido no conoce sino cosas sensibles, así tambien el apetito no codicia sino las mismas; y así como el entendimiento no tiene ojo sino a la contemplacion de las cosas inteligibles, así la voluntad no alcanza otro mantenimiento sino los bienes del espíritu. El hombre de natura racional, puesto como medio entre estos dos extremos, puede por su eleccion, o inclinándose al sentido, o levantándose al entendimiento, llegarse a los deseos, agora de la una parte, y agora de la otra. Siguiendo, pues, este proceso, se puede desear lo hermoso, de lo cual el universal nombre conviene a todas las cosas, así naturales como artificiales, que sean compuestas con buena proporcion y debido temple, quanto la natura de cada una dellas sufre. Mas hablando de la hermosura de que nosotros agora tratamos, la cual es solamente aquella que parece en los cuerpos, y en especial en los rostros humanos, y mueve aquel ardiente deseo que llamamos amor, dirémos que es un lustre o un bien que mana de la bondad divina, el cual aunque se estienda y se derrame sobre todas las cosas criadas como la luz del sol, todavía quando halla un rostro bien medido y compuesto, con una cierta alegre y agradable concordia de colores distintos, y ayudados de sus lustres y de sus sombras, y de un ordenado y proporcionado espacio y término de líneas, infún-

dese en él, y muéstrase hermosísimo, aderezando y ennobleciendo aquel sujeto, donde él resplandece acompañándole, y alumbrándole de una gracia y resplandor maravilloso, como rayo de sol que da en un hermoso vaso de oro, muy bien labrado y lleno de piedras preciosísimas; y así con esto trae sabrosamente a sí los ojos que le ven, y penetrando por ellos se imprime en el alma de quien le mira, y con una nueva y estraña dulzura toda la trastorna y la hinche de deleite, y encendiéndola, la mueve a un deseo grande dél; así que, quedando presa el alma del deseo de gozar desta hermosura como de cosa buena, si se deja guiar por el sentido, da de ojos en grandes errores, y juzga que aquel cuerpo, en el cual se vee la hermosura, es la causa principal della, y así, para gozalla enteramente, piensa que es necesario juntarse del todo, lo más que sea posible, con él; y éste es gran error, y por eso, el que cree gozar la hermosura poseyendo el cuerpo donde ella mora, recibe engaño, y es movido no de verdadero conocimiento por elecion de razon, sino por opinion falsa por el apetito del sentido; y así tambien el placer que se sigue desto ha de ser de necesidad falso. Y por esto en una de dos miserias dan todos aquellos enamorados que cumplen sus carnales deseos con sus amigas; que luégo en llegando al fin deseado, no solamente quedan hartos y enhadados, mas aborrecenlas de tal manera, que no parece sino que el mismo apetito se arrepiente de su mismo yerro, y reconoce el engaño que el falso juicio del sentido le ha hecho, por el cual creyó que el mal era bien, o verdaderamente quedan en el mismo deseo, como aquellos que aún no han llegado al fin verdadero que buscaban, y puesto que por la ciega opinion, que los tiene borrachos, les parezca que en aquel punto sientan placer, como acaece a los

enfermos que sueñan beber en alguna fuente clara, no por eso se contentan ni quedan sosegados; y porque del poseer el bien deseado nace siempre sosiego y contentamiento en el alma de quien le posee, hemos de decir que si aquél fuese el verdadero y buen fin del deseo dellos, poseyéndole quedarían sosegados y contentos, lo cual no hacen, ántes engañados con aquella muestra o semejanza del bien, luégo a la hora vuelven a sus desenfrenados deseos; y, con la misma fatiga que primero sentían, se hallan en mitad de la brava y ardiente sed de aquello, que en vano esperan poseer perfectamente. Así que estos tales enamorados aman pasando vida congojosa y miserable; porque o nunca alcanzan lo que desean, que no puede ser mayor trabajo, o verdaderamente si lo alcanzan, hállanse haber alcanzado su mal, y acaban su miseria con otra mayor miseria; porque no solamente en el cabo, mas áun en el principio y en el medio de este amor nunca otra cosa se siente sino afanes, tormentos, dolores, adversidades, sobresaltos y fatigas; de manera que el andar ordinariamente amarillo y afligido en continas lágrimas y sospiros, el estar triste, el callar siempre o quejarse, el desear la muerte, y, en fin, el vivir en extrema miseria y desventura, son las puras calidades que se dicen ser propias de los enamorados. La causa, pues, de todos estos males es la sensualidad principalmente, la cual en la mocedad puede mucho; porque la virtud del cuerpo en aquella sazón le da tanta fuerza, cuanta es la que quita a la razón, y por eso fácilmente derrueca al alma, y le hace que siga el apetito. Y por cierto no es maravilla, porque hallándose ella presa y aherrrojada en la prisión de la carne, y siendo aplicada al cargo de gobernar y sostener el cuerpo, apartada de la contemplación espiritual, no puede por sí misma enten-

der claramente la verdad, y así esle forzado para alcanzar algun conocimiento de las cosas, que vaya mendigando de los sentidos el principio dellas, y por eso les da crédito, y tras ellos se anda, y a ellos toma por guia, en especial cuando son tan poderosos que casi la fuerzan; y, porque ellos son engañosos, hínchenla de errores y de falsas opiniones; por donde casi siempre acaece que los hombres mozos andan envueltos en este amor vicioso, enemigo total de la razon, y así son hechos indinos y inhábiles para gozar las mercedes y bienes que el amor da a sus verdaderos esclavos, y tras esto nunca en sus amores sienten otros placeres sino los mismos que sienten las bestias, y los afanes son más graves; siendo luégo firme este fundamento, el cual no puede ser más verdadero, digo que al reves de todo esto que hemos dicho acaece a los que son de edad más madura; porque si éstos, cuando ya el alma no está tan cargada con la carga del cuerpo, y cuando el calor natural comienza a entibiarse, se encienden y se levantan tras aquella hermosura de que tratémos, y hácia ella vuelven todo el deseo, guiado por elecion de razon, no quedan engañados, sino que perfetamente la alcanzan y la poseen y la gozan, y deste poseella y gozalla, les nace bien continuo, porque la hermosura es cosa buena, y por consiguiente, el verdadero amor della ha de ser bueno, y siempre ha de producir efetos buenos en las almas de aquellos que con el freno de la razon corrigen la malicia del sentido, lo cual pueden hacer los viejos mucho más fácilmente que los mozos. No os parezca, pues, muy gran sinrazon decir que los viejos pueden andar enamorados sin que merezcan ser por ello burlados ni reprehendidos, y áun con mejor vida y más sosegada que los mozos. Hase de entender con todo cuando aquí digo viejos, que no es mi intincion

decillo de los que lo son tanto que estén ya tan gastados y caídos, que el alma, por la flaqueza del cuerpo, no pueda ya aprovecharse en ellos de sus potencias; no lo digo sino de los que son de tal edad que su saber y su juicio y su ánimo están aún en su verdadera fuerza y virtud; pero entre otras cosas no quiero callar ésta: que yo tengo por cierto, que, aunque el amor que reina en la sensualidad sea en toda edad malo, todavía en los mozos tiene muy gran desculpa, y quizá en alguna manera es permitido; porque, puesto que ellos por él padezcan trabajos y congojas, y aquellas tantas desventuras que hemos dicho, y se vean a cada paso en mil peligros, hay muchos enamorados que por ganar el amor de sus damas hacen muchas cosas de virtud y de honra, las cuales, aunque no sean enderezadas a buen fin, todavía en sí son buenas; y tras esto, en mitad de sus males, sacan ellos por una fuerza o propiedad de amor, que apenas se puede entender, un cierto gusto que les da sufrimiento, y les despierta el sentido, y les hace que huelguen de tragar mil males por aquel poco de bien que despues acude a su tiempo; llevan asimismo un gran provecho, que con las fortunas y adversidades, que pasan, escarmentan al cabo, y cobran seso, conociendo sus yerros y emendándolos. Así que como yo tengo por más que hombres aquellos mancebos que vencen sus apetitos, y aman, llevando sus cosas con el juicio de la razon, así tambien desculpo a los que se dejan vencer del amor vicioso, al cual por nuestra flaqueza somos muy inclinados. Con todo hase de mirar en esto, que estos que aman así se muestren bien criados, y usen de una gentileza de espíritu, y de un valor grande, y de todas las otras buenas calidades que estos señores han dado al Cortesano, y más que, en viéndose declinar a la vejez, dejen de amar

con ese amor que agora decimos, y se retrayan, apartándose del deseo que la sensualidad trae, como del más bajo paso de aquella escalera por la cual se puede subir al verdadero amor; pero si éstos aún despues de viejos conservan en su corazon frio el fuego de los deseos desordenados, y someten la razon fuerte a la sensualidad flaca, no se puede decir cuánto merecen ser reprehendidos, porque en la verdad debrian como locos sin sentido ser echados con perpétua infamia entre los animales brutos, considerando que los pensamientos y los términos del amor vicioso son en todo extremo desproporcionados con la edad ya madura.

Aquí el Bembo paró un poco, casi como por descansar, y entónces estando todos quedos esperando lo que más diria, atravesó Morello de Ortona, diciendo. Y si se hallase un viejo más bien dispuesto y más recio y más hermoso que muchos mozos que yo conozco, ¿por qué querríades vos que a este tal no le fuese permitido amar del amor que los mozos aman?

Rióse a esto la duquesa y dijo. Si el amor de los mozos es tan trabajoso como aquí se ha dicho, ¿por qué quereis vos, señor Morello, que los viejos tambien amen, sintiendo el mismo trabajo? Por eso creo yo que si vos fuésedes viejo, como dicen estos caballeros, no procurádes agora tanto mal para los viejos.

El mal para los viejos, respondió Morello de Ortona, paréceme que micer Pietro Bembo le procura, queriendo que ellos amen de un cierto modo, que yo de mí os digo que no le entiendo, y paréceme que gozar de aquella hermosura que él tanto alaba, si juntamente con ella no se goza del cuerpo donde ella mora, no es otra cosa sino un sueño.

¿Creeis vos, señor Morello, dijo entónces el conde Lu-

dovico, que la hermosura es siempre tan buena como dice micer Pietro Bembo?

Yo no por cierto, respondió Morello. Antes me acuerdo haber visto muchas mujeres hermosas ser en todo extremo malas, crueles y desabridas; y esto parece, que comunmente ha de acaecer así; porque la hermosura las hace soberbias, y la soberbia crueles,

Dijo a esto riendo el conde Ludovico. A vos quizá os deben de parecer crueles, porque no hacen con vos todo lo que querríades; por eso hacé que micer Pietro Bembo os muestre de qué manera han de querer los viejos gozar la hermosura de las mujeres, y qué es lo que han de desear dellas, y de que se han de contentar, y así, no salíendos vos de las reglas que él os diere, veréis cómo no serán con vos crueles ni soberbias, y cómo os acudirán muy bien a vuestros deseos.

Pareció en esto que Morello se enojó algo, y así dijo. Yo no quiero saber lo que no me toca; mas hacé vos que os sea mostrado cómo han de andar enamorados, y desear gozar esa hermosura que habeis dicho, los mancebos peor dispuestos y ménos recios que los viejos.

Aquí micer Federico, por desbaratar esta plática, porque Morello no se enojase más, no consintió al conde Ludovico que respondiese, sino atajándole, dijo. Por ventura el señor Morello no deja de tener alguna razon en decir que la hermosura no es siempre buena, porque muchas veces las mujeres hermosas son causa de muchos males, enemistades, guerras, muertes y otros cien mil daños, y desto es buen testigo Troya; y son asimismo comunmente soberbias y crueles, o verdaderamente, como ya se ha dicho, deshonestas y malas; pero esto postero quizá el señor Morello no lo terná por tacha. Hay tambien muchos hombres malvados y perversos, que tie-

nen buena cara y buena disposicion, de manera que parece que la natura los haya hecho tales para que puedan mejor engañar, y que aquel gesto manso y bueno sea como el cebo en el anzuelo.

No creais, dijo entónçes micer Pietro Bembo, que la hermosura no sea siempre buena.

Aquí el conde Ludovico, por volver al propósito de lo que arriba movió, atajó esto, que se comenzaba a tratar, y dijo. Pues el señor Morello no quiere saber lo que tanto le importa, mostrámelo a mí a lo ménos, y hacéme saber cómo los viejos puedan alcanzar alguna bienaventuranza en los amores; que con tal que yo sepa esto, no se me dará nada desotro que me tengan por viejo, los que vieren que he hecho esta pregunta.

Rióse a esto micer Pietro, y dijo. Yo quiero primero quitar de estos señores el error que tienen, y despues responderé a eso que vos quereis saber, y así volvió a comenzar, diciendo. Señores, yo ciertamente no querria, que con decir mal de la hermosura, la cual es una cosa sagrada y divina, hubiese alguno de vosotros, que, como profano y sacrílego, incurriese en la ira de Dios. Y así porque el señor Morello y el señor micer Federico estén en esto avisados, y se guarden de perder como Stesícoro la vista, que es pena muy justa y conveniente a quien menosprecia la hermosura, digo que de Dios nace ella, y es como un círculo, del cual la bondad es el centro. Por eso como no puede ser círculo sin centro, así tampoco puede ser hermosura sin bondad; y con esto acaece pocas veces que una ruin alma esté en un hermoso cuerpo, y de aquí viene que la hermosura que se vee de fuera, es la verdadera señal de la bondad que queda dentro; y en el cuerpo de cada uno es imprimida, en los unos más y en los otros ménos, una cierta gracia casi como un ca-

rácter o sello del alma, por el cual es conocida por de fuera, como los árboles que con la hermosura de la flor señalan la bondad de la fruta. Esto mismo acontece en los cuerpos; y así los que entienden de fisionomía, muchas veces en la compostura de los rostros y en el gesto, conocen las costumbres e inclinaciones, y alguna vez los pensamientos, y lo que es más de maravillar, hasta en las bestias se comprende en el aspecto la calidad del ánimo, el cual en el cuerpo se declara todo lo posible. Considerará cuán claramente en el rostro del leon, del caballo y del águila se conoce la ira, la ferocidad y la soberbia; en los corderos y en las palomas una pura y simple inocencia; en las zorras y lobos una astucia maliciosa, y por aquí casi en todos los otros animales; así que los feos comunmente son malos, y los hermosos buenos; y puédesse muy bien decir que la hermosura es la cara del bien graciosa, alegre, agradable y aparejada a que todos la deseen; y la fealdad, la cara del mal oscura, pesada, desabrida y triste. Y si quereis discurrir por todas las otras cosas, y bien considerallas, hallaréis que siempre, las que son buenas y provechosas, alcanzan este dón de hermosura. Mirá este gran edificio y fábrica del mundo, el cual por el bien y conservacion de todas las criaturas ha sido criado y fabricado por la mano de Dios; veréis el cielo redondo, ornado y ennoblecido de tantas divinas lumbres; la tierra rodeada de los elementos con su mismo peso sostenida, el sol, que haciendo su curso, estiende y derrama su luz por todo, y en el invierno desciende hácia el más bajo sino, y despues su poco a poco vuelve a subir hácia el otro punto; veréis también la luna que dél toma su luz proporcionada segun la distancia de cómo se le allega o se le aleja, y las otras cinco planetas que diferentemente hacen el mismo curso. Todas estas

cosas en sí tienen tanta fuerza, por el ayuntamiento y atadura de un órden compuesto así necesariamente, que, mudándole un solo punto, no podrian compadecerse y caeria el mundo, quedando hecho mil pedazos; alcanzan asimismo tanta hermosura y gracia que no puede el entendimiento humano imaginar cosa más hermosa. Considerá tras esto la figura del hombre, el cual se puede llamar pequeño mundo, hallaréis en él todas las partes de su cuerpo ser compuestas necesariamente por arte y no a caso, y despues toda la forma junta ser hermosísima, de tal manera que con dificultad se podria juzgar cuál es mayor o el provecho o la gracia que al rostro humano y a todo el cuerpo dan los miembros, como son los ojos, la nariz, la boca, las orejas, los brazos, los pechos, y así las otras partes. Lo mismo se puede decir de todos los otros animales; veis las plumas en las aves, las hojas y ramas en los árboles, mirá que estas cosas les son dadas por conservacion de su sér, y juntamente con esto tienen en sí una frescura y lindeza grande. Dejemos la natura y vengamos al arte. ¿Qué cosa hay tan necesaria en las naves y galeras como es la proa, los lados, el antena, el mastel, las velas, el gobernalle, los remos, las áncoras y todos los otros aparejos? Y todas estas cosas ya veis cómo parecen tan bien a la vista, que, quien las mira, halla que así se hicieron: por ornamento como por provecho. Sostienen las columnas y los arcos y las bóvedas a los altos templos y palacios, mas por eso no son estas cosas ménos vistosas y saberbias a los ojos de quien las vee, que provechosas a los edificios. Cuando primero comenzaron los hombres a edificar, pusieron en los templos y casas, en lo más alto de enmedio, aquellas cubiertas así combadas como agora se veen, y no era entónces la intincion dellos hacer esto porque tuviesen

más gracia los edificios, sino porque, estando así los tejados en pendiente, corriesen mejor las aguas, todavía vino mezclada con este provecho la hermosura tanto, que si debajo de aquel cielo, donde nunca llueve ni graniza, se edificase agora un templo, no pareceria, que sin aquella combadura, pudiese tener ninguna majestad ni hermosura. Tambien vemos que para alabar cualquiera cosa, ningun término tenemos mejor que llamalla hermosa; y así cuando queremos alabar las cosas del mundo decimos hermoso cielo, hermosa tierra, hermoso mar, hermosos rios, hermosas provincias, hermosos montes, árboles, jardines, hermosas ciudades, hermosos templos y casas y ejercitos. A toda cosa, en fin, da grandísimo ornamento esta alta y divina hermosura, y puédese bien decir que lo bueno y lo hermoso en alguna manera son una misma cosa, en especial en los humanos, de la hermosura de los cuales la más cercana causa pienso yo que sea la hermosura del alma, la cual como participante de aquella verdadera hermosura divina, hace resplandeciente y hermoso todo lo que toca, especialmente si aquel cuerpo donde ella mora no es de tan baja materia que ella no pueda imprimille su calidad. Así que la hermosura es el verdadero trofeo e insinia de la vitoria del alma, cuando ésta con la virtud divina señorea a la natura material, y con su luz vence las tinieblas del cuerpo. No es razon, pues, decir que la hermosura haga a las mujeres ser soberbias o crueles, puesto que le parezcan así al señor Morello; ni tampoco se han de echar a cuenta de las hermosas aquellas enemistades, muertes y graves daños de que son causa los deseos desordenados de los hombres. No porfiaré con todo que no sea posible hallarse en el mundo entre las mujeres hermosas algunas deshonestas y malas, pero no se ha de decir por eso

que la hermosura las incline a no ser buenas. Antes hemos de tener por cierto que las guarda de caer en cosas feas, y las pone en camino de la virtud por aquel ayuntamiento, que, según hemos dicho, tiene la bondad con la hermosura; mas alguna vez la mala crianza que les dieron, y los continos requerimientos y porfías de los enamorados, las dádivas, la pobreza, la esperanza, los engaños, el miedo y otras mil cosas vencen la bondad y firmeza de las muy hermosas y muy buenas; y por estas mismas o otras semejantes causas pueden también los hombres hermosos venir a ser malos.

Si es verdad, dijo entonces micer César, lo que ayer afirmó el señor Gaspar Pallavicino, no hay duda sino que las hermosas han de ser más castas y virtuosas que las feas.

¿Qué afirmé yo? dijo Gaspar Pallavicino.

Si yo bien me acuerdo, respondió micer César, vos dejistes que las mujeres, cuando las ruegan, siempre niegan lo que les piden, y las otras que no son rogadas andan rogando a muchos; acaeciéndose esto así, y siendo cierto que las hermosas son más rogadas e importunadas que las feas, síguese que las hermosas siempre niegan, y nunca acuden a los que andan tras ellas, y por consiguiente son más castas que las feas, las cuales no siendo rogadas, ruegan a los otros.

Rióse el Bembó, y dijo. A ese argumento no hay qué responder. Y luego siguió adelante su habla, diciendo. Acaece también muchas veces, que así la vista como los otros sentidos nuestros se engañan y juzgan por hermoso un rostro, que en la verdad no lo es, y, porque en los ojos y en todo el gesto de algunas mujeres se ve alguna vez un cierto brío mezclado con una blandura o regalo poco honesto, muchos que huelgan con aquello, porque

EL CORTESANO

les da esperanza de alcanzar fácilmente lo que desean, dicen que aquélla es la perfeta hermosura, pero realmente no es sino una deshonestidad cubierta con un no sé qué, que engaña a los necios, no por cierto merecedora de un tan honrado y santo nombre como es el de la hermosura.

CAPÍTULO VII Y ÚLTIMO

En el cual prosiguiendo micer Pietro Bembo su plática, muestra al Cortesano la manera que debe tener para amar muy al contrario del amor loco que el vulgo sigue.

CALLABA ya micer Pietro Bembo, pero todos aquellos señores le porfiaron que dijese más sobre este amor tan sustancial y tan alto, que tratase la manera que se ha de tener para gozar verdaderamente de la hermosura, y así él, en fin, dijo. A mí me parece que harto bien claro os he mostrado que con mayor descanso y más prósperamente pueden amar los viejos que los mozos, y ésta ha sido la materia que yo he tomado a cargo de tratar; por eso a mí no me conviene por agora entrar adelante de otras cosas.

Mejor habeis mostrado, respondió el conde Ludovico, la mala vida de los mozos en los amores que la buena de los viejos, a los cuales, segun me parece, aún no habeis enseñado qué camino hayan de seguir en este su amor, sino que solamente les habeis dicho que se guien por la razon, y muchos tienen por imposible que puedan la razon y el amor compadecerse.

El Bembo andaba ya por descabullirse de esta plática y por dar fin a su habla; pero la Duquesa le rogó

que dijese más, y así él volvió a comenzar, diciendo. Gran miseria y desventura sería de la humana naturaleza si nuestra alma, en la cual puede nacer fácilmente aquel tan encendido deseo que con el amor va mezclado, fuese forzada a mantenerle con solo aquello que a ella le es comun con las bestias, y no pudiese volverle hácia la otra ecelente parte que le es conforme y propria totalmente. Por eso, pues vosotros mandais que yo trate un rato de esta tan singular materia, soy contento de hacello; pero, porque yo me hallo bajo para una tan alta cosa, y no merecedor de hablar de los santísimos secretos y misterios del amor, ruego a él que nueva y levante mi pensamiento y mi lengua tanto, que yo pueda mostrar a este nuestro gran Cortesano la manera que ha de tener para poder amar muy fuera de la costumbre del loco y profano vulgo, y así como yo desde niño siempre hasta aquí le he seguido y puesto mi vida en sus manos, así agora a él le plega que mis palabras sigan este mismo proceso, y tengan aliento y fuerza grande en alaballe. Digo, pues, que considerado que nuestra naturaleza en los hombres mozos es muy inclinada a la sensualidad, se puede bien sufrir al Cortesano que en su mocedad ame sensualmente; pero si después en los años ya más maduros acaso se enamoráre, debe tener gran cautela, y áun estar mucho sobre aviso de no engañarse; y ha de guardarse de caer en aquellas desventuras y congojas que en los mozos merecen más aína ser lloradas que reprehendidas, y en los viejos mucho más ser reprehendidas que lloradas. Por eso cuando viere a alguna mujer hermosa, graciosa, de buenas costumbres, y de gentil arte, y tal, en fin, que él como hombre experimentado en amores conozca ser ella aparejada para enamoralle, luégo a la hora que cayere

en la cuenta, y oyere que sus ojos arrebatan aquella figura, y no paran hasta metella en las entrañas, y que el alma comienza a holgar de contemplalla, y a sentir en sí aquel no sé qué, que la mueve, y poco a poco la enciende, y que aquellos vivos espíritus que en ella centellean de fuera por los ojos no cesan de echar a cada punto nuevo mantenimiento al fuego, debe luégo proveer en ello con presto remedio, despertando la razon, y fortaleciendo con ella la fortaleza del alma, y atajando de tal manera los pasos a la sensualidad, y cerrando así las puertas a los deseos, que ni por fuerza ni por engaño puedan meterse dentro; y así entónces si la llama de fuego cesa, cesará tambien el peligro; mas si ella dura o crece, debe en este caso el Cortesano, sintiéndose preso, determinarse totalmente a huir toda vileza de amor vulgar y bajo, y a entrar con la guía de la razon en el camino alto y maravilloso de amar; y para esto ha de considerar primero que el cuerpo donde aquella hermosura resplandece no es la fuente de donde ella nace, sino que la hermosura, por ser una cosa sin cuerpo, y, como hemos dicho, un rayo divino, pierde mucho de su valor hallándose envuelta y caída en aquel sujeto vil y corruptible, y que tanto más es perfeta, quanto ménos dél participa, y si dél se aparta del todo, es perfetísima; y que así como es imposible oir nosotros con el paladar o oler con los oidos, así tambien lo es gozar la hermosura con el sentido del tacto, y satisfacer con él a los deseos, movidos por ella en nuestras almas, y que solamente se puede gozar con el sentido del ver, del cual es ella el verdadero objeto; y así, con estas consideraciones, apártese del ciego juicio de la sensualidad, y goce con los ojos aquel resplandor, aquella gracia, aquellas centellas de amor, la risa, los ademanes, y todos los

otros dulces y sabrosos aderezos de la hermosura. Goce asimismo con los oídos la suavidad del tono de la voz; el són de las palabras, y la dulzura del tañer y del cantar, si su dama fuere música, y así con todas estas cosas dará a su alma un dulce y maravilloso mantenimiento por medio de estos dos sentidos, los cuales tienen poco de lo corporal, y son ministros de la razón, y será tal este mantenimiento suyo, que no pasará, hácia el cuerpo con el deseo, a ningún apetito deshonesto. Tras esto acate, sirva, honre y siga en todo la voluntad de su Dama, y quíerala más que a sí mismo, tenga más cuidado de los placeres y provechos della que de los suyos propios, y ame en ella no ménos la hermosura del alma que la del cuerpo. Por eso tenga aviso de acordalle lo que le cumpliere, no dejándolo caer en errores, y con buenas palabras procure siempre de guialla por el camino de la virtud y verdadera honestidad, y haga que en ella no tengan lugar sino los pensamientos limpios y puros y apartados de toda fealdad de vicios. Y así sembrando virtudes en su alma della, cogerá grandes frutos de hermosas costumbres, y gustallos ha con entrañable deleite, y éste será el verdadero engendrar y juntar, y exprimir la hermosura en la hermosura, lo cual, según opinión de algunos, es el sustancial fin del amor. Desta manera será nuestro Cortesano muy aceto a su Dama, y así ella se conformará siempre con la voluntad dél, y le será dulce y blanda, y tan deseosa de contentalle, cuanto de ser amada dél, y las voluntades de entrambos serán honestas y conformes, y por consiguiénte vivirán vida bienaventurada.

Respondió aquí Morello de Ortona. El engendrar con efeto la hermosura en la hermosura, me parece a mí que sería engendrar un hermoso hijo en una hermosa mu-

jer; y por cierto yo creería que fuese más clara señal de amor acudir ella a su servidor en esto, que contentalle con aquella blandura y buen tratamiento que habeis dicho.

Rióse a esto el Bembo, y dijo. No nos salgamos de nuestros términos, señor Morello. ¿Paréceos a vos que señale poco amor la Dama a su servidor, dándole la hermosura, que es una cosa de tanto precio, y dándosela por las vías que son la derecha entrada para el alma? Porque por la vista y por los oídos le envía el blando mirar de sus ojos, la imágen de su rostro, la gracia de su gesto, la voz y las palabras que penetran hasta dentro en las entrañas dél, y allí muestran claramente cuán amado es.

El mirar y las palabras, dijo Morello, pueden ser, y muchas veces son, unos testigos bien falsos, que afirman lo que no es; así que el que no tuviere otra mejor prenda, no estará, a mi parecer, muy seguro. Y a la verdad yo esperaba que vos hiciédeses esa vuestra Dama un poco más tratable y dulce con el Cortesano que no ha hecho el señor Manífico la suya; mas paréceme que entrambos habeis sido en esto como aquellos jueces que por parecer sabios y virtuosos dan la sentencia contra los suyos.

Yo ciertamente quiero, dijo el Bembo, que mi Dama sea harto más dulce con mi Cortesano viejo, que no es la del señor Manífico con el mozo, y esto con grande razón por cierto, porque el mio no desea sino cosas honestas, y por eso puede su dama dárselas todas sin ninguna culpa. Mas la del señor Manífico, pues le cabe el servidor más travieso, debe dalle solamente lo que fuere honesto, y niéguele todo lo demás. Así que más bienaventurado será mi Cortesano, a quien se ha de dar

todo lo que desea, que no el otro a quien parte se da y parte se niega; y porque mejor veais que el amor virtuoso vale más y da mayor bienaventuranza que el vicioso, digo que unas mismas cosas se deben alguna vez negar en el amor vicioso, y en el virtuoso concederse, porque en aquél son deshonestas, y en estotro honestas; y así la Dama, por contentar a su servidor en este amor bueno, no solamente puede y debe estar con él muy familiarmente riendo y burlando, y tratar con el seso cosas sustanciales, diciéndole sus secretos y sus entrañas, y siendo con él tan conversable, que le tome la mano y se la tenga; mas aún, puede llegar sin caer en culpa por este camino de la razon hasta besalle, lo cual en el amor vicioso, segun las reglas del señor Manífico, no es lícito, porque siendo el beso un ayuntamiento del cuerpo y del alma, es peligro que quien ama viciosamente no se incline más a la parte del cuerpo que a la del alma; pero el enamorado que ama, teniendo la razon por fundamento, conoce que, aunque la boca sea parte del cuerpo, todavía por ella salen las palabras que son mensajeras del alma, y sale asimismo aquel intrínseco aliento que se llama tambien alma; y por eso se deleita de juntar su boca con la de la mujer a quien ama, besándola no por moverse a deseo deshonesto alguno, sino porque siente que aquel ayuntamiento es un abrir la puerta a la almas de entrambos, las cuales, traidas por el deseo la una de la otra, se traspasan y se trasportan por sus conformes veces, la una tambien en el cuerpo de la otra, y de tal manera se envuelven en uno, que cada cuerpo de entrambos queda con dos almas, y una sola compuesta de las dos rige casi dos cuerpos; y por eso el beso se puede más aún decir ayuntamiento de alma que de cuerpo; porque tiene sobre ella tanta fuerza, que la

trae a sí, y casi la aparta del cuerpo; por esta causa todos los enamorados castos desean el beso, como un ayuntamiento espiritual; y así aquel gran Platon, divinamente enamorado, dice que, besando una vez a su amiga, le vino el alma a los dientes para salirle ya del cuerpo; y porque el separarse el alma de las cosas sensibles y bajas, y el juntarse totalmente con las inteligibles y altas puede ser significado por el beso, dice Salomon en aquel su divino libro de los Cánticos: *Bésame con el beso de tu boca*, por mostrar deseo grande que su alma sea arrebatada por el amor divino a la contemplacion de la hermosura celestial, de tal manera, que juntándose con ella entrañablemente desampare al cuerpo. Estaban todos muy atentos, escuchando lo que el Bembo decía, cuando él paró un poco, y estando así quedó un rato sobre sí, sin hablar palabra, viendo que todos tambien callaban, volvió a decir así. Pues me habeis hecho comenzar a mostrar a nuestro Cortesano cómo pueda ya, siendo algo viejo, amar de este amor tan alto y tan lleno de bienaventuranza, yo quiero agora hacelle pasar más adelante, haciéndole subir a otro mayor grado, porque, ciertamente dejalle en este término de que agora hemos tratado, es harto peligroso, considerado que, como aquí muchas veces se ha dicho, nuestra alma es en extremo inclinada a los sentidos; y puesto que la razon, procediendo por sus argumentos adelante, llegue a escoger el bien, y conozca la hermosura no nacer del cuerpo, y por el mismo caso tenga la rienda corta a los deseos no buenos, todavía contemplándola siempre el entendimiento en aquel cuerpo de la persona amada, se le turba y trastorna hartas veces el verdadero juicio; y cuando ya otro mal no hubiese en esto, el estar ausente de la que amais no puede sino afligir

mucho, porque aquel penetrar o influir que hace la hermosura, siendo presente, es causa de un estraño y maravilloso deleite en el enamorado, y callentándole el corazon, despierta y derrite algunos sentimientos o fuerzas que están adormidas y heladas en el alma, las cuales, criadas y mantenidas por el calor que del amor les viene, se estienden, y retoñecen y andan como bullendo al derredor del corazon, y envian fuera por los ojos aquellos espíritus, que son unos delgadísimos vapores hechos de la misma pura y clara parte de la sangre que se halla en nuestro cuerpo, los cuales reciben en sí luégo la imágen de la hermosura, y la forman con mil ornamentos y primores de diversas maneras, y con esto el alma por una parte se deleita, y por otra se espanta con una cierta maravilla, y en mitad de este espanto se goza, y, casi atónita, siente juntamente con el placer aquel amor y acatamiento que a las cosas sagradas suele tenerse, y parecele que es aquello puramente su paraíso; así que el enamorado que contempla la hermosura solamente en el cuerpo, pierde este bien luégo a la hora que aquella mujer a quien ama, yéndose de donde él está presente, le deja como ciego, dejándole con los ojos sin su luz, y por consiguiente, con el alma despojada y huérfana de su bien; y esto ha de sér así forzadamente, porque estando la hermosura ausente, aquel penetrar y influir que hemos dicho del amor, no calienta el corazon como hacia estando ella presente, y así aquellas vias por donde los espíritus y los amores van y vienen, quedan entónces agotadas y secas, aunque todavia la memoria, que queda de la hermosura, mueve algo los sentimientos y fuerzas del alma.

Y de tal manera los mueve, que andan por estender y enviar a su gozo los espíritus; mas ellos, hallando los pa-

esos cerrados, hállanse sin salida y porfian cuanto más pueden por salir, y así encerrados no hacen sino dar mil espoladas al alma, y con sus aguijones desasosiéganla y apasionanla gravemente, como acaece a los niños cuando les empiezan a nacer los dientes; y de aquí proceden las lágrimas, los suspiros, las cuitas y los tormentos de los enamorados; porque el alma siempre se aflige y se congoja, y casi viene a tornarse loca, hasta que otra vez vuelve a ver aquella hermosura por ella tanto deseada, y luego, en viéndola, sosiega y descansa y huelga toda, y contemplándola, recibe en sí un gusto sabroso sobre todos los otros gustos, y un mantenimiento sustancial sobre todos los otros mantenimientos, y nunca jamas querría de aquella vista partirse; así que por huir el tormento desta ausencia y gozar sin ninguna pasión la hermosura, conviene que el Cortesano, ayudado de la razón, enderece totalmente su deseo a la hermosura sola, sin dejalle tocar en el cuerpo nada, y cuanto más pueda la contemple en ella misma simple y pura, y dentro en la imaginación la forme separada de toda materia, y formándola así la haga amiga y familiar de su alma, y allí la goce, y consigo la tenga días y noches en todo tiempo y lugar sin miedo de jamas perdella, acordándose siempre que el cuerpo es cosa muy diferente de la hermosura, y que no solamente no le acrecienta, mas que le apoca su perfición; de esta manera será nuestro Cortesano viejo fuera de todas aquellas miserias y fatigas, que suelen casi siempre sentir los mozos, y así no sentirá celos, ni sospechas, ni desabrimientos, ni iras, ni desesperaciones, ni otras mil locuras llenas de rabia, con las cuales muchas veces llegan los enamorados locos a tanto desatino, que algunos no sólo ponen las manos en sus amigas maltratándolas feamente, más aún a sí mismos qui-

tan la vida. Tras esto, no hará agravio a marido, padre, hermanos o parientes de la mujer a quien amare; no será causa de la infamia della, no terná necesidad de refrenar alguna vez con grande dificultad los ojos y la lengua por traer secretos sus amores; no sentirá los tormentos de las partidas ni de las ausencias, porque consigo se llevará siempre en su corazon su tesoro, y áun con la fuerza de la imaginacion se formará dentro en sí mismo aquella hermosura mucho más hermosa que en la verdad no será. Pero áun entre todos estos bienes hallará el enamorado otro mayor bien, si quisiere aprovecharse de este amor como de un escalon para subir a otro muy más alto grado, y esto harásele perfetamente, si entre sí ponderáre cuán apretado ñudo y cuán grande estrechez sea estar siempre ocupado en contemplar la hermosura de un cuerpo solo; y así de esta consideracion le verná deseo de ensancharse algo y de salir de un término tan angosto, y por estenderse juntará en su pensamiento poco a poco tantas bellezas y ornamentos, que, juntando en uno todas las hermosuras, hará en sí un conceto universal, y reducirá la multitud dellas a la unidad de aquella sola, que generalmente sobre la humana naturaleza se estiende y se derrama; y así no ya la hermosura particular de una mujer, sino aquella universal, que todos los cuerpos atavia y ennoblece, contemplará; y desta manera embebecido, y como encandilado con esta mayor luz, no curará de la menor, y ardiendo en este más ecelente fuego, preciará poco lo que primero habia tanto preciado. Este grado de amar, aunque sea muy alto y tal que pocos le alcanzan, todavía no se puede aún llamar perfeto; porque la imaginacion, siendo potencia corporal (y segun la llaman los filósofos, orgánica), y no alcanzando conocimiento de las cosas sino por medio de aquellos

principios que por los sentidos le son presentados, nunca está del todo descargada de las tinieblas materiales, y por eso, aunque considera aquella hermosura universal separada y en sí sola, no la discierne bien claramente, ántes todavía se halla algo dudosa por la conveniencia que tienen las cosas a ella representadas, o (por usar del vocablo propio) los fantasmas con el cuerpo; y así aquellos que llegan a este amor, sin pasar más adelante, son como las avecillas nuevas, no cubiertas aún bien de todas sus plumas, que, aunque empiezan a sacudir las alas y a volar un poco, no osan apartarse mucho del nido, ni echarse al viento y al cielo abierto. Así que, cuando nuestro Cortesano hubiere llegado a este término, aunque se pueda ya tener por un enamorado muy próspero y lleno de contentamiento, en comparacion de aquellos que están enterrados en la miseria del amor vicioso, no por eso quiero que se contente ni pare en esto, sino que animosamente pase más adelante, siguiendo su alto camino tras la guía que le llevará al término de la verdadera bienaventuranza, y así en lugar de salirse de sí mismo con el pensamiento, como es necesario que lo haga el que quiere imaginar la hermosura corporal, vuélvase a sí mismo por contemplar aquella otra hermosura que se vee con los ojos del alma, los cuales entónces comienzan a tener gran fuerza, y a ver mucho, cuando los del cuerpo se enflaquecen y pierden la flor de su lozanía. Por eso el alma apartada de vicios, hecha limpia con la verdadera filosofía, puesta en la vida espiritual y ejercitada en las cosas del entendimiento, volviéndose a la contemplacion de su propia sustancia, casi como recordada de un pesado sueño, abre aquellos ojos que todos tenemos y pocos los usamos, y vee en sí misma un rayo de aquella luz que es la verdadera imágen de la hermosura angélica.

ca comunicada a ella, de la cual tambien ella despues comunica al cuerpo una delgada y flaca sombra; y así, por este proceso adelante llega a estar ciega para las cosas terrenales, con grandes ojos para las celestiales, y alguna vez, cuando las virtudes o fuerzas que mueven el cuerpo se hallan por la continua contemplacion apartadas dél, o ocupadas de sueño, quedando ella entónces desembarazada y suelta dellas, siente un cierto ascondido olor de la verdadera hermosura angélica; y así arrebatada con el resplandor de aquella luz, comienza a encenderse, y a seguir tras ella con tanto deseo, que casi llega a estar borracha y fuera de sí misma por sobrada codicia de juntarse con ella, pareciéndole que allí ha hallado el rastro y las verdaderas pisadas de Dios, en la contemplación del cual, como en su final bienaventuranza, anda por reposarse; y así ardiendo en esta más que bienaventurada llama se levanta a la su más noble parte, que es el entendimiento, y allí, ya no más ciega con la oscura noche de las cosas terrenales, ve la hermosura divina, mas no la goza aún del todo perfectamente, porque le contempla solamente en su entendimiento particular, el cual no puede ser capaz de la infinida hermosura universal, y por eso, no bien contento aún el amor de haber dado al alma este tan gran bien, aún todavía le da otra mayor bienaventuranza, que, así como la lleva de la hermosura particular de un solo cuerpo a la hermosura universal de todos los cuerpos, así tambien en el postrer grado de perfición la lleva del entendimiento particular al entendimiento universal; adonde el alma, encendida en el santísimo fuego por el verdadero amor divino, vuela para unirse con la natura angélica, y no solamente en todo desampara a los sentidos y a la sensualidad con ellos, pero no tiene más necesidad del discurso de la ra-

zon; porque transformada en ángel entiende todas las cosas intelligibles, y sin velo o nube alguna vee el ancho piélago de la pura hermosura divina, y en sí le recibe, y recebiéndole goza aquella suprema bienaventuranza, que a nuestros sentidos es incomprendible, pues luégo, si las hermosuras que a cada paso con estos nuestros flacos y cargados ojos en los corruptibles cuerpos (las cuales no son sipo sueños y sombras de aquella otra verdadera hermosura) nos parecen tan hermosas que muchas veces nos abrasan el alma y nos hacen arder con tanto deleite en mitad del fuego, que ninguna bienaventuranza pensamos poderse igualar con la que alguna vez sentimos por sólo un bien mirar que nos haga la mujer que amamos, ¿cuán alta maravilla, cuál bienaventurado traspor-tamiento os parece, que sea aquel que ocupa las almas puestas en la pura contemplacion de la hermosura divina? ¿Cuán dulce llama, cuán suave abrasamiento debe ser el que nace de la fuente de la suprema y verdadera hermosura, la cual es principio de toda otra hermosura, y nunca crece ni mengua, siempre hermosa, y por sí misma tanto en una parte quanto en otra simplísima, solamente a sí semejante y no participante de ninguna otra, más de tal manera hermosa, que todas las otras cosas hermosas son hermosas, porque della toman la hermosura? Esta es aquella hermosura indistinta de la suma bondad, que con su luz llama y trae a sí todas las cosas, y no solamente a las intelectuales da el entendimiento, a las racionales la razon, a las sensuales el sentido, y el apetito comun de vivir, más áun a las plantas y a las piedras comunica, como un vestigio o señal de sí misma, el movimiento y aquel instinto natural de las propiedades de ellas; así que tanto es mayor y más bienaventurado este amor que los otros, quanto la causa que le mueve es

más ecelente, y por eso, como el fuego material apura al oro, así este santísimo fuego destruye en las almas y consume lo que en ellas es mortal, y vivifica y hace hermosa aquella parte celestial que en ellas por la sensualidad primero estaba muerta y enterrada; ésta es aquella gran hoguera, en la cual (segun escriben los poetas) se echó Hércules y quedó abrasado en la alta cumbre de la montaña llamada Oeta, por donde despues de muerto fué tenido por divino y inmortal; ésta es aquella ardiente zarza de Moisés, las lenguas repartidas de fuego, el inflamado carro de Elías, el cual multiplica la gracia y bienaventuranza en las almas de aquellos que son merecedores de velle, cuando partiendo de esta terrenal baja se van volando para el cielo. Enderecemos, pues, todos los pensamientos y fuerzas de nuestra alma a esta luz santísima que nos muestra el camino, que nos lleva derechos al cielo, y tras ella, despojándonos de aquellas aficiones de que andábamos vestidos al tiempo que descendíamos, rehagámonos agora por aquella escalera que tiene en el más bajo grado la sombra de la hermosura sensual, y subamos por ella adelante a aquel aposento alto, donde mora la celestial dulce y verdadera hermosura, que en los secretos retraimientos de Dios está ascondida, a fin que los mundanales ojos no puedan vella, y allí hallaremos el término bienaventurado de nuestros deseos, el verdadero reposo en las fatigas, el cierto remedio en las adversidades, la medicina saludable en las dolencias, y el seguro puerto en las bravas fortunas del peligroso mar desta miserable vida. ¿Cuál lengua mortal, pues, oh amor santísimo, se hallará que bastante sea a loarte cuanto tú mereces? Tú, hermosísimo, bonísimo, sapientísimo, de la union de la hermosura y bondad y sapientia divina procedes, y en ella estás, y a ella y por ella

como en círculo vuelves. Tú, suavísima atadura del mundo, medianero entre las cosas del cielo y las de la tierra, con un manso y dulce temple inclinas las virtudes de arriba al gobierno de las de acá abajo, y, volviendo las almas y entendimientos de los mortales a su principio, con él los juntas. Tú pones paz y concordia en los elementos, mueves la naturaleza a producir, y convidas a la sucesion de la vida lo que nace. Tú las cosas apartadas vuelves en uno, a las imperfectas das la perfección, a las diferentes la semejanza, a las enemigas la amistad, a la tierra los frutos, al mar la bonanza y al cielo la luz, que da vida. Tú eres padre de verdaderos placeres, de las gracias de la paz, de la beninidad y bien querer, enemigo de la grosera y salvaje braveza, de la flojedad y desaprovechamiento. Eres, en fin, principio y cabo de todo bien, y porque tu deleite es morar en los lindos cuerpos y lindas almas, y desde allí alguna vez te muestras un poco a los ojos y a los entendimientos de aquellos que merecen verte, pienso que agora aquí entre nosotros debe ser tu morada, por eso ten por bien, Señor, de oír nuestros ruegos; éntrate tú mismo en nuestros corazones, y con el resplandor de tu santo fuego alumbrá nuestras tinieblas, y como buen adalid muéstranos en este ciego labirinto el mejor camino, corrige tú la fealdad de nuestros sentidos, y despues de tantas vanidades y desatinos como pasan por nosotros, danos el verdadero y sustancial bien, haznos sentir aquellos espirituales olores que vivifican las virtudes del entendimiento, y haznos tambien oír la celestial armonía de tal manera concorde, que en nosotros no tenga lugar más alguna discordia de pasiones; emborráchanos en aquella fuente perenal de contentamiento, que siempre deleita y nunca harta, y a quien bebe de sus vivas y frescas aguas da gusto de ver-

dadera bienaventuranza; descarga tú de nuestros ojos con los rayos de tu luz la niebla de nuestra inorancia, a fin que más no precieamos hermosura mortal alguna, y conozcamos que las cosas que pensamos ver no son, y aquellas que no veamos, verdaderamente son; recoge y recibe nuestras almas, que a tí se ofrecen en sacrificio; abrásalas en aquella viva llama que consume toda material bajeza; por manera que en todo separadas del cuerpo, con un perpetuo y dulce ñudo se junten y se aten con la hermosura divina; y nosotros de nosotros mismos enajenados, como verdaderos amantes, en lo amado podamos trasformarnos, y levantándonos de esta baja tierra seamos admitidos en el convite de los ángeles, adonde mantenidos con aquel mantenimiento divino, que ambrosía y néctar por los poetas fué llamado, en fin muramos de aquella bienaventurada muerte que da vida, como ya murieron aquellos santos padres, las almas de los cuales tú, con aquella ardiente virtud de contemplacion, arrebataste del cuerpo y las juntaste con Dios.

Habiendo el Bembo hasta aquí hablado con tanta fuerza que casi parecia estar arrebatado y fuera de sí, estábase quedo sin hacer movimiento ninguno, teniendo los ojos vueltos hácia el cielo como atónito, cuando Emilia, la cual juntamente con todos los otros habia estado siempre atentísima, tirándole por la halda le dijo: Guardad, micer Pietro, que a vos tambien con estos pensamientos no se os aparte el alma del cuerpo.

Señora, respondió micer Pietro, no sería ése el primer milagro que amor hubiese hecho en mí.

La Duquesa entónces y todos los otros comenzaron de nuevo a rogar muy aincadamente al Bembo que siguiese adelante su habla, y a cada uno ya parecia sentir en su alma una cierta centella del amor divino, que

le movia y le levantaba el espíritu, y así todos deseaban oír más.

Pero el Bembo dijo: Señores ya yo he dicho todo aquello que el sagrado ímpetu del amor me ha inspirado, así que agora, que ya parece que más no me inspira, yo he de callar, y pienso que el amor no quiere que se descubran más secretos suyos, ni que el Cortesano pase más adelante de aquel grado, que él ha tenido por bien que yo le mostrase, y por eso quizá no sería bien tratar más de esta materia.

Verdaderamente, dijo entónces la Duquesa, si el Cortesano viejo fuere tal que sepa salir con lo que vos le habeis mostrado, él terná sin duda mucha razon de contentarse de sí mismo, y de no tener ninguna invidia al Cortesano mozo.

El camino, dijo entónces micer César Gonzaga de esa tan alta bienaventuranza me parece tan áspero, que realmente yo tengo por cosa muy difícil podelle andar.

Andalle, dijo Gaspar Pallavicino, creo yo que a los hombres sea difícil y a las mujeres imposible.

Rióse a esto Emilia, y dijo. Si tantas veces, señor Gaspar, volveis a decirnos lástimas, yo os prometo que no os sea más perdonado.

Yo no pienso, señoras, respondió Gaspar Pallavicino, lastimaros en esto, diciendo que las mujeres no están tan libres de pasiones como los hombres, ni tan ejercitadas en la contemplacion como es necesario, segun ha dicho micer Pietro Bembo, que lo estén los que han de gustar del amor divino, y así no se lee que alguna mujer haya alcanzado este dón, pero léese que le alcanzaron muchos hombres como Platon, Sócrates y Platino, y otros muchos, y en nuestros cristianos hay aquellos santos padres, como san Fransisco, al cual un ardiente espíritu

de amor imprimió aquel sacratísimo sello de las cinco llagas. Pues a san Pablo Apóstol, ¿qué otra cosa sino fuerza de amor pudo arrebatalle, y llevarle a la vision de aquellos secretos, de los cuales hablar no es permitido al hombre? ¿y a san Estéban? ¿qué si no amor pudiera mostralle los cielos abiertos?

No llevarán en eso, respondió el Manífico Julian, los hombres ninguna ventaja a las mujeres; porque el mismo Sócrates confiesa todos los misterios del amor, que él sabía, haberle sido revelados por una mujer, que fué aquella gran Diotima; y el ángel que con el fuego de amor dejó llagado a san Francisco, hizo tambien merecedoras de las mismas llagas a muchas mujeres de nuestros tiempos. Debríades tras esto acordaros que a la santa Madalena fueron perdonados muchos pecados, porque amó mucho, y quizá no con menor gracia que san Pablo fué ella arrebatada de amor por el ángel hasta el tercer cielo. Acordaos tambien de muchas otras, las cuales, como ayer más largamente dije, por amor del nombre de Cristo no tuvieron en nada perder la vida, ni temieron tormentos ni otro género de muerte por espantoso y cruel que fuese, y estas tales no eran, segun quiere micer Pietro Bembo que sea su Cortesano, viejas, sino tan mozas que eran mochachas tiernas y delicadas, y de la edad en la cual él mismo ha dicho que se puede permitir a los hombres que amen sensualmente.

Comenzaba Gaspar Pallavicino a querer responder, pero atajóle la Duquesa, diciendo, Yo quiero que sea juez de eso micer Pietro, y que se haya de estar a su sentencia, en la cual se ha de declarar si las mujeres son tan capaces del amor divino como los hombres. Mas porque este pleito entre vosotros podria durar mucho, sería bien dejalle para mañana.

Antes para esta tarde, dijo micer César.

¿Cómo así para esta tarde? dijo la Duquesa.

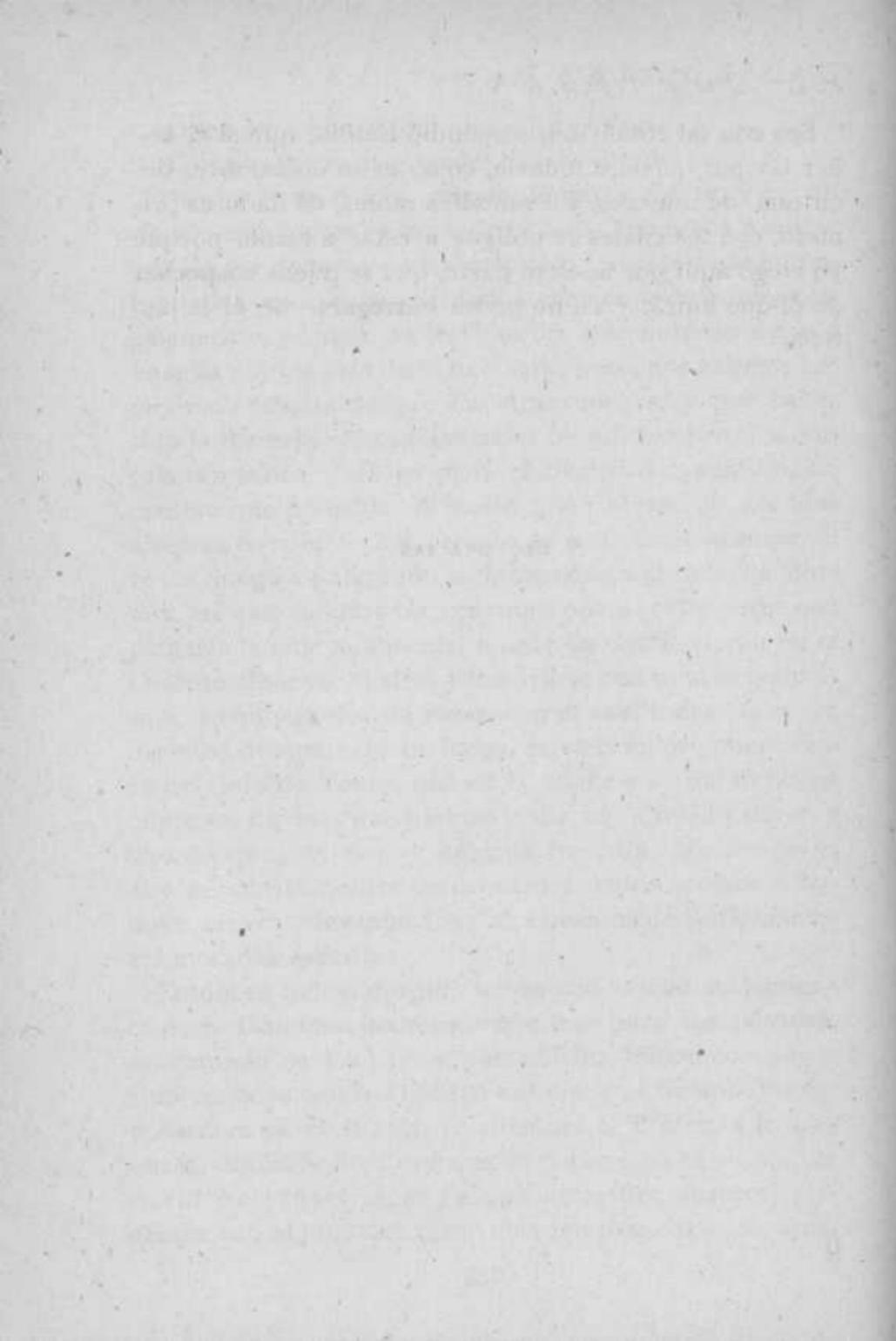
Porque ya es de día, respondió micer César; y en diciendo esto mostróle la claridad que comenzaba a entrar por las hendeduras de las ventanas. Levantáronse entón-ces todos en pie, maravillados de ver que hubiese ya amanecido, porque no les parecía que hubiese durado aquella plática más de lo que solia; pero, por haberse co-menzado más tarde que las otras noches, y por haber sido la materia muy sustancial y de mucho gusto, se en-gañaron todos, y se les pasó el tiempo sin sentillo, de manera que no habia allí nadie que sintiese en sus ojos ninguna pesadumbre de sueño, lo cual suele acaecer al reves, luégo en llegando la hora acostumbrada de dor-mir; así que abiertas las ventanas por aquella parte que da hacia la alta combre del monte de Catri, vieron en el Oriente alborear el alba, y mostrarse con toda su hermo-sura, y con su color de rosas, con el cual todas las otras estrellas desaparecieron luégo, salvo la dulce gobernado-ra del cielo de Vénus, que de la noche y el día tiene los confines, de la cual parecía salir un airecillo suave y blando, que, de viva y delgada frescura, hinchendo el aire, comenzaba entre las arboledas de los vecinos colla-dos a mover y levantar los dulces cantos de las lozanas y enamoradasavecillas.

Entónces todos, despidiéndose con mucho acatamien-to de la Duquesa, comenzaron a irse para sus posadas, no curando de las hachas que allí les tenian los pajes, sino yéndose con la claridad del día, y al tiempo que to-dos salían ya de la sala, volviéndose el Prefeto a la Du-quesa, díjole. Señora, porque se declare en el pleito que es entre el señor Gaspar y el señor Manífico, nosotros ver-némos con el juez esta tarde más temprano que no ayer.

EL CORTESANO

Sea con tal condicion, respondió Emilia, que si el señor Gaspar quisiere todavía, como es su costumbre, decir mal de mujeres, y levantalles rabias, dé fiadores primero, con los cuales se obligue a estar a razon, porque yo alego aquí por nuestra parte, que se puede sospechar de él que huirá; y así no podra entregarse de él la justicia.

¶ DEO GRACIAS



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo	5
Primer libro	13
CAPÍTULO PRIMERO.—En que se da noticia de la nobleza de la casa y corte del Duque de Urbino....	17
CAP. II.—Cómo fué nombrado por Emilia Dama, y confirmado por la Duquesa, el Conde	33
CAP. III.—En el cual se prosigue la plática.....	38
CAP. IV.—En el cual, concluyendo el Conde que el Cortesano ha de ser de buen linaje, dice que le conviene ser diestro.....	42
CAP. V.—En que se prosigue la plática sobre los ejercicios del Cortesano.....	53
CAP. VI.—En el cual, prosiguiendo la plática, dice el Conde que en el hablar y en el escribir es muy importante aviso al perfeto Cortesano huir como de pestilencia la afetación.....	63
CAP. VII.—En el cual, prosiguiéndose la plática del hablar y escribir, se afirma el Conde en su opinión.	70
CAP. VIII.—En que prosiguiendo el Conde su plática dice que el uso es la guía del bien hablar y escribir.....	79
CAP. IX.—Cómo al perfeto Cortesano le conviene ser ornado y ataviado.....	89
CAP. X.—Cómo al perfeto Cortesano le pertenece ser músico.....	99
CAP. XI.—Que al Cortesano conviene tener noticia del pintar.....	103
Análisis del libro segundo.....	115
El tercer libro del Cortesano.—Prólogo.....	117
CAPÍTULO PRIMERO.—Cómo la Duquesa dió el cargo al Magnífico Julián de formar una perfeta Dama...	119

CAP. II.—En el cual, prosiguiendo el Manífico Julián su plática en las calidades de la Dama, dice los ejercicios que le competen.....	130
CAP. III.—En el cual, prosiguiendo más adelante el Manífico Julián su plática, cuenta en defension de las damas algunos notables hechos.....	150
CAP. IV.—Cómo después que en el capítulo precedente el Manífico Julián ha traído muchos ejemplos de los notables hechos de mujeres, trae otros muchos.....	173
CAP. V.—En el cual, concluyendo micer César en los ejemplos de illustres mujeres, torna el Manífico Julián a proseguir su plática.....	195
CAP. VI.—En el cual, prosiguiendo el Manífico Julián su plática en las calidades de la Dama, en especial en mostralle saber amar, se atraviesan hermosas disputas.....	206
CAP. VII.—En el cual concluye su plática en formar la Dama perfeta.....	222
El cuarto libro del Cortesano.—Prólogo.....	229
CAPÍTULO PRIMERO.—En el cual, tomando la mano en la plática Otavian Fregoso, dice cómo mediante las calidades que se le han dado al Cortesano, puede hacerse muy amado y privado del Príncipe.....	233
CAP. II.—En el cual prosigue Otavian Fregoso su plática.	243
CAP. III.—En el cual se platica cuál es mejor gobernación, la de un buen rey o la de una buena república.	255
CAP. IV.—En el cual Otavian prosigue su plática cerca de las virtudes.....	268
CAP. V.—En el cual, prosiguiendo Otavian su plática cerca del fin de la perfeta cortesanía, añade otros documentos.....	287
CAP. VI.—En el cual micer Pietro Bembo, por mandado de la Duquesa, toma el cargo de la plática..	300
CAP. VII y último.—En el cual prosiguiendo micer Pietro Bembo su plática, muestra al Cortesano la manera que debe tener para amar.....	314



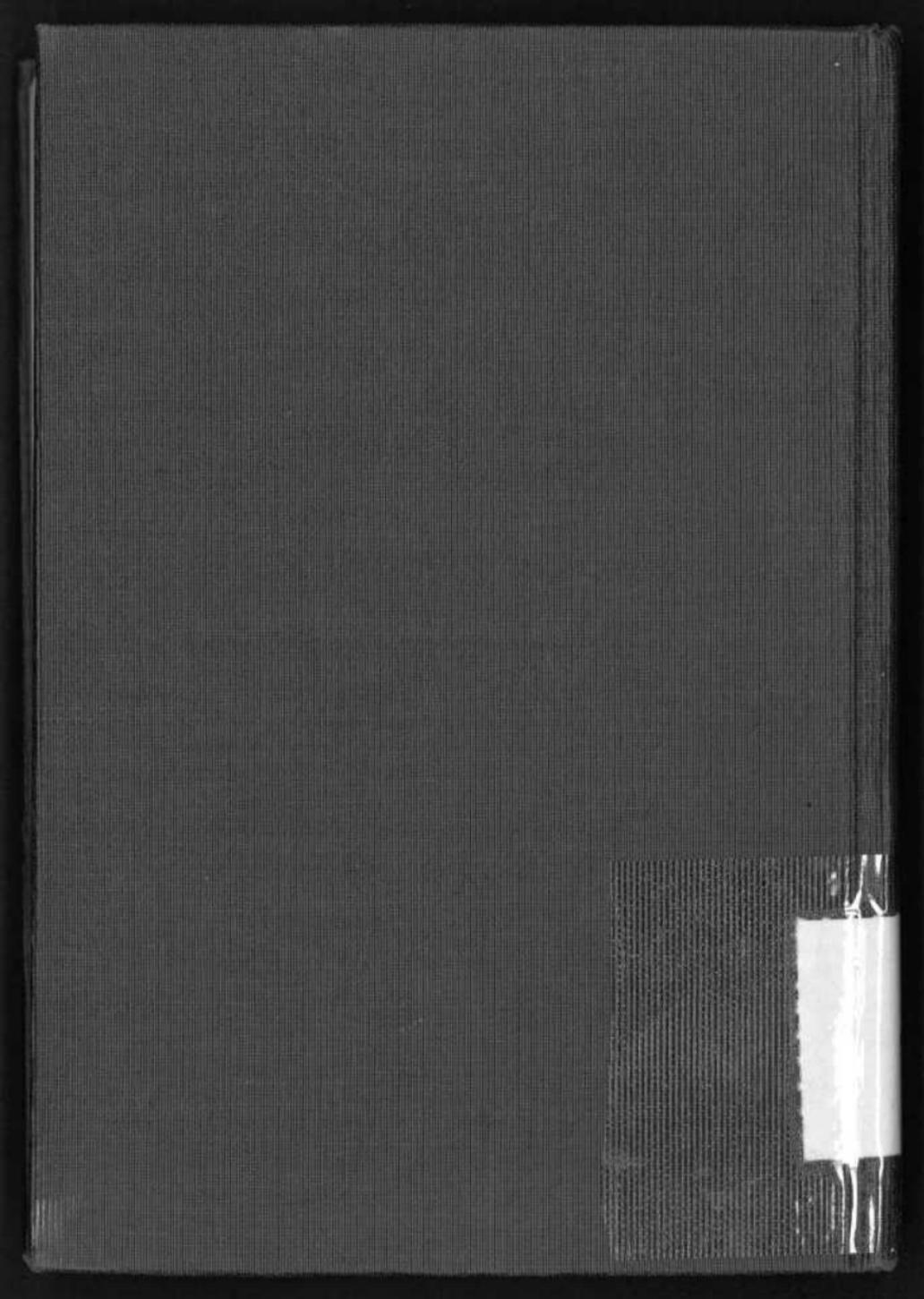


B.P. de Soria



61182840

DR 7975



BATAANAR
CASTI-
GLIONE
&
EL CORTE
JANO



DR
7975

